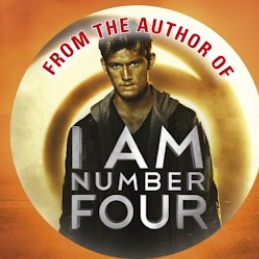


POWER IN NUMBERS
WILL **SAVE US** ALL

THE
RISE
OF
NINE

CREATOR OF **I AM NUMBER FOUR**
PITTACUS LORE



1

© THE RISE OF NINE ©

SINOPSIS

Hasta el día en que conocí a John Smith, el Número Cuatro, había estado huyendo sola, escondiéndome y luchando para permanecer viva.

Juntos, somos mucho más poderosos; pero solo duró hasta que tuvimos que separarnos para encontrar a los otros...

Fui a España para encontrar a Siete, y encontré aun más, incluyendo al décimo miembro de la garde que escapó con vida de Lorien. Eli es más pequeña que el resto de nosotros, pero es igual de valiente. Ahora estamos buscando a los otros... incluyendo a John.

Pero *ellos* también.

Atraparon a Número Uno en Malasia.

A Número Dos en Inglaterra.

Y a Número Tres en Kenia.

Me atraparon en Nueva York... pero escapé.

Soy Número Seis.

Quieren terminar lo que empezaron....

Pero tendrán que luchar con nosotros primero.

2



THE RISE OF NINE
LIBRO TRES DE LOS LEGADOS DE LORIEN

PITTACUS LORE

3



THE RISE OF NINE



CAPÍTULO UNO

Traducido por Pamee

6 A. ¿Es en serio? Miro el billete de embarque en mi mano, sus letras grandes anuncian mi asiento asignado, y me pregunto si Crayton escogió este asiento a propósito. Podría haber sido una coincidencia, pero por como han ido las cosas últimamente, no soy una gran creyente de las coincidencias. No me sorprendería si Marina se sentara detrás de mí en la fila siete, y Eli hiciera su camino hasta la fila diez; pero no, las dos chicas se dejan caer junto a mí sin decir una palabra, y se unen a mí en la observación de cada persona que aborda el avión. Cuando te están cazando, estás constantemente en guardia. Quién sabe cuándo podrían aparecer los mogadorianos. Crayton abordará último, después de haber visto quién más se sube al avión, y una vez que sienta que el vuelo es absolutamente seguro.

Levanto la persiana de la ventana y miro apresurarse de ida y vuelta bajo el avión, a la tripulación de pista. La ciudad de Barcelona es un débil contorno en la distancia.

Las rodillas de Marina rebotan furiosamente junto a mí. La batalla de ayer contra un ejército de mogadorianos en el lago, la muerte de su cêpan, encontrar su cofre... y ahora, es la primera vez en casi diez años que deja el pueblo donde pasó su niñez. Está nerviosa.

—¿Todo bien? —le pregunto. Mi reciente cabello rubio cae sobre mi rostro y me sorprende. Me olvidé de que me lo teñí esta mañana. Simplemente es uno de los muchos cambios en las últimas cuarenta y ocho horas.

—Todo parece normal —susurra Marina, con los ojos fijos en el pasillo atestado—. Estamos a salvo, por lo que puedo decir.

—Bien, pero eso no era a lo que me refería. —Suavemente pongo mi pie sobre el de ella, y ella deja de hacer rebotar la rodilla. Me ofrece una rápida sonrisa de disculpa antes de volver a su observación cercana de cada pasajero que aborda. Unos segundos después, su rodilla comienza a rebotar otra vez. Solo sacudo la cabeza.

Lo siento por Marina. Estaba encerrada en un solitario orfanato con una cêpan que se negaba a entrenarla. Su cêpan había perdido de vista el por qué estamos aquí en la Tierra, en primer lugar. Estoy haciendo mi mejor intento por ayudarla, de llenar los espacios. Puedo entrenarla para aprender cómo controlar su fuerza y cuándo utilizar sus legados en desarrollo, pero primero, estoy intentando mostrarle que está bien confiar en mí. Los mogadorianos pagarán por lo que han hecho, por llevarse a tantos seres queridos aquí en la Tierra y en Lorien. Es mi misión personal destruir hasta el

último de ellos, y me aseguraré de que Marina consiga su venganza, también. No solo acaba de perder a su mejor amigo, Héctor, allá en el lago, sino que como yo, vio cómo asesinaban a su cêpan frente a ella. Ambas cargaremos con eso por siempre.

—¿Cómo está allá abajo, Seis? —pregunta Eli, inclinándose sobre Marina.

Giro de nuevo hacia la ventana. Los hombres bajo el avión están quitando su equipo, para hacer unas revisiones de último minuto.

—Hasta ahora, todo bien.

Mi asiento está justo frente al ala, lo que es cómodo para mí. En más de una ocasión he tenido que utilizar mis legados para ayudar a un piloto a salir de un aprieto. Una vez, sobre el sur de México, usé mi telequinesis para empujar el avión una docena de grados a la derecha, solo segundos antes de chocar contra el costado de una montaña. El año pasado salvé a 124 personas en una furiosa tormenta eléctrica sobre Kansas, al rodear al avión con una nube impermeable de aire frío. Salimos disparados a través de la tormenta como una bala a través de un globo.

Cuando la tripulación de pista se mueve al siguiente avión, sigo la mirada de Eli hacia el frente del pasillo. Ambas estamos impacientes por que Crayton aborde. Eso significará que todo está bien, al menos por ahora. Todos los asientos están ocupados, excepto por el que está tras Eli.

¿Dónde está? Miro hacia el ala de nuevo, explorando el área por cualquier cosa fuera de lo común.

Me enderezo y lanzo mi mochila bajo el asiento. Está prácticamente vacía, así que se dobla fácilmente. Crayton me la compró en el aeropuerto. Nosotras tres debemos parecer adolescentes normales, dice él, como estudiantes de preparatoria en una excursión. Ése es el porqué del libro de biología que Eli tiene en el regazo.

—¿Seis? —pregunta Marina. Escucho el nervioso abrochar y desabrochar de su cinturón.

—¿Sí? —respondo.

—Ya has volado antes, ¿cierto?

Marina solo es un año mayor que yo, pero con sus ojos solemnes y pensativos y su corte de pelo nuevo y sofisticado que le cae justo bajo los hombros, puede pasar fácilmente por adulta. De todas formas, justo ahora, se muerde las uñas y dobla las rodillas contra su pecho como una niña asustada.

—Sí —contesto—. No es tan malo. De hecho, una vez que te relajas, es genial.

Al estar sentada aquí, mis pensamientos giran en dirección a mi propia cêpan, Katarina. No es que haya volado con ella alguna vez, pero cuando tenía nueve años,

tuvimos un encuentro cercano con un mogadoriano en un callejón de Cleveland, que nos dejó agitadas y con una espesa capa de ceniza a ambas.

Katarina nos trasladó al Sur de California después de eso.

Nuestro chalé desmoronado y de dos pisos estaba cerca de la playa, prácticamente a la sombra del Aeropuerto Internacional de Los Ángeles. Cien aviones rugían sobre nuestras cabezas cada hora, siempre interrumpiendo las lecciones de Katarina, así como también el poco tiempo libre que pasaba con mi única amiga, una chica delgada de la casa de al lado, llamada Ashley.

Viví bajo esos aviones por siete meses. Eran mi reloj despertador en la mañana, aullaban directamente sobre mi cama mientras el sol salía.

De noche, eran fantasmas ominosos que me decían que permaneciera despierta, que estuviera preparada para arrancar las sábanas y saltar al coche en cuestión de segundos.

Ya que Katarina no me dejaba vagar lejos de la casa, los aviones también eran la banda sonora de mis tardes.

Una de esas tardes, mientras las vibraciones de un enorme avión sacudían la limonada en nuestros vasos plásticos, Ashley dijo—: Mi mamá y yo vamos a ir a visitar a mis abuelos el mes siguiente. ¡No puedo esperar! ¿Has viajado en avión alguna vez?

Ashley siempre estaba hablando de los lugares a los que había ido y las cosas que hacía con su familia. Sabía que Katarina y yo permanecíamos cerca de casa y le gustaba alardear.

—No en realidad —contesté.

—¿Qué quieres decir con “No en realidad”? O has viajado en avión o no. Solo admítelo. No lo has hecho.

Recuerdo que sentí que mi rostro ardía de vergüenza. Su desafío golpeó el blanco. Finalmente dije—: No, nunca he viajado en avión.

Quería decirle que había viajado en algo mucho más grande, algo mucho más impresionante que un pequeño avión. Quería que supiera que había venido a la Tierra en una nave desde otro planeta, llamado Lorien, y que el viaje había cubierto más de ciento sesenta mil kilómetros. Pero no se le dije, porque sabía que tenía que mantener a Lorien en secreto.

Ashley se rio de mí. Sin despedirse, se fue para esperar a que llegara su papá a casa del trabajo.

—¿Por qué no hemos viajado en avión? —le pregunté a Katarina esa noche, mientras ella miraba por la persiana de la ventana en mi pieza.

—Seis —dijo, girándose hacia mí, antes de corregirse—. Quiero decir, Verónica. Es muy peligroso que viajemos en avión. Estaríamos atrapadas ahí. ¿Sabes lo que podría pasar si estuviéramos a miles de kilómetros en el aire y *entonces* descubriéramos que los mogs nos han seguido a bordo?

Sabía exactamente lo que podía pasar. Podía imaginar el caos, los otros pasajeros gritando y agachándose bajo los asientos mientras un par de enormes soldados extraterrestres corrían por el pasillo con espadas; pero eso no evitaba que quisiera hacer algo tan normal, tan humano, como volar en avión de una ciudad a la próxima. Había pasado todo el tiempo en la Tierra incapaz de hacer las cosas que otros niños de mi edad tomaban por supuesto. Apenas nos habíamos quedado en un lugar lo suficiente para que conociera a otros niños, mucho menos hacer amigos; Ashley era la primera niña que Katarina me había dejado llevar a nuestra casa.

Algunas veces, como en California, ni siquiera iba a la escuela si Katarina pensaba que era más seguro.

Sabía que todo esto era necesario, por supuesto. Normalmente, no dejaba que eso me molestara, pero Katarina sabía que la actitud de superioridad de Ashley se me había metido bajo la piel. Mi silencio los días siguientes debe haberle llegado, porque para mi sorpresa, había comprado dos pasajes de avión de ida y vuelta a Denver. El destino no importaba, ella sabía que yo solo quería la experiencia.

No podía esperar para contarle a Ashley.

Pero el día del viaje, de pie fuera del aeropuerto, Katarina vaciló. Parecía nerviosa. Se pasó la mano por el corto cabello negro. Se lo había teñido y cortado la noche anterior, justo antes de hacerse una nueva identificación. Una familia de cinco caminó alrededor de nosotras en la cuneta, arrastrando pesados equipajes, y a mi izquierda una madre bañada en lágrimas se despedía de sus dos hijas jóvenes. No quería nada más que unírmeles, ser una parte de esa escena cotidiana.

Katarina observó a todos a nuestro alrededor mientras yo me agitaba impaciente a su lado.

—No —dijo Katarina, finalmente—. No vamos a ir. Lo siento, Verónica, pero no vale la pena.

Condujimos a casa en silencio, dejando que los motores rugientes de los aviones que volaban sobre nuestras cabezas hablaran por nosotras. Cuando salimos del coche en nuestra calle, vi a Ashley sentada en los escalones del frente. Me vio caminar a nuestra casa y articuló la palabra *mentirosa*. La humillación fue casi demasiada para soportarla, pero en realidad, yo *era* mentirosa.

Es irónico. Mentir era todo lo que había hecho desde que llegué a la Tierra. Mi nombre, de dónde era, dónde estaba mi padre, por qué no podía pasar la noche en la casa de otra chica... mentir era todo lo que conocía y era lo que me mantenía con vida; pero cuando Ashley me dijo mentirosa *esa vez*, la vez que le estaba diciendo la verdad a alguien, estaba indeciblemente furiosa. Entré de golpe a mi habitación, cerré la puerta de un portazo, y le di un puñetazo la pared.

Para mi sorpresa, mi puño la atravesó.

Katarina abrió la puerta de un golpe, blandiendo un cuchillo de cocina y lista para golpear. Pensó que el ruido que había oído podían ser los mogs. Cuando vio lo que le había hecho a la pared, se dio cuenta de que algo había cambiado conmigo. Bajó el cuchillo y sonrió.

—Hoy no es el día en que te subas a un avión, sino que es el día que vas a comenzar tu entrenamiento.

Siete años después, sentada en este avión con Marina y Eli, escucho la voz de Katarina en mi cabeza: “Estaríamos atrapadas ahí arriba”; pero ahora estoy lista para esa posibilidad, en formas que Katarina y yo no estábamos preparadas.

He volado docenas de veces, y todo ha ido bien. Sin embargo, ésta es la primera vez que lo he hecho sin usar mi legado de invisibilidad para subir a hurtadillas. Sé que soy mucho más fuerte ahora, y me estoy volviendo más fuerte con los días. Si un par de soldados mogadorianos cargara hacia mí desde el frente del avión, no estarían tratando con una niña dócil. Sé de lo que soy capaz; soy un soldado ahora, una guerrera. Soy alguien a quien temer, no a quien cazar.

Marina se suelta las rodillas y se sienta derecha, dejando salir un largo suspiro. En una voz apenas audible, dice:

—Estoy asustada. Solo quiero estar en el aire.

—Estarás bien —le digo en voz baja.

Sonríe y yo le devuelvo la sonrisa. Marina ayer demostró ser una fuerte aliada, con legados increíbles en el campo de batalla. Puede respirar bajo el agua, ver en la oscuridad y curar a los enfermos y heridos. Como todos los garde, también tiene telequinesis y debido a que estamos tan cerca en orden (yo soy la Número Seis y ella es la Número Siete), nuestro vínculo es especial. Cuando el hechizo todavía funcionaba y nos tenían que matar en orden, los mogadorianos tendrían que haber pasado sobre mí para llegar a ella. Y nunca habrían logrado pasar sobre mí.

Eli está sentada en silencio al otro lado de Marina. Mientras continuamos esperando a Crayton, abre el libro de biología en su regazo y mira fijamente las páginas. Nuestra farsa no exige este nivel de concentración y estoy a punto de inclinarme para decirle,

cuando veo que no está leyendo: está intentando dar vuelta la página con su mente, intenta usar telequinesis; pero nada pasa.

Eli es lo que Crayton llama aeternus, alguien que nació con la habilidad de desplazarse entre edades; pero todavía es pequeña y sus legados aún no se han desarrollado. Llegarán a su debido tiempo, sin importar cuán impaciente quiera que se desarrollen ahora. Eli vino a la Tierra en otra nave, una de la que yo no conocía su existencia hasta que John Smith, el Número Cuatro, me contó que la había visto en sus visiones. Ella era solo un bebé, lo que significa que ahora tiene casi doce años. Crayton dice que es su cêpan no oficial, ya que no hubo tiempo de que lo nombraran oficialmente. Él, como todos nuestros cêpans, tiene el deber de ayudar a Eli a desarrollar sus legados. Nos contó que había una pequeña manada de chimæra en su nave, animales lorienses capaces de cambiar de forma y luchar junto a nosotros.

Estoy feliz de que ella esté aquí. Después de que Número Uno, Dos y Tres murieran, solo quedaban seis de nosotros. Con Eli, ahora somos siete. Siete, el número de la suerte, si crees en la suerte, aunque yo no. Creo en la fuerza.

Finalmente, Crayton avanza por el pasillo, llevando un maletín negro. Está usando lentes y un traje marrón que parece demasiado grande para él. Bajo su fuerte barbilla, usa una corbata de lazo azul. Se supone que es nuestro profesor.

—Hola, chicas —saluda, deteniéndose junto a nosotras.

—Hola, Sr. Collins —responde Eli.

—El vuelo está lleno —comenta Marina. Ése es un código para decir que todo luce bien a bordo.

Para decirle que todo parece normal en tierra, yo digo—: Creo que voy a intentar dormir.

Él asiente y toma asiento directamente tras Eli. Inclinandose entre Marina y Eli, nos dice:

—Usen el tiempo en el avión sabiamente, por favor. Estudien mucho.

Eso significa, no bajen la guardia.

No sabía qué pensar de Crayton cuando nos conocimos. Es severo y de temperamento fuerte, pero su corazón parece estar en el lugar indicado y su conocimiento del mundo y de acontecimientos de la actualidad es increíble. Oficial o no, se ha tomado seriamente el rol de cêpan. Dice que moriría por cualquiera de nosotros. Haría cualquier cosa por derrotar a los mogadorianos; cualquier cosa para imponer nuestra venganza. Creo en él en todos los aspectos.

De todas formas, estoy relucante en este avión a India. Quería volver a Estados Unidos tan pronto como fuera posible, para volver con John y Sam, pero ayer, de pie

en lo alto de la represa con vistas a la matanza en el lago, Crayton nos dijo que Setrákus Ra, el poderoso líder mogadoriano, estaría pronto en la Tierra, si es que ya no estaba. Que la llegada de Setrákus Ra era una señal de que los mogadorianos entendían que éramos una amenaza, y que deberíamos esperar que aumentaran su campaña para matarnos. Setrákus Ra es más o menos invencible; solo Pittacus Lore, el más poderoso de todos los ancianos, sería capaz de derrotarlo.

Estábamos horrorizadas. ¿Qué significaba eso para el resto de nosotros, entonces, si él era invencible? Cuando Marina preguntó esto, preguntó cómo cualquiera de nosotros podía tener una posibilidad de derrotarlo, y Crayton nos dio noticias incluso más chocantes, un conocimiento que se les había confiado a todos los cêpans. Uno de la garde, uno de nosotros, se suponía que iba a tener los mismos poderes que Pittacus. Uno de nosotros se suponía que se iba a volver tan fuerte como él había sido, y sería capaz de vencer a Setrákus Ra; solo teníamos que tener esperanza de que ese garde no fuera Uno, Dos o Tres, que fuera uno de los que siguen vivos. Si era así, teníamos una oportunidad. Solo teníamos que esperar y ver quién era, y esperar que esos poderes se dieran pronto a conocer.

Crayton piensa que lo encontró, al garde que posee los poderes de Pittacus.

—Leí acerca de un chico que parece tener poderes extraordinarios, en India —nos dijo entonces—. Vive en lo alto del Himalaya. Algunos creen que es el dios hindú Visnú reencarnado; otros creen que el chico es un extraterrestre impostor con el poder de alterar su forma físicamente.

—¿Cómo yo, papá? —había preguntado Eli. Su relación padre-hija me tomó por sorpresa. No pude evitar sentir un toque de celos, celos de que ella todavía tuviera a su cêpan, alguien a quién recurrir por guía.

—Él no cambia edades, Eli, cambia a bestias y otros seres. Mientras más leo acerca de él, más creo que es un miembro de la garde, y más creo que puede ser el que posee todos los legados, el que puede luchar con Setrákus Ra y matarlo. Necesitamos encontrarlo tan pronto sea posible.

No quiero ver en una búsqueda inútil por otro miembro de la garde ahora mismo. Sé dónde está John, o dónde se supone que tiene que estar. Puedo oír la voz de Katarina, instándome a seguir mis instintos, los que me dicen que deberíamos juntarnos con John antes de cualquier otra cosa. Es el movimiento menos riesgoso. Ciertamente menos riesgoso que volar alrededor del mundo basados en la corazonada de Crayton y rumores de Internet.

—Podría ser una trampa —dije—. ¿Qué pasaría si esas historias hubieran sido plantadas para que las encontráramos e hiciéramos justamente esto?

—Entiendo tu preocupación, Seis, pero créeme, soy el maestro en plantar historias en internet. Ésta no la plantaron. Hay demasiadas fuentes señalando a este chico en India. No ha estado huyendo, no se ha estado escondiendo. Simplemente, ha *estado*, y parece ser muy poderoso. Si *es* uno de los suyos, entonces debemos llegar a él antes que los mogadorianos. Iremos a Estados Unidos a encontrarnos con Número Cuatro tan pronto haya terminado este viaje —dijo Crayton.

Marina me miró. Quería encontrar a John tanto como yo; había estado siguiendo las noticias de sus hazañas en Internet y tenía una sensación familiar en las tripas de que él era uno de nosotros, una sensación que yo le había confirmado.

—¿Lo prometes? —le preguntó a Crayton. Él asintió.

La voz del capitán interrumpe mi ensimismamiento. Estamos a punto de despegar. Quiero tanto re-direccionar el avión y apuntar hacia Virginia Occidental, hacia John y Sam. Espero que estén bien. Unas imágenes de John, encerrado en una celda de prisión siguen entrando en mi mente. Nunca debería haberle contado acerca de la base mogadoriana en la montaña, pero John quería recuperar su cofre y no había forma de convencerlo de dejarlo atrás.

El avión rueda por la pista y Marina me agarra la muñeca.

—De verdad desearía que Héctor estuviera aquí. Se le hubiera ocurrido ahora mismo algo inteligente que decir, para hacerme sentir mejor.

—Está bien —dice Eli, sosteniendo la otra mano de Marina—. Nos tienes a nosotras.

—Y pensaré en algo inteligente que decir —le ofrezco.

—Gracias —dice Marina, aunque suena como algo entre un hipido y un sorbido.

Dejo que entierre las uñas en mi muñeca, le doy una sonrisa de apoyo, y un minuto después, estamos volando.



CAPÍTULO DOS

Traducido por Pamee

He estado perdiendo y recuperando la consciencia en los últimos dos días, rodando de adelante a atrás en una enfermedad de alucinaciones. Los efectos del campo de fuerza azul fuera de la montaña de los mogadorianos, han permanecido más tiempo de lo que me dijo Nueve, tanto mental como físicamente. Cada pocos minutos, mis músculos se agarrotan y endurecen de dolor.

Intento distraerme de la agonía mirando alrededor la pequeña habitación de esta casa abandonada en decadencia. Nueve no pudo haber elegido un lugar más asqueroso para escondernos. No puedo confiar en mis ojos. Observo venir a la vida el patrón del empapelado amarillo, el diseño marcha como hormigas sobre parches de moho. El techo resquebrajado parece respirar, elevándose y cayendo a velocidad vertiginosa.

Hay un gran agujero dentado en la pared que separa la habitación y la sala de estar, como si alguien hubiera lanzado un combo contra ésta. Hay latas aplastadas de cerveza desperdigadas alrededor de la habitación y los animales hicieron trizas los zócalos. He estado escuchando cosas susurrando en los árboles fuera de la casa, pero estoy demasiado débil para alarmarme. Anoche desperté para encontrar una cucaracha sobre mi mejilla. Apenas tuve la energía para aplastarla.

—Oye, ¿Cuatro? —escucho a través del agujero en la pared—. ¿Estás despierto o qué? Es hora de almorzar y tu comida se está enfriando.

Me pongo de pie. Mi cabeza gira, tropiezo a través de la puerta a lo que solía ser la sala de estar y colapso en la sucia alfombra gris.

Sé que Nueve está aquí, pero no puedo mantener abiertos los ojos lo suficiente para encontrarlo. Todo lo que quiero hacer es descansar la cabeza en el regazo de Sarah. O en el de Seis. Cualquiera. No puedo pensar bien.

Algo cálido me golpea el hombro. Ruedo para ver a Nueve sentado en el techo sobre mí, su largo cabello negro cuelga en la habitación. Está royendo algo, y tiene las manos grasosas.

—¿Dónde estamos otra vez? —pregunto. La luz del sol que entra a través de la ventana es demasiado y cierro los ojos. Necesito dormir más. Necesito algo, cualquier cosa, para aclarar mi mente y recuperar mis fuerzas. Mis dedos buscan a tientas mi colgante azul, esperando, de alguna forma, reunir energía a través de éste, pero permanece frío contra mi pecho.

—La parte norte de Virginia Occidental —dice Nueve entre mordidas—. Nos quedamos sin gasolina, ¿recuerdas?

—Apenas —susurro—. ¿Dónde está Bernie Kosar?

—Afuera. Ése *siempre* está patrullando. Es un animal genial. Dime, Cuatro, ¿cómo es que tú, de todos los garde, terminó con él?

Me arrastro al rincón de la habitación y empujo la espalda contra una pared.

—BK estaba conmigo en Lorien. Su nombre era Hadley entonces. Supongo que Henri pensó que sería bueno traerlo en el viaje.

Nueve tira un pequeño hueso del techo.

—Tuve un par de chimæras de niño, también. No recuerdo sus nombres, pero todavía puedo verlas corriendo alrededor de nuestra casa, rompiendo cosas. Murieron en la guerra, protegiendo a mi familia.

Nueve se queda en silencio por un momento, apretando la mandíbula. Esta es la primera vez que lo he visto actuar de otra forma que no sea rudo. Es bueno verlo, incluso aunque sea por poco tiempo.

—¿Cómo se llamaba tu cêpan?

—Sandor —dice, poniéndose de pie en el techo. Está usando mis zapatos—. Es extraño. Literalmente, no puedo recordar la última vez que dije su nombre en voz alta. Algunos días, apenas puedo recordar su rostro. —La voz de Nueve se endurece, y cierra los ojos—. Pero así tiene que ser, supongo. Son prescindibles.

Su última oración me atraviesa como ondas de choque.

—¡Henri no era prescindible, ni tampoco lo era Sandor! Ningún loriense ha sido nunca prescindible. ¡Y devuélveme mis zapatos!

Nueve pateo mis zapatos al medio del suelo, luego toma su tiempo caminando primero a lo largo del techo, luego bajando por la pared del fondo.

—Está bien, está bien. Sé que no era prescindible, amigo. Simplemente, algunas veces es más fácil pensar en él de esa forma, ¿sabes? La verdad es que Sandor era un cêpan increíble.

Nueve llega al suelo y se alza sobre mí. Olvidé lo alto que es. Intimidante. Me empuja a la cara un puñado de lo que sea que está comiendo.

—¿Quieres algo de esto, o no? Porque estoy a punto de terminármelo.

Al verlo, mi estómago se agita.

—¿Qué es?

—Conejo asado. Lo mejor de la naturaleza.

No me atrevo a abrir la boca para responder, con miedo a vomitar. En cambio, tropiezo hacia atrás, hacia el dormitorio, ignorado la risa que me sigue.

La puerta del dormitorio está tan deformada que es casi imposible cerrarla, pero la calzo en el marco tanto como puedo.

Me acuesto en el suelo, usando mi camiseta de almohada y pienso en cómo terminé aquí, cómo terminé así.

Sin Henri. Sin Sam. Sam es mi mejor amigo, y no puedo creer que lo hayamos dejado atrás. Tan considerado, leal que es Sam, siempre dando su apoyo luego de viajar y luchar junto a mí por los últimos varios meses. Nueve es todo lo contrario. Es imprudente, arrogante, egoísta y, lisa y llanamente, grosero. Me imagino a Sam, allá en la cueva mogadoriana, con un arma sacudiendo sus hombros mientras una docena de soldados mogadorianos se arremolinaban a su alrededor.

No pude llegar a él. No pude salvarlo. Debía haber peleado más fuerte, corrido más rápido. Debí haber ignorado a Nueve y volver con Sam; él hubiera hecho eso por mí. La inmensa cantidad de culpa que siento me paraliza, hasta que por fin me quedo dormido.

Está oscuro. Ya no estoy en una casa en las montañas con Nueve. Ya no siento los poderosos efectos del campo de fuerza azul. Mi cabeza por fin está clara, aunque no sé dónde estoy, o cómo llegué aquí. Cuando grito por ayuda, no puedo oír mi voz, aunque siento que mis labios se están moviendo. Avanzo arrastrando los pies, con las manos frente a mí. Repentinamente, mis palmas comienzan a brillar con mi lumen. La luz es débil al principio, pero rápidamente crece hasta ser dos poderosos rayos.

—John. —Un susurro ronco dice mi nombre.

Muevo rápidamente las manos para ver dónde estoy, pero la luz solo revela un vacío oscuro. Estoy entrando a una visión.

Apunto las manos hacia el suelo, para que el lumen me alumbre el camino, y avanzo hacia la voz.

El susurro ronco sigue repitiendo mi nombre una y otra vez. Suena joven y lleno de miedo. Entonces llega otra voz, brusca y entrecortada, ladrando órdenes. Las voces se vuelven más claras: es la de Sam, mi amigo perdido, y Setrákus Ra, mi peor enemigo.

Puedo decir que me estoy acercando a la base mogadoriana, puedo ver el campo de fuerza azul, la fuente de tanto dolor. Por alguna razón, sé que no me hará daño ahora, y no vacilo en atravesarla. Cuando lo hago, no son mis gritos los que oigo, sino los de Sam. Su voz torturada llena mi cabeza a medida que entro a la montaña y avanzo a través de los túneles como laberintos.

Veo los restos carbonizados de nuestra batalla reciente, de donde lancé una bola de lava verde a los tanques de gas en lo bajo de la montaña, enviando un mar de fuego furioso hacia arriba.

Me muevo a través del cavernoso pasillo principal y sus salientes en espiral. Doy un paso en el arqueado puente de piedra que tan recientemente cruzamos con Sam, bajo el manto de invisibilidad. Sigo avanzado, pasando a través de afluentes y corredores, todo el tiempo obligado a escuchar los aullidos atroces de mi mejor amigo.

Sé a dónde voy antes de llegar ahí. La constante inclinación del suelo me lleva a la amplia habitación alineada con celdas de prisión. Ahí están. Setrákus Ra está en el medio de la habitación. Es *enorme* y verdaderamente repugnante a la vista. Y ahí está Sam. Está suspendido dentro de una pequeña jaula esférica junto a él. Su propia burbuja de tortura privada. Los brazos de Sam están estirados por sobre su cabeza y sus piernas están abiertas, amarradas con cadenas. Una serie de tuberías gotean líquido humeante en varias partes del cuerpo de Sam. La sangre se ha acumulado y secado bajo la jaula.

Me detengo a tres metros de ellos. Setrákus Ra siente mi presencia y gira, los tres colgantes lorienses, de los otros niños garde que ha matado, cuelgan de su enorme cuello. La cicatriz circular en su garganta palpita con una energía oscura.

—Nos perdimos el uno al otro —gruñe Setrákus Ra.

Abro la boca, pero nada sale. Los ojos azules de Sam giran en mi dirección, pero no puedo decir si me ve.

Más líquido caliente gotea de los tubos, golpeando a Sam en las muñecas, pecho, rodillas y pies. Una corriente espesa fluye por su mejilla y rueda por su cuello.

El ver a Sam torturado, finalmente me da voz.

—¡Déjalo ir! —grito.

Los ojos de Setrákus Ra se endurecen. Los colgantes alrededor de su cuello brillan y el mío responde, encendiéndose también. La gema loralita de color azul está caliente contra mi piel, y entonces, repentinamente explota en llamas, mi legado se hace cargo. Dejo que el fuego se arrastre sobre mis hombros.

—Lo dejaré ir —contesta él—, si vuelves a la montaña y luchas conmigo.

Miro rápidamente hacia Sam y veo que perdió la batalla contra el dolor y se quedó en blanco, con la barbilla descansando sobre el pecho.

Setrákus Ra apunta el cuerpo marchito de Sam y dice—: Debes decidir. Si no vienes, lo mataré y luego mataré al resto de ellos. Si vienes, los dejaré vivir.

Escucho una voz gritando mi nombre, diciéndome que tengo que moverme.

Nueve.

Me siento con un jadeo y mis ojos se abren de golpe. Estoy cubierto en una delgada capa de sudor. Miro a través del agujero dentado de los paneles de yeso roto y me toma unos segundos orientarme.

—Amigo, ¡levántate! —grita Nueve desde el otro lado de la puerta—. ¡Tenemos una tonelada de cosas por hacer!

Me pongo de rodillas y busco a tientas el colgante alrededor de mi cuello. Lo aprieto tan fuerte como puedo, intentando sacar los gritos de Sam de mi cabeza.

La puerta del dormitorio de abre de golpe. Nueve está en la entrada, limpiándose la cara con el dorso de la mano.

—En serio, hermano. Recomponte. Necesitamos salir de aquí.



CAPÍTULO TRES

Traducido por Pamee

El aire es espeso y fuerte mientras dejamos el aeropuerto en Nueva Delhi y caminamos por el bordillo. Crayton lleva el cofre de Marina bajo el brazo. Los coches pasan a centímetros en la congestionada calzada, con las bocinas a todo volumen. Los cuatro estamos alerta ante la mínima señal de problemas, incluso la ligera indicación de que nos están siguiendo. Llegamos a una intersección y nos empujan por todos lados. Las mujeres pasan con canastas sobre la cabeza; los hombres con cubos de agua sobre sus hombros oscuros nos gritan para que salgamos del camino. Nos abruman los olores, el ruido y la proximidad física del mundo atareado a nuestro alrededor. Permanecemos vigilantes.

Hay un mercado bullicioso al otro lado de la calle que pareciera que se extiende por kilómetros. Los niños nos rodean ofreciéndonos baratijas, y cortésmente rechazamos sus tallados en madera y joyería de marfil. Me sorprende el caos organizado de todo, feliz de ver que la vida avanza en lo que parece ser rutina, feliz de este momento alejado de la guerra.

—¿Dónde vamos ahora? —pregunta Marina, elevando la voz para hacerse escuchar por sobre el ruido.

Crayton escudriña la multitud que cruza la calle.

—Ahora que estamos lejos del aeropuerto y sus cámaras, supongo que podemos encontrar un... —Un taxi patina hasta detenerse frente a nosotros, con una nube de polvo ondeando de las ruedas, y el conductor abre la puerta del pasajero—. Taxi —termina Crayton.

—Por favor, ¿dónde puedo llevarlos? —pregunta el conductor. Es joven y parece nervioso, como si fuera su primer día de trabajo. Marina debe sentirse identificada con su estado de ánimo o bien está desesperada por alejarse de la multitud, porque salta directo al asiento trasero del coche y se corre rápidamente para hacer espacio.

Crayton le da al conductor una dirección mientras se dobla para sentarse en el asiento delantero. Eli y yo nos amontonamos atrás, junto a Marina.

El conductor asiente, y luego inmediatamente golpea el acelerador con el pie, lanzándonos a todos contra el asiento de plástico agrietado. Nueva Delhi se convierte en un borrón de colores brillantes y sonidos fugaces. Pasamos como un rayo entre

coches y rickshaws¹, cabras y vacas. Doblamos tan rápido en las esquinas que me sorprende que no lo hagamos en dos ruedas. Evitamos a los peatones por el ancho de un cabello tantas veces, que pierdo la cuenta. Luego decido que probablemente es mejor si no miro tan de cerca. El movimiento nos lanza adelante y atrás, unas sobre otras. La única forma de evitar caer al suelo sucio es afirmarnos de la otra y a cualquiera cosa que podamos agarrar.

El taxi salta sobre un bordillo en cierto momento, y sale disparado por el tramo de una angosta acera para evitar el tráfico estancado. Es una locura total y admito que me ha encantado cada segundo. Años de escapar, esconderme y luchar, me han vuelto una completa adicta a la adrenalina. Marina pone las manos en el reposa cabeza frente a ella, negándose a mirar fuera de la venta, mientras Eli se inclina sobre ella, intentando abarcarlo todo.

Sin advertencia, el conductor tira el taxi violentamente por una calle que corre detrás de una larga fila de edificios de almacén. La calle está flanqueada por docenas de hombres con fusiles AK-47. Nuestro conductor asiente hacia ellos mientras pasamos volando. Crayton me mira por sobre el hombro. Su rostro preocupado hace que el nudo en mi estómago se haga más grande. Repentina y notablemente, la calle está ausente de tráfico.

—¿Dónde nos llevas? —le exige Crayton al conductor—. Necesitamos ir al sur y nos llevas al norte.

Marina levanta la cabeza de un tirón, y ella y Eli me miran interrogantes.

De repente, el coche chilla al detenerse y el conductor salta por la puerta, rodando lejos del taxi. Una docena de furgonetas y camionetas cubiertas rodean el coche. Cada vehículo tiene una mancha similar de pintura roja en la puerta, pero no puedo distinguir muy bien lo que es. Unos hombres vestidos con ropa de calle saltan de las furgonetas, con ametralladoras en mano.

Ahora de verdad empieza a fluir la adrenalina. Siempre entra en juego antes de una pelea. Miro a Marina y veo la mirada aterrorizada en su cara, pero sé que recibirá las señales que le dé.

—¿Están listas, chicas? ¿Marina? ¿Eli? —Ellas asienten.

Crayton levanta una mano.

—¡Espera! Mira las camionetas, Seis. ¡Mira las puertas!

—¿Qué? —pregunta Eli—. ¿Qué hay en las puertas?

Los hombres se acercan, sus gritos se hacen más urgentes. Estoy demasiado concentrada en el peligro inminente para considerar de qué está hablando Crayton.

¹ Son carruajes o cochecitos para una persona, tirados por hombres. [N. de la T.]

Cuando gente con pistolas me amenaza a mí, o a los que quiero, me aseguro de que lo lamenten.

Marina mira por la ventana.

—¡Seis, mira! ¿Esos son números...?

Finalmente veo lo que todos están mirando, justo cuando se abre la puerta del lado de Marina. Las manchas rojas en las puertas de las camionetas son ochos.

—¡Salgan! —grita el hombre.

—Hagan lo que dice —murmura Crayton, con voz calmada—. Por ahora, haremos lo que quieren.

Salimos cuidadosamente del taxi, con las manos arriba, los cuatro paralizados por los números rojos pintados en las puertas de la camioneta. Debemos estar moviéndonos demasiado lento, porque uno de los hombres se inclina y tira a Eli impacientemente hacia delante. Ella pierde el equilibrio y se cae. No puedo evitarlo. No me importa si están con Número Ocho o no, no empujas al suelo a una niña de once años. Levanto al hombre en el aire con mi mente y lo lanzo al techo de un almacén cruzando la calle. Los otros hombres entran en pánico, girando con las armas y gritándose unos a otros.

Crayton me agarra el brazo.

—Averigüemos por qué están aquí y si saben dónde está Número Ocho. Si lo necesitamos, los golpearemos con toda la fuerza.

Todavía furiosa, me sacudo su mano, pero asiento. Tiene razón, no sabemos qué quieren con nosotros. Mejor averiguarlo antes de que sean incapaces de explicar.

Un hombre alto, de barba y con una boina roja, sale de una de las camionetas cubiertas y camina lentamente hacia nosotros. Su sonrisa es confiada, pero sus ojos son cautelosos. Una pequeña pistola asoma de su funda de hombro.

—Buenas tardes y bienvenidos —dice en inglés con acento marcado—. Soy el comandante Grahish Sharma del grupo rebelde Nacionalista Visnú Ocho. Venimos en paz.

—Entonces, ¿para qué son las armas? —pregunta Crayton.

—Las armas eran para convencerlos de que vinieran con nosotros. Sabemos quiénes son y nunca tomaríamos parte en una batalla contra ustedes. Sabemos que perderíamos. Visnú nos dijo que todos ustedes son poderosos como él.

—¿Cómo nos encontraron? —exige Crayton—. ¿Y quién es Visnú?

—Visnú es la esencia que todo lo impregna, de todos los comienzos, el amo del pasado, presente y futuro, el Dios Supremo, y el Protector del Universo. Nos dijo que

ustedes serían cuatro en total, tres chicas jóvenes y un hombre. Me pidió que les transmitiera un mensaje.

—¿Cuál es el mensaje? —pregunto.

El comandante Sharma se aclara la garganta y sonríe.

—Su mensaje es: Soy el Número Ocho. Bienvenidos a India. Por favor, vengan a verme tan pronto como puedan.



CAPÍTULO CUATRO

Traducido por Pamee

El cielo es gris y profundo; los bosques son oscuros y fríos. Han caído la mayoría de las hojas de los árboles, y yacen muertas en el suelo. Nueve camina por delante de mí, examinando el paisaje en busca de caza.

—Ya sabes, ese conejo estaba mejor de lo que pensaba que estaría. —Saca un pequeño trozo de enredadera de su bolsillo y se ata el enmarañado pelo negro en una cola de caballo—. Lo haré esta noche, si estás interesado.

—Creo que me haré algo después.

Parece sorprendido por mi aprensión.

—¿Asustado de una matanza fresca? Tienes que comer si quieres recuperar tus fuerzas. No sé por qué, pero nuestras piedras de curación no hacen efecto para quitarte el dolor. Y, ya sabes, esta enfermedad tuya de verdad es un estorbo. El tiempo se está acabando, amigo. Necesitamos que te recuperes y salir de aquí.

Sé cuán débil está mi cuerpo por cómo me canso mientras camino. Estamos a casi doscientos metros de nuestra casa destartada y ya estoy cansado. Tengo tantas ganas de volver ahí y dormir, pero sé que no me sentiré normal otra vez si no me levanto y me muevo.

—Oye, Nueve, déjame contarte sobre el sueño que tuve —digo.

Él suelta un bufido.

—¿Un sueño? No gracias, amigo. Bueno, al menos que sea sobre chicas. De *eso* me lo puedes contar *todo*; en detalle.

—Vi a Setrákus Ra. Hablé con él. —Nueve hace una pausa, luego sigue caminando—. Me ofreció un trato.

—¿Ah, sí? ¿Qué tipo de trato?

—Si vuelvo allí y lo enfrento, dijo que dejaría que todos los demás vivieran, incluido Sam.

Nueve bufa otra vez.

—Eso es un montón de mierda. Los mogadorianos no hacen tratos sin esperar mantenerlos hasta el final, y no muestran piedad.

—Me lo imagino, ¿por qué no solo finjo que le sigo la corriente? Tengo que volver a la cueva de todas formas, para sacar a Sam.

Nueve gira hacia mí, su rostro es una máscara de desinterés.

—Detesto reventarte la burbuja, amigo, pero es probable que Sam esté muerto. A los mogs no les importamos, y no les importan los humanos. Creo que tuviste una pesadilla, y siento que te hayas asustado y sintieras que necesitabas aburrirme con eso, pero incluso si de verdad sintonizaste con Setrákus Ra, ese tipo de oferta obviamente es una trampa y morirás si entras ahí. De hecho, morirás a veinte kilómetros de ese lugar. Te lo garantizo. —Se da la vuelta y se aleja de mí.

—¡Sam no está muerto! —grito, la ira comienza a alzarse en mi interior, dándome la fuerza que no he sentido en días—. Y el sueño *era* real. ¡Setrákus Ra lo estaba torturando! ¡Vi su piel chisporroteando por el líquido hirviendo que goteaba sobre él! No me voy a sentar por aquí y dejar que eso siga sucediendo.

Él se ríe de nuevo, pero esta vez no es de burla; no es exactamente tranquilizadora, pero definitivamente es más gentil.

—Escucha, Cuatro, estás demasiado débil para siguiera correr en el lugar, sobre todo para luchar con el ser más poderoso de la galaxia. Sé que suena insensible, amigo, pero Sam es *humano*. No hay forma de que puedas salvarlos a todos, así que deja de gastar tu tiempo y energía. No es como si tuvieras un suministro ilimitado de alguno de los dos.

El lumen de mis palmas comienza a encenderse. Ahora lo controlo, una mejora definitiva. Espero que el brillo sea una señal de que los efectos del campo de fuerza azul están desapareciendo.

—Mira. Sam es mi mejor amigo, Nueve. Tienes que entender eso y guardarte tus opiniones sobre mi *energía* para ti mismo, ¿está bien?

—No, tú mira —dice Nueve. Su voz suena plana—. No estamos en recreo. Estamos en guerra, amigo, *guerra*; y no puedes hacer que esto sea sobre tus sentimientos por Sam. Vamos a esperar hasta que te sientas mejor, cuando demonios sea eso, y luego vamos a ir a encontrarnos con los otros y a entrenar hasta que estemos listos. Si no te gusta, entonces tendrás que luchar conmigo para salir de aquí, y estoy *muuy* listo para una pelea, así que, adelante. Podría usar algo de práctica.

Levanta la mano y la apunta hacia algo entre los árboles. Un segundo después, escucho un rápido quejido.

—Lo tengo. —Nueve sonrío, claramente orgulloso de sus habilidades telequinéticas para cazar. Lo sigo, negándome a rendirme.

—¿No hay alguien por quien morirías? ¿Alguien por el que arriesgarías la vida por ayudarlo?

—Estoy arriesgando mi vida por ayudar a Lorien —contesta Nueve, fijándome con una mirada que me hace escuchar—. Moriré por Lorien y por cualquiera que sea

loriense. Y si muero, y es un gran “sí”, planeo hacerlo con dos cabezas de mogs aplastadas entre mis palmas y otra bajo el pie. No espero sentir cómo me quema tu símbolo en la pierna todavía, así que madura, deja de ser tan ingenuo y piensa más que en ti mismo, ahora.

Sus palabras me golpean fuerte. Sé que Henri hubiera estado de acuerdo con él, pero no le daré la espalda a Sam, otra vez. No sé si es la arrogancia de Nueve, o la urgencia de la visión que acabo de tener, o el aire fresco y la caminata, pero mi mente parece estar clara y fuerte por primera vez en días.

—Sam me salvó el pellejo más de una vez, y su papá estaba ahí para recibir nuestra nave cuando aterrizamos en la Tierra. Puede que su papá haya muerto por nosotros, por Lorien. Les debes a ambos que vuelvas a esa cueva conmigo. Hoy.

—Ni de cerca.

Avanzo hacia él y Nueve no vacila. Me agarra y me lanza contra un árbol. Me pongo de pie y estoy a punto de balancearme hacia él, cuando escuchamos que unas ramitas crujen tras nosotros. Nueve se vuelve hacia el ruido. Me apego al árbol, encendiendo débilmente mis palmas para estar listo para cegar a quien sea con mi lumen. Espero no haber sobrestimado cuánta fuerza recuperé de verdad.

Nueve me mira y susurra.

—Siento lo del árbol. Vamos a ver quién nos está buscando y matémoslo antes de que nos mate a nosotros.

Asiento y avanzamos. El ruido viene de una espesa parcela de agujas de pinos, que ofrece una excelente cobertura. Si dependiera de mí, esperaríamos para ver quién o qué estamos enfrentando, pero no Nueve. Tiene una pequeña sonrisa mientras se mueve hacia los pinos, listo para destruir lo que sea que emerja. Los pinos crujen otra vez, y una de las ramas más bajas se mueve, pero lo que vemos no es un cañón mogadoriano o una espada brillante; en cambio, emerge la pequeña nariz negra de un Beagle blanco y marrón.

—Bernie Kosar —digo, aliviado—. Qué bueno verte, amigo.

Él trota hacia mí y me inclino para acariciar su cabeza. Es la única criatura que ha estado conmigo desde el principio. Bernie Kosar me dice que está feliz de verme de pie otra vez.

—Se tardó, ¿cierto? —dice Nueve. Había olvidado que Nueve también desarrolló el legado de comunicarse con animales. Sé que es inmaduro, pero me molesta compartir este poder con él. Ya es el garde más grande y fuerte que haya visto, tiene la habilidad de transferir poderes a humanos, un legado de anti-gravedad, súper velocidad y escucha, telequinesis y lo que sea que no me haya dicho todavía. Mi lumen me aparta

del resto, pero a menos que encuentre una fuente de fuego con lo que combinarlo, es prácticamente inútil. Mi habilidad de hablar con animales era algo que estaba esperando que se desarrollara más, pero ahora estoy seguro de que Nueve le encontrará un uso mejor antes que yo.

Bernie Kosar debe ver la decepción en mi cara, porque me pregunta si quiero ir a pasear con él. Solos.

Nueve lo oye y dice—: Vaya. De todas formas, BK solo habla de ti. Cuando no estaba patrullando el perímetro, estaba en la habitación cuidándote.

Sigo acariciándole la cabeza.

—Ése eras tú, ¿eh? —Bernie Kosar me lame la mano—. Mi otro mejor amigo —digo—. Moriría por ti también, BK.

Nueve gruñe por la demostración de afecto. Sé que se supone que nos cuidamos la espalda el uno al otro en esta enorme guerra intergaláctica, pero a veces deseo que solo *estuviéramos* BK y yo. Y Sam, y Sarah, y Seis, y Henri. De verdad, aceptaría a cualquiera, menos a Nueve.

—Voy a buscar lo que sea que haya matado allí, me aseguraré de que tengamos algo de comida para esta noche —dice Nueve mientras se aleja—. Ustedes chicos, vayan a su paseo especial. Cuando vuelvan, tenemos que hablar acerca de encontrar al resto de los garde, ahora que estás en funcionamiento.

—Y exactamente ¿cómo vamos a encontrarlos? La dirección que Seis nos dio para nuestro punto de encuentro estaba en el bolsillo de Sam. Por todo lo que sabemos, los mogs la tienen y están esperando que Seis aparezca. Eso suena como otra razón más para encontrar a Sam, si me preguntas —señalo intencionadamente.

Bernie Kosar concuerda. Parece que él quiere buscar a Sam tanto como yo.

—Hablaremos de eso en la cena. Estoy pensando en una zarigüeya, tal vez una rata almizclera —dice, ya dirigiéndose a los bosques para buscar su presa.

Bernie Kosar me dice que lo siga, me dirige a través de los árboles y bajamos por una colina con césped.

La tierra se nivela a unos metros antes de elevarse otra vez. Nos movemos rápidamente y el ejercicio se siente increíble ahora que mi fuerza está regresando. Dos árboles enormes se inclinan contra el otro adelante. Me concentro y los aparto con la mente. Tan pronto hay un espacio entre ellos, BK salta por en medio y yo corro tras él, recordando nuestras carreras matutinas a la escuela, allá en Paraíso. La vida era mucho más fácil entonces, cuando pasaba los días entrenando con Henri, y mi tiempo libre lo pasaba con Sarah. Era emocionante descubrir de qué era capaz, cómo me ayudarían mis poderes para hacer lo que se necesitaba hacer. Incluso cuando estaba

frustrado o asustado, había tantas *posibilidades* y solo me podía centrar en eso. No tenía idea de lo fácil que lo tenía entonces.

Mi espalda está pegajosa por el sudor cuando alcanzamos una pequeña cima. Estoy mejor, pero todavía no estoy al cien por ciento. La vista es espectacular, una escena panorámica de las montañas Apalaches rodeadas de abetos, bañadas en la luz de la tarde. Puedo ver por kilómetros.

—Tengo que decir, amigo, que esto es bastante increíble. ¿Querías que viera esto? —pregunto.

A la distancia, bajando a la izquierda, dice él. ¿Lo ves?

Examino el paisaje.

—¿En ese valle profundo?

Más allá, dice. ¿Ves ese brillo?

Bizqueo y miro más allá del valle. Hay un grupo de árboles gruesos y el débil contorno de un lecho rocoso. Entonces lo veo. A través de los árboles, por debajo y lejos a la izquierda, hay un brillo plateado de luz azul. Es el campo de fuerza en lo bajo del cuartel general de los mogs.

No puedo estar a más de tres kilómetros de distancia. Bernie Kosar dice que podemos volver ahora mismo si quiero. Entrará conmigo esta vez, ahora que Sam y yo desactivamos el sistema que transmitía el gas mortal para los animales en la montaña.

Un temblor me recorre el cuerpo mientras miro la luz azul. Sam está ahí. Y Setrákus Ra.

—¿Qué pasa con Nueve?

Bernie Kosar da vuelta por mis piernas dos veces, antes de sentarse a mis pies.

Depende de ti, responde. Nueve es fuerte y rápido, pero también es impredecible.

—¿Lo has traído aquí arriba? —pregunto—. ¿Sabe lo cerca que estamos?

Bernie Kosar inclina la cabeza como para decir: *Sí*.

No puedo creer que supiera y no me haya dicho. Suficiente, terminé con Nueve.

—Volveré a la casa. Le daré a Nueve la opción de venir con nosotros, pero da lo mismo lo que diga, es hora de que me enfrente a Setrákus.



CAPÍTULO CINCO

Traducido por Pamee

Rebotamos por una carretera llena de baches en una camioneta de transporte militar. Estamos a las afueras de la ciudad y miro alrededor. Veo una enorme cordillera apareciendo en la distancia, pero eso no me dice mucho. Por delante y detrás de nosotros, van vehículos llenos de soldados. Mi cofre está a mis pies y Seis está sentada junto a mí; eso me hace respirar un poco más relajada. Después de la batalla en España, las únicas veces que me siento ligeramente segura, es cuando Seis está cerca.

Nunca pensé que extrañaría a las hermanas de Santa Teresa, pero ahora mismo, daría cualquier cosa por volver al convento. Por años, todo en lo que pensaba era en escapar de sus reglas y castigos, pero ahora que he escapado, todo lo que quiero es algo conocido, incluso si viene en la forma de disciplina religiosa.

Mi cêpan, Adelina, está muerta; la asesinaron los mogadorianos. Mi mejor y único amigo, Héctor Ricardo, también está muerto. Tanto el pueblo como el convento se han ido, arrasados por los mogadorianos.

Las muertes pesan sobre mis hombros; Adelina y Héctor estaban luchando para protegerme a mí. Dios, espero no ser una maldición. Odio la idea de que mi inexperiencia y falta de entrenamiento puedan herir a alguien más. No quiero poner en peligro esta misión en India solo por mi presencia.

Finalmente, el comandante Sharma gira para ponernos al corriente.

—El viaje durará algunas horas. Por favor, pónganse cómodos. Pueden servirse agua de la nevera tras suyo. No atraigan la atención; de ninguna forma. No sonrían, ni siquiera asientan. Nos están buscando.

Crayton asiente.

—Así que, ¿qué opinas de todo esto? —le pregunta Seis a Crayton—. ¿De verdad crees que él está ahí arriba?

—Sí, tiene sentido.

—¿Por qué es eso? —pregunto.

—Las montañas son el lugar ideal para que se esconda un miembro de la garde. Por años, la gente ha temido acercarse a los glaciares del norte de China. Las historias de avistamientos extraterrestres son suficientes para asustar a los lugareños, y el ejército chino ha sido incapaz de investigar los reportes porque apareció un lago misterioso en

el valle y bloqueó su acceso. Quién sabe lo que es verdad y qué es rumor, pero de todas formas, es un lugar excelente para esconderse.

—¿Crees que hay otros extraterrestres ahí arriba, además de Número Ocho? —pregunta Eli—. Ya sabes, ¿mogadorianos?

Me estaba preguntando lo mismo.

—No sé quién más está ahí arriba, si es que hay alguien, pero pronto lo averiguaremos —contesta Crayton. Se limpia el sudor de la frente y toca mi cofre con la punta de un dedo—. Mientras tanto, deberíamos comenzar a entender cómo usar lo que hay aquí, para ayudar a prepararnos; si Marina es lo suficientemente amable para compartir.

—Seguro —digo tranquilamente, bajando los ojos al cofre. No me opongo a compartir mi herencia, pero me avergüenza lo poco que entiendo de lo que tengo. Se suponía que el cofre lo íbamos a compartir entre Adelina y yo, era su trabajo explicarme cómo usarlo todo, cómo podía salvar mi vida; pero eso nunca pasó. Después de un segundo, digo—: Aunque no sé qué hace cada uno.

Crayton estira la mano y toca la mía. Me encuentro con sus ojos solemnes y a la vez alentadores.

—Está bien que no sepas. Te enseñaré lo que pueda —dice—. Ahora ya no soy solo el cêpan de Eli; soy el de todos ustedes. Mientras esté vivo, Marina, puedes contar conmigo.

Asiento y presiono la palma contra el candado. Ahora que Adelina está muerta, puedo abrir sola el cofre, un poder dulce amargo. Seis me observa, y sé que entiende exactamente cómo me siento, habiendo perdido a su cêpan también. El frío candado de metal tiembla contra mi mano y cae al suelo de la camioneta con un clic. La sucia carretera por la que vamos está cubierta de baches y escombros, lo que nos zarandea constantemente y hace que sea difícil estabilizar mi mano mientras busco dentro del cofre. Tengo cuidado de no tocar el brillante cristal rojo en la esquina, que me causó tanto problema en el campanario del orfanato, el que temía que fuera una granada loriense, o peor. Tomo un par de anteojos oscuros.

—¿Sabes para qué son estos? —le pregunto a Crayton.

Él los examina un segundo, pero me los devuelve, sacudiendo la cabeza.

—No estoy seguro, pero deben darte el poder de ver a través de las cosas, como visión de rayos X; o podrían ser detectores térmicos, buenos para ver de noche. Solo hay una forma de averiguarlo, ya sabes.



Me pongo los anteojos y miro por la ventana. Además de opacar el brillo del sol, no parece cambiar nada más. Me examino las manos pero son tan sólidas como antes, y cuando miro el rostro de Crayton, no hay ningún punto térmico o caliente.

—¿Entonces? —pregunta Seis—. ¿Para qué sirven?

—No lo sé —contesto, examinando el paisaje árido otra vez—. Tal vez son anteojos de sol normales.

—Lo dudo —dice Crayton—. Tienen un uso que descubrirás, justo como todo lo demás que hay ahí.

—¿Puedo verlos? —pregunta Eli y se los paso. Se empuja los anteojos por la nariz, luego gira y mira por la ventana trasera. Yo vuelvo a mi cofre.

—Esperen... todo se ve un poco diferente, de alguna forma, aunque no sé por qué. Es casi como ver algo retardado... o tal vez acelerado... no puedo decidirlo. —De repente, Eli jadea, luego grita—: ¡Cohete! ¡Cohete!

Seguimos su mirada, pero no veo nada además del cielo azul cristalino.

—¿Dónde? —grita Crayton. Eli apunta al cielo.

—¡Salgan de la camioneta! ¡Tenemos que salir ahora mismo!

—No hay nada ahí. —Seis bizquea y mira el horizonte—. Eli, creo que esos anteojos te están confundiendo, porque no veo nada.

Eli no escucha, pasa sobre mí con los anteojos puestos todavía y abre la puerta. El arcén de la carretera está lleno de rocas afiladas y arbustos muertos.

—¡Salten! ¡Ahora!

Finalmente, oímos un débil silbido en el aire y de repente, aparece un punto negro a la vista, justo donde Eli estaba señalando.

—¡Salgan! —grita Crayton.

Tomo mi cofre abierto y salto. Mis pies golpean la dura carretera sucia y quedan bajo mi cuerpo; el mundo se convierte instantáneamente en un remolino de marrones, azules y dolores agudos. La rueda de nuestra camioneta me roza el brazo, y apenas puedo cambiar la dirección a tiempo, para rodar fuera del camino de la siguiente camioneta a exceso de velocidad. Mi cabeza golpea una piedra filosa y giro una última vez, aterrizando sobre mi cofre. El impacto me quita el aliento, y el contenido de mi cofre queda esparcido en la tierra. Escucho a Eli y a Seis tosiendo cerca, pero no puedo verlas por la nube de polvo que nos rodea. Un segundo después, el cohete choca contra el suelo justo detrás de la camioneta de la que nos lanzamos. La explosión es ensordecedora, y con el comandante Sharma todavía dentro, la camioneta se vuelca en una nube de humo. El jeep carena tras ésta no puede virar. Golpea el borde de la grieta que causó el cohete, y se hunde en el agujero inmenso. Dos cohetes más impactan el

convoy. El aire es tan espeso por el polvo, que no podemos ver los helicópteros por encima, pero podemos oírlos.

Tiento a ciegas el área a mí alrededor, intentando reunir todo lo que se cayó de mi cofre. Sé que probablemente estoy recogiendo tanto rocas y ramitas como partes de mi herencia, pero puedo ordenarlo después.

Acabo de agarrar el cristal rojo cuando oigo que el sonido de un disparo quiebra el aire.

—¡Seis! —grito—. ¿Estás bien?

Entonces, escucho gritar a Eli.



CAPÍTULO SEIS

Traducido por Pamee

Estoy frenético mientras abro las puertas de los armarios, mirando bajo los pocos muebles que hay, cuando escucho que alguien entra ruidosamente a la casa. Asumo que es Nueve, porque Bernie no está gruñendo.

—Nueve —grito—, ¿dónde escondiste mi cofre?

—Mira debajo del fregadero de la cocina —me contesta gritando.

Entro a la cocina. El piso de linóleo combado parece un tablero de ajedrez decrepito sobre el que alguien derramó café. Las manillas de la alacena bajo el fregadero están sueltas, y cuando las tiro, oigo un clic.

—¡Espera, Cuatro! —grita Nueve desde la otra habitación—. ¡Hice una... —La puerta de la alacena se abre con una explosión, y yo salgo volando—... trampa! —termina Nueve.

Una docena de palos afilados sale disparada directamente hacia mí. Están a centímetros cuando mis instintos se hacen cargo y soy capaz de desviarlos con mi telequinesis. Los palos rebotan a izquierda y derecha, y se clavan en las paredes.

Nueve está en la puerta, riéndose.

—Lo siento mucho, amigo. Olvidé completamente decirte que armé eso.

Me pongo de pie de un salto, furioso. Bernie Kosar entra de un patinazo y le gruñe a Nueve. Mientras él regaña a Nueve por su estupidez, me concentro en sacar los palos de las paredes. Hago que floten en el aire, apuntando a Nueve.

—No parece lamentarlo.

De verdad estoy considerado arrojarle las pequeñas lanzas, pero él usa su telequinesis para partirlos en dos, cuatro y luego ocho pedazos, y caen al suelo.

—Oye, de verdad lo olvidé —dice, encogiéndose de hombros. Se gira y se dirige a la otra habitación—. De todas formas, toma tu cofre y tráelo aquí. Tenemos que volar, así que empieza a recoger tus cosas.

Mi lumen ilumina la alacena mohosa y cuidadosamente, meto la cabeza bajo el fregadero. Al principio, no veo nada y creo que Nueve está jugando conmigo. Estoy a punto de marchar a la sala de estar para exigirle que me devuelva mi cofre, cuando noto algo. El lado izquierdo de la alacena es más profundo que el derecho. Paso la mano y quito la pared falsa de madera contrachapada. Bingo. Ahí está. Tomo el cofre y lo saco de la cocina.

En la sala de estar, Nueve está escarbando en su propio cofre, el cofre que rescatamos de la cueva mogadoriana.

—Qué bueno verte, viejo amigo —dice, cuando saca un corto tubo plateado; luego toma una cosa redonda y amarilla, cubierta con pequeños bultos. Parece una fruta extraña y medio espero que la apriete para sacarle jugo. La pone en su palma, y antes de que pueda preguntarle qué es, la azota contra el piso y rápidamente se apoya contra la pared. Rebota alto luego de golpear la alfombra, cambia de amarillo a negro, y se expande al tamaño de un pomelo. Cuando alcanza la altura del hombro, las pequeñas protuberancias explotan, transformándose en clavos afilados como navajas. Me agacho y ruedo en dirección a BK, para evitar quedar empalado.

—¿Qué demonios?! —grito—. ¡Podrías haberme advertido! Esta es la segunda vez en menos de cinco minutos en que casi me matas.

Nueve no retrocede cuando los clavos se retractan violentamente de vuelta a la pelota, antes de que ésta vuelva a su palma.

—Oye, oye, oye, ¿podrías relajarte, por favor? —dice Nueve. Sostiene la pelota cerca de sus ojos, haciéndome contener la respiración—. Sabía que nada te iba a golpear. Puedo controlarla con mi mente. Bueno, puedo controlarla parcialmente. Por lo general.

—¿Parcialmente? ¿Me estás bromeando? No vi mucho control ahora mismo. Tuve que saltar del camino.

Nueve aleja la pelota de su ojo, pareciendo un poco mortificado; aunque no lo suficiente.

—Ahora mismo, solo puedo controlar el color.

—¿Eso es todo? —Estoy incrédulo. Él se encoge de hombros. BK le dice que deje de hacer el tonto.

—Oye, solo estoy revisando para asegurarme de que recuerdo cómo funciona todo. Todo lo que sé utilizar, por lo menos —comenta Nueve, dejando caer la pelota de vuelta al cofre—. Porque nunca se sabe.

Saca el hilo de piedras verdes que usó en la cueva mogadoriana y lo lanza al aire. Flota en un círculo perfecto y aspira ruinas del suelo como un agujero negro. Gira hacia la ventana trasera y brilla con un color blanco, y cuando Nueve chasquea los dedos, los escombros salen del círculo con una explosión, quebrando lo que quedaba de la ventana.

—¡Mira eso! —Se ríe.

Abro mi propio cofre. Nueve cree que hay algo en nuestros cofres que puede ayudarnos a encontrar a los otros. Lo primero que veo es la lata azul de café que

contiene las cenizas de Henri, y tomo aliento. Me transporto de vuelta instantáneamente al bosque en Paraíso, a la caminata con Sarah entre la nieve derritiéndose para ver el cadáver de Henri. Le prometí a Henri que lo llevaría de vuelta Lorien, y todavía planeo hacerlo.

Cuidadosamente, pongo la lata de café en el suelo junto al cofre, y tomo la daga con la hoja de diamante, dejando que la empuñadura se extienda y se envuelva alrededor de mi puño. La doy vuelta, mirando la hoja. Libero la daga y continúo examinando los artículos. Intento no fijarme en los objetos que no conozco: el talismán con forma de estrella, la colección de hojas secas atadas con un cordel, el brazalete ovalado rojo brillante; y también intento mantenerme apartado del cristal doblemente envuelto en toallas y sellado dentro de una bolsa plástica. La última vez que toqué ese cristal, mi estómago se convulsionó y el ácido subió por mi garganta.

Hago a un lado la suave roca amarilla xitharis que transfiere legados y tomo un cristal oblongo que está lleno de recuerdos. Su superficie es cerosa con un interior nuboso, y es lo primero que Henri sacó del cofre para enseñarme. Cuando las nubes se arremolinaron, fue cuando mi primer legado comenzó a desarrollarse. Este cristal fue el comienzo.

Cuando veo los anteojos del papá de Sam y la tablet blanca que Seis y yo encontramos en la oficina del pozo de Malcolm Goode, es suficiente para devolverme de golpe a la realidad.

Miro a Nueve.

—Tal vez hay algo en nuestros cofres que nos pueda ayudar a atravesar el campo de fuerza azul. De todas formas, creo que se ha debilitado su efecto. Puede que haya una oportunidad de que lleguemos hasta Sam esta noche.

—Sería genial si algo en el cofre nos ayudara a lograrlo, eso es seguro —dice Nueve con tono casual, sus ojos están fijos en el guijarro púrpura que está equilibrando en el dorso de su mano, y entonces desaparece.

—¿Qué es eso? —pregunto.

Nueve da vuelta la mano y el guijarro reaparece en su palma.

—No tengo idea, pero sería una forma increíble de comenzar una conversación con las damas, ¿no crees?

Sacudo la cabeza y deslizo el brazalete del cofre sobre mi mano. Espero que me impulse en el aire o que dispare un aro de láseres, pero solo cuelga de mi muñeca. Muevo el brazo sobre la cabeza, pidiéndole que funcione, rogándole que revele sus poderes. No pasa nada.

—¿Tal vez deberías probar con lamerlo? —Nueve se ríe, observándome.

—Probaré cualquier cosa —murmuro, frustrado. Me lo dejo puesto con la esperanza de que simplemente *pase* algo. Todo lo que hay en mi cofre proviene de los ancianos. Todo tiene un propósito, así que sé que tiene que hacer algo.

Mi mano roza la bolsa de terciopelo que contiene los siete orbes que conforman el sistema solar de Lorien. Abro la bolsa, dejo caer las rocas en mi mano y se las muestro a Nueve, recordando el día en que Henri me las enseñó por primera vez.

—¿Éstas son las que estás buscando para encontrar a los otros? Henri las tenía. Así es cómo averiguamos que otro miembro de la garde estaba en España.

—Nunca las había visto. ¿Qué hacen?

Soplo suavemente sobre las rocas y brillan, reviviendo. Bernie Kosar ladra al ver los orbes flotando sobre mi palma, que se convierten en planetas y orbitan al sol. Justo cuando estoy a punto de alumbrar Lorien con mi lumen para verlo en su estado verde y exuberante, como era el día antes del ataque mogadoriano, los orbes aceleran nuevamente, se aclaran y ya no puedo controlarlos. Nueve se acerca y observamos mientras los planetas colisionan uno por uno con el sol, hasta que solo hay una gran esfera frente a nosotros. El nuevo globo rota en su eje y despidе una luz tan fuerte que tenemos que protegernos los ojos. Eventualmente, el globo se oscurece y su superficie se eleva y se retira, hasta que vemos una réplica perfecta de la Tierra.

Nueve está hipnotizado. La Tierra rota y de inmediato vemos dos puntos de luz parpadeante, uno encima del otro. Una vez que nos orientamos, vemos que están en Virginia Occidental.

—Ahí estamos —digo.

La bola sigue rotando, y vemos que hay otro punto de luz en India; un cuarto se está moviendo rápidamente hacia el norte de lo que parece Brasil.

—Pasó lo mismo cuando les estaba mostrando nuestro sistema solar a Seis y a Sam, unos días atrás en el coche. Se convirtió en un globo de la Tierra. Fue la primera vez que hizo eso —comento.

—Estoy confundido —dice Nueve—. Solo hay cuatro puntos en esta cosa, y se supone que quedamos seis.

—Sí, no estoy seguro de eso. Cuando pasó la otra vez, apareció un punto en España —digo—. Después todo se puso borroso y escuchamos a alguien que sonaba asustada y gritaba el nombre Adelina. Asumimos que era otra miembro de la garde, y ahí fue cuando Seis decidió ir a España para intentar encontrarla. Imaginé que era así que planeabas contactar con los otros, pero supongo que no, si nunca antes lo habías visto.

Nueve agranda los ojos.

—Espera. Oh por Dios, hombre. No había visto esta cosa, pero creo que Sandor me contó sobre ella. Para ser honesto, cuando abrimos mi cofre la primera vez, el tubo plateado y la pelota amarilla como puerco espín eran tan asombrosos, que solo escuche la mitad de lo que dijo después, pero ahora recuerdo que me dijo que algunos de nosotros teníamos un cristal rojo (que yo tengo, y eso era lo que había pensado utilizar para comunicarnos con los otros), y algunos tienen el sistema solar.

—No lo entiendo.

Se vuelve a su cofre, toma un cristal rojo del porte de un encendedor, cierra la tapa del cofre, y se gira de nuevo hacia mí. Miro el sistema solar y jadeo. Uno de los puntos azules en Virginia Occidental ha desaparecido.

—Wow, espera. Abre tu cofre de nuevo. Quiero ver algo.

Nueve obedece y reaparece el segundo punto rojo en la Virginia Occidental del globo.

—Está bien. Ahora, ciérralo.

Él lo cierra y el punto desaparece otra vez.

—Esto es aburrido —dice. Cuando Nueve habla, el globo terráqueo se vuelve borroso y vibra con su voz con un retardo de medio segundo—. Espera, ¿qué fue eso? ¿Por qué mi voz tiene eco?

La Tierra vibra otra vez.

—No es aburrido, *esto* es increíble —digo, mirando el globo fijamente—. La razón de por qué no vemos a los seis garde en el globo, es porque el orbe solo revela a los miembros de la garde que tienen abiertos los cofres en ese momento exacto. Observa.

Levanto la tapa del cofre de Nueve. Nueve silba.

—Muy interesante, Cuatro, muy interesante.

Medio segundo después, oímos su voz a través del globo, nuevamente. Nueve deja el cristal, habiéndolo averiguado.

—Pero juzgando por la velocidad de éste de aquí —digo, señalando el punto en movimiento—, quién quiera que esté en Sudamérica, tiene que estar en un avión. Está cubriendo mucho terreno en muy poco tiempo, para que sea de otra forma.

—¿Por qué abrirían su cofre en un avión? —pregunta Nueve—. Eso es estúpido.

—Tal vez están en problemas. Tal vez se están escondiendo en el baño, intentando averiguar qué hacen todas esas cosas, como nosotros ahora.

—¿Pueden vernos ahora mismo, también?

—No lo sé, pero tal vez puedan oírnos. Creo que si sostienes ese cristal rojo, cualquiera de nosotros que tenga un macrocosmos de la Tierra puede escucharte.



—Si la mitad de nosotros tiene un cristal, y la otra mitad tiene el poder de hacer funcionar este gran globo, entonces...

—La única forma para que de verdad nos comuniquemos de ida y vuelta, sería si primero nos juntáramos dos de nosotros —lo interrumpo—. Bueno, ahora que estamos juntos, tal vez deberíamos intentar hablarles a los demás. Ya sabes, en caso de que estén funcionando sus macrocosmos —digo—. Tal vez otro par se haya unido, como nosotros.

Nueve toma el cristal rojo y lo sostiene cerca de su boca, como un micrófono.

—¿Hola? Uno, dos, tres, probando. —Se aclara la garganta—. Muy bien, si alguno de ustedes, miembros de la garde, está frente a una bola brillante, escuchen: Cuatro y Nueve están juntos, y estamos listos para encontrarnos con ustedes. Queremos entrenar, terminar con toda esta mierda y volver a Lorien. *Pronto*. No vamos a decir dónde estamos exactamente, en caso de que haya algún mog escuchando, pero si tienen funcionando su macrocosmo, verán dos puntos juntos, y esos son, eh, nosotros. Así que, eh... —Nueve me mira y se encoge de hombros—. Eso es todo. Cambio y fuera y todo eso.

De pronto, siento la piel de mi muñeca adormecida bajo el brazalete. La sacudo y mi brazo comienza a hormiguar.

—Espera. Diles que estamos a punto de salir de aquí y que vengan a Estados Unidos. Que ahí es dónde está Setrákus Ra, el líder mogadoriano. Diles que iremos tras él y que vamos a rescatar a nuestros amigos tan pronto como podamos.

La Tierra frente a mí vuelve a la vida vibrando con el eco de la voz de Nueve.

—Todo el mundo venga a Estados Unidos, TPCP². Setrákus Ra mostró su fea cara por aquí y nos proponemos rompérsela y derribarlo *muy* pronto. Les enviaremos otro mensaje mañana. Permanezcan sintonizados.

Nueve deja caer el cristal rojo de vuelta a su cofre, pareciendo demasiado complacido de sí mismo, y luego un poco avergonzado por hablarle a una esfera.

Frunzo el ceño. Mi brazo derecho se ha vuelto frío como el hielo, y estoy a punto de arrancarme el brazalete antes de meter los orbes de vuelta en la bolsa de terciopelo, cuando la Tierra se vuelve borrosa otra vez; luego se escucha una explosión, seguida de una voz que conozco bien: es la misma chica que escuché antes, la chica que Seis fue a buscar a España. Está gritando: “¡Seis! ¿Estás bien?”

Escuchamos un grito y dos explosiones más sacuden los bordes borrosos del globo. Tomo el cristal del cofre de Nueve, frenético por comunicarme con ella.

² TPCP: Tan pronto como puedan. [N. de la T.]

—¡Seis! —grito. Saltaría a esa cosa si pudiera averiguar cómo—. ¡Soy yo, John! ¿Puedes oírme?

No hay respuesta. Escuchamos los sonidos débiles de las aspas de un helicóptero antes de que el globo se quede en silencio otra vez y los bordes de la Tierra se vuelvan sólidos.

La luz parpadeante en India ha desaparecido.

De repente, el globo se encoge y vuelve a transformarse en siete orbes, los que caen al suelo.

—Eso *no* sonaba bien —dice Nueve, recogiendo las rocas. Las vuelve a lanzar a mi cofre, y saca su cristal de mi mano congelada.

Seis está en problemas, el tipo de problemas que involucra explosiones y helicópteros y montañas. Y todo eso está pasando ahora, al otro lado del mundo. ¿Cómo voy a llegar a India? ¿Dónde puedo abordar un avión?

—¿Seis es la chica que te dio el mapa a la montaña? ¿La que te abandonó a ti y a tu chico para irse de viaje a España? —pregunta Nueve.

—Ésa es ella —contesto, pateando mi cofre para cerrarlo, con los puños apoyados en las caderas. Mi cabeza está girando. ¿Qué pasa con Seis? ¿Quién es la otra chica, la que ahora he escuchado dos veces? Noto que siento el brazo extraño. Escuchar su voz me distrajo tanto, que me olvidé del malestar creciente en mi brazo.

Intento quitarme el brazalete de la muñeca, y me quema los dedos.

—Algo está pasando con esta cosa. Creo que puede tener algo malo.

Nueve cierra su cofre y estira la mano.

—¿El brazalete? —Tan pronto lo toca, aleja la mano—. ¡Demonios! ¡Me quemó!

—Bueno, ¿qué hago? —Intento agitar el brazo, esperando poder arrojar el brazalete.

Bernie Kosar trota para olerlo, pero se detiene a mitad de camino y levanta la cabeza para mirar fijamente la puerta frontal. Levanta las orejas y se le eriza el pelaje.

Alguien está aquí, dice.

Nueve y yo nos miramos, y comenzamos a adentrarnos lentamente en la habitación, alejándonos de la puerta.

Habíamos estado tan absortos con todo lo de nuestros cofres, y escuchando la voz a través del globo, que habíamos bajado la guardia, y no estábamos prestando atención a nuestro alrededor.

De repente, arrancan la puerta de las bisagras. Unas bombas de humo entran volando por las ventanas, lanzando fragmentos de vidrio por todas partes.



Quiero luchar, pero el dolor del brazalete ahora es tan intenso, que no me puedo mover. Caigo de rodillas. Veo el destello de una luz verde y oigo gritar a Nueve de dolor, luego cae junto a mí.

He visto antes esa luz verde. Es la inconfundible luz verde de un cañón mogadoriano.

CAPÍTULO SIETE

Traducido por Cloy

Las balas pasan silbando de cerca, explotando en la tierra a nuestro alrededor. Eli y yo nos cubrimos tras los restos de uno de los camiones. Pareciera que las balas vienen de todos lados, desde todas las direcciones, desde todos los ángulos. Le han dado a Eli. El aire está tan lleno de polvo por toda la conmoción, que ni siquiera puedo ver sus heridas. Paso mis manos gentilmente por su cuerpo hasta que siento la sangre húmeda y pegajosa, entonces encuentro un agujero de bala en su muslo inferior. Cuando lo toco, ella grita de dolor.

Utilizo la voz más suave que soy capaz, dadas las circunstancias.

—Va a estar bien. Marina te puede ayudar, solo tenemos que encontrarla. —Tomo a Eli cuidadosamente y empiezo a alejarme del camión, protegiéndola con mi cuerpo. Casi me tropiezo con Marina y Crayton, que están juntos detrás de otro pedazo de chatarra.

—¡Vamos! ¡Eli está herida! ¡Tenemos que salir de aquí!

—Hay demasiados de ellos. Si tratamos de huir ahora, nos matarán. Primero tratemos con Eli, y luego contratacaremos —dice Crayton.

Ubico a Eli a un lado de Marina; todavía lleva puestas las gafas oscuras. Puedo ver sus heridas con claridad ahora, la sangre fluye a un ritmo constante. Marina pone las manos sobre la pierna de Eli y cierra los ojos. Eli inhala fuertemente, su pecho comienza a subir y bajar a un ritmo rápido. Es realmente increíble ver el legado de Marina en acción. Otra explosión suena cerca y una ola de polvo barre sobre nosotros justo cuando la herida de Eli se contrae, empujando la bala desde la carne. La hendidura pasa del negro al rojo y luego de vuelta al color de su piel pálida y perlada. El esbozo de un pequeño hueso se desplaza debajo de la superficie de su piel y el cuerpo de Eli poco a poco comienza a relajarse.

Apoyo una mano con alivio en el hombro de Marina, y le digo—: Eso fue increíble, Marina.

—Gracias. Fue bastante genial, ¿no? —Marina quita sus manos de Eli, quien poco a poco se apoya por sí misma sobre los codos. Crayton la abraza. Un helicóptero ruge sobre nuestras cabezas y diezma dos camiones con una ráfaga de balas. Un trozo de metal aterriza cerca de mí; es un pedazo ardiente de la puerta de un camión, el número ocho rojo apenas se ve. Ver esto me llena de ira.

Ahora que Eli está curada, estoy lista para luchar.

—¡Ahora nos movemos hacia ellos! —le grito a Crayton.

—¿Son los mogadorianos? —pregunta Marina, cerrando el seguro de su cofre.

Crayton mira sobre la pila de escombros tras los que nos hemos estado escondiendo, y vuelve a su posición para reportar.

—No son los mogs; pero son un montón y se están acercando. Podemos luchar aquí, pero sería mejor llevarlos hacia las montañas. Sean quienes sean, si no están aquí para atacarnos, pero están luchando contra el comandante Sharma, no veo ninguna razón para que revelen sus poderes.

Una explosión detrás de nosotros empuja otra nube de polvo en nuestro camino, y veo al helicóptero dar vuelta en círculos y luego dirigirse directamente hacia nosotros. Marina y yo nos miramos mutuamente y podemos darnos cuenta de que estamos pensando lo mismo. No hay manera de honrar la petición de Crayton de no usar nuestros legados y hacer lo que tenemos que hacer. Ella toma el control del helicóptero e invierte su trayectoria de vuelo. Sus pasajeros nunca entenderán lo que pasó, pero nosotras sabemos que está fuera de nuestro camino. Y sin importar quién esté dentro, no queremos que nadie esté en nuestro peligroso camino de forma innecesaria. Eli y yo suspiramos de alivio cuando vemos que las aspas giran, desapareciendo en la distancia, mientras Crayton lo mira con el ceño fruncido. Entonces, el comandante Sharma emerge y entra a nuestra cubierta.

—Gracias a Dios, están vivos —dice. Estoy tentada a decirle lo mismo, ya que pensé que fue asesinado cuando golpeó ese primer cohete. Unos chorritos de sangre surgen de un gran corte en su sien, y su brazo derecho cuelga torpemente a su lado.

—Lo hago responsable de esto —le digo, mirándolo fijamente.

Él sacude la cabeza.

—Esos son soldados del Frente de Resistencia del Señor. Son ellos a los que estamos tratando de evitar.

—¿Qué quieren? —pregunto.

El comandante Sharma escanea el horizonte antes de mirarme a los ojos.

—Matar a Visnú y destruir a todos sus amigos. Como a ustedes. Hay más en camino.

Cambio de posición a cuclillas y con cuidado miro por encima del camión demolido. Una brigada de gran cantidad de vehículos fuertemente armados se está moviendo hacia nosotros, y varios helicópteros se ciernen sobre ellos. Unos pequeños destellos de luz aparecen en la larga fila de camiones y jeeps, y segundos después, escucho las balas comprimiéndose más allá de nosotros.

—Vamos a patear algunos traseros —digo.



—No es posible que los derrotemos aquí —dice el comandante Sharma, recogiendo una ametralladora con su mano buena—. No más de veinte de mis hombres siguen luchando. Debemos llevarlos a un terreno más alto, si queremos tener una oportunidad de sobrevivir a esto.

—Solo déjenme manejarlo —contesto.

—Espera, Seis —dice Crayton, recogiendo el cofre de Marina—. Él tiene razón. Las montañas nos darán una mayor cobertura. Todavía puedes derribar a cada uno de ellos, solo que no va a ser tan visible, lo que es bueno para nosotros. No necesitamos a los mogs entrometiéndose en este momento.

Marina pone su mano sobre mi brazo.

—Crayton tiene razón. Tenemos que ser inteligentes. No arrastremos más atención de la necesaria sobre nosotros.

—¿Los mogs? —pregunta el comandante Sharma, confundido. Tendremos que tener más cuidado a su alrededor. Antes de que alguien pueda responder, dos helicópteros volando bajo pasan como un rayo con sus armas de fuego. Varios de los soldados del comandante son acribillados y sus armas salen volado en pedazos inútiles de metal.

Si vamos a correr, es ahora o nunca. Utilizo mi telequinesis para tirar de la cola de uno de los helicópteros, inclinando la nariz hacia abajo. Se parece a un caballo de rodeo tratando de resistirse a su jinete, mientras el piloto lucha furiosamente para nivelar el helicóptero. Vemos al piloto que le da un tirón particularmente fuerte a la palanca de mando y dos hombres saltan por la derecha de la cabina. No vuelan muy alto en el aire, por lo que la caída no debe lastimarlos... demasiado.

Echo un vistazo a nuestra flota estancada de camionetas y veo el humo que se eleva ligeramente de uno de los tubos de escape.

¡Un motor todavía está en marcha!

—¡Vámonos! ¡Ahora! —grito.

Todo el mundo se apresura a salir del refugio, el comandante Sharma vocifera la retirada hacia sus hombres rezagados. La brigada está a menos de cien metros de distancia. Mientras corremos, siento que una bala pasa silbando a través de mi pelo y otra que me rasga el antebrazo, pero antes de que pueda gritar, Marina está a mi lado, con las manos heladas atendiendo mi lesión mientras corremos.

Todos, menos uno de los soldados del comandante, siguen sus órdenes de retirarse. Ese soldado solitario sigue al comandante, corriendo con nosotros.

Alcanzamos la camioneta y entramos, nosotros cuatro, más el comandante Sharma y el soldado.

Crayton pisa el acelerador y avanzamos hacia la carretera. Las balas perforan la parte trasera de nuestra camioneta, y rompen el parabrisas trasero, pero somos capaces de maniobrar alrededor de una pequeña formación rocosa y evadir los disparos implacables.

Éste no es un camino construido para la velocidad; está lleno de baches, piedras y otros escombros, y Crayton lucha por mantenernos rectos en el camino. La camioneta está repleta de armas; encuentro una escopeta y la meto en la parte posterior, esperando un objetivo, Marina me sigue el juego, luego de dejar su cofre con Eli.

Ahora que tengo un momento para reunir mis pensamientos, me siento enojada. Pensábamos que si Número Ocho se quedaba en las montañas, estaríamos a salvo aquí, bajo el radar. En cambio, estamos siendo atacados por su culpa. Si sobrevivimos a esto, voy a despedazar a Ocho.

—¿A dónde vamos? —grita Crayton por encima del hombro.

—Solo quédate en este camino —contesta el comandante. Miro por encima del hombro y veo las montañas del Himalaya a través del parabrisas. Se están acercando poco a poco, sus cimas escarpadas son cada vez más amenazantes. Más adelante, termina el desierto marrón, y una banda curva de color verde rodea la base de las montañas.

—¿Por qué estos tipos quieren matar Número Ocho? —le pregunto al comandante Sharma, el cañón de mi escopeta va rebotando en el marco de la ventana trasera.

—El Frente de Resistencia del Señor no cree que él sea Visnú. Creen que estamos siendo blasfemos, al aceptar a este muchacho montañés como al Dios Supremo. Quieren matarnos en su nombre.

—¡Seis! —grita Eli—. ¡Vienen más! —Todavía está usando las gafas.

Miro por la ventana de atrás justo a tiempo para ver algo salir disparado desde el helicóptero. Es un misil de algún tipo que viene directamente hacia nosotros. Uso mi telequinesis y lo envío directamente al suelo del desierto, donde explota. El helicóptero dispara dos misiles más.

—¡Es hora de acabar con estos sujetos! —grito—. Vamos a hacer esto juntas, Marina. —Ella asiente con la cabeza y en lugar de dirigir los cohetes al suelo, esta vez, los manipulamos para que se dirijan directamente de vuelta al helicóptero. Vemos sombríamente cuando el helicóptero estalla en una bola de fuego gigante. Nunca tratamos de matarlos, pero, dado que tenemos que escoger entre asesinar o ser asesinados, nos escogería a nosotros en todo momento.

—Increíble trabajo, Seis —dice Eli.

—Yupi yu yei, y todo eso —le respondo, con una sonrisa triste.

—¿Crees que nos dejarán en paz ahora? —pregunta Marina.

—No creo que vaya a ser tan fácil, —dice el comandante Sharma.

—Ella tiene todo el mismo tipo de poderes como el niño que ustedes llaman Visnú —dice Crayton, haciendo un gesto hacia mí—. ¿Eso será suficiente para disuadirlos?

¿Crees que todavía tratarían de luchar contra él?

—Lo harían si pudieran encontrarlo —dice el comandante.

—¿Cuántos hay en el Frente de Resistencia del Señor? —le pregunto al comandante Sharma.

—¿En total? Miles. Y tienen donantes ricos que los apoyan en todo lo que necesitan.

—De ahí los helicópteros —dice Crayton.

—Tienen cosas peores —agrega el comandante.

—El mejor plan que tenemos es huir de ellos —le dice Crayton al comandante—. Voy a conducir tan rápido como pueda. Si tenemos que pelear, vamos a pelear, pero me gustaría evitarlo.

Pasan cinco minutos en un silencio tenso. Marina y yo supervisamos a la brigada en la distancia, y cada vez que pasamos algo lo suficientemente grande, usamos nuestra telequinesis para dejarlo caer en el camino tras nosotros. Los árboles altos que han comenzado a puntear los lados del camino, rápidamente forman una gruesa línea de defensa.

El coche se sumerge en un valle muy estrecho antes de empezar a subir la montaña. Acabamos de llegar a la base cuando el comandante Sharma le dice a Crayton que se detenga. Me inclino hacia delante en el asiento y veo docenas de pequeños montículos en la tierra.

—¿Minas de tierra? —pregunto.

—No estoy seguro —dice el comandante—. Pero no estaban allí hace dos días.

—¿Hay otro camino hacia donde nos dirigimos? —le pregunta Crayton.

—No, este es el único camino —responde el comandante Sharma.

De repente, escuchamos el sonido de las aspas de un helicóptero, pero no los veo todavía. Están escondidos detrás de los árboles altos. Por supuesto, eso significa que no nos pueden ver tampoco, a pesar de que parece que no están muy lejos ya.

—Seremos blanco fácil si nos quedamos aquí —digo, mi mente se acelera para descubrir nuestra próxima jugada.

Crayton abre la puerta y sale con una metralleta bajo el brazo.

—Muy bien, eso es todo. —Señala hacia arriba y a la derecha—. O vamos hacia allí y nos ponemos detrás de una hilera de árboles y luchamos, o podemos seguir corriendo y subir la montaña.

Lo sigo al exterior.

—Yo no voy a correr.

—Ni yo —dice Marina, de pie junto a mí.

—Entonces luchamos —dice el comandante Sharma. Señala hacia las colinas—. La mitad de nosotros nos posicionaremos en la izquierda, mientras que la otra mitad toma posición a la derecha. Voy a llevar a ellas dos conmigo. —Nos señala a Eli y a mí.

Crayton y yo nos miramos el uno al otro y asentimos.

Eli se vuelve hacia Crayton.

—¿Estarás bien sin mí, papá?

Crayton sonrío.

—El legado de Marina se asegurará de que cualquier cosa que me hagan, no dure mucho tiempo. Creo que voy a estar bien.

—Voy a mantener un ojo sobre él, Eli —añade Marina.

—¿Está seguro de que debemos hacer esto, comandante? —pregunta el soldado—. Puedo ir a buscar a Visnú y traerlo de vuelta para que ayude.

—No, Lord Visnú debe quedarse donde está a salvo.

Crayton se vuelve hacia Eli.

—Mantén esas gafas puestas. Tal vez puedas ser nuestros ojos allá arriba en los árboles. Todavía no estoy seguro de cómo funcionan, pero tengamos fe en que nos ayuden ahora.

Abrazo a Marina y le susurro al oído.

—Ten confianza en tus habilidades.

—Debería sanar al comandante Sharma antes de que se vayan —dice ella.

—No —susurro—. Todavía no confío en él y es menos peligroso para nosotros si está herido.

—¿Estás segura?

—Por ahora.

Marina asiente. Crayton golpea su brazo y le hace señas para que se una a él y al joven soldado. Los tres trepan por el muro izquierdo del valle, desapareciendo detrás de una roca.

El comandante Sharma, Eli, y yo nos movemos por el lado derecho de las colinas, evitando cuidadosamente los bultos en el suelo a medida que avanzamos. Encontramos una posición detrás de unas rocas enormes, y nos sentamos a esperar a que llegue la brigada.

Me giro hacia el comandante Sharma. Me siento un poco culpable por no dejar que Marina lo curara, pero por lo que sé, él armó esto como una trampa elaborada.

—¿Cómo está su brazo? —le susurro.

Con un gruñido, el comandante Sharma se acuesta y deja el cañón de su arma sobre una roca plana. Mira hacia arriba y guiña los ojos.

—Solo necesito uno.

Por el rabillo del ojo, veo un helicóptero zumbando encima de nuestras cabezas, pero se va casi inmediatamente. O Marina se hizo cargo de él, o el piloto no pudo penetrar el espeso dosel del valle. Miro a través de los árboles, con la esperanza de manipular las nubes que rodean las cumbres de las montañas, pero el sol de la tarde las ha quemado por completo. Sin viento, y sin nubes, no hay ningún elemento que pueda controlar. Puedo volverme invisible si lo llego a necesitar, pero prefiero mantener eso oculto del comandante por el momento.

—¿Qué ves? —pregunta Eli.

—Un montón de nada —le susurro.

—Comandante, ¿qué tan lejos está Numero Ocho?

—¿Te refieres a Visnú? No muy lejos. A medio día de caminata, quizá.

Estoy a punto de pedirle que me diga dónde, exactamente. Deberíamos saberlo en caso de que algo le suceda al comandante y tengamos que seguir adelante sin él, pero me distraigo cuando una camioneta oxidada se lanza en el estrecho valle a toda velocidad con un hombre de pie en el balde. Incluso desde la distancia, puedo ver que está nervioso, así como armado. Esgrime su pistola de un lado a otro, tratando frenéticamente de estar en todas partes al mismo tiempo. Tan pronto como nuestra camioneta está a la vista, la de ellos patina al detenerse y el soldado en la parte trasera se baja de un salto. Aparecen más vehículos y se estacionan detrás. Un soldado cae de una camioneta roja y se pone un lanzacohetes al hombro. Veo una oportunidad.

Empujo al comandante con mi pie para llamar su atención.

—Ya vuelvo.

No le doy ninguna oportunidad de discutir cuando corro rápidamente hacia el bosque. Cuando ya no puede verme por más tiempo, uso mi legado de invisibilidad para desaparecer y correr valle abajo. El soldado tiene nuestro camión en su punto de mira, pero antes de que pueda tirar del gatillo, le arrebató el lanzador de cohetes del hombro y le doy en el vientre con una esquina. Se dobla y se hunde con un grito.

Al oír el alboroto, el conductor del camión se precipita a salir con una pistola en la mano. Le apunto con el lanzador de cohetes al rostro. El soldado se toma una fracción de segundo para decidir si el lanzador flotante está a punto de hacer lo suyo, entonces se da vuelta y sale corriendo con los brazos arriba.



Mi objetivo es el camión oxidado, ahora vacío, y aprieto el gatillo. El cohete despegar de mi lanzador y una ola de fuego explota bajo la camioneta, volando sesenta metros en el aire. La camioneta incendiada aterriza con fuerza, rueda y rebota rápidamente hacia adelante, el impulso llega hasta la parte de atrás de nuestra camioneta con estrépito. La veo tambalearse hacia delante, rodando lentamente por los pequeños montículos en el camino que nos habían impedido avanzar.

Los próximos treinta segundos se llenan de detonaciones rápidas y ensordecedoras, mientras los soldados disparan a ciegas a su alrededor y explotan los montículos en el camino. Miles de aves irrumpen de entre los árboles a nuestro alrededor, sus sonidos rápidamente son ahogados por el chasquido, crujido y el pop de las municiones haciendo lo suyo. Yo tenía razón: eran minas terrestres y ahora nuestra camioneta no es más que una pila de metal humeante.

Evidentemente, éste fue solo el acto de apertura. La atracción principal —vehículos blindados, tanques pequeños, unidades móviles de misiles— se acerca a la montaña. Debe haber al menos un par de miles de soldados a pie. Cinco o seis helicópteros de ataque flotan por encima. Escucho un zumbido y vuelvo a ver a un lanzador de misiles subiendo y girando, entrando en modo de funcionamiento. Las puntas de los cinco misiles blancos se tornan hacia arriba y hacia la zona en la que Marina y Crayton se hallan bajo cobijo. Hay movimiento en la línea de árboles, y el soldado joven del comandante desciende hacia el valle. Está desarmado y se dirige directamente hacia el lanzador de misiles. Al principio creo que va a sacrificarse de alguna manera para salvar a mis amigos, pero nadie le dispara. Se detiene cuando alcanza el lanzador y empieza a señalar más arriba en la ladera de la montaña, a dónde se esconden Crayton y Marina. El lanzador se eleva otros pocos metros y ajusta su objetivo.

¡Es un traidor que forma parte del grupo que está tratando de matarnos! Lo siguiente que sé, es que él está volando por el aire, elevado por telequinesis. Marina debe haberse dado cuenta de lo mismo, pero podría ser demasiado tarde.

Él ya ha revelado su ubicación.

Miro hacia el lanzador de misiles y reúno mis fuerzas para poder alterar el vuelo de los misiles una vez que sean despedidos. Al comenzar a centrarme en eso, otro lanzador zumba a la vida y apunta sus misiles directamente hacia mí. A pesar de que soy invisible, el ejército sabe que un cohete fue disparado desde donde estoy parada. Solo tengo el poder para hacer frente a uno de ellos, y no hay tiempo para correr. No tengo otra opción. Salvo a Crayton y Marina, o me salvo yo.

Los que están ubicados sobre la montaña comienzan a disparar. Los misiles vienen gritando, dirigiéndose directamente a las colinas. Tomo el control de ellos y los redirijo

hacia el suelo, donde explotan, justo cuando dispara el segundo lugar de misiles. Me vuelvo y veo sus puntas blancas moviéndose hacia mí. No tengo tiempo de hacer nada, pero de repente los misiles se giran y se dirigen directamente hacia los lanzadores que los dispararon y a la brigada. Arrasan con cinco vehículos diferentes, los cuales explotan.

Marina. Me salvó la vida. Estamos trabajando juntas, del modo que se supone que deberíamos, y la idea me hace sentir más decidida que antes de detener esta parada y encontrar a Ocho. Quiero enviarles un mensaje a los soldados restantes de la brigada, así que dejo de usar mi legado de invisibilidad y me manifiesto. Me concentro y empiezo a controlar las llamas que se elevan desde donde los misiles explotaron con mi telequinesis. Esparzo el fuego camino abajo para engullir el resto de la brigada. Una a una, las llamas se mueven por la fila de vehículos, y son como una explosión de dominós.

Mensaje recibido. Los soldados restantes del Frente de Resistencia del Señor comienzan a retirarse. Por un segundo, me siento tentada a disfrutar de un poco de venganza. Pero eso es cruel e innecesario y exactamente el tipo de cosa que los mogadorianos harían. Sé que mis fantasías de ir a lo medieval por sus culos en retirada no nos van a ayudar ahora.

—¡Eso es! ¡Corran! ¡Porque si no lo hacen, ese fuego está a la espera de terminar el trabajo!

Cuando el último desaparece de la vista, doy vuelta y empiezo a caminar de nuevo hacia las colinas. Tengo que encontrar a mis amigos.



CAPÍTULO OCHO

Traducido por Cloy

El humo es espeso, pero empieza a disiparse.

Desde donde estoy en el suelo, puedo ver decenas de piernas y botas negras. Alzo los ojos y veo casi la misma cantidad de rifles, todos ellos apuntando a mi cabeza.

Mis ojos se mueven desde las botas hasta las máscaras de gas, aliviados al ver que pertenecen a seres humanos y no a mogadorianos. Pero ¿qué clase de seres humanos tienen armas mogadorianas? Me presionan el cañón de un arma contra la nuca. Normalmente, usaría mi telequinesis para arrancarla y lanzarla a un kilómetro hacia las montañas, pero el dolor del brazalete es demasiado intenso para ser capaz de enfocar mi energía en ello. Uno de los hombres me dice algo, pero no puedo concentrarme lo suficiente para entender lo que está diciendo.

Busco un punto focal para que me ayude a pasar a través del dolor, y veo a Nueve gimiendo en la alfombra. Desde donde estoy, parece como si estuviera teniendo problemas para respirar; también parece que no puede mover ni los brazos ni las piernas. Quiero ayudarlo, por lo que lucho por levantarme, pero me botan de nuevo de una patada tan pronto comienzo a moverme. Ruedo sobre la espalda y de inmediato presionan un tubo largo contra mi ojo izquierdo. Hay cientos de luces en el interior del tubo, y veo que se arremolinan para convertirse en un rayo de color verde. Definitivamente es un cañón mogadoriano, del mismo tipo que me paralizó fuera de nuestra casa en llamas en Florida.

Enfoco mi otro ojo más allá del lado del arma y veo a un hombre con una gabardina caqui. Se retira la máscara de gas para revelar un anillo de pelo blanco y una nariz gruesa y torcida que parece que se ha roto más de una vez. Me encuentro con ganas de rompérsela de nuevo.

—No te muevas —me gruñe—, o voy a apretar el gatillo.

Miro a Nueve, quien parece estar recuperándose. Está sentado, mirando a su alrededor, tratando de sacudirse la expresión de aturdimiento. El hombre con el cañón presionado contra mi cara lo mira.

—¿Qué crees que estás haciendo? —dice.

Nueve le sonríe, con los ojos aclarados y en calma.

—Estoy tratando de decidir a cuál de ustedes voy a matar primero.

—¡Cállenlo! —grita una mujer mientras entra a la casa, también lleva un cañón de mogs. Dos hombres presionan sus botas contra los hombros de Nueve y lo obligan a bajar al piso de nuevo. La mujer se mueve hacia mí, y alguien me toma por los hombros y tira para ponerme de pie. Otro hombre me agarra las muñecas para ponerme esposas.

—¡Hijo de puta! —chilla cuando toca el brazalete rojo. Puede que no sepa lo que hace la pulsera, pero me gusta esta parte.

Una vez que me enderezo, consigo orientarme. Hay diez o doce hombres con máscaras, todos sosteniendo rifles. El hombre y la mujer que estaban hablando parecen estar a cargo. Busco a Bernie, pero no lo veo. Aun así, puedo oírlo en mi cabeza.

Solo espera. Vamos a ver lo que quieren y lo que saben.

—¿Qué quieren de nosotros? —le pregunto al hombre de la nariz rota.

Se ríe y mira a la mujer.

—¿Qué es lo que queremos, agente especial Walker?

—Para empezar, quiero saber quién es tu amigo que está allá —dice, señalando con el tubo a Nueve.

—No conozco a este chico —dice Nueve. Sopla el pelo de su cara y les ofrece una sonrisa—. Solo me detuve aquí para venderle una aspiradora. El lugar parecía un vertedero y pensé que podría utilizarla.

El hombre rodea a Nueve.

—¿Es eso lo que tienes en estos lujosos cofres de aquí? ¿Aspiradoras? —Asiente con la cabeza a uno de los otros oficiales y le dice—: Vamos a echar un vistazo a estas aspiradoras, ¿de acuerdo? Yo mismo podría estar interesado en una.

—Adelante. —Nueve sonrío, amenazante—. Estoy ofreciendo una ganga. Dos por el precio de tres.

Por una fracción de segundo, Nueve y yo hacemos contacto visual. Luego Nueve arrastra los ojos hacia la pared, donde una polilla está pululando cerca del techo.

Bernie Kosar. Estoy seguro de que Nueve también escuchó las órdenes a BK de esperar a ver dónde va esto. Me pregunto si será capaz de controlarse. Uno de los soldados le pone de golpe un par de esposas a Nueve, y rápidamente se sienta de nuevo. Puedo ver que las esposas en sus muñecas ya están rotas. Solo está juntando las manos para mantener la farsa.

Nueve solo está esperando el momento adecuado para atacar.



No sé si alguna vez tuvo la intención de hacer lo que BK le pidió. Tiro los brazos a mi espalda, y en silencio y fácilmente, rompo mis propias esposas. Para lo que sea que esté a punto de ocurrir, será mejor estar listo.

Un grupo de los hombres han rodeado el cofre de Nueve. Uno de ellos está golpeando la culata de su rifle una y otra vez contra la cerradura que lo mantiene cerrado, pero no tiene ningún efecto. La estrella un par de veces más de todos modos, claramente frustrado.

—¿Qué tal esto? —La agente especial Walker saca un revólver, dispara a la cerradura y la bala rebota por la habitación, apenas esquivando la pierna de otro oficial.

El hombre de la nariz rota agarra a Nueve por la parte de atrás del cuello, tira de él, lo pone de pie, y luego lo empuja hacia adelante. Nueve no puede mantener el engaño de las esposas, se prepara para la caída, y aterriza sobre sus manos y rodillas.

Al darse cuenta de que las manos de Nueve están ahora sin restricciones, el hombre grita por encima del hombro.

—¡Que alguien me traiga otras esposas! ¡Tenemos un par roto por aquí!

Con la barbilla metida contra el pecho, todo el cuerpo de Nueve vibra de la risa. Estira las piernas y hace una lagartija. Luego hace otra.

Un oficial le pateo la mano derecha, pero Nueve no pierde el ritmo. Hace otra lagartija solo con la mano izquierda. El oficial pateo su mano izquierda, pero Nueve es demasiado rápido como para dejar que lo tumben. Su mano derecha baja en un instante y sus lagartijas con una sola mano son una clara muestra de que está en perfecta forma. Cuatro agentes saltan sobre él, cada uno sosteniendo una pierna o un brazo, pero Nueve solo sigue riendo. De repente, me sorprende uniéndome a él. Su bizarro sentido del humor es contagioso. Hombre, tengo que darle mi apoyo.

La agente especial Walker se vuelve hacia mí. Saco lentamente los brazos detrás de mí, con las esposas rotas colgando de las muñecas. Muevo los dedos y casualmente pongo ambas manos detrás de mi cabeza y empiezo a silbar.

Ella entrecierra los ojos y pone la mirada más intimidante que tiene.

—¿Sabes lo que les pasa a los niños como tu en prisión? —pregunta.

—¿Escapan? ¿Como yo hice la última vez? —Pongo los ojos como platos e inocentes.

Oigo a Nueve aullando de risa por mi actuación debajo de la pila de oficiales. Tengo que admitirlo, Nueve sí que trae una extraña clase de diversión a estos procedimientos. Mi sonrisa se vuelve más amplia ahora. Sé que estos hombres están tratando de hacer su trabajo, piensan que están manteniendo seguro a su país. Sin

embargo, ahora los odio. Los odio por demorarnos y no me gusta esta mujer con su actuación de tipa dura. Odio que tengan cañones de mogs; pero, sobre todo, los odio por trabajar con Sarah para capturarnos a Sam y a mí la semana pasada. Me pregunto qué le habrán prometido para conseguir que me entregara. ¿Jugaron con sus simpatías? ¿La convencieron de que me estaría salvando, al permitir que nos llevaran? ¿Dijeron que podría visitarme, mientras yo pagara el precio por mis llamados errores? Miro a Bernie Kosar, pero ya no veo la polilla. Es ahí cuando una cucaracha gorda y marrón con blanco corretea por mi pierna y se esconde en el bolsillo de mi pantalón.

Nueve seguirá con esto por un tiempo más largo, me dice BK. Pero no sé por cuanto tiempo más. Averigua todo lo que puedas, rápido.

El sujeto que es el líder aplaude para llamar la atención de los otros hombres.

—¡Está bien! Vamos a sacar a estos chicos de aquí antes de que nuestros amigos aparezcan.

—¿Quiénes son sus amigos? —le pregunto, aunque ya estoy bastante seguro de que, por alguna razón, el gobierno de EE.UU. y los mogadorianos están trabajando juntos. Esa es la única explicación de por qué están usando armas mogadorianas contra nosotros—. ¿Quién no desean que aparezca?

—¡Cállate! —grita la agente especial Walker. Saca un teléfono celular y marca un número—. Lo estamos llevando, además de otro —dice al teléfono—. Dos cofres. No, pero vamos a lograr abrirlos. Nos vemos pronto.

—¿Quién era? —pregunto. Ella me ignora mientras guarda su teléfono.

—Oye, amigo, pensé que querías comprar una aspiradora —me dice Nueve—. Realmente necesito esta venta. Mi jefe me va a matar si llevo a casa con una caja llena de Hoovers³ de nuevo.

Lo ponen de pie nuevamente. Él estira la espalda y sonrío, como un gato presumido y lleno por haberse comido un ratón.

—No importa a dónde nos lleven, no hay cárcel que nos pueda retener. Si supieran lo que somos, no perderían el tiempo con esta mierda.

La agente Walker se ríe.

—Sabemos quiénes son, y si fueran tan inteligentes o tan duros como crees que son, nunca los habríamos encontrado en primer lugar.

Unos oficiales levantan los cofres y salen por la puerta principal. Nos ponen esposas nuevas en las muñecas. Utilizan tres pares para Nueve.

—No tienes *ni* idea de lo que somos capaces —dice Nueve con una voz asquerosamente dulce, mientras nos llevan a través del patio delantero—. Si quisiera,

³ Marca de aspiradoras. [N. de la T.]

podría matarlos a todos en cuestión de segundos. Tienes mucha suerte de que esté siendo un buen chico. Por ahora.

CAPÍTULO NUEVE

Traducido por pamii1992

Estamos ante una puerta. Detrás de ella se extiende un angosto camino que va directamente hacia la montaña. Crayton me pide que cubra los rastros tras nosotros, mientras Seis toma la delantera junto con el comandante Sharma. Me pregunto si la traición de su soldado tuvo algún efecto en él. Me pregunto si cuestionará la lealtad de sus tropas cuando regrese a su comando. No me imagino preguntándole, no sin de alguna forma sugerirle que debió haberlo sabido. Por supuesto, tal vez debió haberlo sabido.

Llevo la pequeña rama de mi cofre en la mano. Necesito descubrir qué hace. La primera vez que la sostuve —la primera vez que abrí mi cofre en el convento de Santa Teresa, cuando Adelina estaba viva aún—, no tuve tiempo de averiguar que hacía, pero recuerdo que cuando la sostuve fuera de la ventana, sentí una especie de fuerza magnética. Casi instintivamente, froto su superficie suave y cortada con el pulgar. Después de un rato, noto que hace efecto en los árboles que vamos pasando.

Intento concentrarme en lo que quiero de los árboles, y pronto escucho el crujir de sus raíces y los sonidos provenientes de sus ramas. Me volteo y camino de vuelta por el camino, pidiéndole a los árboles de las orillas que nos mantengan a salvo, y ellos se inclinan y se entrelazan, haciendo imposible que alguien nos siga. Deseo tanto ser de ayuda, deseo tanto no ser una carga y darle un uso a mi herencia para que nos ayude, que cada vez que un árbol responde, una enorme ola de alivio se apodera de mí.

Caminamos casi siempre en silencio. En cierto momento, para deshacerme del aburrimiento de la caminata, le hago cosquillas en la cara a Seis, al bajar una rama justo frente a ella. La aleja de un golpe, sin interrumpir la marcha, demasiado centrada y enfocada en lo que se avecina. Mientras caminamos, pienso en Seis, en cuán audaz fue con los soldados. Siempre es tan calmada, fría y serena. Toma el control y toma decisiones como si fuera la cosa más natural para ella. Algún día seré como ella, estoy segura de eso.

Me pregunto qué pensaría Adelina de Seis... y de mí, ahora. Me pregunto si habría llegado aun más lejos si me hubiera entrenado. Sé que todos esos años en el orfanato sin su guía significan que no estoy donde debería estar. No soy tan fuerte ni confiada como Seis, ni siquiera tengo tantos conocimientos como Eli. Trato de enterrar todo mi resentimiento y enfocarme en el acto final de honor de Adelina. Se enfrentó al mog valientemente, armada únicamente con un cuchillo de cocina. Trato de detener el

recuerdo antes de llegar a la parte donde muere. Casi nunca lo logro. Si solo hubiera tenido el valor de pelear junto a ella, o si hubiese sabido cómo usar mi telequinesis para quitar la mano del mogadoriano de su cuello. Si lo hubiera hecho, ella podría estar caminando junto a nosotros en este momento.

—Descansaremos aquí —dice el comandante, despertándome de mi ensoñación con su voz. Apunta hacia un par de piedras planas, bañadas por el sol de medio día. Justo detrás de ellas, puedo ver una pequeña corriente de agua—. Aunque no mucho tiempo. Tenemos que avanzar mucho más en esta montaña antes de que caiga la noche —aclara, mirando al cielo de media tarde.

—¿Por qué? ¿Qué pasa cuando anochece? —pregunta Seis.

—Cosas muy extrañas. Cosas para las que aún no están listos. —El comandante Sharma se quita los zapatos y los calcetines, enrolla su pantalón de forma quisquillosa y se mete en la corriente. Crayton también se quita los zapatos y los calcetines, y lo sigue—. Sabe, comandante, estamos arriesgándonos demasiado, confiando ciegamente y siguiéndolo hasta esta montaña. Lo menos que podría hacer es responder a nuestras preguntas cuando las tengamos. Tenemos una misión importante y merecemos su respeto.

—Lo respeto, señor —responde el comandante—, pero sigo las órdenes de Visnú.

Crayton sacude la cabeza con frustración y camina corriente arriba. Me doy cuenta de que Eli se ha alejado y está sentada sola sobre unas rocas a la orilla del agua. Ha estado usando los lentes oscuros de mi cofre durante toda la caminata, y se toma su tiempo para limpiarlos cuidadosamente con su camiseta. Sintiendo mi mirada sobre ella, los extiende hacia mí.

—Lo siento, Marina. No sé por qué me quedé con ellos. Es solo que...

—Está bien, Eli. Te ayudaron a ver ese ataque antes que cualquiera de nosotros. Puede que no conozcamos todo su poder, pero parece estar usándolos muy bien.

—Supongo que sí. Me pregunto si hay algo más que pueda hacer con ellos.

—¿Qué *has* visto mientras caminábamos? —pregunta Seis.

—Árboles, árboles y más árboles —contesta Eli—. Sigo esperando que pase algo, o ver algo inusual. Me gustaría estar segura de que esto significa que no hay nada más que ver.

Puedo notar que está frustrada consigo misma, no con las gafas. Con la pequeña rama en mi mano, inclino un gran árbol para hacer sombra en las rocas donde nos encontramos.

—Bueno, sigue intentándolo.

Eli sostiene las gafas contra la luz y mientras les da vuelta, es casi como si pudiera leer sus pensamientos, agradeciéndome por hacerla sentir parte del equipo, haciendo algo bueno. Miro a Seis, quien se ha estirado sobre el suelo.

—¿Qué hay de ti, Seis? — le pregunto — ¿Quieres revisar algo de mi cofre?

Se pone de pie, bosteza y mira hacia el camino.

—Estoy bien así, tal vez después.

—Claro —le respondo.

Camino corriente abajo y me echo un poco de agua en la cara y en la nuca. Justo cuando estoy a punto de tomar un trago, el comandante Sharma sale del agua y dice que es hora de irnos, y todos nos preparamos para continuar nuestro camino hacia la montaña. Tomo mi cofre y balanceo su peso contra mi cadera. Inmediatamente después, el sendero se vuelve mucho más empinado, también está sorprendentemente listo y no tiene rocas, como si una tormenta hubiera limpiado recientemente el camino. Todos estamos teniendo dificultades para mantenernos de pie. Crayton trata de correr para ganar un poco de impulso, pero resbala y cae sobre la tierra.

—Esto es imposible —dice, poniéndose de pie y sacudiéndose la tierra de encima—. Necesitaremos pasar por el bosque para tener algún tipo de tracción.

—Eso está fuera de discusión —dice el comandante, con los brazos extendidos como un equilibrista—. No conquistaremos nuestros obstáculos huyendo de ellos. La velocidad no importa, solo que no nos detengamos.

—¿No importa cuán lento vayamos? Ese es el mensaje que les trae el hombre que dice que suceden *cosas extrañas* al caer la noche —se burla Seis—. Creo que necesita decirnos cuanto más tenemos que avanzar, y si es más de tres horas a pie, entonces digo que entremos al bosque y olvidemos estos obstáculos —dice mirándolo hacia abajo.

Miro la pequeña rama en mi mano y se me ocurre una idea. Me concentro en los árboles que nos rodean, y bajo sus ramas a ambos lados. De pronto tenemos una forma subir, escalando al estilo de Lorien.

—¿Qué les parece esto? —les pregunto.

Seis toma la línea formada por las ramas y prueba su fuerza, moviéndose unos cuantos metros. Por encima del hombro, grita:

—¡Esto es brillante, Marina! ¡Eres la mejor!

Continúo doblando los árboles mientras avanzamos. Eli observa el bosque que nos rodea todavía con las gafas puestas, volteando para mirar sobre el hombro ocasionalmente. Una vez que el camino se nivela y es más fácil mantenernos en pie, Seis desciende y empieza a recorrer el camino frente a nosotros, regresando

regularmente para reportarnos lo que ha visto adelante. Cada vez es lo mismo: “Sigue igual”. Finalmente, regresa para decirnos que hay una bifurcación más adelante. Al oír eso, el comandante Sharma luce confundido y aumenta la velocidad. Cuando llegamos a la bifurcación del camino, el comandante Sharma frunce el ceño.

—Esto es nuevo.

—¿Cómo puede ser nuevo? —pregunta Crayton—. Ambos caminos se ven exactamente iguales. Igualmente desgastados por los viajes.

El comandante camina varias veces frente a la bifurcación.

—Les juro que el camino de la izquierda no existía antes. Estamos muy cerca de Visnú. Vamos por este lado. —Y empieza a caminar confiadamente por el camino de la derecha, seguido por Crayton.

—Esperen —dice Eli—. No veo nada más adelante por el camino de la derecha. Las gafas no me muestran nada más que un vacío oscuro.

—Eso es todo lo que necesito escuchar —dice Seis

—No, vamos hacia la derecha —le dice el comandante a Seis—. He viajado muchas veces por este camino, querida.

Ella se detiene y voltea lentamente a mirarlo.

—No me llame ‘querida’ —le advierte Seis.

Mientras el comandante Sharma y Seis se observan el uno al otro, mis ojos se sienten atraídos hacia algo tallado en la boca del camino de la izquierda. La figura es poco profunda y mide solo unos pocos centímetros, tengo que mirar de cerca, pero no tengo ninguna duda: es el número ocho.

—Según *esto*, Eli tiene razón. Vamos por la izquierda —digo señalando hacia el número.

Seis camina hasta las marcas y arrastra la punta del pie bajo el número ocho.

—Buen ojo, Marina. —Crayton también lo mira y sonrío. Regresamos a nuestras posiciones normales, con Seis y un renuente comandante Sharma al frente y yo en la parte trasera. El camino asciende levemente, haciéndose rocoso. Entonces, para sorpresa de todos, una corriente de agua empieza a fluir delante de nosotros, por el camino. Las rocas bajo nuestros pies pronto se convierten en diminutas islas. Salto de roca en roca pero en pocos minutos las rocas están sumergidas. Y de pronto, nos encontramos caminando a través de un río. Eli es la primera en hablar.

—Tal vez las gafas estaban equivocadas. Tal vez este no era el camino correcto después de todo...

—No, es el correcto —afirma el comandante, hincándose para arrastrar la punta de sus dedos sobre la superficie del agua—. Este es una señal que ya he visto antes.

No tenemos idea de lo que significa su enigmático comentario, pero ya hemos llegado hasta aquí, así que bien podemos seguir adelante.

La corriente del río se hace más rápida y se vuelve más difícil caminar contra ésta. Subimos por el camino hasta que el agua le llega Eli a la cintura y yo tengo problemas para mantener el equilibrio, pero igual de rápido como empezó, la corriente se hace más lenta y la tierra se nivela y se abre hacia un gran estanque de agua. Una pared de piedra irregular se yergue detrás del estanque, y cuatro cascadas separadas descienden desde la cima, estrellándose en el agua.

—¿Qué es eso? —pregunta Eli, señalando.

En el medio del estanque gigante, una piedra blanca emerge a la superficie. Una reluciente estatua azul de un hombre coronado con cuatro brazos, descansa sobre la piedra.

—El todopoderoso Lord Visnú —susurra el comandante Sharma.

—Espera. ¿Se supone que ése es Ocho? ¿Una estatua? —dice Seis, volteándose hacia Crayton.

—¿Qué está sosteniendo? —pregunta Eli. Sigo su mirada y me doy cuenta de que hay un objeto en cada una de sus cuatro manos: una flor de color rosa, una concha blanca, una varita dorada y en la punta de uno de sus dedos índice, un pequeño disco azul parecido a un CD. El comandante se adentra un poco más en el estanque. Está sonriendo y sus manos tiemblan. Se vuelve hacia nosotros.

—Visnú es el Dios Supremo. En sus manos izquierdas, sostiene una concha de caracol para mostrar que tiene el poder de crear y mantener el universo, y bajo ella, tiene un mazo que simboliza su poder para destruir las tendencias materialistas y demoníacas. En sus manos derechas están los chakras, para mostrar que tiene una mente purificada y espiritual, y bajo ellos, tiene una hermosa flor de loto.

—Lo cual muestra su perfección divina y su pureza —añade Crayton.

—Entre otras cosas, ¡sí! Eso es correcto, Sr. Crayton. Muy bien.

Me quedo mirando la estatua, su cara serena y azul, la corona dorada en su cabeza y los objetos en sus manos, y siento que me olvido de todo lo demás: de la batalla en la base de la montaña y la masacre en España; de Adelina, John Smith y Héctor. Me olvido de mi cofre, de Lorien y del hecho de que estoy en el agua fría. La energía que fluye a través de mí es magnífica, y juzgando por la paz que hay en las caras de los demás, la energía es contagiosa, y me encuentro cerrando los ojos, sintiéndome bendecida por estar aquí.

—¡Oye! Ya no está —grita Eli. Mis ojos se abren rápidamente para verla quitarse las gafas.

—¡Visnú se ha ido!

Ella tiene razón. La roca blanca en medio del lago está vacía. Miro a Seis y a Crayton, dándome cuenta de que están totalmente alerta, listos para el peligro. Miro a nuestro alrededor. ¿Qué es esto? ¿Una trampa?

—Ahora él los probará —dice el comandante Sharma, interrumpiendo mis pensamientos. Él es el único de todos nosotros que no se ve sorprendido por la desaparición de Visnú—. Por eso los he traído aquí.

Todos lo vemos al mismo tiempo. Algo ha bloqueado el sol en la cima de aquella pared por encima del estanque, y una larga y extraña sombra se proyecta sobre el agua. Una figura camina lentamente a lo largo de la orilla hasta que está directamente parado sobre la más lejana de las cuatro cascadas de la izquierda.

—¿Comandante? —le pregunto— ¿Quién es *ése*?

—*Ése* es su primera prueba —responde el comandante, parándose sobre la orilla del lago, cubierta de pasto. Todos lo seguimos, sin quitar nuestros ojos de la figura. Un segundo después, se deja caer grácilmente por el acantilado. Puedo notar que sus piernas son extrañamente cortas y que tiene un amplio torso circular. Cae lentamente, casi como si flotara, como si pudiera controlar la gravedad. Cuando llega a la superficie del estanque, no hay salpicaduras. Ni siquiera ondas. Seis sube la mano y aprieta el largo pendiente azul que cuelga de su cuello. Eli retrocede unos cuantos pasos, lejos del lago.

—Esto puede ser una trampa —dice Crayton en voz baja, expresando mi temor—. Prepárense para pelear.

Seis deja caer el pendiente de sus manos y se frota las palmas. Pongo mi cofre en el suelo, y empiezo a imitar sus movimientos, pero me siento ridícula y miro alrededor tan disimuladamente como puedo, para ver si alguien lo notó. Lo bueno es que todos estaban ocupados. La verdad es que, Seis sabe cómo pelear, ha entrenado para esto toda su vida. Todo lo que ella hace tiene un propósito. Yo solo estoy frotando mis manos y lentamente las poso a mis costados.

—Él los probará uno por uno —explica el comandante, haciendo resoplar a Seis.

—Usted no pone las reglas. Al menos, no para nosotros —dice Seis, volteando hacia Crayton, quien asiente.

—Comandante, esto no es lo que vinimos a hacer —agrega Crayton—. Vinimos a encontrar a nuestro amigo, no a ser probados por alguien o a pelear.

El comandante Sharma lo ignora, camina hacia un pedazo de pasto corto y se sienta. Nunca lo había tomado como un hombre que pudiera adoptar la posición de loto.

—Debe ser uno a la vez —dice serenamente.

El ser, o lo que sea que es lo que se sumergió en el agua, sigue ahí, y yo soy la única con el legado para enfrentarlo en ese lugar. Sé lo que tengo que hacer; aun así, me sorprendo al escuchar cuando las palabras salen de mi boca.

—Yo iré primero.

Miro a Seis, ella asiente hacia mí y me sumerjo en el lago. El agua fría se vuelve más oscura a medida que nado hacia lo profundo. Mis ojos están abiertos, y al principio lo único que puedo ver, son unos cuantos centímetros de agua turbia frente a mí, pero mis ojos pronto se ajustan y mi visión penetra más allá en el lago, y mi habilidad para ver en la oscuridad me es de mucha ayuda. Dejo que el agua entre a mis pulmones, y una familiar calma se apodera de mí. Empiezo a respirar normalmente, y dejo que mi legado tome el control.

Alcanzo el fondo lodoso y doy vueltas buscando por todos lados la cosa que se sumergió desde el acantilado. Algo se mueve sobre mi hombro derecho, y me doy la vuelta para ver una figura avanzando hacia mí. Usa una corona dorada sobre su corto cabello negro azabache. Sus cejas son semicírculos perfectos, y su nariz está atravesada por un anillo dorado. Es extrañamente hermoso. No puedo apartar mis ojos de él.

Me quedo quieta, esperando a ver qué es lo que quiere. Él se acerca más. Cuando está a solo unos centímetros de mí, puedo verlo más claramente, y me deja boquiabierta. Lo que había pensado que era un extraño torso circular, es, de hecho, el cuerpo de una tortuga.

Estoy como hipnotizada, mientras espero a ver qué hará a continuación. Tanto es así, que me toma por sorpresa cuando se lanza hacia mí y me golpea con sus dos brazos derechos.

Me lanza en espiral hacia atrás, con una fuerza y velocidad que me sorprende, pero no permanezco en movimiento mucho tiempo. Mis pies rápidamente encuentran el fondo lodoso y giro, casi en pánico, tratando de encontrarlo en la oscuridad, con mis sentidos alertas y en guardia. Algo me toca el hombro y me doy la vuelta para ver al hombre tortuga azul. Diablos, se mueve rápido. Me guiña el ojo y después balancea sus brazos izquierdos, pero esta vez, estoy lista para él. Levanto mi antebrazo y mi rodilla al mismo tiempo para bloquearlos, y después pongo la planta de mi pie sobre su pecho y lo pateo tan fuerte como puedo. Doy una vuelta y llego a él por la espalda, enrollo mis brazos alrededor de su cuello, y busco algo en los alrededores, cualquier cosa, que pueda usar como arma. Veo una larga roca enterrada en el lodo frente a nosotros, y uso mi telequinesis para mandarla hacia esta tortuga alienígena, usando toda mi fuerza para hacerla viajar por el agua. Él ve la roca viniendo hacia él y cuando está a unos centímetros de golpearlo, simplemente desaparece. Puf. La roca me golpea

a mí en vez de a él y caigo sobre el lodo. Me quedo ahí, aturdida, esperando que aparezca otra vez, pero no lo hace, y eventualmente, decido salir a la superficie.

La primera cosa que veo cuando al fin salgo es a Seis, parada en la orilla del agua, buscándome.

—¿Qué pasó? —me pregunta.

—Ella pasó la prueba —dice el comandante Sharma, asintiendo.

—¿Estás bien? —me grita Eli—. No pude ver nada con los anteojos.

—Estoy bien —le respondo. Y es la verdad.

—¿Qué quieres decir con que ella pasó? —le pregunta Crayton al comandante—.

¿Esa fue una de sus pruebas?

El comandante solo sonrío serenamente y lo ignora.

—Muy bien, ¿quién sigue? —Saliendo del agua, mis ojos siguen el dedo del comandante muy por encima de mi cabeza. Me doy la vuelta y veo una sombra sobre la pared de piedra, otra vez. Esta vez es un gigante barbudo con un hacha en la mano.

Seis se adentra en el agua hasta las rodillas, al tiempo en que yo salgo, escurriendo el agua de mi largo cabello oscuro. Ella es toda determinación y confianza cuando dice—: Yo.

La figura camina hacia la tercera cascada y se deja caer. Esta vez salpica enormemente al estrellarse con el agua del estanque. Podemos ver las ondas en la superficie del agua mientras se acerca a Seis por debajo del agua. Poco después, la punta de su hacha sale del lago, seguida de su enorme cabeza. Seis no se inmuta, no cambia ni siquiera de expresión, incluso cuando él está totalmente fuera del agua y se yergue, al menos un metro más grande que ella, en el agua poco profunda a la orilla del lago.

Con un gruñido y un alarido, el gigante levanta el hacha. Seis salta fuera del camino y antes de que pueda volver a atacarla, patea el mango de madera partiéndolo a la mitad.

—¡Así se hace, Seis! —grita Eli.

El gigante le lanza un puñetazo, el cual evade fácilmente inclinándose y zigzagueando. Con el siguiente golpe, le propina una patada rápida en la rodilla, provocando que el gigante caiga y aúlle del dolor. Seis toma el mango roto del hacha aún en el aire y se lo lanza a la cabeza. El ser desaparece antes de que pueda golpearlo.

—¿Qué demonios fue eso? —pregunta Seis, moviendo la cabeza en todas direcciones, alerta por si reaparece.

El comandante Sharma sonrío plácidamente. Ese hombre está empezando a hacerme enojar en verdad.

—Esa fue otra prueba, la cual pasaste. Falta una más.

Antes de que alguien más pueda hablar, escuchamos un rugido. Me tambaleo al ver con horror a la criatura que emerge del agua. Mide más de tres metros, tiene la cabeza de un león, el cuerpo de un hombre y cinco musculosos brazos flexionados a cada lado de su cuerpo. La criatura se sacude la melena mientras camina hasta la orilla y se acerca a Eli, rugiendo por segunda vez.

—Oh. Dios. Mío —dice Eli, con los ojos y la boca abiertos de par en par.

—No —dice Crayton, parándose frente a ella—. No estás lista para esto, es demasiado.

Eli descansa una de sus manos sobre el brazo de Crayton, y una pequeña sonrisa se abre paso en su cara, transformándose de una asustada niña en una garde preparada para pelear.

—Está bien. Puedo hacerlo.

Seis llega a mi lado. Ambas estamos listas para pelear si Eli nos necesita. La criatura se mueve hacia ella. Eli vuelve a ponerse las gafas, y entonces, la criatura ataca, moviendo sus diez brazos hacia Eli, pero ella se agacha y evita todos y cada uno de ellos. Es como si Eli pudiera ver cada golpe antes de que suceda, y el árbol detrás de ella termina recibiendo la paliza. Grandes pedazos de madera vuelan a su alrededor, golpean la cara de la criatura y rebotan contra su pecho. Sin huir, pero sin tampoco pelear, Eli rodea el tronco sin dejar de esquivar los diez puños, y es el árbol que recibe todos los golpes; y de pronto, Eli grita.

—¡Oh no! ¿Qué he hecho?

Antes de que pueda averiguar qué quiso decir, se escucha un ruidoso crujido y el pesado árbol cae hacia adelante, a punto de aplastar a la criatura, cuando la figura desaparece justo como las otras. Mientras el árbol continúa cayendo al piso, una rama quita las gafas de la cara de Eli, que otra enorme rama aplasta.

—Marina, lo siento mucho. Sabía que las gafas se iban a romper, pero no pude hacer nada.

Crayton, Seis y yo corremos hasta Eli, quien observa con horror los fragmentos de las gafas a sus pies.

—¡Eli!, no te preocupes por las gafas. Te las arreglaste tú sola y esa cosa desapareció. Lo más importante es que estás bien. Estoy tan orgullosa de ti —le digo.

—¡Eli, eso fue increíble! —le dice Seis.

—Felicidades —dice el comandante, todavía sentado calmadamente al estilo Buda—. Han derrotado a tres de los avatares de Visnú. Han pasado la prueba. El primero fue Kurmá, mitad humano, mitad tortuga, quien agitó el antiguo océano para

que así los otros dioses pacíficos pudieran recobrar la inmortalidad. El hombre con el hacha era Parashurama, el primer guerrero santo. Y el último fue una de las más poderosas reencarnaciones de Visnú, el hombre león, Narasinja. Ahora debemos esperar la llegada de Visnú.

—Estamos hartos de esperar —dice Crayton, volteándose hacia el comandante, con la mandíbula tensa y los puños fuertemente apretados a los costados—. Mejor que se muestre y rápido.

—Tranquilo, Tranquilo —dice la voz de un chico, saliendo del denso pasto detrás de mí—. El comandante solo estaba siguiendo mis órdenes. Estaba siendo cauteloso.

Del pasto podemos ver a la estatua de Visnú acercarse a nosotros, viva y sonriente.

—He estado esperando mucho tiempo para conocerlos.



CAPÍTULO DIEZ

Traducido por Pau Belikov

Estoy sentado en una silla de metal, en una caja de plexiglás⁴ en la parte trasera de un camión pequeño. Mis manos están esposadas a la silla y mis tobillos están asegurados con grilletes pesados. Una correa de cuero tira mi frente hacia atrás contra la pared de plexiglás detrás de mí. Estoy de frente mirando hacia el costado del camión, pero puedo girar la cabeza lo suficiente para ver a Nueve, también en una caja de plexiglás, a pocos metros de la mía. Frente a mí un guardia nos está observando. Sé que podría librarme en un instante, pero BK, quien todavía está escondido en mi bolsillo, tiene razón. Tenemos que ver lo que saben y cómo eso nos puede ayudar. Nueve debe estar de acuerdo, porque es mucho más capaz de romper los lazos que lo retienen, pero tampoco hace algo. Hay un grupo de cerraduras en nuestras cajas y la única manera de poder hablar a través del grueso plexiglás, es por los ocho pequeños agujeros en las puertas de las jaulas. El motor del camión está en marcha, pero no nos hemos movido un centímetro.

La agente especial Walker está sentada en un largo banco de metal cerca de la parte delantera del camión. Tiene un pie sobre mi cofre, y el otro en el de Nueve; un cañón mogadoriano se encuentra en su regazo. El hombre con la nariz torcida está sentado junto a ella con otro cañón. Walker está susurrando en un teléfono celular, de vez en cuando echa un vistazo hacia nosotros. Casi puedo oír lo que está diciendo, capturo palabras como *amigo* e *ineficaz*. Recuerdo a Nueve decir antes, en la montaña, que podía oír a kilómetros. Espero que esté captando más que yo.

—¡Oye, John! —grita Nueve.

El guardia se gira hacia la jaula de Nueve y le apunta un rifle hacia a la cabeza.

—¡Tú! ¡Cállate!

Nueve lo ignora.

—¡Johnny! ¿Cuándo quieres rodar fuera de aquí? No sé tu, pero estoy aburrido, me vendría bien un cambio de escenario.

Disfruta cabrear a la gente; estoy comenzando a entender el atractivo.

La agente especial Walker cierra el teléfono y se pellizca el puente de la nariz con los dedos. Luce como un padre o un maestro exasperado; su agotamiento le quita autoridad en gran medida. Luego toma un aliento profundo y se sienta con la espalda

⁴ Es una resina sintética que tiene el aspecto de vidrio; también llamada vidrio orgánico. [N. de la T.]

recta, como si hubiera tomado una decisión. Golpea la ventana, indicándole al conductor que debe empezar a moverse. Se pone de pie y se dirige hacia nosotros, equilibrándose con el cañón por encima de la cabeza. Se para frente a mí. Hay algo en sus ojos que no estaba ahí antes, es casi como si lamentara habernos capturado, o lamentara lo que tiene que hacer a continuación. O ambas.

—¿Cómo nos encontró? —pregunto.

—Tú sabes cómo —dice.

Todavía tengo el brazalete alrededor de la muñeca. Ha estado calmo durante los últimos minutos, pero tan pronto como la agente habla, comienza a vibrar de nuevo.

Nueve grita.

—Oye, no estaba bromeando sobre estar aburrido aquí. Ya no tengo ganas de ser un buen chico. Todo depende de ti, pero deberías saber que no tienes mucho tiempo antes de que decida divertirme. Puedes decirnos todo lo que sabes ahora mismo, o voy salir de aquí de una patada y haré que me lo digas. ¿Supongo que eso hará mi día un poco más divertido?

El hombre con la nariz torcida se levanta lentamente del banco y apunta su cañón directamente hacia Nueve.

—¿Quién te crees que eres, chico? No estás en una posición para amenazarnos.

—Lo que sea que estés planeando, te lo juro, he pasado por cosas peores —dice Nueve.

—Sé exactamente dónde estabas antes. ¿No entendiste eso? Lo *sabemos*. —El hombre suena molesto por la bravuconería de Nueve.

—Agente Purdy —dice Walker—. Baje su arma. Ahora.

El agente comienza a bajarla y decido divertirme un poco; creo que Nueve está contagiándose.

Arrancó el cañón de sus manos usando telequinesis y lo arrojó hacia la parte trasera del camión. Golpea la puerta de atrás antes de aterrizar en el suelo con un estrépito. Justo en ese momento, tomamos una curva cerrada y el agente Purdy trastabilla hacia mí, golpeando su hombro derecho contra mi jaula. Uso mi telequinesis para mantenerlo clavado en el lugar.

—Hijo de...

—¿No sabe que siempre debe usar un cinturón de seguridad, agente Guapo? —ríe Nueve—. ¡La seguridad primero! Venga, tome uno de los míos; solo tiene que venir aquí para conseguirlo.

—Quien sea que esté haciendo esto, es mejor que lo detenga —contesta el agente Purdy, intentando sonar aterrador, pero es difícil sonar amenazante en su posición.

Me inclino hacia delante, fácilmente rompiendo la correa de mi frente. La hora de jugar ha terminado.

—Agente Purdy, ¿sabe dónde está Sam Goode?

—Nosotros tenemos a Sam —dice la agente especial Walker, volviéndose hacia mí. Su voz es casual, pero su cañón apunta hacia mí.

Por un segundo, estoy tan impresionado por esta nueva pieza de información, que mi mente queda en blanco, y accidentalmente libero al agente Purdy, que se estrella contra el lateral.

¿Tienen a Sam? ¿Setrákus Ra no lo está torturando en la cueva como vi en mi visión? ¿Está bien? Estoy a punto de preguntar dónde está Sam, cuando noto las luces arremolinándose en el tubo del cañón de la agente especial Walker. En vez de verde, estas luces son de color negro y rojo.

Ella sonrío al ver la expresión de alarma en mi cara.

—Si eres afortunado, *John Smith*, o cual sea tu nombre, te mostraremos un video de cómo usamos nuestras técnicas de interrogación en Sam; pero si eres *muy* afortunado, te mostraremos algún material de archivo de esa noviecita rubia tuya. ¿Cuál es su nombre?

—Oooooohhhh, mierda —dice Nueve. Puedo escuchar la sonrisa en su voz ya que sabe lo que está a punto de suceder—. Ahora sí que lo hiciste bien.

Me toma un segundo encontrar mi voz.

—Sarah —susurro—. Sé que ella está trabajando con ustedes. ¿Qué tuvieron que decirle para volverla contra mí?

El agente Purdy agarra su cañón y se instala de nuevo en su asiento.

—¿Estás bromeando? Esa chica no nos diría ni una cosa, y, créanme, le preguntamos *muchas* cosas de *muchas* formas diferentes. No tenía nada que decirnos. Está *enamorada*.

Una vez más, estoy aturdido. Estaba tan seguro de que Sarah estaba trabajando con el gobierno para detenerme. Cuando la vi la semana pasada en Paraíso, actuó tan extraño. Se reunió conmigo en el parque, pero luego empezó a recibir misteriosos mensajes de texto, a las dos de la mañana. Segundos después, estábamos rodeados por agentes que nos azotaron contra el suelo. No puedo pensar en ninguna otra explicación, tuvieron que haber sido esos mensajes de texto; debieron haber sido de la policía. *¿De qué otra forma podrían haber sabido que Sam y yo estábamos allí?*

Maldición. Ahora no sé qué pensar. *¿Y ella todavía está enamorada de mí?*

—¿Dónde está? —exijo.

—Lejos, muy lejos —contesta la agente especial Walker. *¿Se está burlando de mí?*

—¿A quién le importa, amigo? —grita Nueve, interrumpiendo—. Visión global, Johnny, ¡visión global! ¡Ella no está en el panorama! ¡Tampoco Sam!

Lo ignoro. Ahora que sé que el gobierno de los EE.UU. tiene a Sam y a Sarah, estoy decidido a encontrarlos. Estoy pensando mi próximo movimiento, mi siguiente pregunta, cuando siento a Bernie Kosar arrastrarse fuera del bolsillo de mis jeans.

Casi es hora de irnos, dice. Tomaremos a la mujer para que nos lleve a Sam y Sarah.

—Nueve —digo—. ¿Estás listo para salir de aquí?

—Dios, sí. He estado listo por siempre. De verdad tengo que orinar.

La agente especial Walker mira de mí a Nueve y viceversa. No sabe a dónde apuntar el cañón, por lo que lo mueve ida y vuelta entre nosotros. El agente Purdy se pone de pie de nuevo y hace lo mismo. El guardia en la parte de atrás del camión apunta su rifle hacia nosotros.

—¡Si se mueven, dispárale a cualquier cosa excepto un órgano vital! —ordena el agente Purdy, moviéndose para estar parado hombro con hombro con la agente especial Walker.

Bernie Kosar salta de mi regazo y sube por la puerta de vidrio. Revolotea sus delgadas alas de cucaracha hacia mí y dice que cuente hasta cinco.

—¿Oye, Nueve? —pregunto.

—Estoy listo a las tres, hombre —dice.

Walker nos grita que nos callemos. Mi brazalete vibra y envía miles de pinchazos arriba y abajo por mi muñeca, pero lo ignoro. Nueve rompe todas sus restricciones como si fueran nada, y se pone de pie. Yo hago lo mismo, aunque me exige más esfuerzo. Nueve patea la pared de plexiglás del frente de su jaula y toda la cosa se sale fácilmente del marco. Cuando Nueve emerge, el guardia le dispara.

Con una sonrisa, él simplemente levanta la mano y detiene las balas en el aire. Baja la mano, y las balas caen al suelo una a la vez.

Me mira.

—¿Necesitas un poco de ayuda allí, amigo? —Patea una pared de mi jaula, y salgo. BK se mete de nuevo en mi bolsillo.

Antes de que el guardia pueda hacer algo, uso mi telequinesis para lanzarlo hacia el techo y retuerzo su arma en una inútil pieza de metal. Tanto la agente Walker como Purdy nos disparan con los cañones mogadorianos, pero Nueve detiene los chorros que salen de ellos.

Él sonrío y les sacude el dedo a los dos agentes.

—No, no, no. Deberían saberlo mejor ahora. —Me mira—. ¡Prepárate, Johnny, porque vamos a dar una vuelta!

El camión de inmediato vuela fuera de la carretera y comienza a rodar. Sin previo aviso, Nueve me agarra y enlaza brazos, tirando de mí hasta que puedo mantenerme de pie. Corremos hacia arriba por el lado izquierdo del camión, moviéndonos como un hámster en una rueda, así podemos quedarnos horizontalmente mientras que el camión da vueltas una y otra vez. El metal cruje a nuestro alrededor, las chispas llueven desde todas las esquinas y el guardia y los agentes parecen muñecas de trapo al ser lanzados en todas direcciones. La fuerza del choque hace que las puertas traseras se abran de un estallido y cuando el camión deja de rodar, nos lanzamos fuera.

Había una serie de vehículos de la policía detrás de nosotros y todos se han detenido con las sirenas a todo volumen.

—¿Oye, John? —dice Nueve, sin alterarse por nada.

—¿Sí? —contesto, sacudiendo la cabeza mientras trato de dejar atrás la sensación de vértigo del camión rodante. Ninguno de los dos despega los ojos de la parpadeante multitud de coches de policía.

Nueve empieza a dar un paso atrás hacia el camión y yo hago lo mismo.

—Tenemos que recuperar nuestros cofres, amigo, y hacer lo que dijo BK y conseguir esa agente.

—Definitivamente. —Acaricio mi bolsillo, asegurándome de que BK todavía está allí.

—Así que por qué no te haces cargo de eso, mientras yo me ocupo de esto. —Nueve usa telequinesis para levantar del suelo dos patrullas de policía, y los oficiales en el interior luchan por salir.

Me lanzo de regreso al camión, ahora ardiendo en la zanja. Salto al interior, evitando al guardia y al agente Purdy, gimiendo en el suelo, y encuentro nuestros cofres. La agente especial Walker está sentada contra lo que queda del banco de metal, mirando fijamente la sangre en sus manos, aturdida. Su pelo rojo le cae suelto por los hombros, y tiene un largo rasguño en el costado de su rostro. El cañón mogadoriano es ahora una destrozada pila de piezas bajo sus piernas. Ella me observa acomodar los cofres bajo mis brazos, y me dejo caer sobre una rodilla delante de ella.

—Vendrás con nosotros. —No estoy preguntado.

Ella abre la boca para hablar, y un reguero de sangre sale goteando; es entonces cuando veo el pedazo de metal asomando de su hombro. Bajo uno de los cofres y trato de tomarla, pero ella gime y tose más sangre. La dejo ir, temiendo que si la muevo de nuevo sangrará y morirá antes de que pueda descubrir donde están Sarah y Sam.

—¿Dónde están? —pregunto—. ¡Dímelo ahora! Vas a morir en cualquier momento, mujer, y estoy intentando salvar la Tierra y a mis amigos. Ahora, ¡dime! ¿Dónde están Sam y Sara?

La cabeza de la agente especial Walker se mueve en mi dirección y sus ojos verdes se amplían, como si me viera por primera vez. El tiroteo afuera está cada vez más cerca.

—Tú... tú eres un extraterrestre —susurra finalmente.

Le doy un puñetazo al costado del camión por la frustración.

—¡Sí, lo soy! Pero estoy aquí para ayudar, ¡si solo me dejaras! Ahora, antes de que te quedes sin tiempo, sin aliento, dime dónde están. ¿En Washington?

Su respiración se vuelve irregular y es como si no pudiera verme ni oírme. La estoy perdiendo. La estoy perdiendo y todavía no sé donde están Sarah y Sam. Mi voz suena baja de repente.

—Solo dime dónde están. Por favor. —Nuestros ojos se encuentran y puedo decir que he conseguido llegar a ella.

La boca de la agente especial Walker se abre para hablar y le toma un par de intentos encontrar su voz.

—En el oeste. En... —Entonces su voz se apaga y sus ojos se cierran. Sus manos ensangrentadas aprietan y luego se relajan; todo su cuerpo se afloja.

—¡Espera! ¡Aguanta! —Agarro mi cofre desesperadamente, tratando de abrirlo para así poder sacar mi piedra de curación. Todo lo que puedo pensar es que, si la curo, me dirá dónde están. Acabo de poner mi mano en el candado del cofre, cuando un grupo de oficiales salta en el extremo abierto del camión, con las pistolas en alto.

—¡Aléjate de la agente! ¡Muévete! ¡O dispararemos! ¡Al suelo! ¡Las manos detrás de la espalda! ¡Ahora! —Me están ladrando órdenes, pero no puedo obedecer. No quiero obedecer. Necesito sacar la piedra de curación. Necesito oír lo que ella iba a decir. Me estiro para abrir el cofre y oigo a los oficiales gritando—: Manos en alto. MANOS EN ALTO. ¡MANOS EN ALTO! —Busco dentro de mi cofre de todos modos.

Escucho el primer disparo, seguido inmediatamente por docenas más. Mientras el granizo de balas vuela a mí alrededor, mi muñeca comienza a vibrar con más fuerza que nunca. Ya no me duele, y el brazalete empieza a expandirse, cubriendo todo mi brazo con una funda de material rojo antes de extenderse y abrirse como un paraguas. No tengo ni idea de lo que está pasando y realmente no me importa; solo puedo pensar en mi piedra de curación y el inerte cuerpo de Walker tan cerca y tan inútil. De repente, estoy detrás de un escudo de un metro ochenta de alto que se curva por encima de mi cabeza y bajo mis pies. Las balas rebotan contra éste.

Una orquesta de disparos entra en erupción, y un sin número de balas rebota en mi escudo. Después de un par de minutos, se vuelven menos y menos frecuentes, como palomitas para microondas que están casi hechas. Cuando los disparos finalmente se detienen, el material rojo se comprime de regreso dentro de la funda del brazo, y a continuación, se reduce al zumbante brazalete alrededor de mi muñeca, todo por voluntad propia. Miro hacia abajo, sorprendido de cuán efectivo es esto, de lo perfectamente oportuno que es.

Walker yace todavía inconsciente a mis pies.

Los oficiales, que hace un momento apuntaban sus armas a la parte de atrás del camión, se han ido, pero escucho disparos afuera. Estoy dividido entre buscar mi piedra de curación para revivir a Walker o salir para ver si Nueve necesita ayuda. Quiero despertarla, obligarla a que me diga dónde están Sam y Sarah, pero no puedo dejar solo a Nueve si está en problemas. Decido que Walker permanecerá; claramente no irá a ninguna parte y solo tengo que esperar que no se me muera. Aprovecho la oportunidad para meter un cofre debajo de cada brazo y salir corriendo. Tan pronto salgo, veo a los oficiales corriendo en sentido contrario. No sé lo que hizo Nueve mientras yo estaba allí conociendo un poco mejor a mi brazalete, pero todos parecen aterrorizados.

—¿Ah, Nueve? —lo llamo—. ¿Qué fue lo que les hiciste, exactamente?

Él sonríe.

—Solo usé mi telequinesis para alzarlos casi nueve metros en el aire, entonces les ofrecí una opción: ir más alto o salir corriendo. Aplaudo la sabiduría de su decisión, ¿no?

—Parece que tomaron la decisión correcta —opino.

—Oye, pensé que íbamos a llevar a la agente con nosotros —dice Nueve.

—Todavía está dentro, está inconsciente. Iba a usar mi piedra de curación, pero primero quería comprobarte, asegurarme de que estabas bien —le digo.

—Amigo, ¿estabas preocupado por *mí*? Lo tengo controlado. ¡Necesitamos que ella nos diga a dónde vamos! Tú eres el que se niega a ir a cualquier parte que no sea hacia tus amigos, ¿recuerdas? —Nueve recoge un rifle de asalto y lo dispara al aire—. ¡Entra allí y consíguela! Estaré aquí afuera, jugando con los soldaditos.

Los oficiales siguen retirándose a pie, algunos se esconden detrás de los árboles al costado de la carretera. Nueve apunta el arma por encima de sus cabezas. El rifle se sacude contra su hombro y las balas silban a través de las ramas altas. Lo puedo oír cacareando, disfrutando del espectáculo, mientras regreso al camión.

Abro mi cofre, saco mi piedra de curación y me zambullo en el camión para ver cuán lesionada está Walker.

Pero ella no está allí.

Miro alrededor, como si pudiera haberse puesto de pie y trasladado a otra parte del camión. Estoy completamente confundido por lo que estoy viendo, lo que no estoy viendo. No hay nadie aquí, todos los cuerpos que estaban allí minutos antes se han ido. *Mierda.*

Estoy furioso conmigo mismo. No puedo creer lo mucho que metí la pata con esto. No solo seguimos sin saber dónde tienen a Sam y a Sarah, sino que es probable que Purdy y Walker aún estén por ahí.



CAPÍTULO ONCE

Traducido por CairAndross

Número Ocho está sentado sobre la hierba. El lago está calmado y tranquilo tras él.

—Soy conocido por muchos nombres diferentes. Algunos me llaman Visnú, mientras que otros me llaman Paramatma o Parameshwara. También soy conocido por mis diez avatares, tres de los cuales han encontrado y combatido; con bastante éxito, podría añadir.

—Si ellos son tus avatares, son parte de ti; lo que significa que *tú* sentiste la necesidad de declararles la guerra a tres chicas que estaban tratando de contactarte —espeta Crayton—. Se supone que tienes que hacerte pasar por un dios pacífico, ¿no?

—Tienes mucho que explicar —añade Marina.

Él no se inmuta con nuestra ira y permanece sentado.

—Tenía que estar seguro de que eran quiénes dicen ser. Tenía que estar seguro de que estaban dispuestas a reunirse conmigo. Mis disculpas si sus sentimientos, o cualquier otra cosa, resultaron heridos. Todas ustedes se han probado a sí mismas, si eso las hace sentir mejor.

Estoy harta; estoy cansada y hambrienta, sin mencionar que volé a través del mundo y luché contra un ejército al llegar aquí. Quiero respuestas. Me pongo de pie, con los puños apretados a los costados.

—Voy a hacer una pregunta, y si no me la respondes directamente, nos iremos. Esta no es una discusión filosófica; y no tenías derecho a probarnos. ¿Eres o no eres Número Ocho?

Él me mira y frunce los labios. El color de su piel cambia, del azul a un profundo tono cobrizo y su cabello negro se convierte en una mata de rizos esponjados. Dos de sus brazos se desvanecen y, en cuestión de segundos, un chico adolescente, sin camisa, está sentado en la hierba delante de nosotros. El comandante Sharma contiene el aliento.

El chico es del tipo delgado, pero tonificado. Con sus labios carnosos y delgadas cejas negras, puedo decir que es del tipo sexy. Alrededor de su cuello, pende un colgante loriense azul.

Es uno de nosotros.

Eli mira a Crayton, quien suelta un largo suspiro. Abre la boca, quizás para decir algo, pero el chico habla primero.

—Mi cêpan me llamó Joseph, originalmente, pero he pasado por muchos nombres. En esta región, la mayoría de las personas me conocen por el nombre de Naveen. —Hace una pausa y me mira, luego levanta la pernera desigual de su pantalón para revelar las cicatrices lorienses, que simbolizan a Uno, Dos y Tres, sobre su tobillo—. Si quieres ponerte toda loriense conmigo, entonces sí, puedes llamarme Número Ocho.

La ira que burbujea en mi interior estalla y desaparece. Hemos encontrado otro miembro de los garde. Nos hemos hecho más fuertes.

Crayton da un paso hacia delante y le ofrece la mano.

—Te hemos estado buscando, Ocho. Hemos viajado una gran distancia. Soy Crayton, el cêpan de Eli.

Ocho se pone de pie y estrecha la mano de Crayton. Es alto y cada músculo de la parte superior de su cuerpo y su estómago está *muy* bien definido. Claramente, ha estado entrenando por años, sobreviviendo solo en las montañas.

Eli también se pone de pie.

—Soy Eli —dice—. Soy Número Diez.

—¡Vaya! —dice Ocho. La mira a los ojos—. ¿Qué quieres decir con que eres Número Diez? Solo hay ocho de nosotros. ¿Quién te dijo que eres la Número Diez?

De repente, Eli se encoge hasta convertirse en una niña de seis años. Supongo que no hay nada como que tu identidad sea puesta en duda por una antigua estatua, para darte una crisis de confianza. Crayton le da un codazo a Eli y, con la misma rapidez, ella vuelve a la estatura de su yo de doce años.

Ocho responde, creciendo metro y medio más, para erguirse sobre ella.

—¿Eso es todo lo que tienes, Diez?

La determinación cubre el rostro de Eli y parece como si estuviera tratando de crecer algunos años más, pero nada sucede. Después de unos segundos, se encoge de hombros.

—Supongo que sí.

Crayton se gira hacia Ocho.

—Te contaré todo más tarde, pero hubo otra nave que dejó Lorien detrás de la suya. Eli y yo estábamos en esa nave. Ella era apenas un bebé, en ese momento.

—¿Y eso es todo, o hay un Número Treinta y Dos que debería conocer? —pregunta Ocho, retrocediendo hasta su estatura normal. Su voz es ronca, pero también amable. Por primera vez, noto que sus ojos son del más maravilloso tono verde oscuro. Por la mirada en el rostro de Marina, ella está notando todo esto también. No puedo evitar sonreír, mientras ella se mete el cabello tras las orejas.

—Eli es la última —responde Crayton—. Ella es Seis, y ella es Marina, la Número Siete. Parece que eres capaz de cambiar de forma. ¿Hay algo más que deberíamos conocer? —pregunta.

En respuesta, Ocho se expande a una jirafa de dos cabezas, que se eleva a seis metros por encima de nosotros, esta vez. Trato de suprimir mi sonrisa.

—De hecho, sí tengo ese legado —dice la cabeza de la izquierda.

La cabeza de la derecha baja hasta el agua y toma un trago, antes de levantar la mirada y añadir—: Entre otras cosas.

—¿Ah, sí? ¿Cómo cuáles? —pregunta Marina.

Ocho se convierte de nuevo en un muchacho y salta a lo largo de la superficie del lago, como si ésta fuera de hielo sólido. Cuando regresa a nosotros, comienza a correr, antes de derrapar para detenerse, enviando una ola de agua hacia Marina. Pero Marina no va a quedarse deslumbrada por el chico nuevo. Sin inmutarse, alza las manos y detiene el agua a mitad del aire, luego la regresa hacia Ocho con su telequinesis. A su vez, él lanza la ola más alto hacia el cielo, como un géiser. Para no quedarme fuera de cualquiera sea el juego que están jugando, tomo control del viento y lo uso para empujar el géiser a través del lago, hasta que una pared de agua en movimiento rodea a Ocho por tres lados.

—¿Qué más tienes? —grito, con mi voz instándole a mantenerse en marcha.

Ocho desaparece de donde lo he atrapado tras el agua y, un instante más tarde, vuelve a aparecer sobre las piedras escarpadas que rodean el lago. Vuelve a desaparecer y reaparece a centímetros de mi nariz.

La súbita cercanía de Ocho es tan sorprendente que, irreflexivamente, le lanzo un puñetazo a las costillas. Él gruñe y retrocede tambaleante.

—¡Seis! ¿Qué estás haciendo? —exclama Marina.

—Lo siento —digo—. Fue un reflejo.

—Me lo merecía —dice Ocho, haciendo poco caso de la actitud protectora de Marina.

—Así que ¿puedes teletransportarte? —pregunta Marina—. Eso es *tan* genial.

Él aparece de súbito a su lado y, casualmente, le apoya un brazo en su hombro.

—Soy un fan de eso. —Marina suelta una risita y, con un movimiento de hombros, se lo saca de encima. ¿Risitas? ¿Me está tomando el pelo?

Ocho sonrío, desaparece, y se muestra de nuevo, de pie sobre los hombros de Crayton, balanceándose sobre las piernas temblorosas y haciendo exagerados círculos con los brazos.

—Aunque a veces escojo lugares estúpidos donde aterrizar. —De repente, Ocho es nuestro bufón.

Estoy impresionada por su alegría, sin saber si se trata de un atributo o una debilidad. Decido verlo como algo positivo. Solo puedo ver la molestia y confusión en las caras de los mogadorianos, momentos antes de que este chico los convierta en cenizas.

Crayton se inclina hacia delante y, como si fuera una rutina ensayada de antemano, Ocho hace una voltereta sobre el suelo y luego da una palmada, obviamente satisfecho de sí mismo.

—¿Dónde está tu cêpan? —pregunta Marina.

El rostro alegre de Ocho se torna serio. Todos sabemos lo que eso significa. Al instante, mi mente regresa a una imagen de Katarina, amordazada y encadenada a una pared. Pienso en John y su cêpan, Henri. Me sacudo los recuerdos, antes que las lágrimas se formen en mis ojos.

—¿Cuánto tiempo hace de ello? —Suavemente, Crayton hace la pregunta que todos estábamos pensando.

Ocho gira en redondo, para mirar el campo de alta hierba más allá de nosotros. Con su mente, parte la hierba a derecha e izquierda, hasta que se forma un estrecho sendero. Levanta la cabeza hacia el sol poniente.

—Escuchen, tenemos que salir de aquí. La luz se está yendo. Les contaré sobre Reynolds y Lola en el camino.

El comandante Sharma corre hacia Ocho y le coge la muñeca.

—¿Qué hay de mí? ¿Qué puedo hacer por usted? Por favor, dígamelo.

Él me asusta. He estado tan absorta en nuestra sesión de encantados-de-conocernos y él ha estado tan quieto, que me había olvidado por completo de su papel en todo esto.

—Comandante —dice Ocho—, ha sido un amigo leal para mí, y quiero darle las gracias, a usted y a sus soldados, por todo su duro trabajo. Visnú estaría muy feliz por su devoción. Me temo que ahora debemos separarnos.

Es claro, por la expresión del rostro del comandante, que él pensaba que estaría en esto por largo plazo.

—Pero no lo entiendo. He hecho todo lo que ha pedido de mí. Le traje a sus amigos. Mis hombres han muerto por usted.

Ocho mira al comandante Sharma a los ojos.

—Nunca deseé que alguien muriera por mí. Ésa es la razón por la que rehusé abandonar la montaña y caminar por las calles con usted. Lamento las vidas que se

perdieron, con más pesar de lo que usted nunca sabrá. Créame, sé cómo se siente perder a las personas, pero aquí es donde debemos ir por caminos separados. —Es firme, pero puedo ver lo difícil que le resulta hacerlo.

—Pero...

Ocho lo interrumpe.

—Adiós, comandante.

El hombre se da vuelta, con una mirada de desesperación en el rostro. Pobre tipo; pero es un soldado que sabe cuándo obedecer una orden, cuándo aceptar cómo van a hacer las cosas.

—Me está dejando.

—No —dice Ocho—. *Usted me* está dejando. Encontrará algo más grande y mejor. Un hombre sabio me dijo una vez, que solo abandonando a alguien bueno puedes conocer a alguien mejor. Usted hará eso con su Visnú y solo lo conocerá una vez que yo me haya ido.

Es difícil de observar. El comandante Sharma abre la boca para decir algo, pero la cierra cuando Ocho gira y se aleja por el sendero, sin mirar atrás. En un primer momento, creo que Ocho está siendo demasiado áspero. Luego, me doy cuenta de que ésta es la manera más amable de hacer lo que debe hacer.

—¡Oye! ¡Espera! —grita Crayton tras Ocho—. La base de la montaña está en la otra dirección. Tenemos que llegar hasta el aeropuerto.

—En primer lugar, hay algo que necesito mostrarles —responde—. Y es posible que no necesitemos un aeropuerto.

—¿A dónde vas? Hay cosas que aún no sabes. Necesitamos sentarnos y hablar, ¡tenemos que hacer un plan! —exclama Crayton.

—Desearía no haber roto esos anteojos —dice Eli—. No podemos *seguirlo* simplemente, sin saber adónde nos lleva o si es una buena idea. Él cree que lo sabe todo, pero puede ser que *no*.

Vemos que Crayton está pensando qué hacer. Sé qué cree que debemos hacer. Finalmente, hemos encontrado a otro miembro de los garde, y ahora tenemos que permanecer juntos. Asiento hacia la figura de Ocho, que desaparece rápidamente. Crayton me mira y también asiente. Levanta el cofre de Marina y comienza a caminar en pos de Ocho. Sin decir nada, Marina y Eli se cogen de la mano y lo siguen. Me pongo en fila tras ellas. Uso mi audición avanzada para escuchar los sonidos del comandante moviéndose del sitio donde lo hemos dejado. No oigo nada. Puedo imaginármelo allí, quieto y en silencio, mucho después de que nos hayamos

marchado. Entiendo por qué tenía que hacerse esto, pero aún lo lamento por el sujeto, que lo dejaran atrás después de toda su lealtad.

Miro la espalda de Ocho, tieso como un palo por delante de mí, y me siento mal por los dos.

Ocho dirige. Lo seguimos cuesta abajo por una colina, y nos encontramos en un valle muy amplio. Hacia donde sea que mire, hay montañas del Himalaya con las puntas cubiertas de nieve. Más cerca, hay parches de bosques, con campos de flores amarillas y púrpuras entre ellos. Es hermoso. Todos nos sumergimos en esa belleza mientras caminamos, hasta que Crayton rompe el silencio.

—Así que, ¿quiénes eran Reynolds y Lola?

Ocho disminuye la velocidad, para que podamos caminar todos juntos. Se inclina para recoger un puñado de flores púrpuras, solo para aplastarlas en su mano.

—Reynolds era mi *cêpan*. Reía muchísimo. Siempre estaba riendo. Reía cuando estábamos escapando y cuando dormíamos bajo un puente o nos escondíamos en el granero desvencijado de alguien durante un monzón. —Se gira a mirarnos, uno por uno—. ¿Alguien se acuerda de él?

Todos sacudimos la cabeza, incluso Crayton. Desearía poder hacerlo, pero yo solo tenía dos años cuando hicimos el viaje.

Ocho continúa.

—Era un gran loriense y un amigo aun mejor. Pero Lola... Lola era una humana, de la cual se enamoró la primera vez que vinimos aquí. Eso fue hace ocho años. Se encontraron en el mercado y, desde aquel momento, fueron inseparables. Reynolds estaba tan enamorado. Lola vino a vivir con nosotros muy rápidamente. Apenas abandonaba nuestra casa. —Ocho le da una patada a un macizo de flores—. Debí *saber* que ella no podía ser de confianza, por la forma con que me miró, por cómo siempre quería saber dónde estaba yo, qué estaba haciendo. Yo no le permitía acercarse a mi cofre, sin importar de cuántas formas intentaba hacerlo, pero Reynolds confiaba tanto en ella, que eventualmente le dijo quiénes éramos. Le dijo *todo*.

—No es inteligente —digo. John le contó a Sarah, y mira a dónde nos llevó eso. Confiar nuestro secreto a los humanos es demasiado riesgoso. El amor lo hace aún más riesgoso.

—No puedo describir lo enojado que estaba. Cuando me di cuenta de lo que había hecho, perdí la cabeza. Él y yo peleamos por días. Nunca antes habíamos discutido. Yo confiaba completamente en él, y no es que de repente haya dejado de confiar en *él*. Era *ella*. Eso fue cuando Lola comenzó a pincharnos para que fuéramos con ella a las montañas, de excursión o a acampar. Dijo que conocía el lugar perfecto. Convenció a

Reynolds de que ayudaría a que hiciera las paces conmigo, que nos *uniría*. Yo pensé que el plan de Lola para lograr que Reynolds y yo nos diéramos un beso e hiciéramos las paces era poco probable, pero fui igual. —Deja de caminar el tiempo suficiente para señalar un pico montañoso en dirección norte—. Fuimos a la montaña, justo allí. Yo me traje mi cofre. Para aquel punto, podía teletransportarme y tenía telequinesis, además que mi fuerza era fuera de serie... y necesitaba entrenar e imaginaba que el aire de la montaña me haría más fuerte, más rápido, pero apenas llegamos, Lola siguió tratando de separarnos. Hizo todo lo posible para lograr que Reynolds me dejara solo. Al final, se tuvo que conformar con el Plan B. —Se gira y reanuda la marcha. Le damos unos pasos para que se reacomode por sí mismo.

—¿Cuál fue el Plan B, entonces? —pregunta Marina suavemente, tratando de que continúe. Tiene que contarnos todo, pero no tenemos que torturarlo.

—Durante la tercera noche en las montañas, ella se marchó a recoger leña, dejándonos solos a Reynolds y a mí por primera vez en todo el viaje. Yo sabía que algo estaba mal, lo sentía en la boca del estómago. Lola regresó rápidamente... con una docena de guerreros mogadorianos. Reynolds estaba tan enamorado de ella, que se le rompió el corazón antes de recordar que tenía que asustarle. Le gritó, rogándole que le explicara por qué le hacía eso a él, a nosotros, a mí. Entonces, uno de los guerreros arrojó una bolsa de monedas de oro en dirección a Lola. Los mogadorianos le habían prometido un montón de dinero, a cambio de prestar un *servicio*. —Ocho remuerde la palabra—. Ella se lanzó a recogerlo, como un perro saltando ante un cebo. Todo sucedió tan rápido. Se lanzó a recogerlo, uno de los mogadorianos levantó una espada refulgente y la apuñaló por la espalda, y la bolsa de monedas explotó a sus pies. Reynolds y yo solo nos quedamos allí, paralizados, observándola morir.

Me resisto a la urgencia de saltar hacia delante, coger su mano y apretarla, para mostrarle lo mucho que entiendo cómo se siente. Observo su espalda erguida, orgullosa, veo la tenacidad en sus largas zancadas y sé que lo que necesita en este momento, es su espacio. Al menos, eso es lo que quiero cuando pienso en Katarina al morir.

Su última palabra, *morir*, flota en el aire. Finalmente, Crayton se aclara la garganta y dice—: No tenemos que oír nada más en este mismo instante. Puedes detenerte, si quieres.

—No pudieron matarme. —La voz de Ocho regresa con más fuerza, como si estuviera tratando de ahogar los recuerdos tristes. Conozco el truco. Rara vez funciona—. Incluso cuando lograban un impacto directo con una de sus espadas, en mi cuello o en mi estómago, no morí; pero ellos sí lo hicieron. El corte mortal que me

hacían a mí, les sucedía a ellos en cambio. No podían matarme por el hechizo, e hice todo lo que pude para proteger a Reynolds-, pero nos separamos en todo el caos, y me teletransporté demasiado tarde. Reynolds estaba... —Se detiene un segundo—. Uno de ellos tomó mi cofre. Traté de detenerlo, cogí una de sus espadas y traté de apuñalarlo en el estómago, pero erré *por todo esto*, aunque casi seguro que le amputé la mano. De todos modos, consiguió escapar. Justo después que corrió hacia el bosque, vi una pequeña nave plateada que salía disparada a través de los árboles. Maté a los demás. —Su voz es tan fría, tan carente de emoción, que me estremezco.

—Perdí a mi cêpan también —dice Marina en voz baja, después de un momento.

—Yo también —agrego. Miro a Eli, que se ha trasladado cerca de Crayton. Al menos, ella lo tiene. Con suerte, no perderemos al último cêpan que conocemos.

El cielo sobre nosotros se oscurece por segundos. Marina se ofrece voluntaria a caminar al frente, de modo que pueda liderar el camino con su legado de visión nocturna. Sonríe cuando toma la mano de Ocho, feliz de que alguien intente consolarlo.

—He pasado tanto tiempo en estas montañas —dice Ocho.

—¿Siempre solo? —pregunta Eli.

—Estuve solo un tiempo, no sabía dónde ir y entonces, un día me encontré con un anciano. Estaba sentado debajo de un árbol, con los ojos cerrados, orando. Mi legado para convertirme en otras formas había llegado meses antes, y me acerqué a él, en forma de un pequeño conejo negro. Él oyó que me aproximaba. Rio, incluso antes de siquiera abrir los ojos. Había algo en su rostro que me inspiraba confianza; supongo que me recordaba a Reynolds, antes de que Lola llegara a nuestras vidas. Así que me subí a los arbustos y me teletransporté detrás de una línea de árboles en dirección opuesta. Cuando me acerqué a él de nuevo, en mi forma normal, me ofreció un poco de lechuga. Fue claro que me reconoció, que siempre me había conocido, sin importar la forma que tomara.

—Estamos llegando a otro lago —dice Marina, interrumpiendo a Ocho. Ahora que la conversación ha cesado, puedo oír el sonido del agua y una cascada tranquila más allá.

—Sí, estamos cerca —confirma Ocho—. Comeremos y dormiremos muy pronto.

—¿Entonces, qué fue lo que sucedió? ¿Con el anciano? —pregunta Crayton.

—Su nombre era Devdan y era una persona muy espiritual, iluminada. Él me contó todo sobre el hinduismo y Visnú. Me aferré a sus historias. En mi mente, sus historias representaban la forma en que estábamos intentando salvar a Lorien. Me enseñó las

antiguas formas de artes marciales de la India, como kalarippavattu⁵, silambam y gatka. Trabajé con mis legados, mis poderes, para ver hasta dónde podía llevar lo que aprendí de él.

“Un día, fui a su encuentro en nuestro lugar habitual y él no estaba allí. Volví día tras día, pero nunca regresó y quedé solo otra vez. Fueron muchos meses más tarde cuando me topé con el comandante Sharma y su ejército durante un ejercicio de entrenamiento. —Duda, antes de continuar—. Lamentablemente (o afortunadamente, no estoy seguro aún) fue mientras estaba en la forma de Visnú y me prometieron protegerme de cualquier mal. Yo sabía que era porque estaba en una forma que ellos adoraban y odiaba aprovecharme de sus creencias, pero no pude resistirme. Supongo que odiaba aun más el estar solo.

Marina comienza a guiarnos alrededor del lago. Ocho le dice que se dirija hacia la cascada que podemos oír a la distancia.

—¿Los mogs regresaron alguna vez? —pregunta Crayton.

—Sí. Todavía regresan en las pequeñas naves plateadas, cada cierto tiempo, circulan por las montañas para ver si aún estoy aquí, pero simplemente me convierto en una mosca o en una hormiga y ellos siguen adelante.

—Eso se corresponde con todos los informes de avistamientos de OVNI en esta región —comenta Crayton

—Sí, son ellos —afirma Ocho—. Con cada visita, se vuelven menos cuidadosos en evitar ser detectados. No he visto uno en varios días, pero han sido mucho más frecuentes en los últimos seis u ocho meses. Tomé eso como una señal de que el conflicto estaba incrementando.

—Lo está —digo—. Nos hemos ido encontrando, reuniéndonos. Marina, Eli y yo nos acabamos de conocer en España hace unos días. Número Cuatro está esperando nuestro regreso en Estados Unidos. Y ahora, te hemos hallado a ti. Eso solo nos deja a Cinco y a Nueve.

Ocho se queda en silencio por un momento.

—Quiero agradecerles por viajar desde tan lejos por mí. Ha pasado tanto tiempo desde que tuve alguien con quien hablar. Hablar sobre mi vida real.

La cascada está a pocos metros de distancia.

—¡¿Ahora qué?! —Tengo que gritar, para hacerme oír sobre el ruido del agua.

—¡Subimos! —grita Ocho, señalando una pared de piedra frente a nosotros.

⁵ Kalarippavattu: arte marcial originario del sur de la India. Consta de ejercicios de control corporal, armas de madera, armas de metal y combate desarmado. También tiene una vertiente sanadora. Silambam y Gatka son variaciones regionales del mismo arte marcial. [N. de la T.]

Pongo mi mano sobre la lisa superficie de la piedra y tanteo con el pie alrededor, para encontrar un punto de apoyo. Mi pie inmediatamente resbala y cuando estoy a punto de intentarlo de nuevo, escucho la voz de Ocho a lo lejos, por encima de mí. Él ya está en la cima, gritándonos algo. La teletransportación es incluso mejor de lo que pensaba, puede que incluso sea mejor que la invisibilidad. Me pregunto si podemos combinarlos de algún modo.

—Solo usa tu telequinesis para flotar —me dice Marina—. Tú lleva a Eli, yo llevaré a Crayton.

Sigo su consejo y subimos flotando. En realidad, es mucho más fácil de lo que imaginaba. Arriba, en la cima, está el campamento de Ocho. Pronto estamos sentados alrededor del fuego, cocinando un estofado de verduras en una gran olla. Los árboles sobre nosotros forman un espeso dosel y, con el agua por debajo, es un lugar perfecto para escondernos. La choza de barro de Ocho de algún modo es depresiva e ideal al mismo tiempo. Las paredes son disparejas y la puerta es un óvalo desigual, pero también es cálida, seca y huele a flores frescas. Dentro hay una hamaca casera, una mesa pequeña, y tres alfombras coloridas que cuelgan de las paredes.

—Bonito lugar el que tienes aquí —le digo, caminando de vuelta al fuego—. He estado huyendo durante tanto tiempo, que he olvidado cómo es tener un hogar. Incluso si es una choza.

—Hay algo en este lugar. Siempre será una parte de mí que se queda aquí. Realmente, voy a extrañarlo —dice, mirando a su alrededor con cariño.

—Entonces, ¿eso significa que vendrás con nosotros? —pregunta Marina.

—Por supuesto que lo haré. Ha llegado el momento de estar juntos, de trabajar juntos. Ahora que Setrákus Ra está aquí, tengo que ir con ustedes.

—¿Él está aquí? —pregunta Crayton, repentinamente incómodo.

Ocho toma su primer bocado de estofado.

—Ha llegado hace pocos días. Me ha estado visitando en sueños.



CAPÍTULO DOCE

Traducido por Pau Belikov

Saltamos a un tren de carga en Virginia Occidental. He estado tratando de dormir, pero hay demasiados pensamientos dando vueltas en mi mente. Bizqueo mientras mis ojos se acostumbran al sol de la mañana que entra por la puerta de rejilla. Me siento aliviado al ver que todavía nos dirigimos al oeste; eso es todo lo que la agente especial Walker dijo antes de desaparecer: el oeste. Así que, es ahí a dónde vamos. Trato de no pensar en la posibilidad de que pueda habernos engañado deliberadamente, y en lugar de eso, me enfoco en que ella creía que estaba a punto de morir y que no tenía nada que perder, y por lo tanto, ninguna razón para mentirme.

Ruedo sobre mi espalda. El techo del vagón del tren está sucio, manchado de una variedad de colores. Me quedo mirando un punto azul oscuro justo encima de mi cabeza durante tanto tiempo, que finalmente voy a la deriva hacia el sueño. Sueño, como hago a menudo, pero éste es diferente, más una pesadilla que una visión.

Estoy en Virginia Occidental, de vuelta en la celda de la prisión, solo que esta vez, está vacía y brillantemente iluminada desde arriba. La jaula esférica que contenía a Sam también está vacía; la única indicación de que él alguna vez estuvo allí es un charco de sangre todavía húmeda en el suelo. Camino hacia el centro de la celda, mirando alrededor frenéticamente y trato de gritar su nombre, pero tan pronto como abro la boca, mi garganta absorbe las brillantes luces de arriba, me roban el aliento, me asfixian. Caigo sobre manos y rodillas, tratando de conseguir un poco de aire.

Todavía jadeando, miro hacia arriba. Ahora estoy en una gran arena, con miles de mogadorianos volviéndose salvajes en las gradas. Corean y me arrojan cosas mientras comienzan a pelear entre ellos. El suelo es una losa brillante de roca negra. Me levanto temblorosamente de mi posición en cuatro patas. Cuando doy un paso hacia adelante, el suelo detrás de mí desaparece, dejando solo un abismo negro. Por encima de mí hay un agujero gigante y por medio del agujero, veo a un grupo de nubes moviéndose a través de un cielo azul. Me toma un momento darme cuenta dónde estoy: dentro de la cima de una montaña.

—¡Cuatro! —Es la voz de Nueve. ¡Nueve! No estoy solo.

Miro alrededor y trato de gritar de nuevo, pero mi garganta sigue obstruida. Un haz de luz escapa de mi boca. Instintivamente, giro alrededor y trato de apuntar la luz hasta que finalmente aterriza sobre Nueve. Está al otro lado de la arena, pero algo está

bloqueando mi vista. Es Sam. Está colgando entre nosotros, con las muñecas en grilletes. El agente Purdy y la agente especial Walker están de pie bajo él, con los cañones mogadorianos apuntados hacia el pecho de Sam. No dudo. Corro hacia mi mejor amigo, la roca cae detrás de mí con cada paso que doy.

El rugido de la multitud se intensifica hasta que es absolutamente ensordecedor.

Cuando ya casi los alcanzo, cae la roca negra donde los agentes están de pie, y ellos caen con ella.

—¡Socorro! Ayúdame, por favor, ayúdame —grita Sam, su cuerpo se retuerce, tratando de liberarse de los grilletes.

Trato de usar mi telequinesis para liberarlo, pero no funciona. Trato de usar mi lumen, pero mis palmas permanecen oscuras. Mis legados están fallando.

—Trae al resto, John —me dice Sam—. Tráelos a todos.

Su voz suena extraña, como si no fuera suya. Es casi como si alguien, o algo malvado, estuviera hablando a través de él.

De repente, el chico bronceado y delgado que apareció en mi última visión está a mi lado. Una vez más, es transparente, como un fantasma. Cuando veo que está usando un colgante loriense alrededor del cuello, intento alcanzarlo, pero él niega con la cabeza y se pone un dedo sobre los labios. El muchacho salta sobre Sam y trepa por sus piernas y cuerpo hasta que puede poner las manos alrededor de las cadenas. Lo observo esforzarse, tratando de separar los grilletes, y puedo ver la sorpresa en su rostro cuando se da cuenta de que no tiene la fuerza para hacerlo.

En mi última visión, me preguntó qué número era, y siento un enorme impulso de hablar con él.

Toso, me aclaro la garganta, y sé que mi voz por fin ha vuelto. Grito—: ¡Soy el Número Cuatro! —Justo cuando la arena se queda en silencio.

—¿Has tomado tu decisión? —pregunta Sam.

Continúa retorciéndose en sus grilletes, el otro chico todavía está luchando para romper sus cadenas. Sam me mira directamente y puedo ver que sus ojos son de un color marrón oscuro. Este no es Sam, me digo.

De repente, el cuerpo de Sam comienza a sacudirse tan violentamente que el otro chico pierde su agarre sobre él y solo puedo mirar con horror como cae y desaparece en el mismo abismo que se tragó a los agentes. Entonces, un resplandor púrpura rodea a Sam, y las cadenas se rompen por voluntad propia.

En lugar de caer —como el chico, como los agentes— Sam flota, suspendido en el aire. Se enciende un foco y observo incrédulo como Sam crece y se transforma... en

Setrákus Ra. Los tres colgantes lorienses alrededor del cuello de Setrákus Ra brillan, al igual que la cicatriz púrpura que rodea su garganta.

—¿Quieres de regreso al humano? —brama.

—¡Lo llevaré de regreso! —le grito, furioso.

Estoy clavado en el lugar, no hay nada a mi alrededor, excepto el abismo, ningún lugar dónde pisar para acercarme a él.

Setrákus flota lentamente hacia el suelo. Aterrizo y las rocas no muestran señal de ceder como hacen para el resto de nosotros.

—¿Ésta es tu rendición? Bien. Aceptaré tu colgante ahora.

Miro hacia abajo y mi colgante ya ha desaparecido. Levanto la mirada de nuevo para verlo colgar del puño gigante de Setrákus Ra. Sus agrietados labios se abren para revelar una marcada sonrisa de dientes torcidos.

—¡No! ¡No me rendiré!

En el momento en que lo digo, siento un peso repentino alrededor de mi cuello. Mi colgante está de vuelta.

El otro chico salta desde el abismo en el que cayó, aterriza cerca de Setrákus Ra con la cabeza en alto, y se une a mi clamor.

—¡Nunca me rendiré a ti! ¡Deja ir a Devdan, y pelea conmigo!

—El tiempo se está acabando —dice Setrákus Ra y ahora me doy cuenta de que nos está hablando a ambos, que lo ha estado haciendo todo el tiempo. Estaba intentando conseguir que los dos nos rindiéramos. ¿Pensaba que nos podía convencer de que sacrificaríamos al creer que iba a permitir que los otros vivieran? Solo puedo esperar que ninguno de los otros caiga en sus trucos.

El punto azul en el techo del vagón del tren de repente es todo lo que veo, y me incorporo bruscamente, tratando de sacudirme el sueño que ha dejado mi cerebro confuso. Toco el brazalete alrededor de mi muñeca. Antes de que me sumiera en la visión, mi pesadilla, había descubierto que al concentrarme en las habilidades del brazalete, era capaz de quitármelo, pero en el momento en que dejó mi muñeca, me sentí inseguro sin él y rápidamente me lo puse de nuevo. Lo toco otra vez y me pregunto si mi confianza en él es algo bueno o malo. De repente, algo pequeño me golpea la espalda, salto y me doy la vuelta.

Claramente estoy sobre alterado por el sueño. Es solo Bernie Kosar, esta vez como un Beagle, mi encarnación favorita de él.

—¿Otra pesadilla? —Nueve bosteza desde la esquina. Se sienta sobre su cofre, tallando distraídamente símbolos en la pared con un clavo, la imagen misma de alguien que no está alterado. Las plantas de sus pies descalzos están negras.

—Se están volviendo muy extrañas —digo, y espero no sonar tan agitado como me siento. Lo último que necesito es que Nueve me considere un niño, asustado por pesadillas—, y creo que los otros las están teniendo al mismo tiempo.

Nueve levanta el clavo para examinarlo más de cerca. Inclina la cabeza, como si fuera un espécimen raro y no el objeto más común del mundo. Con la lengua sobresaliendo por la comisura de la boca, luce como si estuviera concentrando todas sus energías en ese clavo. Con una pequeña sonrisa, lo dobla entre sus dedos, rompiéndolo en dos piezas perfectamente iguales. Se vuelve hacia mí.

—¿Y qué significa eso? ¿Crees que todos ellos están teniendo visiones de algún tipo? O ¿están teniendo las mismas noches llenas de acción que tú?

Me encojo de hombros.

—No lo sé. Sigo viendo a este chico muy flaco con el pelo negro rizado. Lleva uno de nuestros colgantes, así que tengo que asumir que es uno de nosotros. Somos conscientes el uno del otro, pero las cosas en el sueño parecen estar adaptadas a él en algunos aspectos y a mí en otros. Te veo en estas visiones también.

Nueve frunce el ceño, entonces abre su cofre y excava en el interior. Estoy esperando que vaya a sacar algo que me ayude a descifrar mis visiones, me ayude a descubrir qué se supone que haga con ellas, en cualquier caso.

—Me gustaría tratar de contactar con los demás con la piedra roja, pero supongo que el gobierno lo ha aprovechado de alguna manera. Lo que es una mierda total. —Se sienta de nuevo, viéndose frustrado.

Camino a través del vagón vacío hacia donde está sentado. Tiene un cubo amarillo en la mano que nunca antes había visto.

—¿Qué crees que significa, si el gobierno ha aprovechado tu piedra? ¿Cómo crees que pasó? Es decir, deben de haber sido los mogs, pero ¿cómo convencieron al gobierno para trabajar con ellos?

Nueve me mira incrédulamente.

—¿Es en serio? ¿A quién le importa por qué están trabajando juntos o qué tuvieron que decirles los mogs para ponerlos de su lado? El punto es que *están* trabajando juntos. ¡El Gobierno de EE.UU. y los mogadorianos se han unido! Para ellos, es oficial: ¡somos los chicos malos!

—Pero los mogs destruirán la Tierra, o peor, una vez que se deshagan de nosotros. ¿Acaso el gobierno no sabe esto? ¿No es obvio que somos los chicos buenos?

—Al parecer, no. ¿Quién sabe cómo sucedió? Tal vez solo se están usando unos a otros; ambos tratando de engañar al otro. Sea lo que sea, el gobierno *tiene* que estar

subestimando a los mogs, de lo contrario, estarían dementes de lo asustados. —Nueve se pone el cubo amarillo en la boca. Una mirada de satisfacción aparece en su rostro.

—¿Qué es eso? —le pregunto.

—Sustento —contesta, con la voz distorsionada—. Es un sustituto de comida. Lo chupas y te satisface un poco. Echa un vistazo. Es posible que tengas uno también.

Abro mi cofre y hurgo alrededor buscando un cubo amarillo. Mis manos pasan por encima de la tablet blanca que encontramos en la oficina oculta de Malcolm Goode en el pozo, y me tomo un segundo para pulsar sus botones. Todavía muerta. La hago a un lado. No encuentro un cubo amarillo, pero hay uno azul. Lo sostengo en alto para que él lo vea.

—¿Crees que este hace lo mismo?

Se encoge de hombros.

—No sé. No lo sabremos hasta que lo intentes. Ve por ello.

Dudo por unos segundos, luego me lo pongo en la lengua y mi boca se inunda inmediatamente de agua helada. Solo soy capaz de beber un poco antes de que un poco se me vaya por el camino equivocado, lo que me hace toser la piedra sobre el suelo.

Nueve escupe la piedra amarilla en la mano y me la ofrece, pero paso.

—Tienes que comer en algún momento —dice.

Bernie Kosar se acerca a Nueve y abre la boca.

—Seguro, BK —dice Nueve amablemente, poniendo el cubo amarillo sobre la lengua del perro.

—Al menos nos dirigimos al oeste, donde están Sam y Sarah. Estoy harto de correr y esconderme, correr y esconderme. Primero lo primero, los buscamos.

—Sí, bueno, habla por ti mismo. Me encerraron y torturaron durante el año pasado, hombre. Estar en marcha, al control de dónde estoy y cuando voy allí, es algo a lo que no planeo renunciar pronto. Solo relájate, Johnny. Tengo una idea y tú necesitas recordar el plan. No vamos a perder tiempo buscando a tus amigos humanos. Contactamos con los otros y nos reunimos, y cuando estemos listos, nos enfrentamos a Setrákus Ra. En ese orden.

Me giro y perforo un agujero en el costado del vagón del tren, y el impacto hace que las ruedas de un lado pierdan su agarre momentáneamente en las vías. Estoy enfadado y siento como si estuviera en una espiral fuera de control.

—¿Cómo vamos a reunirnos con ellos exactamente, cuando nuestro único medio de comunicación podría estar siendo monitoreado? Digo que nos dirigamos a California, o a cualquier instalación del gobierno que haya al oeste, y exijamos que nos entreguen a

Sarah, o ¡comenzaremos a estallar cosas! O, amenazamos con decirle a la prensa que el gobierno está trabajando con un grupo de malvados alienígenas. Veremos cómo resulta eso.

Nueve se ríe, sacudiendo la cabeza.

—Eh, no. Eso no va a suceder.

—Bueno, mierda, entonces no sé qué sugerir. ¿Y si regresamos a Paraíso para ver si tal vez Sarah está ahí? Si veo que está a salvo, prometo que lo dejaré estar. Debemos que estar cerca de Ohio ahora, ¿no?

Nueve se acerca al agujero que hice en la pared y se asoma. Su voz es tranquila cuando habla.

—Todo parece igual para mí, hombre. Tú sabes, la Tierra no es *nada* como Lorien. Seguro, la Tierra luce muy bonita en algunos lugares, pero Lorien era bella en todas partes. Era el planeta más bello de todas las galaxias. Has visto cómo solía ser en tus visiones, ¿no?

Estoy sorprendido por cuán apasionado se ha vuelto de repente. Al hablar de Lorien, su rostro está tan feliz y relajado como nunca lo he visto. Por primera vez, veo a un chico nostálgico: pero es fugaz. Rápidamente reorganiza su rostro y se acomoda su máscara habitual de sarcasmo y desinterés.

—*No* vamos a ir a Ohio para ver si otro de tus *humanos* está cómodo y seguro. Este no es nuestro hogar, Cuatro; estos humanos no son nuestros hermanos y hermanas. Todo lo que hacemos aquí en la Tierra es para nuestro *verdadero* hogar, para nuestros *verdaderos* hermanos y hermanas; para los ancianos que sacrificaron sus vidas para ponernos en esa nave.

Nueve retrocede, se balancea, y perfora otro agujero en la pared del vagón, justo al lado del mío.

A diferencia del mío, su puñetazo es tan fuerte y tan rápido que las ruedas bajo nosotros no se mueven. Nueve pega la cabeza al agujero y respira profundamente, su cabello negro vuela y ondea al viento, luego entra la cabeza de nuevo. Cierra los puños y se vuelve para mirarme.

—Si no tienes a Lorien en tu corazón, entonces deberías decirlo ahora mismo. No voy a correr por todas partes con un traidor. Nuestro *único* objetivo es hacer todo lo posible para estar en plena fuerza y así poder derrotar a Setrákus Ra y a su ejército. Eso es todo. ¿Entiendes?

Decido permanecer en silencio. Mis sentimientos por Sam y Sarah nunca desaparecerán. Lo sé. Pero Nueve tiene razón sobre lo que viene primero; no somos de ayuda para nadie si no incrementamos nuestra fuerza, y eso solo sucederá si

encontramos a los otros. Necesitamos concentrarnos en Lorien. Cuando vencamos a Setrákus Ra, Sam y Sarah —junto con todos los demás en la Tierra— van a estar bien. Asiento con la cabeza.

Nueve se sienta y cierra los ojos, se sujeta las rodillas con las manos con tanta fuerza, que sus nudillos están blancos.

—Acabamos de pasar una señal que reconozco. Estamos a unos trecientos kilómetros de distancia de la casa segura que mi cêpan montó. Podemos ir allí, ordenar una pizza, tal vez ver un poco de televisión. Puedes sentarte por ahí y suspirar y pensar cosas tristes sobre tu pobre Sarah desaparecida. Yo saldré, buscaré alguna chica ardiente con quien pasar una hora o así, y entonces descubriremos cómo comunicarnos con el resto, de alguna otra manera.

BK deja caer el cubo amarillo de su boca y me mira. Ni siquiera tiene que preguntar. Pongo mi cubo azul sobre su lengua y él cierra el hocico y suspira felizmente.

Miro a Nueve. Es tan seguro de sí mismo, tan confiado.

—¿Y cómo vamos a hacer eso? ¡Los macrocosmos están interceptados! ¡No tenemos ninguna otra manera de comunicarnos con ellos!

—No, esto es perfecto —dice Nueve, emocionándose—. Espera hasta que veas mi casa, Cuatro. Es totalmente impresionante. Lo que sea que deseemos, lo tendremos. Lo que necesitemos, lo conseguiremos. Descansaremos y entrenaremos, estaremos en la forma más sorprendente, listos para lo que venga a nosotros, y descubriremos una manera de ponernos en contacto con el resto de la garde.



CAPÍTULO TRECE

Traducido por CairAndross

Me quedo despierta por horas, sentada y mirando el fuego en el exterior de la choza. En el interior, Eli duerme sobre la hamaca; Seis y Crayton roncan bajo sus mantas sobre el suelo. Después de un tiempo, el fuego se transforma de una llama furiosa y crepitante a brazas ardientes. Observo el humo que flota por el aire, a la deriva bajo el dosel de árboles. Con el tiempo, el fuego se extingue por completo.

Simplemente, no puedo dormir. Por demasiados años, estuve sola con mi envidia y mi ira, atrapada en aquel orfanato. Ahora, por fin puedo dejarlas ir. Ahora creo que no hay nada que no podamos hacer, si estamos todos juntos. Así que no sé por qué siento todavía este agujero en el estómago cada vez que tengo un momento para pensar. También sé qué es el agujero; me siento solitaria. Pero no estoy sola, me sigo diciendo a mí misma.

Miro a Ocho que duerme lo más cerca posible del fuego para calentarse. A la temprana luz mañanera, todo acurrucado, se ve pequeño. Duerme sin descansar, bajo una fina manta de vides retorcidas. Lo observo dar vueltas en la cama, pasándose las manos por su cabello ya desordenado. Avivo las brazas para provocar tanto calor como sea posible, y el crujido es lo suficiente como para hacerlo moverse. No sé por qué, pero me siento protectora con él y al mismo tiempo, pienso en sus brazos musculosos y quiero que *él* me proteja. Debe ser algo sobre que los opuestos se atraen. Él es juguetón y yo, bueno, no lo soy.

La frente de Crayton está arrugada por la preocupación cuando finalmente se levanta y despierta a los demás. Todos tratamos de sacudirnos las telarañas del sueño con tanta rapidez como podemos. Sé que Crayton se pregunta cómo llegaremos a un avión.

Mis pensamientos se dirigen a la visión de Ocho de Setrákus. Él presenta la mayor amenaza de todas, incluso mayor que un montón de mogs bien armados. Sé que Crayton cree que no estamos listos para hacer frente a Setrákus. No hemos desarrollado nuestros legados, no hemos tenido la oportunidad de aprender cómo luchar juntos, y tenemos que encontrar a Cuatro, Cinco y Nueve, antes de enfrentar a una amenaza como Setrákus Ra. Cuando lo dije anoche, Ocho sacudió la cabeza, frustrado por todo el escepticismo.

—Sé que podríamos vencerlo, juntos —dijo—. Lo he visto en mis sueños y he sentido su poder. Sé de lo que es capaz: pero también sé de qué somos capaces *nosotros*, y eso es mucho más grande que cualquier cosa que él *jamás* podría ser. Creo en nosotros, pero no va a suceder si no estamos todos convencidos.

—Estoy de acuerdo en que es necesario derrotar a Setrákus Ra, pero primero necesitamos encontrar a los otros. Las posibilidades de ganarle serán mucho mejores si están todos juntos —había argumentado Crayton. Podía oír la preocupación en sus palabras.

Ocho se mantuvo firme, creyendo claramente que somos suficientes para vencerlo.

—Mis sueños me han guiado a todos ustedes y me dicen que podemos hacer esto; no podemos huir, incluso para encontrar a los demás.

Ahora, Ocho se pone de pie y se estira, revelando un pedazo de su estómago cuando su camisa se levanta. Se inclina hacia delante, recoge un bastón para caminar y lo hace girar en sus manos. No puedo apartar mis ojos de él. Es una sensación tan nueva e inusual para mí, que me hace sentir tímida y excitada al mismo tiempo.

—¿Entonces, adónde quieren ir? —pregunta, paseando la mirada entre todos nosotros.

—Costa Este, Estados Unidos —dice Seis. Golpea la parte inferior del bastón mientras éste oscila y lo hace ir hasta su mano. Esos dos son como un dúo de comedia. Seis le arroja de nuevo el bastón y él hace un gran espectáculo al lanzarse para tomarlo y errar a propósito. Sus juegos se parecen mucho a coquetear. Tengo que admitirlo, me da envidia. Incluso si quisiera, no podría actuar de esa manera con Ocho, con nadie. Es solo que así es Seis, sencilla. No es de extrañar que se estén divirtiendo tanto.

—Bueno, si es allí donde quieren ir, tenemos un par de opciones. ¿Un avión? ¿Tenemos suficiente dinero como para comprar boletos para todos?

Crayton palpa el bolsillo de su camisa y asiente con la cabeza.

—Eso no debería ser un problema.

—Genial. Nos dirigimos de regreso a Nueva Delhi, compramos algunos boletos y podemos estar en Estados Unidos en un día o dos. O, podríamos estar en el estado de Nuevo México en tan solo pocas horas.

—No *todos* podemos teletransportarnos —señala Seis, dibujando en el suelo con la punta del pie.

—A lo mejor, podemos —dice Ocho, con una sonrisa socarrona en el rostro. Seis ha dibujado un círculo y Ocho estira su pie para añadir dos ojos, una nariz y una gran cara sonriente. Se sonríen, el uno a la otra—. Solo necesitamos dar un corto paseo, luego se trata simplemente de un gran salto de fe. —Claramente está disfrutando de

mantenernos en la oscuridad. Veo que los demás asienten con la cabeza, tan atrapados en su confianza que olvidan preguntar los detalles. Yo no quiero ser la que señale que no tenemos idea de lo que tiene en mente.

—Suenan mucho más rápido que un avión —dice Eli—. Y muchísimo más genial.

—Tienes toda mi atención —dice Crayton, alzando mi cofre por encima de su hombro—. Tienes que mostrarnos de qué estás hablando, lo mejor y más rápido posible. Si Setrákus Ra ya está aquí, en la Tierra, tenemos que actuar con rapidez.

Ocho levanta un dedo, como diciéndole a Crayton que debe ser paciente. Entonces, se quita la camisa y los pantalones. Guau.

—No antes de mi nado matutino —anuncia.

Ocho corre hacia el borde del acantilado, desde donde cae la cascada. Sin detenerse, se lanza con las manos por delante al aire. Parece flotar como un pájaro, cabalgando las olas de aire. Me apresuro a llegar al borde del acantilado y mirar, justo a tiempo para verlo cambiar de forma y entrar al agua como un pez espada rojo, y emerger como él mismo. De pronto, siento la urgencia por saltar también y lo sigo.

El agua es sorprendentemente fresca cuando me zambullo, pero cuando salgo a por aire, puedo sentir que mi rostro se sonroja. ¿Qué está pasando conmigo? Por lo general, no tengo esta impulsividad.

—Bonita inmersión —dice Ocho mientras nada y flota en el agua, cerca de mí. Sacude la cabeza y sus brillantes rizos negros se mecen alrededor de su cabeza—. Así que, ¿prefieres que te llamen Marina o Siete?

—No me importa. Lo que sea —respondo, sintiéndome tímida.

—Me gusta Marina —comenta, hablando con decisión por ambos—. ¿Ésta es tu primera vez en la India, Marina?

—Sí. Estuve largo tiempo en España. En un orfanato.

—¿Un orfanato, eh? Por lo menos, había un montón de niños a tu alrededor; pudiste hacer amigos. No como yo.

Puedo ver lo solo que ha estado. Decido no corregirle y no decirle que todas las otras chicas me odiaban y que no tenía amigos hasta que apareció Eli. Me encojo de hombros.

—Supongo. Ahora soy más feliz.

—¿Sabes qué? Me caes bien, Marina —dice. Suena como si estuviera paseando mi nombre en su boca, saboreándolo—. Eres tranquila, pero genial. Me recuerdas...

De repente, hay un fuerte chapuzón, exactamente entre Ocho y yo. Las olas nos apartan el uno de la otra, y veo que Seis emerge, con su cabello rubio mojado, que cae perfectamente sobre su espalda. No dice ni una palabra y se vuelve a sumergir bajo el

agua, tirando de Ocho con ella. Yo también buceo y los veo luchar juguetonamente bajo el agua, hasta que Ocho, riendo, pide clemencia y Seis lo deja ir.

—Maldita sea, eres fuerte —comenta él cuando rompe la superficie, tosiendo.

—Y no lo olvides —responde ella, sonriendo—. Ahora, ¿podemos, por favor, salir de aquí?

La visión de Seis y Ocho, completamente enredados, me hace sentir celosa, pero éste no es momento para ello. Hundo mi cabeza bajo el agua, para darme un minuto para recomponerme. Dejo que el agua entre en mis pulmones y me sumerjo, más y más, hasta que mis pies tocan el fondo fangoso y lleno de rocas. Me siento sobre el musgo y trato de ordenar mis pensamientos. Estoy furiosa conmigo misma, por sentirme tan vulnerable. ¡Esto es un flechazo! Nada más. ¿Y *realmente* me importa, si Ocho prefiere el perfecto cabello rubio de Seis a mi estropajo? Quiero decir, *ella* no es una amenaza para mí. Tenemos que trabajar en equipo, confiar en el otro. No quiero estar enojada con Seis, especialmente después de todo lo que ella ha hecho por mí. Por un minuto, paseo por el fondo, con la esperanza de que me venga algo ingenioso que decir cuando suba a la superficie. *Puedo hacerlo.*

Me doy cuenta de que estoy directamente por debajo del lugar donde la cascada entra al lago, donde el agua es clara y burbujeante. El destello de algo capta mi atención. Es un largo objeto plateado pegado en el suelo embarrado.

Voy a echarle un vistazo más de cerca. Tiene unos cinco metros de largo y, cuando lo circundo, me sorprendo al darme cuenta que es una especie de cabina, tras un largo parabrisas. Allí es cuando veo un cofre, ubicado justo allí, sobre el asiento interior. No puedo creerlo... ¿es posible que ésta sea la nave plateada que Ocho vio alejarse volando, el día que atacaron los mogs, el día que fue asesinado su cêpan.? Oigo un grito ahogado y me percató de que es mío. Agarro una manija del fuselaje y tiro de ella. No se mueve. La presión en el fondo del lago es demasiado fuerte, pero continúo tirando y, de pronto, la puerta de la cabina se abre. Se produce un torrente de agua, mezclada con agua que estaba atrapada en el interior. El cofre se siente viscoso cuando lo aferro y me impulso a la superficie.

Lo primero que veo es a Seis y Ocho, sentados sobre la hierba y hablando. Ella está haciendo girar el bastón de Ocho sobre su cabeza y frente a sí. Crayton está vigilando a Eli, con la barbilla apoyada en sus manos. Eli me ve salir del agua y clava el palo en la hierba.

—¡Marina! —grita.

—¡Oye, aquí estás! ¿Dónde habías ido? —grita Ocho, acercándose a la orilla.

—Vamos, Marina —exclama Seis—. ¡Realmente tenemos que ponernos en movimiento!

Levanto el cofre sobre el agua, sosteniéndolo en alto para que todos puedan verlo. Ni siquiera me importa la más repugnante y lodosa de las aguas que éste derrama sobre mi cabeza. Estoy sonriendo tanto, que me duele la cara. Me encanta la expresión en sus rostros, con la boca abierta y los ojos dilatados. Lo estoy disfrutando tanto, que uso mi telequinesis para hacer flotar el cofre hacia Ocho y Seis, y dejarlo allí, en el aire.

—¡Mira lo que he encontrado, Ocho!

Ocho desaparece de la hierba y reaparece en el aire, junto al cofre. Envuelve sus brazos alrededor de éste y lo abraza, con limo y todo, luego se teletransporta de vuelta a la orilla del lago, con el cofre aún en sus manos.

—No puedo creerlo —dice—. Todo este tiempo, estaba justo aquí. —Parece aturdido.

—Estaba dentro de una nave mogadoriana, en el fondo del lago —le digo, al salir del agua.

Ocho desaparece de nuevo y se teletransporta directamente frente a mí; nuestras narices casi se tocan. Antes de que pueda registrar cuán bonito es su cálido aliento sobre mi rostro, él me levanta y me besa con fuerza en la boca, mientras me hace girar en círculos. Mi cuerpo se pone rígido y, de repente, no tengo idea de qué hacer con las manos. No sé qué hacer con todo, por lo que solo dejo que suceda. Él sabe salado y dulce al mismo tiempo. El mundo entero desaparece y siento como si estuviera flotando en la oscuridad.

Cuando él me baja, doy un paso atrás y lo miro a los ojos. Una sola mirada y sé que este enorme momento romántico fue un gesto espontáneo y agradecido de su parte. Ni más, ni menos. Soy una idiota. Realmente, tengo que dejar ir este flechazo.

—Nunca nadé por aquí. Desde el principio, siempre lo hice por el lado opuesto —dice Ocho—. Enterrado en la misma zona. —Sacude la cabeza—. Gracias, Marina.

—Eh, de nada —susurro, todavía aturdida por la primera parte de su agradecimiento.

—Ahora que lo has abrazado y saludado, ¿no quieres abrirlo? —pregunta Crayton—. ¡Vamos, ya!

—¡Oh! ¡Claro, por supuesto! —grita Ocho y se teletransporta de regreso al cofre.

Seis camina hacia mí.

—¡Marina! ¡Eso fue tan maravilloso! —Me abraza y luego se aparta para sacudirme por los hombros, sonriéndome significativamente. En voz baja, susurra—. ¿Y estoy viendo alucinaciones o te acaban de besar?

—Es un poco extraño, ¿no? —susurro, mirándola para detectar cualquier signo de celos—. Pero creo que no significa nada.

—No es extraño, en absoluto. Creo que es grandioso —contesta, claramente emocionada por mí, como una amiga o una hermana. Me avergüenzo de mí misma por haber sentido celos de ella, antes. Las dos miramos hacia Ocho, mientras Eli comienza a hacer un sonido de redoble de tambores para anunciar la apertura del cofre.

Ocho tiene las manos sobre la cerradura. Casi inmediatamente, éste se sacude y el cofre se abre. Rápidamente, él se sumerge hasta los codos, tratando de tocar todo al mismo tiempo. Es como un niño con un cajón de juguetes; está tan emocionado. Todos nos amontonamos a su alrededor y miramos. Puedo ver algunas piedras, que se parecen a las mías, pero otros artículos son completamente diferentes. Hay un anillo de cristal, un cuerno curvo, un trozo de tela negro, que brilla rojo y azul cuando Ocho lo toca. Él coge un trozo de oro, del largo de un lápiz, y lo sostiene en alto.

—Ahh, qué bueno es *verte* de nuevo.

—¿Qué es? —pregunta Seis.

—No sé su nombre real, pero yo lo llamo “el Duplicador” —Ocho lo alza sobre su cabeza, como una varita. Luego chasquea la muñeca y lo expande, hacia fuera y hacia abajo, como un pergamino. Pronto, tiene el tamaño del marco de una puerta. Lo suelta, y el marco flota frente a él. Ocho da un paso atrás y podemos ver un ocasional par de manos o pies, cuando comienza a hacer saltos de tijera.

—De acuerdo —dice Seis—. Eso es la cosa más extraña que nunca he visto.

Ocho se teletransporta a su lado y permanece allí, con la cabeza inclinada a un lado mientras se rasca la barbilla, como si estuviera juzgando un espectáculo. Nuestras miradas regresan al marco de puerta dorado. Las manos y pies aún continúan su ritmo constante. Espera. ¡Ahora hay *dos* de él! El que está de pie al lado de Seis aplaude, abre la palma y la pieza de oro se contrae y se pliega de nuevo en su mano. Inmediatamente, el segundo Ocho desaparece.

—Impresionante —dice Crayton, aplaudiendo lenta y sonoramente—. Esto será muy útil, en algún momento cercano. Como mínimo, harás una excelente distracción.

—Lo usé para escaparme de nuestra casa un par de veces —admite Ocho—. Reynolds nunca descubrió lo que podía hacer. Incluso antes de que él muriera, yo *siempre* trataba de averiguar cómo hacer lo mejor con mis legados.

Crayton le arroja sus ropas a Ocho y coge mi cofre.

—Ahora, de verdad necesitamos irnos.

—Oh, vamos —dice Ocho, poniéndose los pantalones. Mientras se los sube, bate sus pestañas hacia Crayton y dice con voz zalamera—. Acabo de recuperar mi cofre. ¿No puedo reencontrarme con él? Lo he echado mucho de menos.

—Más tarde —dice Crayton, secamente. Sin embargo, cuando se gira hacia nosotras, puedo ver que está sonriendo.

Ocho arroja la pieza de oro dentro del cofre y saca un cristal verde, para metérselo en su bolsillo. Cierra el cofre y lo recoge con un suspiro melodramático. En su tono más patético, dice—: Oh, está bien. Nuestra reunión solo tendrá que esperar. Sígame todo el mundo.

—¿Cuán a menudo te ha visitado Setrákus en tus sueños? —pregunta Crayton.

Hemos estado caminando por más de cinco horas y es un lento progreso en escalar la montaña. Ocho nos está guiando hacia arriba, por un camino sinuoso que es más saliente que carretera. Hay un delgado manto de nieve por todas partes y el viento es brutalmente fuerte. Todos nos estamos congelando, pero Seis nos protege, usando su legado para empujar el viento y la nieve fuera de nuestro camino. El control del clima es uno de los legados más útiles, eso es seguro.

—Ha estado hablando conmigo desde hace un tiempo, tratando de engañarme y hacerme perder los estribos —dice Ocho—. Pero ahora que él está en la Tierra, es mucho más frecuente. Se burla de mí, me miente y ahora está intentando que me sacrifique a mí mismo, para que todos ustedes puedan volver a Lorien. Últimamente, llega a mí más de lo habitual.

—¿Qué significa eso, exactamente? ¿"Llega a ti"? —pregunta Crayton.

—Ayer por la noche, en una visión, me mostró a mi amigo Devdan colgando de cadenas. No sé si es una visión de algo que está sucediendo de verdad o solo un truco, pero está jugando con mi mente.

—Cuatro lo ve también —replica Seis.

Ocho gira en redondo, con una mirada de sorpresa en su rostro y camina hacia atrás, mientras, evidentemente, está reuniendo las piezas en su mente. Su pie se acerca peligrosamente a caer de una cornisa y eso me hace jadear y extender nerviosamente la mano, pero él nunca vacila, y continúa.

—Sabes, creo que lo vi anoche. Me olvidé de eso hasta ahora. ¿Tiene el cabello rubio? ¿Es un tipo alto?

—¿Y más guapo que tú? Sí, ése es él —dice Seis, con una sonrisa.

Ocho deja de caminar en reversa y parece pensativo. La caída, a nuestra izquierda, es de casi setenta metros.

—Sabes, siempre asumí que era yo, pero supongo que estaba equivocado —comenta, pensativo.

—¿Asumiste que tú eras qué? —pregunto, apartándolo del borde.

—Pittacus Lore.

—¿Por qué pensarías eso? —pregunta Crayton.

—Porque Reynolds me dijo que Pittacus y Setrákus siempre fueron capaces de comunicarse entre ellos. Pero ahora que sé que Cuatro también puede hacerlo, estoy confundido.

Ocho comienza a caminar hacia delante otra vez, cuando Eli pregunta.

—¿Cómo puede alguien ser Pittacus?

—Se supone que cada uno de nosotros asumirá el papel de uno de los diez ancianos originales, así que supongo que eso significa que, uno de nosotros tomará el rol de Pittacus —explica Seis—. El cêpan de Cuatro se lo dijo, en una carta. Yo misma la leí. Con el tiempo, se supone que debemos llegar a ser más fuertes que ellos, inclusive. Es por eso que los mogs se mueven ahora con tanta rapidez, antes que nos convirtamos en algo más peligroso, más capaces de protegernos y atacarlos. —Mira a Crayton, quien está asintiendo con la cabeza mientras ella habla.

Siento que soy la única que sabe tan poco (nada en realidad) de mi historia. Adelina se negó a decirme nada, a responder una sola de mis preguntas o incluso a darme una pista de lo que podría ser capaz de hacer algún día. El único anciano que siempre conocí es Pittacus y nunca se me pasó por la mente saber en cuál de ellos podría convertirme. Solo tengo que creer que voy a descubrir quién soy, cuando sea el momento adecuado. A veces, me pongo triste cuando pienso en todo lo que desearía conocer ya, y en lo que debería haber sido mi infancia, pero no tengo tiempo de lamentarme por lo que no se puede cambiar.

Eli comienza a caminar conmigo, frotando su mano contra la mía.

—Te ves triste. ¿Estás bien?

Le sonrío.

—No estoy triste, pero estoy molesta conmigo misma. Siempre he culpado a Adelina por no haber desarrollado mis legados del modo en que debí hacerlo; pero mira a Ocho. Él perdió a su cêpan, pero tomó lo que tenía y siguió trabajando en ello.

Caminamos en silencio por unos cuantos minutos más, hasta que Ocho habla.

—¿Alguna vez han deseado que los ancianos nos hubieran dado nuestra herencia en mochilas cerradas, en lugar de esto? —dice, cambiando su cofre al otro brazo.

Miro a Crayton con aire culpable. Me muevo, para tomarle mi cofre, pero él solo me aparta a un lado suavemente.

—Lo tengo por ahora, Marina. Muy pronto, estoy seguro de que tendrás que soportar tu carga por ti sola, pero voy a ayudar mientras pueda.

Caminamos unos minutos más, hasta que el camino a lo largo de la cresta termina repentinamente en un acantilado escarpado. Estamos a unos cientos de metros de la cima y me quedo mirando fijamente el Himalaya, ubicados a mi izquierda. Las montañas son enormes y no parecen tener fin. Es una vista que quita el aliento, una que espero recordar para siempre.

—Así que, ¿ahora dónde? —pregunta Seis, mirando escéptica la montaña—. No hay forma en que podamos escalar el pico. Aunque no parece que haya un montón de otras opciones.

Ocho señala dos bloques altos y macizos, apoyados en la ladera de montaña, y luego levanta la mano. Los bloques se separan, revelando una escalera de piedra curva que serpentea y conduce al interior de la pared de roca. Seguimos a Ocho por las escaleras. Me siento claustrofóbica y vulnerable, a la vez. Si alguien nos sigue, no hay salida.

—Casi llegamos —dice Ocho, sobre su hombro.

Las escaleras son tan frías que su helor se filtra a través de mis pies y mi cuerpo. Finalmente, nos conducen a una enorme caverna de roca, que ha sido tallada en la montaña.

Salimos a ésta, mirando asombrados a nuestro alrededor. El techo está a unos cincuenta metros de altura y las paredes son lisas y pulidas. Talladas profundamente en una de las paredes, hay dos conjuntos de líneas verticales de un par de metros de alto y espaciadas por un metro y medio. Entre las dos líneas, se encuentra un pequeño triángulo azul, con tres líneas curvas más, talladas horizontalmente por encima de éste.

—¿Se supone que eso sea una puerta? —pregunto, siguiendo las líneas con mis ojos. Ocho da un paso al costado, para que todos lo veamos mejor.

—No se supone que sea; *es* una puerta. Una puerta a los confines más extremos de la Tierra.



CAPÍTULO CATORCE

Traducido por CairAndross

Me pongo la capucha de mi sudadera y encorvo los hombros. Nueve lleva una sucia gorra de los Cachorros y gafas de sol rotas, objetos que encontramos en el patio de entrenamiento donde nos apeamos. Después de una hora de caminar hacia el sur, estamos parados contra la pared de una plataforma, esperando. Ésta es elevada. La L⁶, como la llama la gente de Chicago. Los cofres en nuestras manos destacan por sobre los maletines y mochilas de los demás pasajeros, y hago mi mejor esfuerzo por actuar casual. Bernie Kosar duerme cómodamente dentro de mi camisa, ahora en forma de camaleón. Nueve todavía está algo molesto porque yo estuviera escéptico de que alguien estableciera una casa *segura* en un área tan densamente poblada. Sé que Henri nunca hubiera elegido un lugar expuesto.

No hablamos cuando el tren entra retumbando en la estación. Suenan las campanas, las puertas corredizas se abren y Nueve me conduce al siguiente carro. Cuando el tren se aleja, vemos que la ciudad de Chicago se hace, lentamente, más grande.

—Solo disfruta la vista por ahora —dice Nueve. Se ve más y más tranquilo a medida que nos acercamos más a la ciudad—. Te diré más cuando bajemos.

Nunca antes he estado en Chicago. Pasamos por lo que se siente como un millón de edificios de departamentos y casas, mientras avanzamos a través de los diferentes barrios. Las calles por debajo de nosotros están llenas de autos, camiones, personas, perros a los que pasean, bebés en cochecitos. Todo el mundo parece tan feliz y seguro, que no puedo evitar desear ser uno de ellos. Solo ir a trabajar o al colegio, quizás caminar con Sarah para ir a por una taza de café. Una vida normal. Una idea tan simple, pero que es casi imposible de imaginar para mí. El tren se detiene y sale una correntada de personas, mientras otras empujan para entrar. El tren llega a estar tan lleno que dos chicas, una rubia y una morena, se ven forzadas a permanecer casi inclinadas sobre nosotros.

—Como te dije —Nueve sonrío feliz—, solo disfruta de la vista.

Después de unos minutos, la rubia golpea el cofre bajo mi pie.

—¡Ay! Diablos, chicos. ¿Qué pasa con las cajas gigantescas?

—Aspiradoras. —Estoy nervioso y la historia de Nueve de la otra noche es lo primero que se me viene a la mente—. Somos, eh, vendedores.

⁶ Debido a que la plataforma es elevada, la gente de Chicago la llama el, o L justamente por eso, como diminutivo de elevada. [N. de la T.]

—¿En serio? —pregunta la morena. Parece decepcionada. Cedo un poco; incluso yo estoy un poco desencantado en mi vida ficticia.

Nueve se quita las gafas de sol rotas y me da un codazo en las costillas.

—Eso fue una broma. Mi amigo aquí piensa que es tan divertido. En realidad, trabajamos para un coleccionista de arte y estamos llevando este artefacto al Instituto de Arte de Chicago.

—¿Ah, sí? —pregunta la rubia. Las chicas intercambian una mirada y parecen contentas. Mientras se gira hacia nosotros, pone un mechón de cabello tras la oreja. —Soy estudiante allí.

—¿De veras? —pregunta Nueve, con una sonrisa de satisfacción.

La morena se inclina hacia abajo, mirando con curiosidad las intrincadas tallas en la tapa de mi cofre. Odio que esté tan cerca.

—Así que, ¿qué hay dentro? ¿Un tesoro pirata?

No deberíamos estar hablando con ellas. No deberíamos hablar con nadie. Ya no somos solo adolescentes tratando de mezclarse con los humanos que nos rodean; somos *extraterrestres fugitivos* que acaban de destruir una flota de vehículos del gobierno. Hay un pedido de captura por mi cabeza y estoy seguro de que están poniendo uno en conjunto para Nueve. Tendríamos que estar escondidos en el medio de la nada, de vuelta en Ohio, o incluso en el oeste. ¡En cualquier lugar, excepto un abarrotado tren en el centro de Chicago y coqueteando con chicas! Abro la boca para decir que los cofres están vacíos, para que cesen de hacer preguntas y nos dejen solos, pero Nueve habla primero.

—Tal vez, mi amigo y yo podríamos pasarnos más tarde por su casa esta noche. Nos encantaría mostrarles lo que hay dentro.

—¿Por qué no solo nos muestran ahora? —pregunta la morena con un puchero.

Nueve mira a la izquierda y luego a la derecha. De verdad, está sobreactuando.

—Porque no confío en ustedes, aún. Las dos son bastante, eh, sospechosas. Lo saben, ¿verdad? Dos hermosas chicas como ustedes, parecen salidas directamente de una película de espías. —Me guiña el ojo. De repente, me doy cuenta; es igual de malo con las mujeres que yo. Se emociona en exceso y se ve ridículo haciéndolo. Eso me hace como él, incluso si nos está avergonzando completamente a los dos.

Las chicas se miran y sonríen. La rubia busca en su bolso, garabatea algo en un trozo de papel y se lo da.

—La próxima parada es la nuestra. Llámame después de la siete y planharemos encontrarnos con ustedes, chicos, en alguna parte más tarde. Soy Nora. —Estoy sorprendido de que su truco funcionara.

—Yo soy Sarah —dice la morena. Por supuesto que ése es su nombre. Sacudo la cabeza. Si eso no es una señal parpadeante de que deberíamos poner fin a esta conversación, no sé lo que es.

Nueve alarga su mano para estrechar las de ellas.

—Soy Tony, y este apuesto semental junto a mí es Donald. —Aprieto los dientes y agito la mano con educación. *¿Donald?*

—Genial —dice Nora—. Bueno, hablaremos más tarde.

El tren se detiene y ellas se apean. Nueve se inclina y las saluda a través de la ventana. Después que el tren sale de la estación, ríe para sí. Se ve muy presumido.

Le doy un codazo en las costillas.

—¿Estás loco? ¿Por qué atraes deliberadamente ese tipo de atención hacia ti... hacia nosotros? No tienes ningún derecho a arrastrarme a tu estupidez. ¿Y por qué, en el nombre del cielo, harías algo para animarlas a mirar nuestros cofres? ¡Esperemos que cualquier chica, lo suficientemente estúpida para comprar tu basura, sea demasiado estúpida para pensar mucho en algo de esto! —Me caía mucho mejor cuando solo parecía un perdedor.

—Cálmate, *Donald*. ¿Crees que podrías evitar que tu voz chirrié tanto? No es la gran cosa. Nada nos va a pasar aquí. —Se inclina hacia atrás, con las manos cruzadas tras la cabeza. Sin embargo, cuando habla de nuevo, no suena tan hinchado—. Sandor habría estado tan condenadamente orgulloso de mí en este momento, ¿sabes? Apuesto que nunca lo supiste, pero por lo general, me pongo terriblemente nervioso con las chicas. Y cuanto más me gustan, peor es. Nunca más. Después de todo lo que he pasado durante el pasado año, nada va a asustarme realmente de nuevo.

No respondo. Me desplomo en mi asiento y observo que la ciudad se vuelve más y más alta, la arquitectura más interesante. Hay teatros, tiendas y hermosos restaurantes, todo envuelto en vidrio. Algunos de los edificios brillan tanto bajo el sol, que tengo que protegerme los ojos. Los coches obstruyen las carreteras por debajo de nosotros, sus bocinazos nos alcanzan sobre la vía. Ningún lugar podría ser más diferente de Paraíso, Ohio. Nuestro tren se detiene y pone nuevamente en marcha a través de dos estaciones más y luego, Nueve me dice que me ponga de pie. Somos los siguientes. Un minuto más tarde, estamos caminando hacia el este por la Avenida Chicago, cada uno cargando su cofre bajo el brazo. El Lago Michigan está directamente frente a nosotros.

Cuando la multitud que nos rodea disminuye, Nueve dice—: Sandor amaba Chicago y pensaba que era inteligente ocultarse a la vista en una ciudad como ésta. No hay posibilidad de sobresalir, siempre una multitud donde desaparecer, ese tipo de

cosas. Quiero decir, pensando en eso, ¿dónde eres más anónimo que en una gran ciudad?

—Henri nunca lo hubiera permitido. Estar en una ciudad como ésta lo hubiera asustado. Odiaba estar en cualquier lugar donde no pudiera mantener vigilada a cualquier persona que pudiera tener un ojo sobre nosotros. Sobre mí.

—Y es por eso que Sandor fue el mejor cêpan que jamás haya existido. Tenía reglas, por supuesto. La primera y más importante, “no seas estúpido.” —Nueve suspira. Sorprendentemente, no tiene idea de cuán exasperante e insultante es esta charla sobre Sandor.

Estoy furioso y no me importa quién lo sepa.

—Oh, sí, si Sandor era tan genial, ¿por qué te encontré en una celda de una prisión mogadoriana? —Me siento horrible al minuto de decirlo. Nueve ha perdido a Sandor y estamos en el último lugar donde pasaron un tiempo real juntos, donde Sandor le dijo a Nueve que estaba a salvo. Sé cuán poderosa es ese tipo de garantía.

Nueve se detiene en seco, justo a mitad de una concurrida esquina, con personas pasando junto a nosotros como una correntada. Da un paso hacia mí, hasta que nuestras narices quedan a centímetros de distancia. Tiene los puños apretados, por no hablar de los dientes.

—Me encontraste en aquella celda porque hubo un error. Fue *mi* error, no de Sandor. ¿Y sabes qué? ¿Dónde está tu cêpan? ¿Crees que el tuyo era mucho mejor que el mío? ¡Despierta, idiota! Ambos están muertos, por lo que dudo mucho que uno haya sido mejor que el otro.

Me siento mal por lo que dije, pero estoy harto de que Nueve trate de intimidarme. Lo alejo de un empujón.

—Basta ya, Nueve. Lo digo en serio. Basta. Ya. Y deja de hablarme como si fuera tu hermano pequeño.

El semáforo cambia y cruzamos la calle, ambos echando humo. Lo sigo por Avenida Michigan, caminando en silencio. Al principio, estoy demasiado furioso para prestar atención a los alrededores, pero lentamente comienzo a tomar conciencia de los rascacielos por encima de mí. No puedo evitarlo. Esta ciudad es maravillosa. Miro alrededor. Nueve me ve admirando la ciudad, *su* ciudad, y puedo sentir que su estado de ánimo se ablanda.

—¿Ves aquel grande y negro, con la aguja blanca en la cima? —pregunta Nueve. Se ven tan feliz de ver el edificio, que me olvido de que estoy molesto con él. Miro hacia arriba—. Ése es el John Hancock Center. Es el sexto edificio más alto del país. Y allí, *hermano menor*, es a donde nos dirigimos.

Le aferro por el brazo y tiro, para apartarlo a un lado de la acera.

—Espera un minuto. ¿*Ésa* es tu casa segura? ¿Uno de los edificios más altos de la ciudad es donde tú crees que nos vamos a *esconder*? Tienes que estar bromeando. Eso es una *locura*.

Nueve se ríe ante la mirada de incredulidad en mi rostro.

—Lo sé, lo sé. Fue idea de Sandor. Cuanto más lo pienso, más brillante me doy cuenta que es. Nos alojamos aquí por más de cinco años, sin problemas. Ocultarse a plena vista, bebé, ocultarse a plena vista.

—Correcto. ¿Te olvidas de la parte donde fuiste capturado? *No* vamos a quedarnos allí, Nueve. De ninguna maldita manera. Tenemos que volver al tren e imaginar un nuevo plan.

Nueve libera su brazo de mi agarre.

—Nos capturaron, *Donald*, debido a alguien que creí mi amiga. Ella había estado trabajando con los mogs y yo fui demasiado estúpido para notarlo. Ella me traicionó y yo no pude ver más allá de su hermoso culo, así que capturaron Sandor. Observé mientras lo torturaban y no había nada que pudiera hacer para detenerlo. La única persona que amaba más que nada en el mundo. Al final, lo único que pude hacer por Sandor, fue poner fin a su agonía. Muerte. El regalo que se sigue dando. —El sarcasmo no pudo ocultar el dolor en su voz—. Pasó un año y vi tu feo rostro en el exterior de mi celda. —Señala el John Hancock Center—. Allí arriba, estaremos a salvo. Es el lugar más seguro en el que nunca has estado.

—Estaremos atrapados —digo—. Si los mogs nos encuentran allí arriba, no hay lugar donde correr.

—Oh, te sorprenderás —me guiña un ojo y, luego, camina hacia el edificio.

De repente, soy muy consciente de cuántas personas están junto a nosotros. Estoy nervioso como el infierno, sin una sola pista de adónde más podría estar o ir. Una cosa sé con certeza, los mogadorianos siguen mejorando en eso de mezclarse, así que tengo cero confianza en que sabríamos si uno de ellos acabara de rozarnos. Este pensamiento me aterra tanto, que literalmente tiemblo mientras se me ocurre y tengo que asumir que existen miles de cámaras en todo Chicago, y con los mogs y el gobierno trabajando juntos, probablemente éstos tengan acceso a ellas. Genial. Estamos en Cámara Indiscreta de algún depredador y no hay nada que podamos hacer al respecto. El interior, cualquier interior, va a ser más seguro que quedarse rondando por aquí. Agacho la cabeza y sigo a Nueve.

El vestíbulo es increíblemente lujoso. Hay un gran piano, muebles de cuero y brillantes lámparas de cristal. Al fondo, veo dos escritorios de seguridad. Nueve me

alarga su cofre y se quita la gorra. Uno de los guardias es un tipo grande y calvo, que está sentado tras el escritorio, hasta que ve a Nueve. Entonces, deja escapar un aullido y se pone de pie de un salto.

—¡Oye! ¡Mira lo que ha arrastrado el gato! No escribes, no llamas, ¿dónde diablos has estado? —pregunta el hombre, estrechando la mano de Nueve, mientras le aferra el brazo con la otra. Solo se queda allí, sonriéndole. El hijo perdido hace mucho tiempo regresa, y todo eso, supongo.

Nueve le sonrío con verdadero afecto y pone la otra mano sobre el hombro del sujeto.

—Oh, creo que una mejor pregunta es, ¿dónde no he estado?

—La próxima vez, nos dicen cuándo se marchan. ¡Estaba preocupado! Ahora, ¿dónde está ese tío tuyo? —Mira por encima del hombro de Nueve, como si esperara que Sandor apareciera tras él.

Nueve no pierde el ritmo.

—Europa. Francia, en realidad. —No se inmuta, nada. Es bueno. Sé lo difícil que debe ser para él.

—¿Está en algún tipo de gira de conciertos didácticos?

—Sep —dice Nueve. Me señala con la cabeza—. Es una gira larga, incluso está pensando en quedarse permanentemente en un sitio, así que yo he estado viviendo con mi amigo Donald, en el lado sur. Necesitamos subir por un rato para que podamos trabajar en un proyecto de historia. ¡Comprobar esas cajas, hombre, nos dará trabajo para meses!

Bajo la mirada al cofre en mis brazos y el guardia de seguridad se hace a un lado, permitiéndonos pasar.

—Suena como si tuvieran un plan. Oye, encantado de conocerte, Donald. ¡Buena suerte con su proyecto!

—Lo mismo digo —respondo—. ¡Y gracias! —Estoy tratando de sonar amigable, pero es difícil. A Nueve claramente no le molesta que este tipo sepa de sus idas y vueltas, y que note su ausencia, estableciendo una mentira que puede ser difícil de mantener con el tiempo, pero oigo la voz de Henri en mi cabeza, advirtiéndome de que esto es exactamente lo *opuesto* de lo que deberíamos estar haciendo. Trato de sacudirme los nervios que hacen que se me revuelva el estómago. Prejuizar las cosas no va a ayudar.

Nos abrimos paso hacia un pequeño grupo de ascensores y Nueve presiona un número. El indicador situado sobre uno de los juegos de puertas se ilumina con una gran flecha que apunta hacia arriba.

—¡Oh!, ¿oye, Stanley? —El oficial de seguridad trota hacia nosotros, justo cuando estamos a punto de dar un paso a través de las puertas, con sus llaves colgando del cinturón.

Miro a Nueve con una sonrisa.

—¿Stanley? —murmuro. ¡Eso es peor que Donald!

—Ahora no —me regresa el murmullo.

—Tengo un montón de paquetes para ti. Los hemos conservado en el almacén. No sabíamos dónde estaban y no dejaron ninguna dirección. ¿Quieres que te los envíe arriba?

—Danos una hora para acomodarnos primero, ¿de acuerdo? —pide Nueve.

—Por supuesto, jefe.— El guardia saluda, mientras entramos al elevador.

Una vez que las puertas están cerradas, siento a Bernie Kosar, arrastrándose de uno de mis hombros al otro, y viceversa. Me dice que está cansado de esconderse.

—Solo unos minutos más —le pido.

—Sí, BK —dice Nueve—. Estamos a punto de llegar a casa. Por fin.

—¿Cómo puedes estar seguro de que este lugar sería tuyo al regresar? Quiero decir, has estado fuera un tiempo realmente muy largo. —Parece que no hay ninguna situación o idea, que haga que Nueve juzgue dos veces lo que cree. Ojalá yo pudiera ser así. Incluso aunque no siempre tiene la razón, eso lo hace un gran miembro del equipo y un aún mejor guerrero.

—Sandor lo arregló todo. Los pagos a este lugar se hacen automáticamente desde su cuenta. Siempre hemos mantenido las cosas bastantes vagas, en lo que concierne a lo que hacía, y nos remitimos a sus “conciertos didácticos”, las otras veces que estuvimos fuera por meses. Claramente, la gente lo compró.

Nueve aprieta una serie de números en un pequeño teclado bajo los números de pisos, y el elevador sube disparado. Los números aumentan con tanta rapidez, que apenas tengo tiempo de pensar cuán alto estamos yendo. Pasamos el piso dieciocho y luego, empieza a ir más lento. Nos detenemos, las puertas se abren silenciosamente y salimos directamente a un apartamento. Levanto la mirada a la enorme araña de cristal que pende por encima de dos sofás, en la sala de estar. Todo parece ser de color blanco brillante, con un borde dorado.

—¿Éste es tu apartamento? No puedes hablar en serio —digo.

—Síp, tenemos nuestra propia entrada privada —dice, en respuesta a mi mirada asombrada.

Pensaba que la gente vivía así solo en la televisión. Mi mente está completamente pasmada, ante la idea de que este lugar pertenezca a un miembro de la garde.

Veo una cámara en la esquina superior derecha de la habitación, apuntada hacia nosotros, e instantáneamente me cubro el rostro, pero Nueve me explica que es una cámara de circuito cerrado, que solo puede ser monitoreada desde el interior del departamento.

—Después de ti —dice. Hace una profunda reverencia y mueve el brazo en señal de bienvenida, con un floreo exagerado.

—No puedo creer que tengan todo el piso —digo, mirando alrededor con la boca abierta.

Oigo que la mano de Nueve se desliza por las paredes, mientras aclara—: *Dos pisos completos, de hecho.* —Baja otro interruptor y docenas de formas sombrías se elevan, para revelar unas ventanas de piso a techo. La habitación está bañada por luz solar. Bernie Kosar salta de mi chaqueta y se convierte en un Beagle. Camino hacia la ventana y contemplo la vista. La ciudad de Chicago completa se extiende debajo. El Lago Michigan es una hoja de brillante azul a mi izquierda. Deposito mi cofre sobre un lujoso reclinable y apoyo mi frente contra la ventana. Mientras miro los tejados de los otros edificios, oigo que algo empieza a girar en el apartamento tras de mí, y entonces siento el zumbido de aire fresco, proveniente de los respiraderos cerca de mis pies.

—Oye, ¿tienes hambre? —pregunta Nueve.

—Claro —respondo. Es raro, pero desde esta altura, todo se ve falso: los coches, los barcos sobre el agua, los trenes que serpentean por las vías elevadas. Para mi sorpresa, me siento *seguro*; quiero decir, *realmente* seguro. De hecho, me siento como si nada pudiera tocarme, cogerme, aquí arriba. Ha pasado largo tiempo desde que me sentí de este modo. Es casi extraño.

Oigo que se abre la puerta de un refrigerador.

—Estoy demasiado ansioso como para relajarme por fin —exclama Nueve desde la cocina—. Oye, siéntete como en tu casa; toma una ducha, come algo de pizza congelada. Incluso tenemos tiempo para relajarnos y dormir, hasta que sea hora de llamar a esas nenas. ¿Cuándo fue la última vez que pudiste decir algo de eso? Hombre, es bueno estar en casa.

Es difícil dar la espalda al panorama; es fascinante de algún modo. Solo quiero quedarme aquí, justo en este lugar, y disfrutar de sentirme seguro. Lo único que lo mejoraría sería si Henri, Sarah, Sam y Seis, estuvieran aquí conmigo.

Algo suave y arrugado me golpea la parte posterior de la cabeza. Una barra energética.

—Déjame mostrarte los alrededores Nueve está acelerado, como si estuviera ansioso por mostrarme sus juguetes.

Muerdo la barra mientras caminamos a través de una sala de estar, llena de sofás de felpa y sillones reclinables de cuero. Una gigantesca pantalla plana de televisión cuelga por encima de una chimenea de mármol, y sobre una mesita de café de cristal, hay un florero de orquídeas falsas. Una capa de polvo cubre todas las superficies. Nueve dice que va a conseguir un servicio de limpieza para que se encargue de eso, mientras hace correr un dedo sobre una mesa especialmente bien cubierta. En el pasillo, abre la primera puerta a la derecha.

Mi mandíbula cae. De pie, hay dos enormes soldados mogadorianos, con piel de alabastro y largo cabello negro, vestidos con trajes de fajina negros. Están justo en el interior, con las armas a punto y listas para disparar. Las semanas de entrenamiento con Seis y Sam surgen a través de mi cerebro, me precipito hacia el más cercano y lo pateo bajo su cañón; a continuación, le lanzo un golpe directo a la barbilla y lo sigo con una fuerte patada al abdomen. El mog queda aturdido y cae directamente hacia atrás. Miro a mi alrededor, buscando algo para apuñalarlo, pero todo lo que veo son pesas ligeras y guantes de boxeo. Es entonces cuando Nueve corre y golpea juguetonamente al otro mogadoriano en la ingle, antes de romperle la nariz. Su mog oscila sobre los talones, antes de hacerlo hacia ambos lados. Me toma un segundo más el darme cuenta que solo son maniqués. Nueve se dobla y, cuando finalmente recupera el aliento, me palmea la espalda.

—Vaya, vaya, ¡esos son reflejos *finos*! —aúlla.

Me arden las mejillas.

—Podrías haberme advertido.

—¿Estás bromeando? He estado pensando hacerte esto desde que subimos al L. ¡Hombre, fue genial!

Bernie Kosar entra a la habitación y olfatea los pies de goma del mogadoriano que hice caer. Levanta la mirada hacia mí.

—Son para entrenar, BK —dice Nueve, con el pecho hinchado de orgullo y señalando ampliamente con el brazo—. Lo llamamos la Sala de Clases.

Miro por primera vez a mi alrededor. Es un enorme salón vacío. En el otro extremo, hay un panel de control, como una cabina. Nueve se acerca, se sienta a la consola y empieza a mover interruptores y teclear comandos. Desde las paredes, el techo y el piso, aparecen estaciones de combate y armas. Él gira en la silla para enfrentarme, deseoso de ver cuán impresionado estoy. De inmediato, me siento celoso del tiempo que debe haber pasado aquí. Y eso se nota.

—Esto es... —Levanto los ojos hacia el techo. Ni siquiera puedo encontrar las palabras. Me hace avergonzar por lo que he estado haciendo todo este tiempo. Mi

llamado “espacio de entrenamiento” fue la nieve en mi patio trasero, o con Seis y Sam en la piscina. De repente, estoy resentido con Henri, por mudarnos tan a menudo, por no darme ese tipo de entrenamiento. Es claro que lo necesito, para hacer mi parte. Si nos hubiéramos hecho un lugar como éste, entonces tal vez sería tan seguro y fuerte como Nueve. Tal vez, realmente Sandor era el mejor cêpan.

Nos movemos por la sala de entrenamiento y él abre una puerta tipo baulera en la parte de atrás. Hay estantes y estantes de armas: pistolas, espadas, cuchillos, explosivos y más. Hay una pared entera solo para las municiones.

Nueve saca un gran rifle automático, con una mira de largo alcance, de un estante y me lo extiende.

—Te sorprendería lo fácil que es comprar todas estas cosas. Te hace *amar* la Internet.

Camina hacia mí con el arma y empuja un botón por encima de mi hombro. El otro extremo del salón se separa, descubriendo un campo de tiro más largo que una bolera. Nueve coge una caja de balas y carga el fusil. Entonces, observo mientras pone blancos de papel, a unos treinta metros de distancia.

—No te preocupes. Estas habitaciones están bastante bien insonorizadas, pero estamos tan alto, que de todos modos, nadie podría oírnos.

Una puerta al final del pasillo conduce a una habitación de vigilancia. Él se acerca a un interruptor de luz, cercano a la puerta principal y lo pulsa mientras se inclina hacia abajo y pone el rostro cerca de éste. Una débil luz azul pasa sobre sus ojos y la computadora cobra vida. Escáner de retina. Genial, muy genial. Es claro que Sandor era capaz de establecer un sistema de seguridad de alta tecnología. Hay una docena de ordenadores y aun más monitores. Estamos infiltrados en cada cámara del John Hancock Center, en las cien plantas del mismo, además de lo que parece ser cada cámara en la ciudad controlada por el Departamento de Policía de Chicago. Nueve toca algo en un teclado y la pantalla más grande de la habitación vuelve a la vida, mostrando una foto de un hombre musculoso, en un traje italiano negro, su tela hermosa y corte perfecto, son evidentes incluso en la imagen granulada. Tiene el cabello negro y una espesa barba y está sosteniendo dos ordenadores portátiles. Miro a Nueve, preguntándome por qué me está mostrando esto.

—Ése es Sandor —dice Nueve, después de un minuto. Su voz es diferente. Se oye menos bravata. Se gira hacia mí y oigo vulnerabilidad—. Vamos. Tienes que tomar una decisión, una importante. —Hace una pausa, para el efecto dramático—. ¿En qué habitación escoges quedarte? Hay unas pocas que revisar. Tómate tu tiempo. Las pizzas no tardarán mucho.

CAPÍTULO QUINCE

*Traducido por Nikky**

Crayton avanza entre Marina y Eli para ver más de cerca las líneas grabadas en la ladera. Presiona su palma con el centro del contorno de la puerta, luego la quita.

—Esto es interesante. Está caliente. Y ¿a qué te refieres, exactamente, cuando dices que es una puerta a los confines más lejanos de la Tierra?

—Esto es lo que sucede —explica Ocho—. Lo máximo que me puedo teletransportar son sesenta metros, quizá ochenta, y entre más lejos, peor es la precisión. Una vez estaba apuntando a las copas de los árboles, cien metros más lejos y aterricé entre un puma y sus cachorros. Se puso feo, rápidamente. Este legado de teletransportación es verdaderamente brillante y ha sido increíblemente útil muchas veces, pero no es tan fácil como parece. *Desde el interior de esta cueva, puedo teletransportarme alrededor de todo el mundo.*

Pongo las manos en la ladera y puedo sentir el calor moviéndose a través de mí.

—¿Cómo?

Ocho sale del camino así Eli y Marina pueden tocar la puerta.

—Mi mejor suposición es que esta es una antigua cueva loriense, o quizá un cuartel general loriense, y fui lo suficientemente suertudo para encontrarla, y fui mucho más suertudo incluso, al descubrir qué era lo que podía hacer aquí. Sea como fuere, definitivamente no soy el primer loriense en visitar este lugar.

Apenas las palabras han salido de su boca, siento que la adrenalina aumenta y el miedo se dispara dentro en mi interior. Sé que Crayton piensa lo mismo cuando mueve la cabeza hacia atrás para mirar en la dirección en que vinimos, y luego de nuevo me mira a mí. Hago lo que él está a punto de pedir, y me muevo rápidamente por el pasadizo, a la escucha de movimientos. Si esta es una antigua cueva loriense hubiera estado bajo la vigilancia de mogadorianos, podría haber soldados esperándonos, o artículos esperando alertarlos de nuestra presencia.

Me vuelvo hacia Ocho.

—¿Estás loco? ¿Has *perdido* completamente el juicio? En realidad, quizá somos nosotros quienes lo *hemos perdido*. ¡Somos los idiotas que ciegamente te seguimos a una conocida guarida loriense! ¡Este lugar podría estar plagado de trampas!

Cuando lo que digo cobra sentido, Marina y Eli se acercan más a nosotros.

—¡Oye, oye! Mira, lo siento —dice Ocho, soltando su cofre—. He estado aquí muchas veces sin que pasara nada; no pensé que hubiese algún riesgo.

—No perdamos tiempo disculpándonos o criticándonos —interviene Marina, dando un paso al frente—, solo muéstranos cómo se abre, para poder llegar al resto del mundo. ¡O, al menos, a algún otro lugar!

Crayton asiente, todavía mirando sospechosamente a su alrededor.

—Sí. Entremos donde seamos menos vulnerables.

Ocho se quita el colgante del cuello y lo levanta hasta el triángulo azul.

—Esperen a ver lo que sigue —dice sonriendo, luego sostiene el colgante contra el triángulo azul.

Primero no pasa nada, pero después de un tenso momento, las líneas grabadas comienzan a profundizarse y extenderse entre sí. Ocho deja caer el colgante de nuevo sobre su pecho. El polvo se esparce en el pasadizo y retrocedemos unos pasos. Cuando todas las líneas se conectan y aparece el contorno perfecto de una puerta, el borde derecho se separa de la superficie de la caverna y se abre. Una ráfaga de aire caliente nos golpea y nos todos quedamos inmóviles, fascinados por un resplandor azul que viene desde dentro.

La energía que siento corriendo a través de mí es sobrecogedora, y me calma por completo.

—¿Qué es esa luz azul? —pregunto finalmente.

—Eso es lo que me permite teletransportarme alrededor del mundo —responde Ocho, como si fuera el concepto más simple de captar.

Eli camina hacia la abertura.

—Me siento rara por dentro.

—Yo también —dice Marina

Con una sonrisa, Ocho se agacha a través de la entrada; Crayton y Eli lo siguen rápidamente. Me pongo en la retaguardia. Ocho habla mientras trepamos otras escaleras.

—Hace un par de años, cuando mis legados se desarrollaron, comencé a tener estos sueños vívidos, como los que estoy teniendo ahora con Setrákus y Cuatro. Aprendí más sobre Lorien, y sobre los ancianos. Aprendí sobre nuestra historia aquí en la Tierra, sobre cómo ayudamos a los egipcios a construir las pirámides, que los dioses del Olimpo eran en realidad lorienses, que les enseñamos a los romanos estrategias militares, y así. En uno de los sueños, estaba esto de moverse alrededor de la Tierra, y cómo solían hacerlo los lorienses. *Esta* montaña estaba en mi sueño. Ya nos habíamos

mudado a India y la reconocí. Después del sueño, vine aquí y comencé a buscar alrededor. Ahí es cuando encontré todo esto.

—Es increíble —dice Marina.

La escalera termina en otra habitación. Unas columnas irregulares sostienen el techo abovedado. Me doy cuenta que estamos dentro de la cima de la montaña. La habitación está vacía excepto por el centro, donde un intrincado juego de rocas forman un remolino como un patrón, irradiando desde una piedra azul centra que es del tamaño de una pelota de básquetbol.

—Loralita —susurra Crayton. Camina hacia el centro de la cueva y baja el cofre de Marina—. Esa es la piedra loralita más grande que he visto.

—¿Es la loralita la razón por la que puedes ir donde quieras? —pregunta Marina, volviéndose hacia Ocho.

—Bueno, esa es la cosa —suspira Ocho—. No puedo ir *donde quiera*, más bien a seis o siete lugares alejados. Me tomó un montón equivocaciones, de andar por ahí y aterrizar en lugares que no eran mi intención, antes de descubrir que puedo teletransportarme donde haya cerca otra roca grande de loralita como ésta.

—Entonces, ¿dónde *podemos* ir? —pregunto.

—Bueno, hasta ahora he ido a Perú, Isla de Pascua, Stonehenge, el Golfo de Adén cerca de Somalia (pero realmente no recomiendo ése por un montón de razones), y he terminado en el desierto de Nuevo México.

—Nuevo México —digo de inmediato, volviéndome a Crayton—. Si vamos allí podríamos estar al otro lado del país, y con John, en menos de un día. Sabemos que podemos movernos con facilidad una vez que estemos en Estados Unidos.

Crayton se acerca a la pared, y mira unas marcas que hay allí.

—Espera. ¿Estás diciendo que no puedes controlar dónde vas? Esa no es la promesa que había esperado.

—No, pero si terminamos en otro lugar aparte de Nuevo México (si allí es donde queremos ir), solo debemos teletransportarnos de nuevo hasta que llegemos allí. No es tan malo —dice Ocho.

—Y ¿sabes si puedes llevarnos a todos contigo? —pregunto—. Si es parecido a mi legado de invisibilidad, podríamos tener un problema: solo puedo volver invisibles a otras personas si están tocando mis manos.

—No lo sé. Para serte sincero, nunca he intentado traer a alguien más —admite.

—Quizá puedas hacer dos viajes —sugiere Marina.

—Estos dibujos son increíbles —interrumpe Crayton, indicándonos las paredes de la caverna—. Quizá haya algunas pistas para nosotros aquí.

Tiene razón. Las paredes anaranjadas están cubiertas con cientos de símbolos, pintados y grabados, que llegan a la punta de la colina.

Camino y mis ojos se sienten atraídos hacia una débil pintura verde de un planeta. Instantáneamente, sé que es Lorien, y se me hace un nudo en la garganta. Bajo éste, pintados de azul, hay una figura femenina de pie sobre un hombre, y ambos están sosteniendo bebés durmientes. Unos rayos de interrumpidas líneas blancas salen de debajo de Lorien, terminando justo encima de las cuatro figuras. Talladas junto a la cabeza de la mujer, en un tipo de dibujo distinto, hay tres columnas de símbolos extraterrestres.

—¿Qué rayos? —susurro, confundida.

A unos metros de distancia a mi izquierda, hay un simple bosquejo negro de una nave espacial triangular. Tiene símbolos y espirales intrincados en las alas, y un pequeño remolino de constelaciones de estrellas en la nariz roma. Ocho se para junto a mí y señala la constelación.

—¿La ves? Es el mismo patrón de estrellas aquí.

Me vuelvo para comparar, tiene razón. Inmediatamente, deseo que Katarina estuviera aquí para ver todo esto. Me pregunto si ella sabía siquiera de esto. Me vuelvo hacia Crayton, quien está examinando unos dibujos en el techo.

—¿Sabías acerca de alguno de estos? —pregunto.

—Dejamos Lorien con gran rapidez. El planeta estaba bajo ataque de los mogadorianos. No tuvimos tiempo para reunir tanta información como la que deberíamos tener. Sabíamos que existían lugares como estos, pero nadie sabía exactamente *dónde* estaban, o que hacían. Claramente, para toda la información que logramos reunir antes de irnos, hubo cosas importante que no supimos —explica.

—Sígueme todos —dice Ocho en voz alta, haciéndonos gestos para que lo sigamos hacia la esquina más oscura del cuarto—. Se pone más raro.

Para en frente de un enorme tallado. Es de tres metros de alto y seis metros de largo, dividido en escenas diferentes, como un comic. El primer panel muestra una nave espacial con nueve niños parados frente a ella. Sus caras están dibujadas en detalle, y soy capaz de reconocerme de inmediato. Al verme como una niña me balanceo.

—¿Estaba esto cuando viste por primera vez la cueva? —Crayton le da la espalda a la pared para preguntarle a Ocho.

—Sí —responde—, todo esto estaba aquí, tal como lo ven ahora.

—¿Quién podría haberlo hecho? —pregunta Marina, mirando de arriba a bajo la pared, con la voz llena de temor.

—No lo sé —Crayton examina la pared con las manos en las caderas. Es desconcertante verlo tan confundido.

El panel siguiente muestra una docena de figuras oscuras que solo puedo asumir son mogadorianos. Sostienen espadas y pistolas, y la figura en el medio es el doble en tamaño que los otros. Setrákus Ra. Los pequeños ojos de los mogs y sus bocas rectas son exactos, tan reales que siento escalofríos en la espalda. Mis ojos se mueven a la derecha, y la siguiente escena muestra a una chica descansando en un charco de sangre. Comparo su cara con las del primer panel y obviamente es Número Uno. Número Dos, también una chica pero más joven que Uno, yace bajo el pie de un mogadoriano. Muerta. Mi estómago se revuelve cuando veo a Número Tres, un chico, atravesado por una espada en una jungla. El último panel en la fila superior muestra a Número Cuatro huyendo de dos soldados mogadorianos, saltando sobre un rayo que disparó una de las pistolas. Jadeo involuntariamente. En el fondo hay un gran edificio en llamas.

—Demonios. Esa es la escuela de John —digo, señalando el último panel.

—¿Qué es? —pregunta Marina.

Toco la pared.

—Ese es el incendio en la escuela de John después de que luchamos con los mogadorianos. ¡Estaba allí! ¡Esa es la escuela de John!

—Entonces ¿ésa en el cielo eres tú?

Me acerco para ver una pequeña figura de cabello largo suspendida sobre la escuela

—Ok, esto es realmente raro. Sí. No lo entiendo ¿Cómo alguien podría...?

—Miren ¿éste es Número Cinco? —interrumpe Eli, señalando la primera casilla en la fila de abajo. De pie en lo alto de un pino, hay una figura lanzándoles algo a tres mogadorianos en el suelo.

—Esto es increíble. Todo está aquí. Todo está representado —se maravilla Crayton—. ¡Alguien previó todo!

—Pero ¿quién? —pregunto.

—Oh, no. —Oigo a Marina susurrar—. ¿Quién es ése? ¿Quién más muere?

Examino rápidamente los siguientes dos paneles, donde comenzamos a reunirnos, el que muestra a Marina y yo de pie junto a un lago, y veo a John corriendo de la boca de una cueva con otra persona. No sé quién es, quizá Sam; no puedo decirlo porque la cabeza del chico está dada vuelta. Luego mis ojos alcanzan el panel que Marina está mirando. Un o una garde está de pie con los brazos extendidos, con una espada atravesándole el cuerpo. Es imposible identificar quién es porque la cara fue destruida en la pared. Justo debajo, en el piso, hay pedazos de piedras.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunto—. ¿Por qué solo falta *ese* rostro? —Ocho está en silencio, mirando el suelo—. ¿Tú hiciste eso?

—Nadie puede dictar que va a pasar —dice.

—¿Así que pensaste que tenías que destruirlo? ¿Para hacer qué, exactamente? ¿Hacerlo menos cierto?—pregunta Crayton.

—No sabía qué era esto. No sabía de ustedes. Pensé que era una historia, al menos hasta...

—¿Soy yo? —interrumpe Marina—. ¿Soy la que muere?

Tengo la misma pregunta. ¿Soy la que tiene la espada atravesada? Es un pensamiento escalofriante.

—Todos vamos a morir algún día Marina —dice él con una voz extraña.

Eli recoge las piezas de roca y las estudia, volviéndolas.

Crayton se para en frente de Ocho.

—Solo porque la destruiste no significa que no vaya a pasar. Ocultarnos la información no lo hace más o menos cierto o destinado a suceder. ¿Nos vas a decir quién es?

—No los traje hasta aquí para examinar una sección cortada de la pared —dice Ocho—. Chicos, tienen que continuar. Miren los últimos dos paneles.

Capta nuestra atención nuevamente. No haremos ningún bien adivinando a quién de nosotros lo matan con una espada. Volvemos nuestra atención a la pared. En el panel que Ocho ahora está señalando, Setrákus Ra yace en el suelo con una espada en la garganta. Es imposible distinguir la figura que sostiene la espada. A ambos lados hay mogadorianos muertos. En el último panel, hay un planeta de aspecto extraño cortado a la mitad. La parte superior luce como la Tierra, y puedo ver Europa y Rusia, pero la mitad inferior del planeta está cubierta en largas franjas desiguales. Parece muerta y árida. Una nave pequeña se acerca a la mitad superior del planeta desde la izquierda y otra nave pequeña se acerca a la mitad inferior desde la derecha.

Estoy tratando de descubrir que significa esto cuando escucho jadear a Eli.

—Es Ocho.

Todos nos volvemos para verla sosteniendo los trozos de piedras del piso, sobre la cara desaparecida del miembro de la garde. Se las arregló para unir los pedazos de nuevo. Ocho muere en la pintura.

—No significa nada —dice él firmemente.

Marina le pone la mano en el brazo, generosamente.

—Oye, solo es un dibujo.

—Estás en lo cierto —responde Crayton, suavemente—. Es solo un dibujo.

Ocho se aleja de Marina y va hacia el centro de la cueva; el resto de nosotros estamos aún inmóviles en nuestros lugares frente a la inmensa pared que cuenta las historias que nadie debería o podría conocer. Alguien ha predicho la muerte de Ocho; dada la precisión de los otros paneles, es difícil decir un argumento convincente para rectificar que solo éste está equivocado. No es *de extrañar* que siempre esté haciendo bromas; por qué actúa como si no tuviera razón para ser silencioso y cuidadoso como el resto de nosotros. Está tratando de esconderse del destino, quizá huyendo en su cara. Miro hacia atrás los dos últimos paneles. Al principio estoy aliviada de ver a Setrákus Ra con una espada en la garganta, pero el hecho de que está aún *vivo* en el dibujo me enfurece. ¿Y que *significan* los últimos paneles? Muestran una confrontación, claramente todavía en progreso, el resultado no es claro. Y ¿por qué el planeta está cortado a la mitad? ¿Qué sucederá?

Crayton recoge el cofre de Marina, camina hacia Ocho, pone un brazo a su alrededor y comienza a hablar tranquila.

—¿Qué crees que está diciéndole? ¿Qué puede decirle que pueda hacerlo sentir mejor? —susurra Marina, girándose hacia mí.

Justo cuando estoy a punto de unirme a Crayton en consolar a Ocho, una explosión sacude la cueva, y una ola de fuego entra por la puerta. Marina toma mi brazo mientras escucho a Eli gritar a través de la habitación. Las columnas irregulares que sostienen el techo resuenan y comienzan a deslizarse y romperse. Una larga sección cae hacia Eli, y uso mi mente para escudarla, propulsando la piedra lejos de ella. Miro a los demás justo cuando Ocho desaparece.

—¿Qué está pasando? —grita Marina, usando su telequinesis para cubrirnos a ambas de los escombros que caen mientras yo protejo a Eli.

—No lo sé —digo francamente, tratando de ver a través del humo y el polvo.

De repente, Ocho reaparece en medio de la habitación, con sangre fluyendo desde una herida en su costado, y el rostro pálido.

—¡Los mogadorianos! —grita—. ¡Están aquí!



CAPÍTULO DIECISÉIS

*Traducido por Nikky**

Estoy recostado en la cama, disfrutando la elección de mi cuarto y las almohadas asombrosamente cómodas que encontré aquí. Me estoy quedando dormido cuando escucho abrirse la puerta frontal y luego a Nueve hablando con alguien en voz baja. Me alarmo y me escucho el corazón latiendo acelerado en los oídos. Me doy cuenta de que debe ser el portero que trae las cajas. Me recuesto de nuevo. Bernie Kosar lame la planta de mis pies y dice que irá por algo de comer.

—Estaré allí en un minuto —le digo. Miro el techo fijamente, con las manos dobladas tras la cabeza.

El techo tiene una textura apenas visible. Mis parpados se vuelven pesados de nuevo. Lo siguiente que noto, es que no estoy mirando el techo. Estoy afuera y está nevando.

—¡Concéntrate John! —escucho que dice alguien detrás de mí. Volteo para ver a Henri sosteniendo un montón de cuchillos de cocina. Tiene uno preparado por encima de su hombro.

—¡Henri! ¿Dónde estamos? —le grito.

—¿Te golpeaste en la cabeza? —pregunta él. Está usando jeans y un suéter blanco, y ambos están desgarrados y manchados con sangre. Hay una luz azul en algún lugar tras él, pero cuando trato de ver qué es y estiro el cuello para ver, Henri se enoja.

—¡Vamos John! Es como si ni siquiera estuvieras aquí conmigo. Necesito que comiences a concentrarte. ¡Ahora!

Antes de que pueda responder, Henri me lanza un cuchillo y soy capaz de alejarlo de mi cara con un golpe, en el último segundo. Me lanza un segundo, luego un tercero, y un cuarto. Bloqueo cada uno, pero Henri parece tener un armamento interminable. Estoy manteniendo el ritmo, pero se pone difícil. Los cuchillos vienen más y más rápido, demasiado rápido.

—¡No teníamos que seguir huyendo! —le grito, esquivando dos cuchillos más.

Henri lanza el siguiente cuchillo con tanta velocidad que cuando lo alejo de un golpe, mi mano comienza a sangrar.

—¡No todos podemos vivir en Chicago en las nubes, John! —grita él.

Cuando viene el siguiente cuchillo, se lo arrebató del mango y lo lanzo a la nieve. La nieve a su alrededor se torna negra. Alcanzo otro cuchillo y lo lanzo también.

—¡Si hubiéramos encontrado el lugar correcto, podríamos haber tenido un verdadero hogar! ¡Ni siquiera lo intentamos! ¿Y escogiste Paraíso? ¿De todos los lugares?

—¡Hice lo que pude! ¡Y allí estaba Malcolm Goode! Encontraste la tablet, John. Ni siquiera la has usado aún —grita Henri. La luz azul detrás de él desaparece, y la oscuridad en la nieve comienza a filtrarse al exterior y a esparcirse, hasta que es como si estuviéramos en medio de un océano negro. Henri tira un largo cuchillo por sobre la cabeza y lo lanza hacia mí. Cuando trato de defenderme, mis manos parecen atascadas a mis costados. Veo que el cuchillo que vuela por el aire, dando vueltas y sé que está por golpearme justo entre los ojos. Una vez que está a unos pocos metros lejos, una gran mano lo alcanza y lo saca del aire. Es Setrákus Ra. En un fluido movimiento tiene el cuchillo firmemente agarrado y lo alza sobre el hombro y luego lo baja de nuevo, moviéndolo hacia mí.

Cuando la punta del cuchillo se entierra en mi cráneo, Setrákus Ra grita—: ¡Tu pizza se está enfriando!

Me siento y estoy de vuelta en mi cama, en el Hancock Tower. Estoy empapado en sudor y jadeando en busca de aire. Nueve se encuentra de pie en la entrada con una pizza entera en un plato. Tiene la boca llena y continúa mascando mientras dice:

—En serio, chico, tienes que comer mientras aún está caliente, y además quiero entrenar antes de nuestra cita doble.

—Vi a Setrákus Ra de nuevo —digo. Sé que mi voz suena plana. Mi lengua se siente pegajosa—. Y a Henri.

Nueve traga y mueve la mano en el aire, todavía sosteniendo medio trozo de pizza.

— ¿Ah, sí? Olvídalo, son solo sueños. Eso es lo que me digo yo, y normalmente funciona.

—Y, exactamente, ¿cómo haces que funcione? —pregunto, pero él ya se ha ido. Me deslizo fuera de la cama y tropiezo hacia el pasillo. Veo a Bernie Kosar atacando un filete descongelado en el suelo de la cocina. Mi pizza está humeando en la mesa. Como no he soñado con Henri en tanto tiempo, me cuesta sacar la imagen de mi cabeza. Mientras como mi pizza, pienso sobre los cuchillos voladores, la nieve, como nos estábamos gritando el uno al otro, cuando me doy cuenta: Henri mencionó la tablet. No he hecho mucho más que mirarla. El poco tiempo que he gastado en ella, he estado molesto por el hecho de que no parece funcionar. Cojo mi cofre de la silla y lo abro, sacando la tablet.

Luce tan frustrantemente en blanco como cada vez que la he mirado. No es nada más que un cuadrado metálico blanco con pantalla en blanco, muerta, inútil. Nada de

lo que hago la trae a la vida. La volteo y examino sus pocos puertos. Son triangulares, como nada que haya visto antes.

—¿Nueve? —grito.

Desde el lugar del cuarto de vigilancia, él responde—: ¡Aquí!

Me echo a la boca un pedazo de pizza y la masco mientras camino, llevando la tablet conmigo. Nueve está sentado en una silla con ruedas con los pies sobre la larga mesa, entre los monitores. La mayoría de las pantallas están divididas en cuartos. Nueve golpea el teclado en su regazo y las pantallas rotan. Ninguna de ellas nos muestra algo interesante.

Nueve sonríe.

—¿Algo que quieras que busque primero?

—Sí. Ingresa el nombre “Sarah Hart”.

Nueve se tira el largo cabello negro con las manos.

—¡Aaargh! ¿En serio? Hombre, eres un obsesivo. Con toda esta mierda loca que está pasando y ¿eso es lo primero que te viene a la mente?

—Es lo único que me viene —digo—. Solo hazlo.

Nueve escribe su nombre, y para mi decepción, no aparece nada más que una lista de actividades colegiales. Lo hago buscar “Paraíso, Ohio”, “Sam Goode”, “John Smith” y “Henri Smith”. Todo lo que aparece son cosas que ya he visto: la escuela destruida; el cargo de terrorismo doméstico; la recompensa que se ofrece por información que los lleve a nuestro arresto o captura. Dejo la tablet blanca en el escritorio frente a mí y la empujo en su dirección.

—Escucha, Nueve, necesito tu ayuda con esto.

Le hablo sobre mi visión, y sobre Henri diciéndome sobre la tablet.

—Tienes que relajarte, amigo —dice Nueve—. Olvido lo personal que te tomas estos sueños. Intentaré algo con esta cosa de la tablet.

—Adelante —digo con un suspiro.

La voltea por un rato en sus manos, tocando cada centímetro de la pantalla; luego examina los puertos en la parte trasera y chasquea la lengua.

—Creo... —dice, interrumpiéndose para girar en su silla. Camina hacia la esquina del cuarto donde hay un montón de cajas marrones apiladas. Nueve escarba entre las dos primeras, diciendo—: Les pedí que trajeran éstas desde el almacén cuando entregaron las cosas que le llegaron a Sandor. Quería ver si había algo en una de ellas que pudiera darme una idea para una nueva forma de comunicarme con los otros...

—Pone aparte las dos primeras cajas y saca la tercera de la pila. Abre la parte superior, saca los dos nuevos ordenadores portátiles del interior y grita—: ¡Bingo!

Nueve se queda ahí, viéndose victorioso, y sostiene un grueso cable negro. El final de un cable es, increíblemente, de la forma de un triángulo, el mismo triángulo del puerto en la tablet.

—¿De dónde salió eso?

—No lo sé. Sandor tenía todas estas cosas con él en la nave que nos trajo aquí. Nunca tuve la oportunidad de ver la mayoría, ni pensar en saber usarlas. Traté de descubrir qué hacen estas cosas un par de veces, pero Sandor siempre la protegía, y no llegaba a ningún lugar. Digo, la mayoría del tiempo, no puedo decir la diferencia entre las cosas de la Tierra y las de nosotros, lo cual realmente no ayuda.

Toma el cable que encontró y pone la parte triangular en el puerto triangular de la tablet. Contenemos el aliento mientras Nueve lo desliza en el puerto. Encaja y ambos suspiramos de alivio. Lentamente, pone la otra parte del cable en el puerto USB del computador más cercano. Aparece una línea negra horizontal en la pantalla de la tablet, y segundos después, estamos viendo un mapa de la Tierra. Uno por uno, aparecen siete puntos azules parpadeantes: dos en Chicago, cuatro en India o China, y uno en lo que parece ser Jamaica.

—Eh, amigo —dice Nueve, en un murmullo—. Creo que esos somos nosotros. O sea, todos nosotros.

—Diablos, tienes razón. Allí estamos, allí estamos todos —susurro—. Ni siquiera necesitamos el macrocosmo con esta cosa.

—Espera un segundo, hay siete puntos, pero solo quedamos seis —dice Nueve, con el ceño fruncido.

Me reclino.

—Te dije que había otra nave ¿cierto?

—Sí, sí —dice, de repente el alumno ansioso me pone más atención.

—Bueno, sabemos que había un infante adentro. ¡Esto puede decir que llegó a la Tierra después de todo! Y eso quiere decir...

—Setrákus Ra tiene siete de nosotros con los cuales lidiar, no seis —interrumpe Nueve—. Cuantos más mejor.

Mientras ambos digerimos esta nueva información, una pequeña ventana aparece en la esquina superior derecha de la pantalla del tablet con un triángulo verde dentro. Presiono el triángulo y aparecen dos pequeños puntos verdes en el mapa. Uno se encuentra en el suroeste de Estados Unidos y otro en el norte de África, posiblemente Egipto.

—¿Qué piensas que sea esto? —pregunto—. ¿Crees que sean bombas nucleares? ¿Bombas mogadorianas? Mierda, no crees que vayan a volar la Tierra, ¿verdad?

Nueve me golpea la espalda.

—No. Piensa en ello. Un mapa que nos muestra, claramente para orientarnos, bueno, a nosotros. Las bombas mogadorianas son como, una categoría diferente. ¡Amigo, creo que estás son nuestras naves!

Estoy sin palabras. Tiene sentido. Si eso es verdad, entonces algo demasiado magnífico para pensar en ello puede ser verdad también. Después de que Setrákus Ra haya sido asesinado y la Tierra haya sido salvada, realmente podríamos volar de regreso a Lorien. Podríamos ayudar a sacarlo de hibernación. Podemos volver a casa. Repentinamente, estoy desesperado por saber la localización exacta de estos puntos en el suroeste, el más cercano a nosotros.

—¿Dónde es esto? —pregunto, señalándolo.

Nueve pone un mapa en la pantalla y dice—: El que en el oeste está en Nuevo México, el otro está en Egipto.

Al escucharlo decir “en el oeste” recuerdo a las últimas palabras que me dijo la agente especial Walker. Mi decisión es instantánea y final.

—Allí es donde tenemos que ir. Nuevo México.



CAPÍTULO DIECISIETE

Traducido por klevi

Al minuto, Ocho aparece en el centro de la habitación, chorreando sangre. Voy corriendo y pongo mis manos sobre su herida. Su sangre corre por mis dedos y por mis muñecas, y cuando hay otra explosión de las rocas de la cueva, ambos caemos al suelo.

—Lo siento —me susurra—. Esto es mi culpa.

—Shh. Te puedo curar, es mi legado; solo tienes que relajarte por un segundo. —La frialdad fluye de mis dedos hacia sus costillas, y Ocho inmediatamente se pone rígido por el dolor. Las explosiones continúan y Ocho se estremece con cada una, pero lo miro profundamente a los ojos, deseando que se quede conmigo. —Está bien. Seis está aquí, ella puede lidiar con esto. Vamos a estar bien. —Parezco absolutamente segura, tratando de convencernos a ambos.

—Quizás es ahora cuando muero, quizás el dibujo no estaba terminado —comenta.

Presiono con más fuerza, finalmente percibo que su herida comienza a contraerse respondiendo a mi contacto. Sacudo la cabeza con firmeza.

—No, no lo es.

A través del caos, veo a Seis empujando a Eli y a Crayton detrás de un gran montón de piedras caídas. Nos mira a Ocho y a mí, y lo siguiente que sé es que estamos elevándonos del suelo y flotando hacia el resto del grupo. Cuando Seis nos baja, dice:

—Todos ustedes, simplemente quédense aquí mientras me vuelvo invisible y reviso las cosas afuera. Encárgate de él, Marina. —Me guiña el ojo. Su voz me dice que vamos a estar bien cuando todos recordemos lo que podemos hacer. La única manera que sobreviviremos es si nos mantenemos juntos.

—Lo estoy intentando —le digo, pero ella ya está invisible. Debajo de mis manos, los pulmones de Ocho luchan por seguir el ritmo de mi legado, y su rostro pierde el color. Puedo sentir su interior desplazándose, casi como si se resistiera a mis poderes. Sin embargo, eso no es todo. No puede ser. Está más herido de lo que pensaba, o mi legado se está desvaneciendo, pero esto no es una opción. Entro en pánico y lucho contra el malestar en el estómago. Tengo que concentrarme en él, y no distraerme por lo que está sucediendo a nuestro alrededor.

Escucho los disparos y los gritos distantes de los soldados mogadorianos; solo puedo imaginarme lo que está haciendo Seis por ahí. Es una guerrera despiadada

cuando tiene que serlo, increíblemente peligrosa para cualquiera que la amenace, o a nosotros.

—¿Cómo está? —pregunta Crayton, cerniéndose sobre Ocho, y volviendo la mirada entre el dolor en el rostro de Ocho y el pánico en el mío.

Eli toma la mano de Ocho y él consigue centrarse en ella.

—Está bien. Esto va a doler, Ocho, pero luego te sentirás mejor. Confía en mí. —Veo que sus palabras tranquilizadoras pasan sobre él y comienza a asentir entre muecas de dolor.

Oímos un estruendo encima, y el techo de la cueva cobra vida con las grietas que se propagan rápidamente por todas partes. La cúpula es un rompecabezas de piezas que amenazan con romperse y liberarse en cualquier momento; y de repente cae la primera, una piedra del tamaño de un coche viniéndose abajo hacia nosotros. No quiero retirar mi toque curativo, pero tengo que quitar mis manos del costado de Ocho con el fin de concentrar toda mi energía en desviar la piedra con mi mente. Cuando pongo mis manos de nuevo sobre las heridas de Ocho, se siente como si estuviera empezando todo de nuevo. Tomo cualquier consuelo que pueda a partir del dibujo de la cueva. Puede mostrarlo muriendo, pero no lo muestra muriendo aquí, de esta manera.

—¿Dónde está el cofre de Marina? —pregunta Eli—. Tal vez haya algo allí que pueda ayudar.

—Ambos cofres están al otro lado de la cueva —informa Crayton—. Iré por ellos

—¡No! —Eli agarra el puño de su manga, pero Crayton sale corriendo. Observo, impotente que las piezas del techo siguen cayendo y Eli le grita a Crayton para regrese, que espere a Seis. Mi mente está corriendo. Seis está ahí afuera luchando sin ayuda de nadie con un ejército mogadoriano, y sé que tengo que olvidarme de todo eso, y enfocar mi energía en Ocho. Puedo sentir su cuerpo cediendo ante el dolor y las lesiones que me parece que no puedo curar con la suficiente rapidez para salvarlo. Cierro los ojos, apretándolos, deseando que responda a mi legado, cuando veo que su herida ha vuelto a su tamaño original, como si ni siquiera la hubiese tocado.

—Eli—. La miro, con los ojos llenos de lágrimas—. No está funcionando. ¡No sé qué hacer!

La voz de Eli es determinada.

—Lo necesitamos, Marina. Solamente concéntrate. Puedes hacerlo.

Trato de recuperar el aliento y veo a Crayton esquivar a penas una roca irregular.

—Ocho. Espera. Voy a hacerlo, pronto estarás mejor —le digo mientras cierro los ojos. Reprimo los ruidos del ataque, reprimo la histeria que surge dentro de mí, y me

digo: *Puedo curar a Ocho. Lo sanaré y Seis se hará cargo de los mogs. Tenemos una misión y éste no es el final.*

Me siento con la espalda recta, mi respiración se desacelera a un ritmo normal, y una bola de hielo parece formarse entre mis hombros. Corre bajando por mi espalda y entre mis dedos. La fuerza casi me aleja de golpe, pero mis dedos permanecen firmemente en la herida de Ocho. Puedo sentir que algo está sucediendo en el interior de Ocho y mi respiración se acelera. Mi corazón late tan rápido que parece que va a estallar, y luego Ocho abre los ojos.

—¡Funciona! —grita Eli.

El vértigo se arrastra a través de mí. Me tambaleo pero permanezco en posición vertical mientras se cierra la herida de Ocho. Puedo sentir sus costillas rotas regresar a su lugar bajo mis manos. Después de unos segundos, me permito relajarme. Estoy tan cansada que apenas puedo mantener los ojos abiertos. Tomo una respiración profunda y Ocho se sienta. Se toca donde estaba la herida, palpando sus costillas, y luego se acerca a tomar mi mano.

—Nunca he sentido *algo* así —me dice Ocho, pareciendo incrédulo—. No sé cómo darte las gracias.

Abro la boca para responder cuando Seis aparece de repente. Tiene un cañón mogadoriano en la mano, su rostro está cubierto de ceniza negra. Está sin aliento, pero en control.

—Los he hecho regresar, pero me vendría bien un poco de ayuda ahí afuera.

Ocho se tambalea cuando se pone de pies.

—Así es.

—Estaba pensando en Marina —dice Seis, observando la escena y viendo de inmediato que Ocho no está en condiciones para serle de ayuda a nadie. Me siento honrada de que quiera que luche junto a ella, pero sé que estoy demasiado débil para ponerme de pie—. ¿Dónde está Crayton? —pregunta, mirando alrededor.

He estado tan enfocada en la curación de Ocho que me había olvidado de él. Miro alrededor justo a tiempo para verlo sacando los cofres de debajo de unos escombros. Luego levanta ambos cofres y empieza a hacer su camino de regreso a nosotros. Justo cuando Seis se mueve para ayudar, una explosión golpea lo que quedaba de techo. Unos trozos enormes de roca cubierta de nieve caen dentro de la cueva, seguido por cientos de balas. Ocho se pone sobre Eli, usando su telequinesis para desviar los escombros y el tiroteo. Seis comienza a disparar hacia el cielo expuesto con el cañón mogadoriano. Hay otra explosión muy fuerte encima, y unos segundos más tarde, un nave plateada como la que vi en el fondo del estanque se estrella contra la montaña

justo encima de nosotros. Un soldado mogadoriano sangrando trata desesperadamente de liberarse de la cabina. Lucho para ponerme de pie mientras él perfora un agujero a través del parabrisas, y antes de que se pueda salir, uso mi telequinesis para levantar dos rocas y aplastarlo entre ellas. Una nube de ceniza flota sobre el suelo.

Un misil entra a la cueva, destruyendo el muro más cercano a Crayton. El panel con tallados por que estábamos en trance unos momentos antes, queda diezmado. Debido a la explosión, Crayton sale disparado hacia el centro de la cueva, aterrizando al lado de las rocas de loralita azul mientras los cofres se deslizan por el suelo. No se mueve. Estoy sorprendida, todo sucedió tan rápido.

—¡Papá! —grita Eli.

A pesar de que las paredes se están derrumbando a nuestro alrededor, corro con Eli hacia Crayton. Ella toma una de sus manos. Pongo la mía sobre su cuerpo y cierro los ojos, tratando de encontrar una señal de vida. Busco algo con que trabajar, que sanar, pero no hay nada.

—¡Sálvalo! —me grita Eli, su pequeño rostro está arrugado de angustia—. Marina, por favor, ¡puedes hacerlo! ¡Lo puedes sanar!

—Lo estoy intentando —le digo, pero sale como un sollozo. Está muerto. Su cêpan se ha ido.

—¡Simplemente concéntrate como lo hiciste con Ocho! ¡Puedes hacerlo otra vez! —Eli está frenética, acariciando la cabeza de Crayton y su mano.

Por la comisura del ojo veo a Seis venir hacia nosotros con su cañón disparando al cielo. Ocho se teletransporta a mi lado. Se inclina y dice—: Lo puedes sanar. Vamos, Marina.

Empiezo a llorar. No lo puedo hacer. Sé que no hay nada que pueda sanar, pero trato y trato de convocar mi legado, rogando que funcione, pero Crayton ha muerto; no hay nada con lo que mi legado pueda conectar. Muevo las manos a su pecho triturado y estómago. Puedo sentir todos sus huesos rotos bajo mis manos. Eli se pone detrás de mí y presiona sobre mis hombros, apretando mis manos más fuerte sobre Crayton.

Seis para de disparar y agarra mi brazo. Me mira a los ojos. Niego con la cabeza.

Eli cae de rodillas, sollozando. Se acerca a Crayton y le susurra al oído.

—Deja que Marina te sane. Por favor, no te vayas. Por favor, papá. —Me mira, las lágrimas corren por sus mejillas. Su voz está enojada—. Ni siquiera lo intentaste, ¡Marina! ¿Por qué no lo intentaste?

Me limpio las lágrimas con los hombros.

—Lo intenté, Eli. Lo intenté, y no había nada que pudiera hacer. Él ya se había ido. Lo siento. —Me siento sobre los talones, pero dejo mis manos sobre el cuerpo de Crayton.

Un cohete golpea la pared del fondo, separándola completamente de la montaña. Sabemos por nuestra caminata que detrás del agujero hay una caída recta de seiscientos metros. Entra el viento frío y pasa sobre nosotros.

Ocho se vuelve hacia Seis.

—Dame el cañón. Enseguida vuelvo. —Seis duda por un segundo antes de entregárselo. Ocho desaparece, y miro hacia arriba para verlo correr a lo largo del derrumbado borde del agujero, saltando de un lugar a otro ya que las rocas se desmoronan. Incluso en vuelo, nunca deja de disparar. Pronto, dos naves de plata mog explotan en bolas de fuego.

No dejo de mover mis manos a través de Crayton, pero Seis me da un tirón y me pone de pie.

—Detente. Se ha ido. —Miro a Crayton, su rostro rugoso, sus cejas pobladas, y recuerdo la primera vez que lo vi en aquel café en España. Pensé que era mi peor enemigo; en cambio, me salvó la vida. Extiendo las manos para intentar una vez más, pero Seis me abraza acercándose a ella. Siento sus lágrimas en mi cuello. Sus labios tocan mi oído mientras susurra—: No hay nada que podamos hacer.

Sollozando, Eli se acerca y toma la mano izquierda de Crayton; la besa y la pone contra su mejilla.

—Te quiero, papá.

—Lo siento mucho —le digo de nuevo.

Ella me mira y trata de hablar, pero no puede. Suavemente, pone la mano de Crayton sobre su pecho y lo acaricia una vez más antes de pararse. Ocho se teletransporta junto a nosotros y le devuelve el cañón a Seis. Otra fuerte ráfaga de viento helado choca sobre nosotros y voltea un lado de la chaqueta de Crayton. Todos lo vemos al mismo tiempo, un sobre blanco en el bolsillo interior de la chaqueta. PARA ELI, dice por fuera.

Seis lo toma y lo empuja a las manos de Eli.

—Eli, escúchame. Sé que no lo quieres dejar, ninguno de nosotros quiere hacerlo, pero si no nos vamos ahora mismo vamos a morir también. Sabes que Crayton habría querido que hiciéramos lo necesario para sobrevivir, ¿verdad? —Eli asiente con la cabeza. Seis se vuelve hacia Ocho—. Correcto. Ahora, ¿cómo podemos teletransportarnos fuera de este infierno? ¿La montaña quedó demasiado destruida para que funcione?

—¡Eli, toma mi cofre! Marina, toma el tuyo —dice Ocho, guiándonos hacia la brillante loralita azul—. Seis, vas a tener que aferrarte al brazo de alguien para que todos podamos irnos en seguida. —Mira sombríamente los restos alrededor—. Realmente espero que esto funcione.

Ocho toma la mano de Eli y la mía. Seis engancha su brazo a través de mi otro codo. Miro a mí alrededor, los trozos de las paredes que nos hablaron sobre nuestro futuro y nuestro pasado. Pienso en los muchos lorienses que estuvieron aquí antes que nosotros. Me entristece que vayamos a ser los últimos en verlo, pero también pienso en la responsabilidad que debemos asumir todos nosotros al ser los últimos lorienses.

Doy un último vistazo a Crayton, dándole las gracias por todo lo que hizo.

—Muy bien. Aquí vamos —dice Ocho.

Entonces, todo se vuelve negro.



CAPÍTULO DIECIOCHO

Traducido por klevi

De repente, Nueve está en el borde del asiento.
 —¡Mierda, Cuatro! Compruébalo tú mismo. Se movieron.
 —¿Quién se movió? —Tomo la tablet de su mano. Los puntos azules que nos identifican han cambiado de posición. Por lo menos, algunos de ellos. Todavía hay un punto azul en Jamaica y dos en Chicago, pero ahora hay tres en la costa de África, y uno en Nuevo México. Mi pecho se relaja cuando veo que todavía hay siete puntos, pero estoy confundido por la forma en que se movieron a esos otros lugares con tanta rapidez—. ¿Cómo lo hicieron?

—No tengo *ni* idea —dice Nueve—. Es como si se teletransportaran o saltaran por el espacio. ¿Tal vez encontraron una puerta estelar, o algo así?

—Henri dijo que las puertas estelares no existen —le digo, sacudiendo la cabeza.

—Sí, bueno, tampoco existen los extraterrestres de otro planeta, de acuerdo con *algunas* personas. De hecho, *muchas* personas.

Tiene razón. Tal vez Henri estaba equivocado.

—Uno de los garde está en Nuevo México, Nueve. Cerca de lo que tú piensas que podría ser nuestra nave. Eso no puede ser una coincidencia. ¿Crees que va tras ella?

—Hombre, espero que no. *Aún no* es tiempo para eso. Tenemos un montón de mierda que requiere de nuestra atención antes de abandonar la Tierra.

Me quedo mirando el punto azul que parpadea en Nuevo México, y presiono el triángulo verde, revelando nuevamente dónde están ocultas las naves Lorien. No hay ninguna manera de que esta haya aterrizado accidentalmente tan cerca de la nave. Agrega el hecho de que me han dicho que Sarah está en el oeste, posiblemente con Sam, y estoy convencido.

—Hablo en serio, Nueve, ahí es a donde vamos. Nuevo México. Ahora. Todo lo que hemos visto y aprendido nos dirige a ello, nos dice que tenemos que ir allí ahora mismo. —Salgo corriendo de la habitación, cierro mi cofre de un golpe y lo pongo al lado de la puerta principal—. ¿BK? —Grito.

Bernie Kosar sale trotando con el hueso de la carne en la boca.

Nueve me sigue.

—Amigo. De—ten—te. ¡*No* vamos a ponernos en marcha y volar a Nuevo México! ¡*Sobre todo* después de lo que acabamos de ver! Estos chicos se están teletransportando por ahí. ¡En el momento que llegemos al elevador, podrían estar en la Antártida o

Australia! Hay mucho que no sabemos todavía. Ni siquiera sabemos a ciencia cierta que es nuestra nave. ¿Y si es una trampa? —Nueve se mueve frente a la puerta y cruza los brazos.

Sé que debo parecer un lunático, golpeando el botón del ascensor, tratando de fingir que Nueve no está allí impidiendo mis esfuerzos.

Las palabras salen de mi boca.

—Tenemos que ir allí de todos modos. Incluso si el miembro de la garde desaparece antes de que llegemos allí. Nuevo México *sigue siendo* el lugar obvio al que debemos ir. —Estoy desesperado por subirlo a bordo en esto—. Podemos tomar algunas de tus armas. —Mi cabeza está girando.

Me precipito dentro de la sala de entrenamiento y hacia el cabezal del gabinete de municiones. Estoy saltando por encima de las esteras en dirección del gabinete cuando escucho el sonido de los anillos de metal encima de mi cabeza. Nueve cae delante de mí, en mi camino, y levanta la mano.

—Oye, espera un momento, amigo. Toma un respiro —dice con las manos en alto—. Yo creo que deberíamos ir a Paraíso.

—¿Me estás tomando el maldito pelo? ¿*Ahora* quieres ir a Paraíso? —Voy a matar a este tipo.

—Me puse a pensar mientras dormías. Tenemos que volver al lugar donde has encontrado la tablet. Antes dijiste que había un montón de papeles allí, por no hablar de aquel esqueleto y algunos mapas. Creo que nos estamos perdiendo de algo, ese algo es la clave para vencer a Setrákus Ra.

—No lo entiendes —le digo, pasando por delante de él—. Las cosas están sucediendo en el oeste en *este segundo*. ¿Tienes coche?

Me da un empujón fuerte en la espalda. Casi me caigo, pero me sostengo. Me quedo de pie, de espaldas a él, echando humo.

—Tengo coche, *pero* vamos ir a Paraíso primero. Tenemos que encontrar cualquier cosa que nos pueda ayudar a luchar.

—No es una posibilidad. —Me doy vuelta y lo empujo, y antes de darme cuenta, nuestros brazos están cerrados sobre la cabeza del otro. Nueve patea mi pie y caigo al suelo.

Bernie Kosar ladra, diciéndonos que pararemos.

—Relájate, BK —dice Nueve, saludándolo con la mano.

—Considera esto como un poco de entrenamiento ligero antes de dirigirnos a Ohio.

—Correcto. Estamos entrenando ahora —escupo, poniéndome de pie—. Con todo lo que acabamos de aprender.

Nueve lanza un golpe y lo desvío, pero no puedo hacer lo mismo con su gancho derecho. Siento como si me acabaran de golpear las costillas con un ariete. Caigo de rodillas, agarrándome la cintura, y él me patea el esternón de lado, tirándome de espaldas.

—¡Vamos, hombre! —me grita—. Ponte de pie, ¿por qué no lo haces? Crees que puedes correr al desierto, vencer a cualquier enemigo que se te cruce, ¿pero no puedes vencerme?

Me pongo de pie rápidamente y lo sorprendo con un golpe limpio en el estómago. Cuando se dobla, lo golpeo con la rodilla en la boca.

—¡De *eso* es lo que estoy hablando, Cuatro! —La sangre resbala de sus labios partidos, pero está sonriéndome. Nos rodeamos el uno al otro—. Te diré algo, ya que estás mostrando señales de darme una pelea decente: voy a hacer un trato. Si me ganas, vamos a Nuevo México. Inmediatamente. Incluso te permitiré conducir. Pero si yo gano, pasamos un par de horas más aquí, averiguando algo de la mierda de afuera, y haciendo un *verdadero* plan. *Luego*, volveremos a Paraíso e iremos a ese pozo.

—Y me llamas cobarde a *mí* —le digo. Continuamos dando vueltas y ambos logramos dar algunos golpes devastadores. Escucho que se rompe una de las costillas de Nueve cuando lo golpeo con mi codo derecho. Golpeo con mi otro codo, pero él me lanza una fuerte patada a mi rodilla izquierda. Rasga el cartílago y dolor me quema la pierna. Cojeando, tiro un par de golpes más, pero no puedo moverme, y le doy una gran ventaja a Nueve. Él salta detrás de mí y patea mi otra pierna. Mi cabeza golpea el suelo y el mundo queda en blanco. Cuando consigo orientarme, Nueve tiene mis brazos fijos con sus rodillas. La lucha ha terminado. Y con ella se van nuestras posibilidades de encontrar al garde en el oeste.

—Voy a buscar una piedra de curación —dice Nueve, poniéndose lentamente de pie. Con la visión borrosa, veo que se sostiene el costado cuando sale de la habitación. Bernie Kosar gime.

—Esto es una mierda, ¿sabes eso? —le grito—. ¡No se puede simplemente decidir este tipo de cosas de esta forma! ¡Ese garde en Nuevo México podría morir solo y ni siquiera te importa!

La voz de Nueve resuena a través del apartamento.

—Somos soldados, ¡Johnny! Y los soldados mueren. Nos enviaron aquí para entrenar y luchar, y algunos de nosotros no lo vamos a lograr. Esa es la naturaleza de la guerra.

Lentamente salto a la sala de estar con mi única pierna sana. Puedo ver a través de las ventanas que el sol se está ocultando. BK se sienta en el suelo, en el último parche

de luz, mirándome. Nos pide que nos sentemos y que hablemos y planeemos nuestro próximo movimiento con la cabeza despejada.

Nueve entra sosteniendo una piedra de curación contra sus costillas. La lanza hacia mí e inmediatamente lo pongo sobre mi rodilla izquierda. A pesar del dolor, siento que el cartílago poco a poco vuelve a reconectarse. No se necesita mucho tiempo para que haga su trabajo y pronto el dolor ha desaparecido por completo.

Planto una mano en el marco de la ventana y digo:

—Si no vamos a Nuevo México, entonces vamos a hacer frente a Setrákus Ra. Ahora mismo. Tú y yo. Tal vez si lo eliminamos, el resto de mogs morirá, y salvaremos a *dos* mundos.

Nueve se sienta en un sofá de cuero y pone los pies sobre la mesa de café de cristal. Suspira y cierra los ojos.

—Lo siento, Johnny, pero incluso si Setrákus Ra muere, los mogs aun así lucharán. Al igual que Pittacus Lore murió y nosotros seguimos luchando. Deja de buscar una salida fácil y enfrentalo: todos vamos a luchar hasta que el último sea asesinado.

Miro por la ventana y reúno la fuerza para decir lo que he querido decir durante semanas, desde que leí la carta de Henri—: Pittacus no está muerto. Yo soy Pittacus.

—¿Qué dijiste?

Me vuelvo hacia él.

—Dije que yo soy Pittacus Lore.

Nueve se echa hacia atrás riendo tan fuerte que casi voltea el sofá.

—¿Tú eres Pittacus? ¿Por qué demonios crees que *tú eres* Pittacus Lore?

—Lo puedo sentir —le digo—. Es por eso que hiberna Lorien. Pittacus vive a través de mí.

—¿Ah, sí? ¿Sabes qué? Creo que puedo sentirlo, también —se burla, palpando su torso. Se pone de pie y se dirige hacia mí—. Pero oye, si *eres* Pittacus, el anciano más fuerte y *más sabio* de Lorien, entonces le pateé el *trasero* a Pittacus. Me pregunto ¿en qué me convierte eso?

—Suertudo —le digo, lamentando haber dicho algo.

—¿En serio? Parece que alguien quiere una revancha.

Suficiente, dice Bernie Kosar. *No más peleas. Ahorra tus fuerzas.*

Lo ignoro.

—Muy bien. Es una revancha, entonces.

—Si quieres desafiarme de nuevo, entonces va a haber un cambio de escenario. Y para hacerlo aun más interesante, *Pittacus*, digo que cada uno tenga la oportunidad de usar un artículo de nuestro cofres.



—Está bien.

Abro mi cofre, y tomo inmediatamente la daga de diez centímetros. El mango vibra en el momento en que lo toco y rápidamente se envuelve alrededor de mi puño. Veo que todavía tiene ceniza de mog en sus ranuras. El olor me hace ansiar otra pelea.

Nueve agarra el tubo corto de plata con la mano derecha. Bien, *eso* me pone nervioso; vi cómo diezmó a todos los piken en Virginia Occidental con esa cosa.

Niega con el dedo cuando ve mi daga.

—Ah, ah, ah. Dije solo *una* cosa.

—Tengo mi daga. Eso es todo y eso es todo lo que necesito.

—¿Y qué hay de tu pequeño y lindo brazalete?

—Eh, me olvidé de él. Es probablemente la mejor opción. Gracias. —Lanzo la daga de nuevo dentro de mi cofre.

—Sígueme —dice Nueve. Haciendo caso omiso de Bernie Kosar y sus súplicas de que nos detengamos, sigo a Nueve a través del apartamento y dentro del ascensor, los dos estamos en silencio. Supongo que la pelea será en el sótano oscuro del edificio entre columnas y paredes de cemento, con nuestros poderes ocultos del mundo; en cambio, ascendemos. Las puertas del ascensor se abren y Nueve oprime un teclado numérico de una puerta frente a nosotros, y hace clic al abrirse. Estamos en el techo del John Hancock Center.

—De ninguna manera, de ninguna *maldita* manera. ¡Mucha gente puede vernos aquí! —le digo, sacudiendo la cabeza, dando la vuelta hacia la puerta.

Nueve camina sobre el techo.

—*Nadie* puede vernos aquí. Eso es lo bueno de estar en la cima de uno de los edificios más altos de la ciudad.

No quiero parecer como que me estoy arrepintiendo, por lo que sigo, mostrando mucha más confianza de la que siento; pero no estoy preparado para el feroz viento que me golpea fuerte y casi me empuja nuevamente por la puerta. Nueve sigue caminando, su pelo negro le azota la cabeza, aparentemente es inmune a la fuerza del viento. Su camiseta blanca se infla alrededor de su torso hasta que se la quita y la deja volar sobre el techo. Cuando llega al centro del techo, chasquea la muñeca y expande el tubo de plata en ambos extremos hasta tiene más de un metro de largo y de color rojo brillante.

Se vuelve hacia mí y dobla su palma, haciéndome señas para que me acerque. Como un equilibrista, tomo una respiración profunda y pongo un pie delante del otro para caminar hacia él. Estamos a la gigantesca sombra de la inminente torre blanca en

el otro extremo del techo y, justo cuando me estoy acercando, Nueve se da vuelta y corre hacia ella.

No tengo ni idea de lo que está por hacer, así que dejo de caminar para ver su próximo movimiento. Sin perder el paso, corre recto hacia la torre hasta que llega a la parte superior.

La torre se mece con el viento y me mareo solo de mirarlo, tambaleándose allí arriba. Nueve pone el tubo rojo sobre su cabeza y, antes de que pueda darme cuenta de lo que está haciendo, lo lanza. Al segundo sale de su mano, Nueve se sumerge de cabeza hacia mí, y afronto la tarea de esquivar dos objetos voladores a la vez. Me las acabo de arreglar para rodar lejos del tubo afilado cuando se acerca a mí, y veo cómo se hunde en una viga metálica inclinada. Me doy vuelta para hacerle frente a Nueve que está aproximándose y cuando está a punto de tumbarme, le asesto un golpe tan fuerte que lo mando a volar por el techo.

Estiro la mano y saco el tubo rojo de Nueve de la viga metálica. Henri nunca me entrenó con algo así, pero lo giro sobre mi cabeza y ataco de todos modos. Nueve está en posición y preparado para mi ataque. Esgrimo el tubo a través de su cuerpo, pero él lo esquiva con su muñeca e inmediatamente se mueve para patearme la recién reparada rodilla. Empujo mi pierna hacia atrás para que falle, pero se las arregla para ponerle las manos encima al tubo.

Los dos luchamos por obtener el control de éste, girando y golpeando, esquivando y bloqueando. Él usa su telequinesis para separar mis pies de la tierra. Empiezo a resistirme, pero luego me doy cuenta de que puedo usarlo a mi favor con el viento fuerte aquí arriba. Cuidadosamente, sincronizo mis movimientos con la fuerte ráfaga. Le doy la vuelta al tubo y en una fracción de segundo estoy detrás de Nueve con el tubo contra su garganta.

—Deberíamos estar en camino a Nuevo México —le digo, dirigiéndonos hacia la puerta que conduce hacia el ascensor.

Nueve me da un cabezazo con la parte posterior de su cráneo, directamente en la nariz, y pierdo el control sobre el tubo. Él lo agarra cuando caigo hacia atrás y me estrello contra una caja eléctrica.

—¿De qué estás hablando, Johnny? O, ¿es Pittacus? —pregunta burlonamente mientras balancea el tubo. Mi brazalete se expande justo a tiempo para desviar el golpe. La caja eléctrica junto a mí queda cortada por la mitad por accidente. Las chispas vuelan por todas partes, inclusive dentro de mi escudo extendido y sobre mí. Cuando rebotan sobre mi camisa, dejo que el fuego me atrape y se propague. Mi

escudo se contrae, y Nueve mira fijamente, sorprendido al verme consumido por las llamas.

Se sacude la sorpresa.

—¿Por qué no te convertiste en una bola de fuego humana cuando estábamos en el mismo equipo? —grita.

El fuego alrededor de mi cuerpo cruje y zumba por el fuerte viento. Camino hacia él.

Nueve puede pensar que esto es solo juegos y diversión, pero yo no.

—¿Hemos terminado ya?

—No del todo. —Sonríe.

Formo una pequeña bola de fuego en mi palma. Supongo que voy a hacer que mi falta de sentido del humor acerca de la situación sea lo suficientemente clara si lanzo la bola de fuego a sus piernas, pero él la aleja de un golpe con el extremo del tubo como un jugador de hockey. Salto lanzando dos bolas de fuego más hacia el techo, cada una más rápida que la anterior, pero él usa la mente para hacerlas a un lado. La primera rueda a un lado y se consume ineficazmente; la otra se abre camino hasta el borde de la cubierta de un ventilador. El calor la derrite, y los fuertes vientos inclinan la cubierta entera del enorme ventilador, dejándolo expuesto.

Levanto las manos sobre la cabeza para crear una bola de fuego del tamaño de un refrigerador, pero mientras crece, Nueve ataca con el tubo por encima del hombro. Planta una punta de la vara en el suelo y se da impulso con los pies por delante, hacia mi pecho en llamas. Grita de dolor cuando las suelas de sus zapatos golpean mi cuerpo en llamas, y yo salgo volando hacia atrás. El mundo que había sido rojo y amarillo ahora es gris y azul. En mi último giro, me doy cuenta de que estoy volando directamente hacia el ventilador expuesto. En el último momento posible, extendiendo los brazos y las piernas y me sostengo, a escasos centímetros de las hojas. El ventilador es lo suficientemente potente como para extinguir prácticamente lo que queda de mi fuego antes de que logre saltar y rodar lejos de éste.

—¿Tratando de refrescarte? —pregunta Nueve, con las manos en las caderas, como si simplemente observara mi técnica. Ya se ha quitado los zapatos medio derretidos.

—¡Solo estoy entrando en calor! —Me pongo de pie de un salto, preparándome para responder su próximo movimiento.

Nueve corre a la izquierda y yo lo sigo. Salta por encima de unas tuberías sobre la elevada saliente. Nuevamente lo sigo. Ahora ambos estamos a centímetros de una caída de trescientos metros a la calle de abajo. Luego, para mi sorpresa total, Nueve da

un paso fuera del saliente. Le grito y me acerco para agarrarlo, pero cuando lo hago, no lo veo dirigiéndose a su muerte inminente.

Está de pie horizontalmente, sobre una ventana con los brazos cruzados, con la misma sonrisa enorme en su rostro. Al intentar agarrarlo me incliné demasiado, y ahora giro los brazos frenéticamente para recuperar el equilibrio, pero no puedo sostenerme y de repente me estoy inclinando aun más hacia el abismo. Nueve regresa arriba rápidamente por el costado del edificio y me golpea con un poderoso gancho a mi mandíbula. Me tira hacia atrás, pero no tengo la oportunidad de aterrizar. Nueve me atrapa por el cuello, me gira y me sostiene sobre el saliente.

—Ahora, Número Cuatro. Todo lo que tienes que hacer para que te deje bajar, sano y salvo, es decirlo. —Sostiene el tubo con su otra mano por sobre la cabeza—. Di que no eres Pittacus.

Lo pateo, pero él me aleja, justo fuera del alcance. Termino balanceándome hacia atrás y hacia adelante como un péndulo.

—Dilo —repite, con los dientes apretados. Abro la boca, pero no me atrevo a negar lo que siento que es verdad con tanta certeza. Creo que *soy* Pittacus Lore. Creo que *soy* el único que puede y va a terminar esta guerra—. Quieres ir corriendo a Nuevo México para encontrar nuestra nave y no puedes creer ni por un segundo que podría ser una trampa. Entonces hablas de enfrentar Setrákus Ra, pero ni siquiera me puedes ganar a *mí* en un combate cuerpo a cuerpo. *Tú* no eres *él*. No eres Pittacus. Así que, dejemos las tonterías ahora mismo. Solo dilo, Cuatro.

Aprieta su agarre sobre mi garganta. Mi visión se torna borrosa. Miro hacia el cielo despejado y se torna rojo, como la noche en que los mogadorianos invadieron Lorien. Veo destellos de los rostros de los lorienses que fueron sacrificados, sus gritos resuenan en mis oídos. Veo las explosiones, el fuego, todas las muertes. Veo a los krauls con niños lorienses en sus dientes. El dolor que siento por todos ellos en este momento es tan abrumador, que sé que puedo soportar cualquier cosa que me hagan ahora, incluyendo a Nueve aplastando mi cuello.

—¡Dilo!

—No puedo —logro gemir.

—¡Tienes que estar delirando! —grita, apretando más fuerte. Ahora veo las bombas que caen sobre Lorien. Veo los cuerpos destrozados de mi pueblo, mi planeta al ser destruido. En la cima de una montaña de cuerpos, veo a mi padre muerto vestido con su traje azul y plata. Nueve me sacude con violencia, mis pies se balancean salvajemente—. *¡Tú no eres Pittacus!*

Cierro los ojos para escapar de las visiones de la matanza que nadan frente a mí, temiendo lo que venga después. Puedo ver la carta de Henri en mi mente:

Cuando los diez nacieron, Lorien reconoció sus corazones fuertes, sus voluntades, su compasión, y a su vez, les otorgó a los diez los roles que están destinados a asumir: los roles de los diez ancianos originales. Lo que esto significa es que, con el tiempo, aquellos que se fueron, van a crecer para ser mucho más fuertes que cualquier cosa que Lorien haya visto antes, mucho más fuertes incluso que los diez ancianos originales de quienes recibieron sus herencias. Los mogadorianos lo saben, lo cual es la razón por la que los están cazando tan febrilmente ahora.

Lo que sea que quiera decir todo esto, sé que Nueve en realidad no me a mataría. Cada miembro de la garde es demasiado importante, Pittacus o no. Más que nada, unir y luchar como uno solo, como los garde que nacimos para ser, es más importante que cualquier pelea que pueda tenerla con él. Eso es un pequeño consuelo, dado el hecho de que mi cuerpo todavía está balanceándose cuando siento el ligero cambio del viento.

La mano alrededor de mi cuello se abre y mi estómago se desploma a medida que empiezo a caer. ¿Podría haber estado equivocado? En cambio, siento que mis pies aterrizan en menos de un segundo. Abro los ojos y me encuentro de nuevo en el techo. Nueve se aleja, con la cabeza baja. Chasquea la muñeca y el largo tubo rojo se retrae en una pieza de plata. Grita por encima del hombro—: La próxima vez, ¡te dejo caer!



CAPÍTULO DIECINUEVE

Traducido por pabloaz

Estoy boca abajo sobre arena ardiente. Está en mi boca, hasta mi nariz y apenas puedo respirar. Sé que debería levantarme, tratar de darme vuelta, pero mis huesos me duelen demasiado. Cierro los ojos y los aprieto, tratando de bloquear el dolor por todo mi cuerpo. Finalmente, junto la fuerza para levantarme, pero cuando apoyo mis manos para levantarme, la arena me las quema. Me dejo caer de nuevo.

—¿Marina? —gimo

No responde. Todavía no puedo abrir los ojos, pero escucho cuidadosamente por señales de algún signo de vida. Todo lo que escucho es el viento y la arena azotando contra mi cuerpo.

Trato de hablar de nuevo. Pero solo me las puedo arreglar para susurrar.

—¿Marina? Alguien, ayúdeme. ¿Ocho? ¿Eli? ¿Alguien? —Estoy tan confundida que incluso grito por Crayton. Mientras espero y deseo alguna respuesta, me golpea el recuerdo del cadáver de Crayton. Veo pasar todo de nuevo: las lágrimas de Eli, el ataque del mog, mi mano agarrando el codo de Marina y Ocho diciendo, “Aquí vamos”.

El sol está muy caliente encima de mí, mi cabello se siente como una manta de fuego sobre mi cuello y hombros. Finalmente, logro darme vuelta, y levanto el brazo para protegerme los ojos de la cegadora luz. Lentamente, parpadeando, los abro de a poco. No veo a nadie, solo arena. Forcejeo para ponerme de pie y escucho la voz de Ocho haciendo eco en mi cabeza: “Realmente espero que esto funcione. Nunca he intentado traer a alguien más.”

Bueno, parece que esto *no* funcionó. O funcionó, pero no para mí, para todos nosotros juntos. ¿Dónde terminaron Eli y Marina? ¿Están juntas? ¿Ocho está con ellas? ¿Estamos todos en diferentes partes del mundo? O ¿soy la única que está sola? Mi cerebro está analizando frenéticamente todas las diferentes posibilidades. Si no solo perdimos a Crayton, sino también nos separamos y destrozamos, estamos mucho más lejos de nuestra meta. Me siento *enferma* por la frustración y el pánico. Todo por lo que hemos trabajado, todo lo que sacrificamos para ir a India y encontrar a Ocho... tal vez hubiera sido mejor no hacer nada.

Estoy sola bajo un cielo sin nubes y un sol sofocante, sin idea de dónde estoy o cómo *demonios* voy a hacer para encontrar otra alma con vida, sea garde o no. Escudriño en cada dirección, esperando ver a Marina tropezando en una duna

ondeando la mano por encima de la cabeza, a Eli tras ella no muy lejos, o a Ocho riéndose, dando volteretas en una extensión arenosa; pero todo lo que veo es un desierto desolado.

Pienso en lo que nos dijo Ocho sobre cómo funciona esta cosa teletransportadora. Dondequiera que sea que haya aterrizado, sé que estoy cerca de una de las rocas de loralita azul. Incluso si no tengo su legado de teletransportación, espero poder usar la loralita de alguna forma. Me dejo caer de manos y rodillas y empiezo a excavar furiosamente. No tengo forma de saber dónde está la cosa, donde comenzar a buscar, pero estoy desesperada; tan desesperada que apenas noto la arena que quema mis dedos, pero las únicas piedras que puedo encontrar son pequeñas, con grietas, y comunes. Sin aliento, con el sudor cayendo hacia mi cara y a mis ojos, finalmente paro y me recuesto. No puedo permitirme gastar de esta forma la poca energía que me queda. Necesito encontrar agua y refugio. Enderezo la cabeza y escucho al viento, esperando algún tipo de señal, pero no hay nada ni nadie. Nada, solo arena y dunas es todo lo que mis ojos pueden ver y eso no me deja nada más que hacer que caminar. Miro hacia el sol, me oriento usando mi sombra y comienzo a caminar fatigosamente sobre la arena.

Voy hacia el norte. Sin protección de los ardientes rayos, me arden los ojos por el sudor que cae sobre ellos, y el dolor de la arena caliente que azota contra mi cuerpo entero, hace que me sienta vulnerable de una manera que nunca antes me he sentido. Donde sea que mire, solo hay una interminable vista de lo mismo, y sé que mi cuerpo no puede soportar este intenso sol por un largo período de tiempo. Peleo por unos pocos pasos más, luego me vuelvo invisible para escapar del despiadado calor; esto hará difícil que alguien me encuentre, pero no tengo elección. Después, uso mi telequinesis para flotar sobre la tierra solo para mantener mis pies lejos de la arena ardiente. El punto de vista más elevado solo confirma la larga distancia de arena, arena y más arena. Entrecierro los ojos, esperando ver algún camino o alguna tipo de señal de civilización cada vez que paso una duna. Pero la única cosa que cambia, la única variación de mi interminable vista de arena, viene en forma de endemoniadas floraciones de cactus y pedazos de madera petrificada. El cielo sin nubes se burla de mí, y no me ofrece siquiera un poco de nubes blancas para manipularlas y crear una tormenta eléctrica. Cuando abro de un tirón el primer cactus al que me acerco, me siento devastada al encontrar que no contiene suficiente agua para comenzar a saciar mi sed.

Finalmente, cuando mi energía y espíritu están casi en su final, aparecen montañas en el horizonte, dándome al menos la perspectiva de alguna salvación. Pareciera que

están al menos a otro día de caminata de distancia, aunque es difícil saberlo con seguridad. Están definitivamente muy lejos para llegar hoy y eso es suficiente para que mis esperanzas caigan en picada. Sé que necesito encontrar un refugio.

Me vuelvo visible y espero que alguien me vea. Miro al cielo y veo el primer grupo de nubes del día. Mi corazón salta y siento una pequeña oleada de energía que no sabía que tenía. Me concentro en crear una tormenta, solo una pequeña, sobre mí. La lluvia es breve, pero impresionante; es la única razón por la cual no colapso y abandono.

Me mantengo en movimiento hasta que al final me encuentro con una cerca baja de alambre de púas, más allá de ésta puedo distinguir un débil camino de tierra. Es el primer signo de civilización que he visto, y estoy tan contenta que hasta recobro el ritmo para alcanzarlo. Sigo por el camino durante un kilómetro y medio más o menos, antes de llegar a una colina pequeña, la cual logro subir y superar. Del otro lado, milagrosamente, veo el contorno de pequeñas edificaciones. No lo puedo creer, ¿debería creerlo? Tiene que ser un espejismo.

Pero, no. Cuanto más me acerco, mas convencida estoy que esas estructuras, esos signos de vida, son reales. Desafortunadamente, cuanto más me acerco, puedo ver también los edificios llenos de agujeros; desmoronándose, esqueletos de madera abandonados al implacable ataque del desierto. Esos edificios representan lo que pasa cuando estás estancado en un lugar como éste. He dado con una ciudad fantasma.

Antes de dejar que mi desilusión me haga caer de rodillas, me concentro en que pudo haber quedado atrás, antes de que los fantasmas aparecieran. ¿Sanitarios? ¿Un pozo? Doy vueltas alrededor, buscando dentro y fuera de las estructuras, tratando de encontrar alguna fuente de agua. He quedado reducida a ese ingrediente esencial. Necesito encontrar agua; todos necesitan agua, así que aquí *tiene* que haber un poco, en algún lugar, ¿no?

No, o al menos, no hay nada que yo pueda encontrar. Supongo que debió haber una fuente en algún momento, pero ahora no hay ninguna. Enterrada en la arena, arrancada por extraterrestres del espacio, ¿quién sabe? La desesperación que me invade no es como ninguna que haya sentido antes. Sola, sin agua, sin comida, sin un refugio adecuado. Grito tan fuerte como puedo.

—¿Hay alguien aquí? ¡Por favor, alguien, ayúdeme!

Una viga de madera cruje desde algún lugar a mi derecha; no es exactamente la respuesta que ando buscando.

Miro dentro de cada edificio; como esperaba, cada uno está más vacío que el anterior. Después de que he confirmado cuán sola estoy, escojo para dormir un rato la

esquina de lo que creo que alguna vez fue una estación de servicio. Trato de imaginar la edificación llena de comida y agua, solo para entretenerme. Finjo que voy a cocinar una gran comida para los miembros restantes de la garde. En la larga mesa en mi mente, Marina se sienta entre Ocho y Eli. Pongo a Cuatro en la cabecera, conmigo en el otro extremo. Imagino que Número Nueve y Número Cinco están con nosotros. Bromean unos con otros, y comparten historias sobre todos los lugares en los que han estado. Todos están riendo, felicitándome por el banquete que he preparado, y yo les digo que estoy feliz de que pudiéramos hacerlo acá.

—¿Cuál es su recuerdo favorito sobre la Tierra hasta ahora? —Imagino que Marina pregunta en la mesa.

—En este momento —dice John—, éste, aquí mismo. A salvo, con todos ustedes.

Todos concordamos, levantando nuestros vasos por habernos encontrado exitosamente. Número Cinco se levanta, deja la habitación y vuelve a entrar con una enorme torta de chocolate. Todos aplauden y los platos pasan de mano en mano. Cuando como un trozo, es la cosa más asombrosa que he probado alguna vez.

Por supuesto, nada de esto ha pasado, soy solo una persona loca y solitaria, sentada en una estación de servicio abandonada y quebrada en medio del desierto.

Debo estar loca, porque ni bien salgo de mi sueño del banquete con los garde, me doy cuenta que estoy mascando, mascando aire con una sonrisa de satisfacción en la cara. Sacudo la cabeza y alejo las lágrimas. No he peleado contra los mogs, sobrevivido a una celda mogadoriana y he visto morir a Katarina para que todo esto termine en medio del desierto, sola. Llevo las rodillas hacia mi pecho y reposo mi frente en ellas. Tengo que descubrir un plan.

El calor todavía es sofocante cuando abandono la ciudad fantasma. He descansado del solo por un rato, pero sé que tengo que seguir moviéndome antes de perder todas mis fuerzas. He caminado alrededor de un kilómetro y medio hacia la montaña a través de la arena ardiente, cuando siento el más fuerte calambre en mis piernas y estómago. Centro la poca energía que me queda en arrancar unos pocos cactus cercanos y lograr obtener un trago de agua de ellos.

Me concentro en mi legado y trato de convocar otra tormenta de las pocas nubes escuálidas sobre mi cabeza, pero lo único que logro crear es una nube de arena que me invade, quemándome hasta mis rodillas.

Por primera vez, no solo estoy nerviosa por lo que puede venir; estoy asustada, voy a morir aquí. No he dejado nada. Los ancianos me eligieron como una guerrera para salvar nuestra raza, y voy a morir en medio de un desierto.

Siento que empiezo a entrar en pánico, a perder el control de verdad. Tengo el suficiente control para saber que no puedo perderlo. Estoy tan vulnerable aquí afuera que será el fin si lo hago. Estoy tan desesperada que vuelvo a pensar en la última noche, y mi comida imaginaria con el resto de los garde. Para mantenerme concentrada pienso en qué deseo poder decirles en este momento.

Oye, Marina, ¿cómo están las cosas? ¿Yo? Estoy en un desierto rumbo a unas montañas. Supongo que debo estar en Nuevo México, basada en lo que Ocho dijo sobre donde había podido viajar antes. Me estoy volviendo más débil, Marina. No sé cuánto tiempo más pueda resistir y tampoco sé en dónde estás, pero por favor, por favor encuentra alguna manera de llegar desde donde sea que aterrizaste y ven a encontrarme.

¿Eli? ¿Sabes cuán dolida estoy por lo de Crayton? Sé todo lo que duele, verlo morir, dejarlo atrás. Te prometo que vengaremos su muerte, y yo seré la que esté al frente. Si llego a salir de este desierto, vengaré todo Lorien.

Ocho, no pude encontrar la loralita, no veo señal de comida, agua, refugio, civilización, y estoy sola. ¿Me podrías decir dónde está la loralita? Quiero salir de aquí; quiero encontrarlos, muchachos.

Incluso no me siento estúpida, hablando en mi cabeza con gente que seguramente está del otro lado del mundo. Cierro los ojos, y espero desesperadamente que alguien me responda. Claramente, nadie lo hace. Así que sigo caminando. Se va complicando poner un pie por delante del otro. Empiezo a oscilar, yendo a la derecha, luego a la izquierda, y casi caigo pero me equilibrio en el último momento. Sin embargo, finalmente no puedo estabilizarme y caigo hacia adelante. Me resigno a arrastrarme y continuar así por un momento con los ojos cerrados contra el sol cegador. Después de un rato, miro hacia arriba para examinar dónde está el sol en el cielo y vuelvo a pensar que estoy imaginando un espejismo cuando veo una puerta hecha de metal sólido a unos pocos cientos de metros de distancia. Es de casi seis metros de alto, y en la cima tiene alambre de púas en espiral. Incluso desde esta distancia, puedo escuchar el zumbido de la electricidad. La valla está cargada. Me lleva un largo camino convencerme de que no es un espejismo.

Aunque no tengo idea de qué hay detrás de la puerta, necesito ayuda, y estoy en el punto en que no me importa de dónde venga esa ayuda. Me arrastro hacia la puerta y logro sentarme. Saludo con las manos sobre la cabeza, esperando que esté monitoreada.

—Por favor, ayúdenme —logro suspirar, mi garganta está tan seca como papel de lija.

Las puertas no se abren y nadie sale. Me deslizo hacia abajo en la arena. Trato de juntar la poca fuerza que tengo para hacer un uso más de esta. Me doy la vuelta sobre el estómago y lentamente me levanto. Decido probar la cerca. ¿Qué es un poco de electricidad comparada con el hambre y la sed que pone en peligro mi vida? Miro alrededor y noto un cactus pequeño. Lo hago flotar en el aire y lo tiro contra la cerca, donde se quema y explota. Los restos carbonizados caen al piso, humeando.

Me dejo caer primero de rodillas, luego de costado, y luego, finalmente de espalda. Cierro los ojos. Siento que se forman ampollas en mis labios secos. Escucho un tenue ruido mecánico detrás de mí, pero no puedo levantar la cabeza para ver que es. Sé que estoy perdiendo la conciencia. Hay un eco dando vueltas en mis oídos y luego un pequeño tamborileo. Unos segundos después, juro que escucho a Eli.

Donde sea que estés, Seis, espero que estés bien, dice ella.

Una pequeña sonrisa sale de mi boca, seguida de un sollozo. Estoy segura de que lloraría, si hubiera algo de humedad en mi cuerpo.

Estoy muriéndome en un desierto, Eli, respondo. El que tiene montañas. Te veré algún día en Lorien, Eli.

Vuelvo a escuchar su voz, pero esta vez no puedo entender que está diciendo. Queda ahogada por un nuevo ruido en mi cabeza, fuerte y agitado. Y luego, lo siento. Es un viento fuerte que azota mi pelo hacia mi cara. Lentamente abro los ojos para ver tres helicópteros negros planeando sobre mí. Unos hombres me gritan que ponga las manos sobre la cabeza, pero todo lo que puedo hacer es cerrar los ojos.



CAPÍTULO VEINTE

*Traducido por astromelias
Corregido por Pamee*

Eli está flotando sobre mí. Es presa del pánico, tiene los ojos muy abiertos y las burbujas brotan de su boca. Estoy tratando de deducir que está pasando, cómo llegó ahí, por qué hay tanta agua. Trato de alcanzar su mano, pero mis brazos no hacen lo que les pido. ¿Que pasó conmigo cuando nos teletransportamos? Puedo decir que mi cara está adormecida, y hay un dolor detrás de mis ojos que es insoportable. Mis piernas no tienen fuerza no importa lo mucho que lo intente; todo lo que puedo hacer es mirar a Eli flotar más y más alto por encima de mí, lejos de mí. ¿De dónde vino toda esta agua? Mi hombro izquierdo empieza a balancearse violentamente, y me toma un segundo en comprender que alguien me está sacudiendo el brazo. Entonces veo a Ocho, sus rizos negros flotan sobre su cabeza como un halo. Engancha el brazo bajo mi axila e intento que su mirada de preocupación no me asuste más de lo que ya estoy. Intenta llevarnos nadando hacia la superficie, pero el cofre bajo mi brazo nos pesa.

Dejo que el agua helada entre en mis pulmones, es lo único que puedo hacer. Ocho pateo el cofre de mis brazos paralizados y me da un tirón hacia arriba. Comienza a elevarnos. Miro a mí alrededor frenéticamente buscando a Seis, pero no la veo.

Cuando mi cabeza rompe la superficie del agua, lo primero de lo que soy consciente, es de un sol deslumbrante y caliente. Donde quiera que mire hay agua. Veo a Eli pataleando en aguas cercanas. Unos pocos minutos en el aire fresco consiguen que mis miembros empiecen a funcionar, por lo que avanzo en el agua también. Ocho parece completamente ocupado maldiciendo nuestra suerte.

—¿Dónde está Seis? —grito, y luego toso. Sigo moviendo la cabeza de un lado a otro para ver si puedo detectar su cabeza rubia flotando en la superficie

—¡No pude encontrarla ahí abajo! —grita Ocho—. No tengo idea de si lo logré o no.

—¿Por qué no lo habría logrado? —pregunta Eli, elevando la voz con pánico renovado.

Ocho se eleva lentamente fuera del agua hasta que está de pie sobre la superficie. No parece tan fácil para él esta vez. Le da un puntapié a una ola lenta, molesto.

—¡Maldita sea! ¡Sabía que no debería haber intentado teletransportarme con tanta gente!

—Pero, ¿dónde podría estar? ¿Cómo la encontraremos? —grita Eli.

—No lo sé. Por lo que sé, ella todavía está en lo que queda de la cueva.

Mis miembros todavía se están moviendo de a poco, y estoy esforzándome solo por mantener la cabeza fuera del agua.

—¿Qué?! ¡La matarán si sigue ahí!

Eli se esfuerza por mantenerse a flote. Ocho la tira por encima de él para que quede sobre su espalda, y sus brazos la envuelven herméticamente alrededor de su cuello.

—Seis podría haber terminado en alguna otra parte, también —dice Ocho, intentando parecer más esperanzado—. Simplemente no sé dónde, exactamente.

—¿Dónde estamos? —pregunto.

—Eso ya lo sé. —Ocho suena aliviado por tener una respuesta definitiva a algo—. Estamos en el Golfo de Adén. Y ésa... —Apunta al litoral en la distancia antes de que yo lo vea—. Ésa es Somalia.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Eli.

—Terminé una vez aquí —dice categóricamente. No entra en detalles, así que debe haber más de su historia.

No sé mucho acerca de Somalia, además de que está en África y de que está en un estado perpetuo de guerra brutal, civil y tribal, sin mencionar la pobreza que mantiene iracunda a la gente. No sé si tengo la fuerza para usar mi telequinesis o incluso para nadar bajo el agua para llegar a la orilla, y estoy incluso menos segura de si quiero hacerlo. Necesito pensar.

—¿Sabes qué? Voy a bajar un rato. Puedo ahorrar un poco de energía y abajo, mientras deducimos qué hacer —digo.

Cuando bajo, escucho a Eli gritar.

—¡Busca a Seis!

Sus palabras me dan una ola de fuerza. Solo la posibilidad de encontrar a Seis añade nueva energía a mi buceo. Voy profundo y abro los ojos. El agua es relativamente azul, incluso tan lejos de la tierra. Hay movimiento debajo de mí; buceo y encuentro un pequeño banco de atún. Giro lentamente en círculos, buscando siquiera vislumbrar el cabello rubio teñido de Seis, y más de dos veces me engañan los filamentos ondeantes de las algas marinas. Miro hacia arriba y veo la sombra débil del cuerpo de Ocho en la superficie. Sintuéndome segura de que mi fuerza se quedará conmigo, desciendo hasta que toco el fondo. Avanzo por el fondo del mar y examino el agua por delante de mí, me rozo accidentalmente contra un arrecife de coral y me corto la rodilla. El dolor afilado me aturde por un segundo estiro la mano tocarlo, para sanarlo, y le toma mucho más tiempo del que espero a mi legado para funcionar. Lo que sea que haya pasado durante la teletransportación, debe tener algún efecto en

nuestros legados y en nuestra fuerza. Agradecida de que mi respiración parezca estar bien, solo puedo esperar que esto no dure mucho tiempo; no quiero que seamos vulnerables.

Sigo moviéndome y finalmente, encuentro mi cofre al lado del de Ocho, y encuentro la gran piedra de loralita azul a unos metros. Intento levantar los cofres, pero estoy demasiado débil para moverlos. Miro hacia arriba, veo la sombra de Ocho todavía en el mismo lugar y decido pedirle ayuda

Cuando asciendo, cruzo a través de un hermoso banco de peces de color naranja. Salgo a la superficie.

—Ninguna señal de Seis, pero la piedra de loralita está abajo, justo al lado de nuestros cofres —informo—. Vamos a buscarlos y nos vamos. Teletransportémonos a otra parte, veamos si podemos llegar a dondequiera que Seis haya aterrizado.

—¿No necesitamos estar *en* la loralita para teletransportarnos? ¿Cómo bajaré allí? —pregunta Eli—. No puedo contener la respiración durante tanto tiempo.

—No tienes que hacerlo —dice Ocho con una sonrisa.

—¿Tienes un legado que te convierte en un torpedo donde puede viajar la gente, también? —pregunto.

—Mejor —contesta Ocho. Mete la mano en el bolsillo y toma el cristal verde que puso allí cuando recuperó su cofre. El cristal empieza a brillar, y entonces sale disparada una cantidad enorme de viento. Ocho apunta hacia el océano y se forma un cráter poco profundo en el agua en el que se deja caer.

—¡Vamos! ¡Rápido!

Eli y yo nadamos dentro del cráter. Ocho extiende su mano libre y yo lo tomo; Eli agarra mi otra mano.

—Prepárense. Estamos a punto de caer. ¡Rápido! —dice—. Tienen que quedarse conmigo porque el agua se derrumbará tras nosotros. Cuando consigamos llegar al fondo, Eli, prepárate para contener la respiración el tiempo suficiente para agarrar los cofres.

—Todos mantengan los ojos abiertos por si ven a Seis —digo.

Eli aprieta mi mano.

—Si ella está allí abajo, la encontraremos.

Ocho posiciona el cristal para que apunte al suelo del océano.

—¡Aquí vamos! —grita. Caemos rápidamente, el viento del cristal abre un círculo pequeño de agua a nuestro camino hasta que se une de nuevo unos metros detrás de Eli. Estamos dentro de una burbuja, disparados a través del agua. Ocho aúlla de diversión y no puedo evitar unírmele.

Eli agarra mi brazo.

—¿Seis está en problemas! —exclama—. ¡Dice que está en el desierto!

—¿De qué estás hablando? —contesto, mientras peces, tiburones y calamares nos pasan en un borrón—. ¿Cómo sabes eso?

Eli duda por un segundo antes de gritar—: ¡No sé, realmente! ¡Acabo de hablar con ella en mi cabeza de algún modo! ¡Dice que se está muriendo!

—Si está en el desierto, ¡entonces ya está en Nuevo México! —grita Ocho.

—Ocho, tenemos que llegar allí en seguida —grito.

Llegamos al fondo del océano e intentamos correr en el fondo fangoso, pero es imposible movernos rápidamente. El agua se precipita detrás de nuestro hueco de aire y el cristal se vuelve inútil rápidamente, creando un pequeño torbellino delante de nosotros. Miro hacia atrás para asegurarme de que Eli está bien y conteniendo la respiración. Cuando me doy la vuelta, Ocho se ha transformado en un pulpo negro. Mueve dos tentáculos y agarra nuestros cofres, y con otros dos tentáculos, nos toma las manos y luego nos tira hacia la resplandeciente loralita azul que sobresale del suelo lodoso. Antes de que pueda mirar a Eli de nuevo, quedo sumergida en la oscuridad.



CAPÍTULO VEINTIUNO

Traducido por Pargulin

Nueve y yo bajamos en el ascensor en silencio. Estoy furioso y humillado por completo, y no tiene nada que ver con los sentimientos que brotan dentro de mí. Cuando entramos al apartamento, Bernie Kosar salta del sofá para preguntar si hemos terminado con todas las tonterías.

—No creo que dependa de mí. ¿Qué dices tú, Johnny? —murmura Nueve. Abre la nevera y saca un pedazo de pizza fría. Se mete la punta en la boca, le da un mordisco enorme y mastica ruidosamente.

Me agacho y le rasco la barbilla a BK.

—Espero que sí, amigo.

Con la boca llena de pizza, Nueve dice—: Empaca tus maletas para perro, BK, porque nos pondremos en marcha. Nos dirigimos de nuevo a *Ciudad Paraíso*, donde las chicas son lindas⁷. Y, maldita sea, Cuatro, toma una ducha ya. Hueles a humo.

—Cállate —le digo, cayendo al sofá. Bernie Kosar se sube a mi regazo y me mira con ojos tristes.

Nueve se aleja por el pasillo y me dice en voz alta—: ¡Un trato es un trato, hombre! Nos vamos a Paraíso en un par de horas, por lo que es posible que desees tomar una siesta después de la ducha. Y, ¡oye! ¡Es un viaje por carretera! ¡No puedes estar desanimado por un viaje por carretera!

Estoy exhausto, pero me arrastro hacia mi habitación. Un trato *es* un trato. La cama se queja cuando caigo sobre ella, pero después de unos minutos, no puedo soportar mi propio olor. Me arrastro a la ducha. El agua no se calienta lo suficiente sobre mi piel, un efecto secundario de mi legado. De pie bajo la ducha, tan cansado que me tambaleo, repito la pelea del techo en mi mente. Trato de averiguar cómo perdí contra Nueve, pero no puedo. Estoy tan cansado, que creo que estoy me murmurando a mí mismo. Corto el agua y escucho la caída de gotas sobre el piso de la ducha. Agarro una toalla mientras voy tropezando de vuelta a la cama. Tengo que descansar.

Me meto entre las sábanas y usando telequinesis, apago la luz. Oigo el ruido sordo de los pasos de Nueve mientras se mueve hacia la sala de vigilancia y cierro los ojos. Mi mente se sume en el sueño por un segundo antes de escuchar un ruido. Nueve está golpeando suavemente mi puerta abierta. Estoy de espaldas a él y no me muevo, ni siquiera cuando se aclara la garganta y empieza a hablar.

⁷ Hace referencia a la canción de Guns N' Roses, Paradise City. [N. de la T.]

—Oye. ¿Johnny? Siento ser tan idiota. Podría echarle la culpa a estar encerrado durante tanto tiempo, eso te hace algo. Pero, honestamente, estoy presionando aquí, porque realmente creo que tengo razón. *Tenemos* que ir a Paraíso. Ahora. Así que espero que podamos ser amigos. Quiero que seamos amigos. Y me alegro de que estés aquí.

No he movido un músculo durante todo el tiempo que ha estado hablando y estoy sorprendido por este momento de sensibilidad. No estoy seguro de qué decir, incluso cuando me vuelvo hacia él. Es una sombra encorvada apoyada en el marco de la puerta.

—Me alegro de estar aquí, también. Gracias.

—Claro.

Nueve golpea la pared dos veces, mira hacia el suelo, luego se da vuelta y se aleja. A medida que sus pasos se mueven por el pasillo, mis ojos se cierran. Después de unos minutos, oigo susurros tenues. Sé que se acerca una visión o una pesadilla. Soy consciente de que estoy en la cama, pero estoy congelado en el lugar. Me siento flotando, y cuando, sobre mí se forma un portal oscuro, empiezo a girar en el aire increíblemente rápido. Salgo disparado a través del portal y me muevo a través de un túnel negro con los brazos pegados a los costados. A medida que el negro se vuelve azul, los susurros son cada vez más fuertes, y repiten lo mismo una y otra vez:

—Hay más por saber.

El túnel azul se vuelve verde y el verde se vuelve negro. Entonces, bam, caigo fuera del túnel y mis pies descalzos aterrizan sobre un familiar suelo rocoso. Balanceo los brazos y parece que tengo control de mi cuerpo una vez más. Estoy de vuelta en la arena en la cima de la montaña. Miro hacia los lados, buscando a Sam, pero no está en ningún lado. Ni el otro miembro del garde. El espacio está completamente vacío, incluso las gradas.

Pero entonces, en el centro del piso de la arena, una piedra negra se da vuelta, y en el otro lado, un alto soldado mog está agachado, usando una capa negra y andrajosa y botas negras. Su piel pálida como la cera brilla y la espada que sostiene por encima de la cabeza resplandece, como si estuviera iluminada desde dentro. Cuando me ve, se levanta y apunta la espada amenazadoramente hacia mí. Está latiendo, como si fuera algo vivo, una extensión del mal que la empuña.

No dudo. Corro directamente hacia él, con mis palmas encendiéndose y emitiendo un haz poderoso. Cuando estoy a nueve metros de distancia, apunto el lumen a mis pies y les prendo fuego. Las llamas suben por mi cuerpo mientras salto. El soldado

salta hacia mí y cuando nos encontramos, excavo un agujero humeante directamente en su pecho. Se convierte en ceniza antes de golpear el suelo.

A mi derecha, otra piedra negra se da vuelta, y es otro mog espadachín. Dos más se vuelven a mi izquierda, y escucho aparecer otras detrás de mí. La piedra bajo mis pies comienza a vibrar, y me lanzo lejos en el mismo momento que comienza girar para producir un mogadoriano sosteniendo un cañón. Después de perforar un agujero en el soldado más cercano a mi izquierda, comienzo a lanzar bolas de fuego, luchando con una fuerza renovada. Mi brazaletes rojo vuelve a la vida, y se abre para cortar la cabeza del soldado gigante. En un minuto, he acabado con todos. Mi adrenalina está bombeando, y estoy escuchando para ver si más piedras revelan mi próxima ronda de pretendientes.

Una docena de piedras se voltean frente a mí, y luego cincuenta en ambos lados. Los soldados mogs son más grandes y están mejor equipados que he visto rodeándome. Creo un pequeño anillo de fuego a mí alrededor y me muevo hacia atrás, el fuego mantiene su perímetro hasta que estoy contra la pared de la arena. El fuego arde entre los mogs y yo; aunque, de alguna manera, no creo que mi posición sea particularmente segura.

Amplíe el círculo de fuego a mí alrededor hasta que golpea a una fila de soldados. Se queman, pero no se convierten en cenizas. De hecho, caminan directamente a través del fuego con las armas alzadas. Lanzo docenas de bolas de fuego, pero esta vez no tienen ningún efecto. Algo rojo se mueve rápido en el aire sobre mi cabeza y lo veo perforar el pecho de un soldado mog que continúa marchando hacia adelante. Reconozco el objeto: es el tubo de Nueve. Se deja caer desde las gradas vacías a mi lado. Incluso en medio de un ataque, me siento aliviado al verlo. De inmediato me siento más seguro, más seguro de que incluso estos mogs resistentes al fuego serán derrotados ahora que somos dos.

—¡Agradable de tu parte unirte a mí! —le grito.

Está de pie junto a mí, pero no parece escuchar mi voz.

—Oye, ¡Nueve! —Lo intento de nuevo, pero aún no reacciona. Sigue mirando a los mogs que avanzan.

Cuando los soldados están a solo unos metros de distancia, el suelo bajo nuestros pies comienza a temblar. Trato de aferrarme a la pared, pero no puedo mantener el equilibrio. Lo siguiente que sé, es que un enorme *boom* sacude el extremo opuesto de la arena y pedazos de roca negra llueven sobre nosotros. Nueve esquiva una gran roca que golpea la pared detrás de mí, dejando un agujero gigante que conduce al exterior. Al mirar a través de él, puedo ver el cielo azul.

De entre los escombros y polvo volando, un gran escenario se eleva de la explosión. Allí, en el centro, está Setrákus Ra. *Como una malvada estrella de rock*, no puedo dejar de pensar. La cicatriz púrpura alrededor de su cuello arde brillante por encima de los tres colgantes de color azul en su pecho. Para mi horror, en el momento en que aparece, mi fuego se apaga. Trato de iluminar mis piernas con mi lumen, pero mis manos de repente no se encienden. Setrákus Ra golpea la punta de su bastón de oro con el ojo que se mueve sobre la tierra y ruga por silencio. Los soldados delante de mí se enderezan para prestar atención, volviéndose de mí y Nueve hacia a él. Uno por uno, descansan sus armas a los lados.

—¡Todos ustedes han sido elegidos para poner fin a esta lucha! —grita Setrákus Ra—. Saldrán y destruirán a los niños lorienses. Cuando estén muertos, me traerán sus colgantes y sus cofres. Aplastarán a sus amigos humanos. *¡No me fallarán!*

Los soldados mogadorianos gritan y levantan los puños al unísono.

Setrákus Ra golpea su bastón en el suelo de piedra con otro sonido atronador.

—¡Mogadore gobernará esta galaxia! ¡Todo, en todos los planetas, será nuestro! —Los soldados vitorean y agitan las armas en el aire—. Juntos, vamos a luchar. Lucharé con ustedes. ¡Juntos, ganaremos esta batalla y aniquilaremos a todos los que viven en la Tierra!

Intento de nuevo encender mi lumen, pero todavía no funciona; entonces trato de levantar una larga piedra afilada a mis pies con mi mente para lanzársela a Setrákus Ra. No se mueve. Mi brazalete escudo se ha retraído y no muestra signos de volver a la acción. Mis legados y mi herencia, me han dejado.

Los soldados se vuelven y una vez más, apuntan sus armas hacia nosotros. Sin nuestros legados, somos presas fáciles. *Tenemos* que salir de aquí.

—¡Nueve! ¡Por aquí! —grito.

Finalmente, esto parece alcanzarlo. Mueve la cabeza y me mira. Nos movemos hacia el agujero en la pared. De pie en un frío rayo de luz solar en la orilla, veo un valle, a cientos de metros más abajo. Miro por encima del hombro, hay soldados mogs cargando hacia nosotros.

—Caminaremos por la ladera de la montaña —dice Nueve—. Ven, toma mi mano.

Tomo su mano. Solo hemos dado un paso por la ladera de la cima de la montaña nevada, cuando nos damos cuenta que el legado de Nueve le ha fallado también.

En lugar de sentir la montaña bajo mis pies, solo hay aire. Estamos cayendo. Miro a un conmocionado Nueve, su largo pelo negro le azota el rostro. Debajo de nosotros, dos portales oscuros se acercan rápidamente. Me preparo para un impacto doloroso, mi estómago da volteretas hacia atrás mientras vuelo por el aire. Para mi asombro, me

voy de cabeza por el portal de la izquierda y sigo cayendo hasta que me encuentro en un túnel oscuro, vivo, con ruidos de truenos, estallidos de rayos. El murmullo se inicia de nuevo, y mientras el túnel se convierte de verde en azul y de nuevo en negro, la voz ronca que oí cuando la visión se inició habla de nuevo—: Nuevo México.

Abro los ojos y me siento, con el rostro húmedo de sudor. Arranco las sábanas pegadas a mí. *Nuevo México*. Salto y corro por el pasillo hacia la habitación de Nueve, decidido a convencerlo de una vez por todas. Si tengo que pelear con él una vez más, que así sea. Voy a seguir luchando hasta ganar.

Me detengo delante de la puerta de Nueve y enciendo mi lumen, necesitando confirmar que mis legados realmente no me han abandonado. Toco y empujo la puerta hasta abrirla. Me sorprende al encontrar a Nueve sentado en la cama con la cabeza entre las manos.

—Nueve —digo, encendiendo la luz—. Lo siento, sé que un trato es un trato y me venciste. Pero tenemos que ir a...

—Nuevo México. Lo sé, Johnny. Lo sé. —Sacude la cabeza. No estoy seguro de si está tratando de despertar o entender su repentino cambio. Probablemente ambas cosas—. Deja que despierte un poco.

—Así que, ¿has recapitado?

Planta los pies en el suelo, uno a la vez.

—No, no he *recapitado*, pero cuando estás cayendo a tu muerte inminente de una montaña, debido a que tus legados no funcionan y un fantasma no deja de repetir Nuevo México, captas el mensaje.

—¿Tuviste la misma visión? —pregunto. El consuelo que sentí cuando vi a Nueve, era porque estaba allí realmente. Me doy cuenta de que Nueve y yo tenemos una conexión y que debería mostrarle más respeto del que le he dado. Tengo que dejar de verlo como un adversario. Nuestras vidas dependen de ello.

Nueve se pone una camisa, y me da una mirada condescendiente que conozco bien.

—No, idiota. ¿No lo has descubierto todavía? No tuve una visión *también*. Estábamos en la *misma visión*. Ha estado sucediendo durante toda la semana, a ver si te enteras.

Estoy nervioso, y no lo oculto bien.

—Pero cada vez que hablaba de ellas no las tomas en cuenta. No *me* tomaste en cuenta. Decías que eran solo sueños y todo eso. Podías ver cómo los sueños me han estado atormentando, ¡Nueve! ¡Has estado actuando como si estuviera loco por tomarlas en serio!

—En primer lugar, crees que eres Pittacus Lore, así que técnicamente *estás* loco. En segundo lugar, no estaba jugando con tu cabeza. No tomé en serio las visiones en un primer momento, las mías y las tuyas. Pensaba que eran mierda. Cuando Setrákus Ra me pidió que me rindiera, justo como te lo pidió a ti y a ese otro chico, pensé que las visiones eran una forma de juego mental o algún tipo de truco, perpetrado por los mogs. No creí que debiéramos confiar en ellas, definitivamente no creí que debiéramos hacer nada de lo que sugirieran. De hecho, pensé que la apuesta más segura era hacer cualquier cosa, *menos* lo que querían. Pero esta vez... —Nueve se detiene—. Esta vez, se sintió como una advertencia. Una advertencia que debemos tomar en serio. Ahora, estoy bastante convencido de que una mierda sería a punto de caer, Cuatro.

Tan aliviado como estoy que finalmente haya decidido escuchar, estoy frustrado de que le tomara tanto tiempo.

—¡Eso es lo que he estado tratando de decirte! ¡Bien, entonces, vamos! ¿Has pensado en cómo vamos a llegar allí? Oh, hombre, por favor ¡dime que tú y Sandor tienen su propio helicóptero o un avión escondido en alguna parte!

—Lo siento, amigo, estaban en nuestra lista de deseos. —Bosteza y se estira—. Pero tengo un coche en el garaje de estacionamiento y me *encanta* conducir. Rápido.

Nueve y yo agarramos todo lo que podemos de la sala de armas, llenamos dos bolsas de lona grandes con rifles, pistolas y granadas. Recojo un lanzador de cohetes, pero Nueve dice que no cabe en el maletero. Necesitamos el espacio restante para municiones. Luego, corremos a la sala de vigilancia para tomar la tablet.

Nueve se sienta y comienza a golpear las teclas en una de las computadoras.

—Tengo que apagar a este imbécil. No quisiera que nada de esto le sea útil a alguien que no es bienvenido. Hazme un favor; mientras estoy tratando con esto, comprueba la garde con esa tablet.

Presiono el círculo azul en la esquina superior y espero. Veo nuestros dos puntos azules en Chicago. Entonces veo uno en el norte de Nuevo México, y todavía hay uno en Jamaica. Espero unos segundos para que los otros tres aparezcan, pero no lo hacen.

—Hm, ¿Nueve? Solo veo cuatro —digo, alzando la voz por el pánico—. ¡Solo hay cuatro puntos azules!

Arranca la tablet de mi mano.

—Déjame verlo. De alguna manera tienen que estar fuera de la red —dice Nueve. De repente, no suena tan seguro de sí mismo. Presiona el triángulo verde y los puntos verdes aparecen en el mapa de Nuevo México y Egipto, igual antes—. Al menos los tres desaparecidos no tomaron una de las naves.

Miro más de cerca y pulso el círculo azul de nuevo. Me doy cuenta de que el punto azul en Nuevo México se encuentra ahora en el mismo lugar que el punto verde.

—Ese garde en Nuevo México está sobre la nave, si es que esa *es* una nave.

—Espero que quienquiera que sea, sepa que sería un vuelo *solitario* —dice Nueve.

Niego con la cabeza hacia él y miro de vuelta hacia la pantalla, tratando de averiguar cuál debería ser nuestro próximo paso.

Entonces lo entiendo.

—Espera. El gobierno está involucrado en todo esto de alguna manera, ¿verdad? ¿Qué otra cosa hay en Nuevo México? ¡El Área 51! ¿Es ahí donde está este punto verde? ¿El lugar más conocido por avistamientos de ovnis? Todo está comenzando a tener sentido.

Nueve saca el teclado más cercano y comienza a teclear de forma más rápida.

—Dejar enfriar tus motores, vaquero. En primer lugar, el área 51 está en Nevada. En segundo lugar, nosotros, los *extraterrestres* sabemos que ese lugar es solo un señuelo. Es un insignificante hangar para aviones, más o menos. —Un mapa de Nuevo México, aparece en la pantalla principal y Nueve hace un zoom sobre la mitad norte—. Bueno, espera un segundo. —Ve desde la tablet de vuelta a la pantalla del ordenador—. Ahora, *esto* es interesante. No estabas tan equivocado, después de todo. Puede que no nos dirijamos al Área 51, pero *vamos* a un lugar igual de secreto.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, mientras me pregunto por qué siempre estoy tratando de ponerme al día con este tipo.

Nueve empuja su silla lejos del escritorio con una molesta sonrisa satisfecha en su cara.

—Santa mierda. Todo tiene sentido ahora. —Apunta la pantalla con el dedo—. En esta parte de Nuevo México hay un pueblo en medio del desierto llamado Dulce. ¿Algo de todo esto te suena familiar? ¿No? Dulce, como en la infame y subterránea Base de Dulce, dirigido por el inigualable gobierno de los EE.UU. Ahí *debe* ser donde está nuestra nave. ¡Ahora estoy seguro de que esas son nuestras naves, parpadeando en esa pantalla! En su perfecta sabiduría, el gobierno alimenta los rumores sobre el Área 51 para que todos los fanáticos de ovnis se mantengan alejados de lo auténtico en Dulce.

No puedo evitar sonreír.

—Así que, ¿ahora vamos a una base subterránea del gobierno?

—Eso espero —dice Nueve, apagando el ordenador. Prácticamente hace una reverencia, tan satisfecho de sí mismo por descubrir todo esto—. Aunque se supone

que es increíblemente seguro y completamente imposible entrar. Y es por eso que es el lugar perfecto para ocultar nuestra nave.

—O para ocultar a los extraterrestres al azar que has encontrado en el curso de tus viajes —agrego.

Se siente como si todo se hubiese vuelto al revés desde que me desperté. Rápidamente nos ponemos en movimiento, apilando las armas, nuestros cofres, y suministros en el ascensor. BK apenas entra con nosotros mientras las puertas del elevador se cierran. Nueve me sorprende con lo amable que suena cuando se dirige a las puertas cerradas.

—Fuiste un dulce hogar, Chicago. Espero verte de nuevo.

Bajamos rápidamente.

—Oye, hombre —le digo—. Recuerda, nuestro *verdadero* hogar es mucho *más* genial. —No dice nada, pero veo que sus hombros se relajan.

Las puertas del ascensor se abren en un garaje subterráneo. Hacemos una pausa y observamos todo cuidadosamente antes de empezar a descargar. Sin moros en la costa, nos tiramos las bolsas sobre los hombros y BK nos sigue. Mientras doblamos una esquina, veo que nos dirigimos a un coche oculto bajo una lona polvorienta. Después del lujo del apartamento, solo puedo imaginar lo que debe esconderse debajo de ella. Me imagino un Ferrari amarillo, o algo igualmente llamativo. O tal vez es Porsche blanco convertible, o incluso un Lotus negro.

Nueve debe haber leído mis pensamientos. Me guiña el ojo y tira de la lona para revelar nuestro transporte. Hay, en todo su esplendor, un viejo y destartado Ford Contour de color beige. No es exactamente la máquina enchulada que esperaba, pero el bling es ahora la menor de mis preocupaciones, pareciera que esta cosa ni siquiera fuera a partir.

—¿En serio? —pregunto, sin molestarme siquiera en ocultar mi disgusto.

Nueve me mira con inocencia, a pesar de que sabía claramente lo que yo esperaba.

—¿Qué? ¿Esperabas un Camaro?

—No exactamente, pero estaba esperando algo con menos manchas de óxido; algo que se viera menos decidido a morir —digo.

—Cállate y entra, Johnny —dice, tirando sus maletas en el maletero—. No has visto nada todavía.



CAPÍTULO VEINTIDÓS

Traducido por kyria

Me despierto con la sensación de balanceo atrás y adelante. Me duele todo. Mi cuerpo entero se siente frito por el sol: mi garganta, mi piel, mis pies y mi cabeza. Mis labios están tan secos y quemados que ni siquiera puedo juntarlos. Mis párpados son lo peor de todo, se niegan a abrirse sin importar cuán desesperadamente quiera ver dónde estoy. El balanceo continúa y me doy cuenta de que debo de estar dentro de un vehículo en movimiento. Me recorre una oleada de náuseas. Trato de levantar las manos hacia la cabeza, pero descubro que están atadas. También mis piernas. Ahora estoy despierta, y me obligo a abrir los ojos para mirar locamente alrededor, pero solo veo oscuridad. Cierro los ojos otra vez. El sol del desierto ha debido de dejarme ciega.

Trato de gritar para pedir ayuda, pero lo único que puedo hacer es respirar y toser. Mis oídos recogen un eco, y me concentro en el aire a mí alrededor. Toso de nuevo, solo para oír el eco una vez más. El sonido es suficiente para comprender que estoy en un sitio reducido y que el espacio que me rodea está hecho de metal. Parece como si estuviera en un ataúd y casi me angustio. Ahí es cuando empiezo a sentir pánico. ¿Qué pasa si estoy ciega? ¿Y si estoy realmente muerta? No puede ser. Me duele demasiado como para estar muerta, pero siento que me han enterrado viva.

Mi respiración empieza a acelerarse cuando la voz de un hombre detiene mi ataque de pánico. Es alta y electrónica, viene a través de un altavoz.

—¿Estás despierta?

Trato de contestarle, pero mi garganta está demasiado seca. Toco la plataforma con los dedos y me doy cuenta de que es de metal también. Unos segundos más tarde se escucha un ruido a mi derecha, y puedo sentir que han puesto algo cerca de mí.

—Hay un vaso de agua con una pajita detrás de ti. Toma un trago —ordena el hombre.

Vuelvo la cabeza y encuentro la pajita con la boca. La piel de mis labios se agrieta y trato de cerrarla alrededor de la pajita. Cuando tomo un sorbo de agua, puedo probar el sabor metálico de la sangre y oigo un zumbido bajo en mis oídos; el mismo zumbido que escuché en la puerta. El cubículo donde estoy debe de circular con electricidad.

—¿Qué estabas haciendo en la puerta? —pregunta el hombre. Cada vez que habla, me llama la atención que su voz sea tan neutral. No es agradable, pero tampoco es amenazante.

—Perdida —susurro— estaba perdida.

—¿Cómo te perdiste?

Tomo otro trago antes de decir—: No lo sé.

—*No lo sabes*. Ya veo. ¿Tu número es seis, verdad?

Toso y me atraganto por la pregunta y me reprocho mentalmente por haberlo hecho. Normalmente soy mucho más fría, pero mi mente está completamente cocida por el sol. Si antes él no estaba seguro de la respuesta, ahora lo está. Resuelvo tomar el control para dejar de cometer errores estúpidos.

La voz vuelve.

—Bueno Número Seis, eres muy famosa por aquí. Las imágenes de la escuela secundaria en Paraíso y la forma en que derribaste esos helicópteros en Tennessee fueron impresionantes; y luego está ese increíble espectáculo que montaste en Washington la semana pasada, al sacar de una instalación federal a John Smith y a Sam Goode. Eres toda una princesita guerrera, ¿no es cierto?

Todavía estoy bloqueada por cómo pudo haber sabido quién soy; ¿y ahora está hablando como si tuviera asientos en primera fila de mi vida? Mi cuerpo se balancea fuertemente a la izquierda, y me doy cuenta de que debo de estar en un vehículo que acaba de girar en una curva, llevándome quién sabe donde. Empujo contra la correa sobre mi frente, pero no pasa nada. Trato de usar telequinesis, pero tan pronto como centro mis pensamientos, el dolor me recorre a través del estómago tan fuerte que casi vomito de nuevo.

—Lo que tienes que hacer es relajarte. Tratar de luchar no te llevará a ningún lado. Estás deshidratada y lo más probable es que tengas insolación. Te vas a sentir bastante enferma por un tiempo.

—¿Quién eres? —me las arreglo para preguntar, dolorosamente.

—Agente David Purdy, FBI —contesta. Me siento un poco mejor al saber que estoy en manos del gobierno de los Estados Unidos, y no capturada por los mogs. No podría pasar por eso otra vez, sabiendo lo que iba a venir, sobre todo ahora que el hechizo que me protegía la primera vez está roto. Con el FBI mis posibilidades de supervivencia se han disparado. Sin importar lo agresivos que sean, no son monstruos. Todo lo que necesito ahora es un poco de paciencia y vendrá la oportunidad de escapar. Purdy no lo sabe, probablemente asume que no puede ser verdad. En este momento, voy a seguir su consejo. Relajarme. Rehidratarme. Esperar. Bien podría ver que más está dispuesto a contarme sobre lo que sabe acerca de mí, qué sabe sobre todo esto.

—¿Dónde estoy? —pregunto.

Los altavoces sueltan unos chirridos antes de que el agente Purdy responda.

—Estás en un transporte. Es un viaje corto.

Otra vez trato de usar mi telequinesis para soltar las correas de mis piernas, pero sigo estando muy débil y el intento otra vez me da náuseas. Tomo un par de sorbos de agua para darme tiempo para pensar.

—¿A dónde me llevas?

—Tenemos una reunión prevista para que te reúnas con un amigo, o quizá debería decir un amigo de John Smith. ¿Lo llaman John? ¿O Número Cuatro?

—No sé de que me estás hablando —le digo. Hago una pausa para responder—. No conozco a nadie llamado John Cuatro.

De repente, me acuerdo de lo que pasó en el desierto, justo antes de desmayarme en la puerta. Me sentí medio fuera de mi mente, hasta el punto de que ni siquiera estaba segura de que fuera real que los helicópteros aterrizaron cerca. Recuerdo oír la voz de Eli. No, no solo de oír su voz, *hablamos*; ella me preguntó algo, yo le contesté. Si doy por hecho que es el FBI quien me tiene, es una buena apuesta que realmente fueran helicópteros. Si *esos* eran reales, tal vez sí me comuniqué con Eli. ¿Ha aparecido un nuevo legado? Justo cuando más lo necesito.

¿Eli? ¿Puedes oírme? Lo intento otra vez, solo por si acaso. *El FBI me tiene prisionera, un agente llamado Purdy me ha encerrado y estoy en algún tipo de vehículo. Purdy dice que no estamos lejos de donde quiera que vayamos.*

—¿Cómo llegaste al desierto, Número Seis? —interrumpe la voz de Purdy—. ¿Acaso no estabas en la India con tus amigos? ¿Lo recuerdas? Leyendo libros de texto como todos los demás niños, y después fueron secuestrados en el aeropuerto.

¿Cómo sabe eso?

—¿Cómo sabías dónde estaba la base? —Su voz pierde un poco de neutralidad, me parece oír un toque de impaciencia.

—¿Qué base? —pregunto. Se me está haciendo el difícil intentar pensar con claridad.

—Donde te encontramos agonizando en el desierto. ¿Cómo sabías donde encontrarla? —Trato de volverme invisible, pero de nuevo, en el momento que trato de probar mi legado, mi estómago estalla con un dolor feroz e inmediato. Quiero acurrucarme como una pelota, pero las correas me mantienen horizontal y el dolor me quita el aliento—. Bebe el agua —ordena el agente de nuevo. Su voz ha vuelto a su neutralidad imparcial.

Justo como lo hice la primera vez, obedezco, tomo un sorbo y espero. El dolor finalmente empieza a aliviarse, pero entonces una poderosa ola de vértigo se apodera

de mí. Mi mente se siente como si fuera un coche a toda velocidad fuera de control, dando volantazos de un lado a otro. Los pensamientos, muchos de ellos para ser coherentes, vienen frenéticos. Los eventos de los últimos días vienen en destellos. Me veo agarrando el brazo de Marina justo antes de teletransportarnos. Veo a Crayton yaciendo inmóvil. Me veo diciéndole adiós a John y a Sam. Casi olvido dónde estoy, hasta que la voz me obliga de nuevo a volver a mis presentes circunstancias.

—¿Dónde está el Número Cuatro? Ese chico no es nada si no es consistente.

—¿Quién? —pregunto, concentrándome a la fuerza en lo que está diciendo. Si no lo hago, cometeré otro error como el que cometí antes.

De repente, la voz calmada cambia completamente.

—¿Dónde está el Número Cuatro? —grita a través del altavoz y me estremezco al oír el ruido.

—Vete al infierno —escupo. No le voy a decir nada.

¿Eli? ¿Marina? ¿Alguien? Si alguien puede oírme, necesito decir algo. Necesito ayuda. Estoy en algún desierto. Todo lo que sé es que estoy cerca de una base norteamericana, y el FBI me tiene. Vamos hacia algún lugar, pero no sé a dónde. Y hay algo mal conmigo, no puedo usar mis legados.

—¿Quién estaba contigo en India, Número Seis? ¿Quién era el hombre y las dos chicas?

Me quedo en silencio. Una imagen de la cara de Eli, la loriense más joven que queda. Sé el peso que debe estar soportando ahora que está sin Crayton. Solo unos días atrás estaba celosa de lo que tenían, y ahora él se ha ido.

—¿Qué números son ellos? ¿Quiénes son las chicas? —El agente Purdy suena impaciente, aunque su voz ahora es más tranquila.

—Es mi banda. Yo toco la batería, ellas cantan. Adoro a Josie y las pussycats⁸, ¿usted no? Me gusta ver dibujos antiguos. Todos los niños los ven.

Mis labios se agrietan y sangran otra vez cuando sonrío. No me importa. Saboreo la sangre en mi lengua y sonrío ampliamente.

—¿Seis? —pregunta el hombre con voz gentil. Supongo que está intentando la táctica del policía bueno—. ¿Estaban contigo Número Cinco y Siete en el aeropuerto de India? ¿Quién era el hombre mayor? ¿Quiénes eran las chicas?

De repente, es como si no pudiera controlar lo que sale de mi boca. Mi voz ni siquiera suena como la mía cuando digo—: Marina y Eli. Son dulces, chicas dulces. Solo desearía que fueran un poco más fuertes.

⁸ Serie de dibujos animados basada en los comics de Dan DeCarlo, una caricatura producida por Hanna-Barbera Productions. [N. de la T.]

¿Que estoy diciendo? ¿Por qué estoy hablando?

—¿Marina y Eli son miembros de tu raza? ¿Por qué necesitan ser más fuertes? ¿Qué número es Marina?

Esta vez me freno antes de responder, sorprendida de que incluso abrí la boca para contestar otra vez. Concentro todas mis energías en encontrar mi voz, para responder como sé que debería. Es como si se estuviera librando una guerra dentro de mí.

—No sé de lo que está hablando. ¿Por qué sigue hablando acerca de números?

La voz del agente Purdy bombardea el cubículo.

—¡Sé quién eres! ¡Eres de otro planeta! ¡Sé que ustedes niños van por números! ¡Tenemos su nave, por el amor de Dios!

Ante la mención de nuestra nave, mi mente comienza a girar. Retrocedo al viaje desde Lorien. Me veo como una niña, mirando por las ventanas de la nave en el vacío del espacio a medida que viajamos hacia la Tierra. Comemos en una mesa larga y blanca y miro a los otros ocho niños, todo con sus cêpans. Hay un chico con el pelo largo y negro riendo y lanzando comida. Una chica rubia se sienta a su lado en silencio a comer un trozo de fruta. Los cêpans al final de la mesa vigilan a los niños de cerca. Veo a una joven Marina llorando, sus piernas están dobladas contra su pecho y está sentada en el suelo debajo de un panel de control. Su cêpan está de rodillas a su lado, tratando de convencerla de que se levante. Recuerdo que me metí en problemas con un chico con el pelo corto y negro.

La siguiente cara que veo es la del joven Número Cuatro. Su cabello rubio es largo y ondulado. Está pateando la pared con el pie descalzo, enojado por algo. Se da la vuelta y coge una almohada, la estrella de golpe contra el suelo. Cuatro mira, me ve mirando, y su rostro se torna rojo brillante. Le doy un juguete, algo que le he robado. La culpa que sentí en ese entonces se precipita sobre mí de nuevo, tan fuerte como lo fue por primera vez. Las otras caras en la sala se hacen difusas.

Entonces me veo en los brazos de Katarina cuando aterrizamos en la Tierra. Recuerdo la puerta abierta de la nave.

¿De dónde vienen estos recuerdos? Por mucho que lo intenté antes, nunca pude recordar mucho acerca de nuestro viaje a la Tierra, aparte de unos pequeños detalles. Nunca antes he tenido estas vívidas escenas retrospectivas.

—¿Estás escuchando? —grita Purdy—. Hemos hablado con los mogadorianos —dice. Esa declaración devuelve a la actualidad con un golpe sordo—. ¿Sabías eso?

—¿Sí? ¿Y qué han dicho? —le pregunto, tratando de sonar como si solo estuviera buscando conversación, pero me arrepiento al instante. ¿Por qué tendría que admitir quiénes son los mogadorianos?

Antes de que pueda fijarme demasiado en mi error, mi mente se desvía de nuevo a la nave, a las puertas abiertas, al humano de pelo castaño y grandes gafas de cristales gruesos, esperando de pie para darnos la bienvenida. En sus manos tiene un maletín y una tablet blanca, y detrás de él se encuentra una gran caja de ropa. De algún modo, sé que es el papá de Sam. Sam. Oh, como quiero ver a Sam otra vez.

—Quiero ver a Sam —suelto. A pesar de que no quiero decir nada más, ya que revelar cualquier cosa al agente, no puedo evitarlo. Oigo mi voz, siento mi cerebro espeso y lento, y al instante me doy cuenta de que debe haber habido drogas en el agua. Es por eso que no puedo mantener un pensamiento en mi cabeza, ¿por qué sigo a la deriva en mi pasado, y por qué siento tanto dolor cuando trato de usar mis legados?

Besé a Sam. Debería haberlo besado de verdad, pero me preocupaba demasiado lo que podría pensar John.

John. Besé a John, también. Realmente me gustaría besar a John de nuevo. Mi estómago se pone un poco inquieto cuando reproduzco el momento en que John me tomó por los hombros y me dio la vuelta hacia él. Bajó su cara a la mía, pero justo antes de que nuestros labios se tocaran, explotó la casa. Siento que inclino la barbilla hacia arriba como reproduciendo el momento una y otra vez. Solo que esta vez, cuando la casa explota, nos besamos. El beso es perfecto.

—¿Sam? —pregunta el Agente Purdy, interrumpiendo mis pensamientos. Estaba disfrutando mucho recordando ese beso—. Supongo que quieres decir Sam Goode, ¿no? —La cara de Sam es ahora todo lo que puedo ver y mi cabeza gira fuera de control.

—Sí, claro. Quiero ver a Sam Goode. —Puedo escuchar que mi voz va a la deriva.

—¿Es uno de ustedes? ¿Qué número es Sam Goode?

Mis párpados se me hacen pesados y me encuentro quedándome dormida. Los medicamentos finalmente me hacen un pequeño favor.

—¡Seis! —grita—. ¡Eh, Seis! ¡Despierta! ¡No hemos terminado aquí!

Sus gritos me sacuden e intento levantarme, solo para ser detenida por mis limitaciones.

—¿Seis? ¡Seis! ¿Dónde está Sam Goode? ¿Dónde está John Smith?

—Te voy a matar —le susurro. Mi enojo y frustración por estar atada e impotente saca lo mejor de mí—. Cuando te encuentre, voy a matarte.

—No tengo duda de que lo intentarás. —El agente se ríe.

Trato de aclarar mi mente, concentrarme en dónde estoy. Demasiado pronto, todo empieza a dar vueltas hasta que me desmayo.

La habitación es pequeña y está hecha de cemento. Hay un aseo y un bloque de cemento con un colchón atado a él y una manta demasiado corta para cubrirme. He estado despierta durante dos horas, quizá más. Me resulta difícil unir las ideas. Estoy tratando de establecer algún tipo de línea de tiempo desde que me encontré sola en el desierto, a la puerta, a despertar en mi viaje interrogatorio del horror. Tengo que averiguar dónde he estado, cuánto tiempo ha pasado y cuál es la información que se me escapó.

Desenredar mi cerebro no es fácil. Desde el momento que recobré el conocimiento en esta celda, las luces del techo han parpadeado sin descanso. Siento un dolor agudo que golpea en mi cabeza. Tengo la boca seca, y el estómago revuelto mientras trato de concentrarme en la parte más importante de mi memoria: mi conversación con el agente.

Me preparo para volverme invisible, solo para ver si puedo, pero tan pronto como lo hago se materializan inmediatamente las náuseas que sentí en el paseo. O bien los medicamentos están todavía en mi sistema o esto lo está causando otra cosa. Cierro los ojos por unos minutos para escapar de las luces intermitentes. Son tan brillantes que es imposible bloquearlas por completo. Recuerdo que el agente Purdy dijo que estaba en contacto con los mogadorianos. ¿Por qué el gobierno de los Estados Unidos hablaría con los mogadorianos? ¿Y por qué habría de admitirlo ante mí? ¿No saben que los mogs son el enemigo? Lo que no puedo entender es, ¿cuánto sabe el gobierno de mí, de mi clase? Tan pronto los mogadorianos acabaran con la garde, lo siguiente que harían sería matar hasta el último ser humano en la Tierra. ¿Acaso el gobierno no lo sabe? Supongo que los mogs presentaron una imagen muy diferente de sí mismos.

Oigo la voz de un hombre que llega por algún lugar por encima de mí. No es Purdy, el agente que me habló en el contenedor. Abro los ojos para buscar un respiradero o un altavoz, pero no puedo ver nada con la luz que parpadea sin descanso.

—Prepárate para el transporte, Número Seis. —Un pequeño panel en el medio de la puerta metálica se abre con un sonido metálico. Me tropiezo y encuentro un vaso de plástico con un líquido púrpura ubicado en un estante. Mis entrañas gorgotean al verlo. ¿Por qué es morado? ¿Tiene drogas, como el agua que estaba bebiendo antes? —Debes beber el agua para ser transportada, si no te bebes el agua nos veremos forzados a inyectártela por los medios que sean necesarios.

—Vete al infierno —le grito al cielo raso.

—Bebe —repite la voz. No invita a discusión.

Cojo la copa y voy hacia el baño. Sostengo la tapa alta e inclino la copa haciendo un gran espectáculo al verterla. La última gota apenas ha caído cuando abren la puerta de la celda de un golpe. Varios hombres con porras y escudos se precipitan hacia mí. El ácido burbujea en mi estómago cuando trato de prepararme para la pelea, porque sé que tengo que usar mis legados. Decido que es la hora, puedo hacerlo. Y tal vez pueda usar las luces intermitentes a mi favor.

Saludo al primer oficial con un puñetazo abierto en la garganta. Veo como una porra desciende hacia mí por mi izquierda, cojo la muñeca del atacante y le doy un buen giro. Oigo el crujido. Grita y suelta la porra. Ahora, tengo un arma.

Los oficiales forman un círculo a mi alrededor, con la luz intermitente, nuestros movimientos parecen como si estuvieran ocurriendo a cámara lenta y son difíciles de seguir. Escojo a un hombre al azar y ataco, golpeando sus dos rodillas con mi porra. Cae y me abalanzo contra su compañero. El esfuerzo físico me pone enferma y se arrastra hacia mi garganta, trago. Ahora que me las he arreglado para salir adelante una vez, espero que sea más fácil. Golpeo la culata de la porra contra la sien de un hombre. Uno de los hombres que queda me golpea con algo en la nuca, y otro agarra un mechón de mi pelo y lo tira. Uso telequinesis y los aplasto uno contra el otro. El golpe de cuerpo hace que ambos caigan, y los pateo con fuerza.

El malestar antes incapacitante ahora mengua, pero mi fuerza no: está *de vuelta*. Ahora, armada con dos porras, lucho con más de tres hombres. Cuando empiezan a disparar las armas de electrochoque, congelo las sondas afiladas en el aire antes de girarlas de nuevo hacia los tiradores. Por último, la entrada está despejada y parece que se quedará así. Cuando doy un paso fuera de la celda, me preparo para hacerme invisible. El dolor es todavía peor, pero sé que puedo sobrellevarlo y hacerlo a un lado. Solo tengo que esperar un poco de tiempo, hasta que pueda salir y encontrar a los otros.



CAPÍTULO VEINTITRÉS

Traducido por CairAndross

C aigo boca abajo sobre la hierba mojada. Alzo la cabeza y presiono las palmas de mis manos contra el suelo, para levantar los hombros. Escucho el gemido de Ocho, en algún lugar cercano. Eli dice mi nombre, pero mi cabeza palpita demasiado como para que me siente y la busque.

—¿Seis? —susurro al aire—. ¿Estás allí?

—No la veo por ninguna parte, Marina —dice Eli. Viene y se sienta a mi lado. Vuelvo a recostar mi mejilla sobre la hierba y me permito descansar allí solo unos pocos minutos más. Eli aparta un mechón de cabello de mi mejilla, pero estoy adormecida y no siento nada. Las náuseas aumentan en mi garganta, mientras escucho que Ocho continúa gimiendo. Eli no parece estar afectada. No quiero volver a teletransportarme *nunca*.

Miro a mí alrededor. Mi visión sigue siendo doble y me esfuerzo para controlarla. Basándome en lo verde y exuberante que es este lugar, es obvio que no aterrizamos donde pretendíamos.

—Esto no es Nuevo México, ¿verdad?

—Ni se le acerca —susurra Eli.

Finalmente siento como si pudiera moverme, aunque con lentitud, y levanto la mirada hacia Eli. Sus ojos marrones son difíciles de leer en la oscuridad, entonces reconozco que debemos estar a mitad de la noche. Miro más allá de Eli, hacia el cielo estrellado. Recuerdo el océano azul, a Ocho convirtiéndose en un pulpo negro. Entonces, recuerdo lo que dijo Eli justo antes de teletransportarnos.

—Eli. ¿Me lo he imaginado o has dicho que *hablaste con Seis*? —Ella asiente con la cabeza—. Con tu mente, ¿correcto?

Eli aparta la mirada.

—Estoy segura que crees que estoy chiflada. No dejo de preguntarme si sucedió realmente. Quizás solo lo deseaba tanto... —Sacude la cabeza y me mira con el rostro serio—. No. *No* lo imaginé. *Sé* que hablé con ella. Dijo que estaba en un desierto. Eso *debe* significar que llegó a Nuevo México, ¿verdad?

—Eli, no estás loca. Creo que tú y yo sabemos que tienes razón —digo, apretando los dedos contra mis sienes palpitantes. Deseo quitarme el dolor y el aturdimiento que me impiden pensar con claridad—. Debes estar desarrollando un legado. Ahora, lo

que necesitamos averiguar es cómo sucedió esa vez para que podamos hacerlo de nuevo.

Los ojos de Eli se dilatan.

—¿En serio? ¿Crees que es un legado? ¿Cómo se llama? —pregunta con ansiedad.

—Telepatía. —La voz de Ocho proviene de detrás de mí.

Me doy la vuelta, haciendo una mueca de dolor, y levanto la mirada hacia Ocho, que está de pie sobre una enorme losa de piedra sostenida por dos rocas grises aún más grandes.

Me siento, ruedo hasta quedar a cuatro patas y me pongo de pie, inestable. Con las manos sobre las caderas, doy un giro y me doy cuenta de que el lugar se ve muy familiar, pero no es porque haya estado aquí antes; conozco este lugar por todas esas fotografías en los libros de texto. Vuelvo la mirada hacia Ocho.

—¿De verdad estamos en...?

—¿Stonehenge? Oh, sí.

—Vaya —susurro, girando de nuevo con lentitud para inspeccionar la escena. Eli camina hacia una piedra, que debe tener unos siete metros y medio de alto y echa la cabeza hacia atrás mientras pasa una mano por la superficie. Comprendo el impulso de estirar la mano y tocarlo. Es decir, es *Stonehenge*. No puedo evitar el unírmele.

Las piedras están frías y lisas, y solo tocarlas me hace sentir como si tuviera tres mil años. Algunas están en perfecto estado, mientras que otras parecen ser meros fragmentos de lo que solían ser. Damos vueltas por allí durante un rato, para ver de cerca lo que la mayoría de la gente solo ve en libros de texto.

—¿Ocho? ¿Qué es, exactamente, la telepatía? ¿Sabes cómo usarla y cómo puedo controlarla? —pregunta Eli.

—La telepatía es la habilidad de transferir pensamientos de un ser a otro. Tú eres capaz de comunicarte con el cerebro de otra persona. Adelante, inténtalo conmigo.

Eli describe un círculo y se detiene frente a Ocho. Cierra los ojos. Mientras observo, lo único en que puedo pensar es en lo increíble que sería si Eli *hubiera* desarrollado ese legado. Eso nos permitiría contactar a los *garde*, sin importar dónde esté cualquiera de ellos, desde cualquier lugar del mundo. Después de unos segundos, Eli abre los ojos y mira a Ocho.

—¿Me has oído?

—No —dice Ocho, sacudiendo la cabeza con tristeza—. Solo tienes que seguir intentándolo. Siempre lleva tiempo averiguar cómo hacer funcionar nuestros legados. La telepatía no será diferente.

De todos modos, los hombros de Eli se abaten por la decepción.



—Por cierto, sus cofres están por allí —dice, señalando.

Ocho se vuelve hacia mí, estirándose de un lado a otro.

—Solo necesito un poco más de tiempo para recobrar me de esta última. Quiero estar lo más fuerte que pueda para cuando intentemos, otra vez, ir a Nuevo México.

—Trepa a una roca cercana.

—No sé —suspiro—. Me sentí tan horrible cuando salí de la última. Las heridas son una cosa... la teletransportación me hace sentir enferma. No sé si pueda hacerlo de nuevo. ¿Y qué nos impedirá terminar en el fondo del océano, otra vez? Mientras tanto, parece como si Seis estuviera en serios problemas y nosotros estamos botando de un lugar a otro. ¿Podríamos no aterrizar nunca en Nuevo México!

—Lo sé, lo sé —dice Ocho, se baja de un salto de la piedra y se sacude el polvo de los pantalones—. Sé lo frustrante que es esto. Pero hacer algo es mejor que no hacer nada. Y lo único que podemos hacer es seguir intentándolo hasta que lleguemos a donde tenemos que ir. Estamos atascados los tres juntos, lo seguiremos intentando y *encontraremos* a Seis.

No sé de dónde saca su calma, su certeza.

Eli deambula tras un grupo de piedras, mientras digo—: Sabes que hay otras maneras de ir de un lugar a otro. Simplemente podríamos encontrar un aeropuerto y volar hacia allí desde aquí.

Ocho se rasca la barbilla, sumido en sus pensamientos, y se pone a caminar. Lo sigo hasta el centro del monumento.

—Si Seis realmente está en problemas, un avión no es la solución. Nos llevaría una eternidad llegar junto a ella. —Se detiene por un minuto y gira el rostro hacia mí—. Además, nos veo encontrándola. —Lo miro inquisitivamente, pero él solo ríe y se encoge de hombros. ¿Qué quiere decir?

—Ocho, ¿tuviste una visión? ¿Qué más has visto? ¿A quién más has visto?

Él se encoge de hombros.

—En realidad no puedo decirte más que eso; solo lo vi o lo sentí. Creo que es un legando, no me había dado cuenta aún. El único modo en que puedo describirlo, es que se siente como un sexto sentido.

—¿Así es como supiste que íbamos a la India? ...pregunto.

—Sí —dice—. No tengo ningún control sobre ello. Esos destellos, imágenes, simplemente vienen a mí.

Seguimos caminando a través de un grupo de piedras enormes y encontramos a Eli, deprimida y sentada contra una roca. Cuando nos acercamos, ella levanta la mirada y

dice—: Sigo tratando de hablar de nuevo con Seis, pero no pasa nada. Quizás, nunca pasó.

Me arrodillo junto a ella y le rodeo los hombros con mi brazo.

—Los legados toman tiempo, Eli. Sé que cuando los míos aparecieron por primera vez, era generalmente porque estaba molesta o en peligro. Llegan en el momento en el que son más útiles, cuando pueden salvarnos. El legado que me permite respirar bajo el agua vino cuando ya estaba casi ahogada. Además, la teletransportación pudo haberte afectado, así que, quizás, tome algo de tiempo el que vuelvan a funcionar otra vez. —Le doy un apretón a sus hombros.

—Es verdad. La primera vez que me teletransporté —dice Ocho—, mi cêpan estuvo a punto de ser arrollado por un taxi. Solo aparecí junto a él, así. —Chasquea los dedos—. Fue la única razón por la que fui capaz de apartarlo del camino.

—En este momento, echo tanto de menos a Crayton —dice Eli—. Él siempre me ayudaba con estas cosas. ¿Y si nunca soy de ninguna utilidad a los garde? A veces, desearía nunca haber sido escogida por los ancianos. —Su voz se desvanece y se deja caer, viéndose completamente abatida.

—Eli —Ocho da un paso hacia delante—. Eli. Mírame. No puedes pensar así. Estamos *muy* felices de que estés aquí. Te necesitamos. Si no estuvieras aquí, estaríamos *buscándote*. Estás, exactamente, donde debes estar. ¿Verdad, Marina?

—Eli, ¿recuerdas lo que solíamos decir antes, en el orfanato? Somos un equipo. Eso tiene un significado importante. Nos cuidamos el uno al otro. —Mientras hablo, me doy cuenta que mi aversión a la teletransportación es egoísta. La única esperanza que tenemos de encontrar a los otros, es llegar a Nuevo México. Y la manera más rápida y segura de llegar allí es por teletransportación, incluso si eso significa aterrizar en el lugar equivocado un par de veces más. No permitiré que mi miedo ponga a alguien en peligro. Cuando uno de nosotros es débil, el resto necesita ser mucho más fuerte. Le doy otro apretón en el hombro—. Vamos a llegar a Nuevo México, encontrar a Seis y continuar luchando.

Eli asiente, pero sigue sin moverse.

Todos deambulamos por allí, perdidos en nuestros pensamientos. Sé que necesito un poco de tiempo para despejar mi cabeza, para ser tan fuerte mentalmente como me siento físicamente, antes de que comencemos a movernos. Este sitio es tan pacífico y tan tranquilo, que es el lugar perfecto para pensar. Una hora más tarde, o algo así, camino hacia el centro del círculo y veo a Ocho, que se inclina y recoge una piedra para después arrojlarla.

—¡Ocho! ¿Qué crees que estás haciendo? ¡Éste es un lugar sagrado, histórico, antiguo! ¡No puedes simplemente patear rocas por allí! ¡Ponla de nuevo donde estaba!

Incluso antes que él siquiera tuviera la oportunidad de regresar las piedras, uso mi telequinesis para hacerlo yo misma. Stonehenge quizás no sea parte de mi historia, pero lo es de alguien más, y eso merece más respeto que el que Ocho está mostrando en estos momentos. Quiero dejar este lugar exactamente como lo encontramos.

Ocho levanta la mirada hacia mí, sorprendido por mi enojo.

—Estoy buscando la piedra loralita. Sé que está medio enterrada por aquí, bajo una de estas piedras, y tenemos que encontrarla si queremos ir a cualquier lugar —dice Ocho.

—Bueno, asegúrate de ponerlas de nuevo exactamente donde las encontraste, después que hayas terminado de buscar —gruño—. Stonehenge es uno de los lugares más famosos de la Tierra. No vamos a arruinarlo. —Estoy cansada de dejar destrucción detrás de mí.

Ocho monta un gran espectáculo, revisando minuciosamente bajo cada roca y regresándola a su lugar con suavidad.

—Solo quisiera decir que Stonehenge está aquí, en *primer* lugar, únicamente debido a los lorienses. Reynolds dijo que lo construimos como un cementerio para los que murieron luchando en la Tierra.

—¿En serio? ¿Esto es un cementerio? —pregunta Eli y camina detrás de mí, mirando a su alrededor con curiosidad.

—Lo fue —dice Ocho, acariciando un gran peñasco—, durante miles de años, como mínimo. Y luego, los humanos comenzaron a hurgar, haciendo esa cosa de investigar que tanto aman. No hay nada como una búsqueda para comprenderlo todo, incluso si no hay nada que saber. Lo que sea. Voy a *honrar* la posición de las rocas. —Continúa moviéndolas, como si estuviera andando de puntillas sobre un lecho de tulipanes.

—Déjame ayudar.

Me muevo entre las piedras con cuidado y ayudo a Ocho a buscar la loralita, haciendo flotar varias rocas a centímetros del suelo antes de volverlas a bajar en el mismo lugar donde habían estado. Mientras me traslado hasta otro grupo de piedras, oigo gritos a la distancia. Me inclino por detrás de una roca y veo dos hombres uniformados, que corren hacia el monumento con las luces de las linternas rebotando en la oscuridad. Eli y yo nos agachamos detrás de la formación rocosa más grande que tenemos a mano.

—Demonios —susurro—. Todos, ocúltense.

Podemos ver los haces de luces de sus linternas escanear el suelo y, cada vez que uno se acerca a nosotros, cambiamos nuestra posición en torno a otra piedra, justo a tiempo.

—Sé que oí algo. Voces de chicos —dice el más pequeño de los dos guardias.

—Muy bien. Entonces, ¿dónde están? —pregunta el otro guardia, mirando a su alrededor. Hay una clara nota de recelo en su voz.

Ambos hombres se quedan en silencio por un momento. Me asomo tras la piedra, para ver que el guardia más grande está buscando por los alrededores, molesto por la falta de evidencia de intrusos. Entonces, algo le llama la atención, pero no puedo ver qué es. Me preocupa. ¿Qué pudo haber encontrado?

—¿Bill? Ven aquí y mira esto. ¿De dónde crees que vino?

—¡Uy! No lo sé. Estoy seguro de que no estaban allí antes —dice el otro.

Estoy a punto de brincar del susto, cuando Ocho se materializa junto a mí.

—Encontraron nuestros Cofres —susurra—. Voy a arrojar a los guardias al césped, ¿de acuerdo? Necesitamos encontrar la loralita para que podamos largarnos de aquí y eso no va a suceder hasta que esos tipos se larguen y *no* voy a permitir que se larguen con nuestros cofres. —Su voz es sombría.

Estoy a punto de decir que no, cuando mi cerebro comienza a zumbar. Después de un breve eco de estática, oigo la voz de Eli en mi cabeza: *Puedo distraerlos mientras ustedes encuentran la loralita*. La miro en estado de shock, con los ojos muy abiertos.

Eli me aprieta la mano y susurra.

—Puedo distraerlos...

—Ya te he oído —la interrumpo—. ¡Eli, te oí en mi cabeza!

Ella sonrío ampliamente.

—¡Pensé que iba a funcionar esta vez! ¡Guau! ¡Lo hice! —susurra, excitada.

—Oigan, ustedes dos, bajen la voz —susurra Ocho—. ¿Tenemos un plan?

—Tengo una idea —responde Eli. Se contrae hasta una niña de seis años y sale corriendo hasta sobrepasar el círculo externo de piedras, luego regresa caminando hacia los dos hombres. Pone su mejor voz de niña pequeña, mientras llama en voz alta—. ¿Papi? ¿Dónde estás?

—¿Hola? —responde uno de los guardias—. ¿Quién está allí?

Ocho se teletransporta, mientras yo vigilo a Eli, quien aún está allí, protegiéndose los ojos de la luz de la linterna. Es una actriz bastante buena; suena genuinamente perdida y preocupada.

—Estoy buscando a mi papi. ¿Lo ha visto?



—¿Qué demonios estás haciendo aquí, niñita? ¿Dónde están tus padres? ¿Sabes qué hora es?

Mientras se acercan a ella, Eli comienza a sollozar y eso detiene a los hombres a mitad de camino.

—Vamos, vamos, solo cálmate, no hay necesidad de llorar —dice el más alto en tono tranquilizador.

Eli aumenta el flujo de lágrimas y grita, más fuerte aún.

—¡No me toque!

—Oye, oye, nadie te está tocando —exclama el otro, alarmado. Se están mirando el uno al otro, ambos confundidos y sin saber qué hacer con ella.

—Pss, Marina —susurra Ocho. Está detrás de mí, con un cofre en cada mano—. Tenemos que encontrar la loralita. ¡Ahora! ¡Eli no podrá captar su atención para siempre!

Corremos hacia el centro de Stonehenge. Ocho y yo comenzamos a comprobar debajo de cada roca que encontramos, tan rápido como nos es posible. Nos quedan solo unas pocas para comprobar, cuando escuchamos que los hombres regresan hacia nosotros, con Eli a cuestas y todavía sollozante.

—De acuerdo, creo que es hora de otra distracción —dice Ocho y desaparece otra vez. Reaparece en el círculo externo de piedra, planta sus manos sobre la losa superior y empuja con fuerza. Todo lo que puedo hacer es contemplarlo con horror, paralizada en mi sitio. La enorme piedra traquetea y luego, lentamente, oscila hacia atrás hasta que la losa horizontal superior también cae. Y es allí cuando Ocho comienza a gritar:

—¡Auxilio! ¡Socorro! ¡Las piedras se están cayendo! ¡Stonehenge se está viniendo abajo!

Voy a *matarlo*. Aprieto los puños junto a mis costados, y entonces me doy cuenta de que aún tengo una pequeña piedra en la mano. Me inclino y cuidadosa, pero inútilmente, la regreso a su lugar.

Los guardias rompen a correr en dirección a la voz de Ocho y cuando sus linternas captan las piedras que caen, gritan de pánico. El guardia más bajo corre para ponerse entre dos piedras verticales, pero es demasiado tarde. Éstas chocan y, juntas, se inclinan hacia la derecha. La losa horizontal que estaba sobre ellas cae al suelo con un ruido sordo. Me quedo con la boca abierta mientras los dólmenes oscilan, uno por uno, hasta que caen como un dominó.

—¡Código Negro! ¡Código Negro! —grita el guardia más alto por su walkie-talkie y luego lo arroja el suelo. Envuelve sus brazos alrededor de una de las enormes piedras

que aún permanece vertical, tratando, con todas sus fuerzas, que deje de golpear contra las otras, pero es inútil: los enormes dólmenes continúan cayendo.

Ocho aparece de nuevo junto a mí, golpea dos dólmenes pequeños y, súbitamente, un tenue resplandor de luces azules sube por sus piernas.

—¡Lo encontré! ¡Por aquí! —susurra excitado. Me alivia saber que ha encontrado la loralita, pero estoy demasiado concentrada en la demolición de Stonehenge para sentirme entusiasmada. No puedo creer que haya hecho eso. Estoy furiosa. Eli pasa corriendo junto a mí, mientras yo me posiciono bajo una de las pocas columnas que aún permanece en su lugar y uso mi telequinesis para frenar el movimiento de las rocas.

El guardia más alto apoya su espalda contra una piedra, que es la siguiente en la línea, y el otro guardia se le une. Envuelvo mi mente alrededor de la piedra y la mantengo firme. Cuando la golpea la otra piedra que cae, no permito que oscile. Los guardias se dejan deslizar de la piedra y caen sobre el césped, conmocionados por su repentina demostración de fuerza. Luego, revierto el efecto dominó, de modo que las piedras que caen empujen a las otras hacia atrás y la estabilizo en sus posiciones originales. Luego, usando las pocas fuerzas que me quedan, levanto lentamente las losas horizontales del suelo y las pongo nuevamente sobre los dólmenes.

Los guardias observan todo eso con la boca abierta, demasiado aturdidos para responder a las voces preocupadas que crepitan y graznan desde sus walkie-talkie.

—Marina —susurra Eli—. Oye, Marina, tenemos que irnos. Ahora. Vamos.

Camino hacia atrás, hacia el centro del monumento, aliviada de poder marcharme, ahora que me las he arreglado para poner todo en su lugar de nuevo.

Avanzo hacia Ocho y le arranco mi cofre. Todavía furiosa e incapaz de mirarlo, me aferro a su mano. Eli lleva el cofre de Ocho, mientras se agarra a su otra mano. Nos ponemos de pie, juntos, sobre la loralita azul. Lo último que oigo, antes que la oscuridad venga, es al guardia más alto —derrotado y dispuesto a darse por vencido con esta aventura en particular— respondiendo un “Falsa alarma” a su recuperado walkie-talkie.



CAPÍTULO VEINTICUATRO

Traducido por CairAndross

Me oculto tras una hilera de casilleros en un pasillo largo y oscuro, mientras me vuelvo visible. El dolor de usar mis legados es tan intenso, que me enrolla en una bola, apretando las dos porras contra mis costillas para obtener algún alivio. Apoyo mi sudorosa cabeza contra la pared de cemento frío y trato de recuperar el aliento, con la esperanza que el dolor desaparezca con rapidez. He estado yendo de arriba abajo por los pasillos, pero ahora me preocupa que solo haya estado corriendo en círculos. Hasta ahora, he encontrado un hangar vacío y un montón de puertas cerradas electrónicamente. Sé, desde que Sam y John fueron capturados por la policía, que nuestra telequinesis no funciona con electricidad. Pienso en John, Sam, Marina y los otros. Espero que estén bien, o, al menos, que sientan menos dolor que yo. Me imagino a John y Sam, esperándome en nuestro punto de encuentro. Se supone que nos encontraríamos allí en unos pocos días. ¿Qué pensarán cuando no esté allí? Estoy tan frustrada —y asustada— que me siento sin aliento. Sé que este tipo de pensamiento no va a ser de utilidad, así que trato de reenfoque mi atención en cómo demonios haré para salir de aquí.

Casi en simultáneo, suena una alarma. El aullido sobre mí se vuelve implacable, casi desde que comienza. Sé lo que significa y sé que necesito recomponerme. Rápido. Todo el mundo está buscándome. Unos soldados armados surgen a lo largo del corredor en pequeños vehículos abiertos. Cada vez que uno pasa frente a mí, siento la tentación de bajar a un hombre de un tirón, saltar dentro y escabullirme, pero estoy segura que no llegaría muy lejos y tendría que renunciar a la ventaja que tengo en estos momentos: no saben dónde estoy.

He dejado de intentar comunicarme con Eli. Es claro que estaba delirando. Estoy por mi cuenta. Debo dejar de hablar conmigo misma y encontrar algo para hacer estallar una puerta y salir de aquí. Creo que estoy bajo tierra, solo desearía saber a qué profundidad.

Las luces se encienden en el pasillo. Como ya he descubierto, eso significa que los sensores de movimiento han sido activados. Un momento más tarde, oigo el vehículo que viene en mi dirección. Encojo el estómago, me vuelvo invisible y obtengo el anticipado retortijón de dolor. Las lágrimas caen silenciosamente por mi rostro en agonía. Me aprieto contra una pared y observo el carro de rastreo que viene hacia mí, transportando tres soldados. Cuando pasa frente a mí, golpeo al conductor en la cara

con una de las porras. Hombre, las heridas sangran un *montón*. Nariz, boca, frente, todos géiseres exuberantes. Su (aparentemente) espontánea lesión, provoca que hunda el pie en el pedal del acelerador y gire contra una pared. El conductor queda fuera de combate y los otros dos soldados desparramados sobre el piso de cemento. Los dos observan la cara del conductor y no ven absolutamente nada que pueda haberlo causado, por lo que cogen sus walkie-talkies, pero estoy esperando eso y me pongo en posición para estrellar la cabeza del que tengo más cerca contra el capó del vehículo, al tiempo que pateo su pierna para desestabilizarlo. El tercer soldado comienza a ver qué está sucediendo, pero también le golpeo la cabeza. Luego, agarro una de sus insignias y corro.

Tengo que averiguar adónde ir desde aquí, y tengo que hacerlo rápido. No puedo permanecer invisible por mucho más tiempo.

Uso la tarjeta de identificación para abrir una puerta bloqueada electrónicamente y me encuentro con un pasillo, completamente diferente a los que he visto hasta ahora. Tengo que detener el dolor, así que me vuelvo visible e, inmediatamente, siento alivio. Miro a mí alrededor e intento averiguar dónde estoy. El pasillo es más amplio que los otros, con un techo alto, abovedado y tallado en piedra caliza. Dos gruesas tuberías color amarillo se enroscan a lo largo del cielorraso, flanqueadas por líneas eléctricas colgantes. Llego a una curva del pasillo y espío por la esquina. No veo a nadie, así que aplasto la espalda contra la pared y me deslizo por la esquina. Me enfrento a una puerta roja, con una señal que dice: PELIGRO. SOLO PERSONAL AUTORIZADO. LANZADERA UNO.

Trato de usar mi telequinesis para abrir la puerta, luchando contra el dolor, pero otra cerradura eléctrica la mantiene bloqueada. Estoy a punto de volver a usar la tarjeta de identificación, cuando oigo que vienen pasos apresurados en mi dirección. Me vuelvo invisible de nuevo, pero eso hace que se me revuelva el estómago con tanta violencia que caigo al piso. No puedo sobrevivir a otra ronda de éstas, no hay manera. A la vuelta de la esquina, alguien grita—: ¡Me parece oír algo en esta dirección!

Desde el suelo, apenas capaz de conservarme invisible, agarro al guardia por el tobillo cuando pasa corriendo. Cae de boca contra el piso, dándome el tiempo suficiente para deslizar mi tarjeta robada por la cerradura electrónica. La puerta se abre y me escurro al interior.

Estoy sobre una plataforma de metal rayado, muy por encima de tres juegos de rieles que desaparecen dentro de un túnel circular. Hay un tranvía vacío, de tres carros, cubierto con varios símbolos diferentes del gobierno de EE. UU., en el juego de vías más cercano a la plataforma. Fuera de la puerta que está tras de mí, oigo al

guardia que anulé, gritándole a un grupo de hombres que acaban de llegar a escena. Me abalanzo por un estrecho conjunto de escaleras, salto dentro de la puerta abierta del tranvía, y tiro hacia abajo de la primera palanca que encuentro.

Mi cabeza se echa bruscamente hacia atrás, cuando el tranvía sale disparado como un cohete. El túnel circular se convierte en un borrón, con luces rojas y largas sombras oscuras y, por dos veces, me encuentro bajo plataformas integradas, como por la que entré, sin disminuir la velocidad. Las vías se hunden de repente y se curvan hacia la derecha, por lo que me descubro transitando por encima de un largo canal lleno de agua. Tengo la esperanza que esto me arroje al desierto. En su lugar, el tranvía frena y se detiene bajo otra plataforma. Deben existir puntos en los que hay paradas automáticas. Las puertas se abren y subo por las escaleras. Me he permitido volverme visible y aprecio no tener dolor de estómago, sabiendo que no permanecerá así por mucho tiempo. Voy a necesitar mis legados para salir de aquí.

Tomo una profunda inspiración y, cuidadosamente, pruebo la puerta al tope de las escaleras. No está cerrada. Lentamente, la abro solo una rendija, para espiar y ver qué hay al otro lado. Mis ojos apenas habían empezado a enfocarse, cuando la puerta se cierra de golpe, apretando dolorosamente mi hombro. Ahora, estoy cara a cara con un guardia, que lleva un arma familiar colgada de un hombro: un cañón mogadoriano. Apenas el guardia lo agarra, el cañón zumba a la vida con una chispa de luz, pero antes que pueda apretar el gatillo, me lanzo de cabeza contra él y nos golpeamos contra una pared de piedra. El guardia se precipita hacia delante e intenta sujetarme, enroscando su grueso brazo alrededor de mi cintura. A cambio, me muevo apenas fuera de su alcance y tacleo sus piernas, desequilibrándolo. Su cráneo cruje horriblemente cuando golpea contra el piso. Me estremezco, pero no puedo detenerme a pensar en ello. Rápidamente, empujo su cuerpo a través de la puerta, hacia el túnel y la cierro. Agarro su cañón y arma de rayos.

Miro a mí alrededor para orientarme. Hay columnas enormes y lisas, que sostienen el techo del túnel conector, y zigzagueo entre ellas, manteniendo el oído alerta por más guardias. Mi mente se acelera considerando lo que he visto, para tratar de reacomodar las piezas. Lo primero de todo, *¿por qué* un soldado tendría un cañón mogadoriano? ¿Lo había obtenido de un mog al que habían capturado? ¿O los mogs estaban proveyendo al gobierno con sus armas?

El túnel se bifurca, y disminuyo la velocidad, tratando de decidir qué camino tomar. No veo nada que me ayude a elegir, así que trato de pensar en la última vez que me encontré una bifurcación en el camino. Fue en el Himalaya, la que sorprendió al comandante Sharma. Voy a la izquierda.

La primera puerta que diviso a la izquierda, es toda de vidrio. A través de ella, puedo ver científicos con batas blancas y mascarillas, moviéndose alrededor de, lo que parecen, grandes jardines llenos de altas plantas verdes. Cientos de poderosas luces brillantes cuelgan bajas sobre éstas, desde el techo.

Una mujer pelirroja con un traje oscuro entra a través de otra puerta y camina hacia uno de los sujetos de bata blanca en la parte delantera del salón. Tiene el brazo derecho en cabestrillo y vendas en la mejilla. Observa cómo el científico vierte un vial de líquido sobre una sección del jardín más cercano. Me quedo atónita al ver que las plantas, instantáneamente, crecen varios centímetros y sus puntas se abren. Unos zarcillos blancos se extienden en todas direcciones, creando un grueso dosel sobre sus cabezas. El científico escribe algo en su portapapeles, y luego levanta la mirada para hablar con la mujer. No tengo tiempo para apartarme del camino y hacemos contacto visual a través de la puerta de vidrio. Levanto lentamente el cañón mog hacia él y sacudo la cabeza. Tengo la esperanza de que se considere un no-combatiente y quiera quedarse fuera de la acción. No hay suerte. Observo que desliza una mano en el bolsillo. Maldita sea, está buscando algo. Se produce un ruido sobre mi cabeza y una gruesa hoja de metal está a punto de golpearme, cuando cae delante de la puerta de vidrio, protegiéndola. Suenan alarmas y sé que están bloqueando toda el área. No puedo ser capturada. Me preparo para el dolor que está a punto de tomar el control de mi cuerpo y me hago invisible.

Justo a tiempo. Los soldados surgen por el túnel y me aplasto contra la pared para evitarlos. El dolor y las oleadas de náuseas no llegan. Sea cual fuera la droga que me dieron, ya deben haber desaparecido. El alivio que siento es profundo, aunque no tengo tiempo para disfrutarlo. Una puerta se abre a mi derecha. Sin pensarlo, salto a través del umbral y me encuentro en un estrecho pasillo blanco, donde hay más puertas alineadas. A mitad de camino por el pasillo, un soldado solitario está apoyado sobre una de ellas.

—Por favor, solo *cállate* de una vez —dice, hacia el interior de la habitación—. Y deberías comer algo, de verdad.

Cierra la puerta de un tirón, se gira y comienza a caminar, pero estoy justo allí y le suelto un gancho derecho a la mandíbula. Veo sus llaves colgando del cinturón, tiro de ellas y las meto frenéticamente dentro de la cerradura de la puerta que él acaba de cerrar, una tras otra, hasta que encuentro la que funciona. Adivino que, con quienquiera que estuviera hablando, no es amigo suyo y me vendría bien un aliado en estos momentos. Empujo la puerta y la abro para ver si hoy es el día en el que haré un nuevo amigo.

Contengo el aliento, sorprendida ante lo que veo. No sé qué esperaba, pero no era la chica que veo, acurrucada en el rincón. Está cubierta de mugre y tiene gruesos verdugones rojos en las muñecas, pero la reconozco al instante. Sarah Hart. La novia de John, y la que delató a John frente a la policía, la noche que regresamos a Paraíso.

Se pone de pie, temblorosa, usando las paredes a ambos lados como apoyo. Se está estabilizando para hacer frente a quien sea que atraviese la puerta. El miedo en sus ojos me dice que solo pasan cosas malas cuando se abre la puerta. Permanezco invisible el tiempo suficiente como para arrastrar al soldado inconsciente, desde el pasillo hasta la habitación. Dejarlo solo invitaría a investigar a los otros y no necesito ninguna compañía. Lo empujo hacia un rincón, con la esperanza de que quede fuera de vista si hay cámaras por aquí. Cierro la puerta.

—¿Sarah? —digo, en voz baja.

Ella gira en redondo y mira hacia mi voz, pero está visiblemente confundida.

—¿Quién está allí? ¿Dónde estás?

—Soy Seis —susurro. Ella jadea suavemente.

—¿Número Seis? ¿Dónde estás? ¿Dónde está John? —pregunta, con voz temblorosa.

Continúo hablando en voz baja, no muy segura de que estemos a solas.

—Estoy invisible. Solo siéntate donde estabas y finge que no estoy aquí. Pon tu cabeza hacia abajo, así podemos hablar. Apuesto a que te tienen vigilada por cámara.

Sarah se desploma en el rincón, apretando las rodillas contra su pecho. Baja la cabeza, su cabello cae hacia delante y tapa su rostro por completo. Me acerco y me siento en el suelo, a su lado.

—¿Dónde está John? —susurra.

—*¿Dónde está John?* —No puedo evitar la ira en mi voz—. En este momento, puedes olvidarte de John, Sarah. Deberías saber dónde está John; después de todo, tú le tendiste una trampa, ¿verdad? Gracias a ti él fue a la cárcel. Y entonces *yo* lo liberé. Lo que quiero saber es qué estás haciendo *tú* aquí.

—Ellos me trajeron a este lugar. —Su voz tiembla.

—¿Quiénes te trajeron aquí?

Los hombros de Sarah se sacuden, mientras llora suavemente sobre sus rodillas.

—El FBI. Siguen preguntándome dónde está John, y yo sigo diciéndoles que no sé. Tienes que decirme dónde está. ¡Debo decírselo, o matarán a todo el que conozco!
—Suenas desesperada. No puedo decir que le tenga mucha simpatía.



—Eso es lo que sucede cuando cambias de bando, Sarah. Sabías lo que John sentía por ti; sabías que él confiaba en ti, y usaste eso para ayudar a esta gente. Y ahora, ellos te están usando a ti. Ahora, dime lo que les has contado sobre John, ¡rápido!

—No sé de qué estás hablando —dice Sarah y empieza a sollozar con más fuerza. No puedo evitarlo; es como si me rompiera el corazón el verla así. ¿Qué le han hecho? Su largo cabello le tapa la cara y los brazos, y se ve tan joven y pequeña. Siento que mi ira se desvanece y hago descansar mi mano en su espalda.

—Lo siento —susurro.

Ella contiene la respiración ante mi toque y gira la cabeza en dirección a mi voz. Apenas puedo distinguir sus ojos azules; están rojos e inyectados en sangre. Para darle la fortaleza para hacer lo que tenemos que hacer, me hago visible por una fracción de segundo, le muestro el cañón mojado en mis manos y vuelvo a desaparecer. Veo una pequeña sonrisa que cruza el rostro de Sarah, antes de que ponga otra vez la cabeza sobre las rodillas. Suspira, inspira profundo y dice, con una voz mucho más firme.

—Es bueno verte. ¿Sabes dónde estamos?

—Creo que en Nuevo México, en una base subterránea. ¿Por cuánto tiempo has estado aquí?

—No tengo idea —dice, enjugando una lágrima que ha caído sobre su pierna.

Me pongo de pie y voy hacia la puerta a escuchar. No oigo nada. Sé que estoy desperdiciando minutos preciosos, pero tengo que preguntarlo.

—No lo entiendo, Sarah. ¿Por qué traicionaste a John? Él está enamorado de ti. Pensé que te preocupabas por él.

Ella se estremece, como si la hubiera abofeteado. Su voz vacila, pero me mira directamente a los ojos cuando responde—: Realmente, no tengo idea de qué estás hablando, Seis.

Tengo que cerrar los ojos y respirar un par de veces, para evitar que mi voz se eleve, para evitar que mi ira regrese.

—Estoy *hablando* de la noche en que él fue a profesar su amor incondicional por ti. ¿Recuerdas? ¿Tu teléfono sonó a las dos de la mañana y la policía llegó un minuto más tarde? De *eso* es de lo que estoy hablando. Rompiste el corazón de John cuando lo entregaste.

Empieza a levantar la cabeza para responder, pero hago un sonido para recordarle que debe mantenerla baja. Vuelve a poner la cabeza sobre sus rodillas y habla con voz neutra.

—Eso no es lo que estaba tratando de hacer. No tuve elección. Por favor. ¿Dónde está John? Necesito hablar con él.

—A mí también me gustaría hablar con él. ¡Me gustaría hablar con todos ellos! Sin embargo, primero tenemos que encontrar una manera de salir de aquí. —Mi voz es urgente.

Cuando habla de nuevo, Sarah suena derrotada.

—No hay manera de salir de aquí. No, a menos que quieras luchar contra mil mogadorianos.

—¿Qué? —regreso hacia ella. ¿De qué está hablando? Esto es una instalación del gobierno de EE.UU., no una base mogadoriana—. ¿Los has visto? ¿A los mogs? ¿Ellos están aquí?

Una mirada vidriosa cubre el rostro de Sarah. Ya no se ve como la chica que conocí en Paraíso, la chica humana de la que John se enamoró y por la que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa. Ni siquiera quiero pensar en lo que el FBI y los mogs le pudieron hacer.

—Sí. Los veo cada día.

Me siento como si me hubieran quitado todo el aire. Una cosa era sospechar que ése era el caso... otra, el tenerlo confirmado.

—Bueno, ahora yo estoy aquí —anuncio, tratando de hacer que una de nosotras sienta más confianza—. Te prometo que el próximo mog que veas, tendrá mi pie en su culo.

Sarah ríe entre dientes sobre sus piernas. Sus hombros se relajan un poco, por primera vez desde que entré aquí.

—Eso suena bien para mí. Seis, por favor, ¿puedes decirme dónde está John? ¿Está bien? ¿Podré verlo?

Sé que está preocupada por Cuatro, pero sus constantes preguntas sobre él están comenzando a molestarme de verdad.

—Para ser completamente honesta, no lo he visto recientemente, Sarah. Nos separamos. Él se fue con Sam y Bernie Kosar a recuperar su cofre, y yo me fui a España, para encontrar a otro de los nuestros. Se suponía que íbamos a encontrarnos en tres días, pero no veo que eso vaya a suceder por el momento.

—¿Dónde? ¿Dónde se suponía que iban a encontrarse? Necesito saberlo. Me está matando el no saber dónde está.

—En este momento, no importa dónde se supone que íbamos a encontrarnos porque *no voy a estar allí* —exploto—. Necesitamos enfocarnos en cómo vamos a salir de aquí.

Sarah se estremece ante la furia de mi voz. Lo intenta de nuevo.

—¿Dónde están los otros? ¿Dónde está Número Cinco? —pregunta.

La ignoro; es claro que no está escuchándome. Camino de regreso a la puerta y apoyo mi oreja contra ésta, otra vez. Oigo pasos —definitivamente, más de una persona— que vienen por el corredor. Sopeso mis opciones. Puedo inducirlos a entrar a la celda o puedo derribarlos allí donde estén. De cualquier modo, sé que necesito lidiar con ellos, volver invisible a Sarah, y escoger una dirección para que podamos salir de aquí.

Sarah se pone de pie.

—¿Qué pasa con los números Siete, Ocho y Nueve? ¿Dónde están? ¿Están todos juntos?

Si no se calla, va a lograr que nos capturen o peor. Le siseo:

—¡Sarah! ¡Suficiente! ¡Basta! —Pongo mi oreja otra vez contra la puerta e, instantáneamente, sé que algo va mal. Suena como si el pasillo estuviera atestado de hombres. Estamos atrapadas. Me giro para decírselo a Sarah, pero parece como si ella estuviera en medio de una convulsión. Me quedo helada, viendo cómo su cuerpo convulsiona y se arquea sobre el piso de la celda.

—¡Sarah! ...Me hago visible y corro, para tratar de evitar que su cabeza golpee el suelo de cemento. ¿La han estado drogando?

El cuerpo de Sarah comienza a sacudirse con tanta rapidez, que se convierte en un borrón. Solo puedo observar, impotente, cómo un contorno blanco aparece alrededor de su cuerpo. Extiendo la mano para tocarlo, pero antes que mis dedos la alcancen, la línea se vuelve negra. Concentro mi mente sobre Sarah, para intentar detener sus convulsiones con mi telequinesis, pero apenas lo hago, se siente como si mi cerebro estuviera ardiendo, como si enormes cantidades de energía oscura estuviera invadiendo mi cráneo. Lo siguiente que sé es que estoy cayendo hacia atrás, sosteniendo mi cabeza palpitante y con los ojos fuertemente cerrados. Cuando los abro otra vez, no puedo creer lo que estoy viendo. Sarah Hart se está volviendo más alta y más oscura, hasta que alcanza, al menos, los dos metros de altura. Su cabello rubio merma, hasta convertirse en una corta pelusa negra. Su rostro se transforma en el de un monstruo demoníaco. Una cicatriz púrpura aparece en un lado de su ahora grueso cuello; luego, lentamente, se estira hasta que llega a su garganta. Cuando la cicatriz finalmente deja de crecer, comienza a brillar.

¿Acabo de observar que Sarah se convierte en Setrákus Ra? Nunca lo he visto, pero he oído lo suficiente como para tener una muy buena idea de qué o a quién estoy viendo.

La puerta se abre de golpe y quedo ciega momentáneamente por un destello de luz azul. Lo siguiente que sé, es que entran una docena de soldados mog, con los cañones levantados y listos.

Trato de volverme invisible, pero no pasa nada. No tengo tiempo de averiguar el por qué. Agarro el cañón que dejé caer para ayudar a Sarah, me pongo de pie de un salto, y le disparo a uno de los mogs. Éste cae a mis pies, en una nube de cenizas. Sigo disparando y mato a dos más, pero mientras me giro para encontrar a mi próxima víctima, me veo arrojada hacia atrás y estrangulada por mi colgante. Puedo girar la cabeza lo suficiente como para ver que estoy en manos de la bestia que una vez fue Sarah. Él me hace girar, arranca el cañón de mis manos con su otra garra enorme y me acerca a su cara de un tirón. A esta distancia, puedo ver que su piel oscura es un mar de pequeñas cicatrices, como si hubiera sido rastrillado con hojas de afeitar.

Concentro mi mente en levantar mi arma del suelo, pero solo se queda allí. ¡Ninguno de mis legados está funcionando! Sin mis legados, soy vulnerable. Soy peor que vulnerable. No tengo nada con qué luchar, pero no me daré por vencida.

—¡Dime dónde están! —ruge Setrákus Ra. Tensa más la cadena en torno a mi garganta. Puedo ver su cicatriz púrpura brillante mientras pregunta—: ¿Dónde están, Número Seis?

—Es demasiado tarde —le susurro, con tanta valentía como me es posible—. Ahora somos demasiado fuertes y estamos viniendo a por ti. Lorien vivirá de nuevo y nosotros te detendremos.

La bofetada es tan fuerte, que no puedo sentir un lado de mi rostro y mis oídos campanean. Me obligo a continuar mirándolo. Él curva sus labios agrietados, para revelar dos hileras de dientes afilados y torcidos. Está tan cerca que mi visión es ligeramente borrosa, así que busco algo en lo que concentrarme. Escojo un diente, que está roto por la mitad y filtra un espeso líquido negro. No estoy segura de por qué, pero esto tiene el extraño efecto de hacerme sentir menos asustada. Es simplemente tan asqueroso.

—Dime dónde se supone que te encontrarás con Número Cuatro en tres días.

—En la luna.

—Morirás frente a ellos. Yo mismo te mataré.

No le respondo. Ni siquiera reconozco que está hablando mientras tensa su agarre. El colgante que John y yo encontramos en el pozo de Ohio, el que estaba en el enorme esqueleto, se clava en la parte posterior de mi cuello, ya que él tira más y más fuerte. Mientras tira aún más de la cadena, pienso en el rostro de John mientras entrenábamos juntos, veo a los garde sentados alrededor de la mesa blanca en la nave, y sonrío. Estoy

orgullosa de haber sido elegida por los ancianos. Por respeto a ellos, no voy a rogar por mi vida.

—Así que, aquí estás, Número Seis. —Reconozco la voz de inmediato. El Agente Purdy. Abro los ojos y veo un hombre mayor. Tiene una escayola en un brazo y su rostro está cubierto de hematomas. Cuando camina hacia mí, veo que cojea.

Cuando se me acerca lo suficiente, escupo en sus zapatos de cuero. Setrákus Ra ríe, justo en mi oído.

El Agente Purdy mira por sobre mi cabeza, para hablar con él.

—¿Obtuviste la información que estabas buscando? ¿Sabes dónde están?

Setrákus Ra gruñe y me azota contra la pared como respuesta; mis rodillas golpean el cemento primero. Cuando caigo al suelo, me ponen inmediatamente de pie por la cadena del colgante. Puedo sentir que mis costillas recibieron algo del impacto; creo que un par de ellas están rotas. Estoy teniendo dificultades para respirar. Trato nuevamente de usar mi mente para levantar el cañón del piso, pero no se mueve.

—Es tan amable de tu parte el unirme aquí con nosotros, Seis —dice Purdy—. Veo que has conocido a Setrákus Ra.

—Eres un cobarde —susurro. Legados o no, voy a destruirlo o a morir en el intento.

—¿Cobarde? *Tú* eres la que huyó de mí —objeta Setrákus Ra, desdeñosamente.

Lo miro fijamente a los ojos marrones.

—*Esto* es cobardía. Debes pensar que no eres capaz de matarme si estoy a mi máxima capacidad, y es por eso que te digo *cobarde*.

La cicatriz de Setrákus Ra destella de nuevo, aún más brillante. Para mi sorpresa, la cadena alrededor de mi cuello se afloja.

—Ponla con la chica —dice, tirando del colgante por sobre mi cabeza. Mi estómago da un vuelco cuando lo veo, pendiendo de su mano. Él me mira y sonrío—. Pelearé contigo, Seis. A solas. Y morirás, muy pronto.

Me arrastran fuera de la celda y las puntas de mis pies se arrastran el cemento. Entonces, algo duro me golpea la parte posterior de la cabeza. Cierro los ojos; es mejor que piensen que estoy fuera de combate, así es más fácil concentrarme en hacia dónde me están arrastrando. Un giro a la derecha y dos a la izquierda. Oigo que se abre una puerta y me empujan hacia delante. Tropezio hasta que golpeo algo suave, o hasta que algo suave me golpea. No quiero abrir los ojos aún, cuando siento que unos brazos se envuelven a mí alrededor. Cuando abro los ojos, me sorprendo, por segunda vez en una hora, de ver a Sarah Hart.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Traducido por Valen JV

Nuestro Ford Contour beige se mueve rápidamente por la carretera con Nueve detrás del volante. Miro las largas filas de maíz en los campos e intento no imaginar cómo se verían desde el espacio. No puedo dejar de pensar en nuestra nave yaciendo en algún lugar del desierto de Nuevo México. Después de todos estos años, después de huir, esconderme y entrenar, casi todo está en su lugar. Los miembros de la garde han desarrollado sus legados y se están uniendo, Setrákus Ra vino a la Tierra para luchar, y cuando todo se termine tomaremos una nave que nos llevará de vuelta a Lorien.

—Estoy aburrido —dice Nueve—. Cuéntame una historia. Háblame de Sarah. ¿Qué tan sexy es, de todos modos?

—Olvidalo. Está fuera de tu alcance —digo.

—Cuatro, si *tú* pudiste llegar a algún lugar cerca de ella, estoy bastante seguro de que tendría una oportunidad. Especialmente en *este* auto.

Este auto. Nueve me dejó revolcarme de lástima cuando lo vi por primera vez estacionado ahí. Quiero decir, dado a todo lo demás que había visto acerca de cómo habían vivido Sandor y Nueve, era comprensible que me imaginara nuestro automóvil como algo mucho más lujoso. Resulta que las apariencias engañan. El Ford solo estaba ocultando sus comodidades.

Por afuera, el auto se ve como algo más probable a ser encontrado sobre bloques de cemento luego de que le hubieran robado las ruedas; pero por adentro, tiene que ser la cosa más avanzada tecnológicamente que he visto en mi vida. Me siento como James Bond. Tiene un detector de radar, un bloqueador láser, y vidrios polarizados a prueba de balas. Cuando Nueve quiere tomarse un descanso y dejar de manejar, el auto maneja por él. Con solo presionar un botón, una torreta con grandes cañones sale del capó. Esto, por supuesto, se controla con el volante. Nueve lo demostró todo en un solitario tramo de la carretera al sur de Illinois, liberando unas cuantas rondas en un granero abandonado. Mi experiencia de primera mano estaba limitada a destartaladas camionetas y otros autos desechados que Henri encontraba, la clase de coches que no tendrías problema con abandonar al último minuto. Él nunca habría seleccionado algo como esto. Habría demasiada evidencia si se dejaba atrás. Simplemente demuestra otra vez cuán diferente era cada cêpan.

Nueve aparta sus manos del volante y las une como si estuviera rezando.

—Por favor, te lo ruego. Solo dime otra vez cómo es. Después de tantas horas de ver puro maíz, haría cualquier cosa por pensar en algo bonito.

Miro otra vez en dirección a los campos, con los labios cerrados firmemente.

—De ninguna manera.

—Amigo, podrías pensar que ella no había, tú sabes, entregado tu trasero a la policía. ¡Vamos! ¿Por qué eres tan protector?

—Ni siquiera sé si ella me entregó a la policía, ya no sé a quién creerle; pero si de verdad lo hizo, tengo que creer que tuvo sus razones. Tal vez le mintieron o la presionaron para que lo hiciera. —Han estado pasando por mi mente muchas preguntas sobre Sarah. Si tan solo pudiera verla, hablar con ella.

—Sí, sí. Olvida todo eso por un minuto, solo dime cómo es. De verdad quiero saber, y prometo que no diré nada. —Me doy cuenta de que no se va a rendir—. Lo juro sobre el código loriense, si es que existe.

—¡Claro que existe! Sandor y tú simplemente estaban demasiado ocupados viviendo con estas comodidades, jugando con sus juguetes, como para preocuparse en algo tan básico como el código loriense —respondo. Manejamos en silencio durante unos minutos—. Bien, te diré esto acerca de Sarah. ¿Sabes cuando estás hablando con una chica hermosa y ella solo está centrada en ti y todo va bien?

—Sí.

—Y piensas que estás con la chica más sexy del estado, tal vez del país, *tal vez de la Tierra*. Solo al entrar a una habitación, la ilumina. Todos quieren que sea su mejor amiga, quieren casarse con ella, o ambos. ¿Puedes imaginarla?

La sonrisa de Nueve se agranda.

—Sí. Bien. Puedo imaginarla.

—Bueno, ésa es Sarah. Es la chica sexy que ilumina la habitación. Te trata como si fueras la persona más importante que haya conocido en su vida. Cuando te sonrío, oh amigo, es lo mejor, y nada más importa. Encima de todo eso, es la persona más dulce, inteligente, y creativa que he conocido en mi vida. Y adora a los animales y una vez...

—Amigo. No me *importa* si es agradable con los cachorritos. Solo dame sus detalles, su apariencia, su estilo.

Nunca he conocido a alguien tan implacable. Suspiro.

—Cabello rubio, ojos azules. Alta y delgada, y deberías verla usando un suéter rojo que tiene. Ni siquiera es justo lo hermosa que se ve con él.

Nueve aúlla hacia el techo, despertando a Bernie Kosar en el asiento trasero. Lo señalo.

—¡Oye! Se supone que no dirás nada, ¿recuerdas? ¿Por el código loriense?

—Bien, bien, bien —dice Nueve—. Gracias por ese pedacito de información. Suena como toda una muñeca. Ahora, háblame de Seis. —Se frota las manos, sonriendo a la espera.

—¡Para nada!

—Oh, vamos, Johnny.

Me río. Es imposible no querer hablar de ella.

—Bien. Seis. Veamos. Bueno, primero que nada, es la persona más fuerte que he conocido en mi vida.

Suelta un bufido.

—Dame un descanso. Estoy seguro de que podría darle una paliza.

—No sé, amigo. Espera hasta que la conozcas.

Se arregla el cabello en el espejo.

—Eh, no puedo esperar.

—Y tiene cabello largo y negro, y siempre parece estar molesta...

—¿Te has dado cuenta de que hay algo excitante cuando una chica está molesta contigo? —reflexiona Nueve, golpeando suavemente su barbilla como si de verdad estuviera pensando profundamente acerca de ello.

De repente me siento culpable. No debería estar hablando así, con Nueve de todas las personas. Y definitivamente no debería estar comparando a Seis y a Sarah de esta manera, como si fuera una competencia; especialmente desde que se odian. Sarah odia a Seis por todo lo que dije acerca de Seis la noche que me entregó a la policía, y Seis odia a Sarah porque arriesgué nuestras vidas al ir a verla cuando Seis necesitaba mi ayuda; y porque piensa que Sarah nos traicionó.

—No me siento bien hablando sobre Seis. Creo que solo dejaré que la conozcas, que llegues a tus propias conclusiones.

Nueve sacude la cabeza.

—Eres un cobarde, amigo.

Por un tiempo, manejamos juntos en silencio. Las señales de tráfico anuncian dónde estamos. Reviso de nuevo la tablet, agradecido por el amor de Nueve y Sandor por la electrónica. Si no pudiese conectarlo a la computadora del coche, no tendría ninguna manera de saber que los tres miembros de la garde han vuelto a aparecer. Observo el punto luminoso representándonos a mí y a Nueve al este de Oklahoma; aún hay uno en Nuevo México, y un cuarto moviéndose rápidamente hacia el norte sobre el Océano Atlántico. Los otros tres aparecieron en Inglaterra, y aún no sé cómo pudieron llegar tan rápido ahí desde la India. Decido darme el permiso de revisar de nuevo en cinco o diez minutos.



Miro a través de la ventana, examinando las señales cuando pasamos junto a ellas. Estamos a más de medio camino de Nuevo México cuando noto que el indicador de gasolina está peligrosamente cerca de VACÍO. Lo señalo y Nueve entra en una parada de camiones. Me pide que abra la guantera. Dos rollos de billetes de cien dólares salen rodando y caen en mi regazo.

—Demonios —digo, agarrándolos.

—Dame uno de esos, ¿sí? —me pide Nueve.

Saco un billete y se lo doy. Abre el depósito de gasolina y sale del auto. Pongo unos cuantos billetes dentro de mi bolsillo y pongo el resto de vuelta en la guantera. Cansado, tiro de la palanca para reclinar mi asiento, recuesto la cabeza y cierro los ojos. Bernie Kosar se inclina hacia adelante y me lame la mejilla, haciéndome reír. Siento cansancio en cada hueso de mi cuerpo, pero lucho contra el sueño mientras intenta arrastrarse sobre mí. No puedo tratar con lo que viene con el sueño. Estoy harto de soportar a Setrákus Ra en mis sueños.

Dejo que mi mente vague de Sarah a Seis; espero que ambas estén bien. Luego pienso en Sam. No puedo creer que haya abandonado a mi mejor amigo. Me digo a mí mismo que no tuve otra opción. El campo de fuerza azul me había incapacitado hasta un punto en el que volver a entrar habría sido un suicidio. Sin importar qué tan cierto sea todo eso, aún se siente mal.

El ruidoso clic de la bomba de gasolina al terminar de llenar me saca de mis pensamientos. Respiro profundamente, con los ojos aún cerrados, para apreciar cada segundo de silencio antes de que Nueve vuelva a entrar al auto. Salvo que el silencio continúa. Nueve no entra de un salto y empieza a parlotear. Abro los ojos y miro hacia la bomba, pero no hay nadie ahí. ¿Dónde está? Miro alrededor de la gasolinera. Nada. Me preocupo inmediatamente. Salgo, Bernie Kosar salta detrás de mí, y cierro las puertas.

Primero entro a la estación, no, no está ahí. Después, voy al estacionamiento el cual está lleno de semirremolques. Con mi sentido de la audición avanzado, escucho la voz de Nueve, y puedo decir que está bien y molesto. Bernie Kosar y yo corremos hacia su voz, nos abrimos paso entre varios remolques, y lo encontramos de pie entre dos chicos jóvenes con camisetas manchadas de sangre. Frente a Nueve hay tres camioneros grandes, todos gritándole en la cara.

—¿Qué acabas de decirme? —le pregunta el camionero del medio a Nueve. Bajo su gorra amarilla, una tupida barba roja cubre la cara del hombre.

—¿Eres sordo? —dice Nueve, pronunciando cuidadosamente como si le hablara a un idiota—. Dije, tienes los brazos de chica. Quiero decir, mira tus muñecas. —¿Por qué insiste en *buscar* problemas?

—Eh, ¿qué pasa? —interrumpo, acercándome.

El camionero a la derecha me mira, un tipo alto que usa gafas de aviador. Me señala el rostro con un dedo y grita—: ¡Ocúpate de tus asuntos, imbécil! —Mientras me uno al grupo, el camionero a la izquierda escupe un gran chorro de jugo de color marrón en el suelo a mis pies.

—Por lo que he descubierto —Nueve se voltea para explicarme—, estos tipos gordos están molestos con estos chicos pequeños. Los chicos pequeños estaban haciendo autostop y uno de ellos les dio un aventón, y los chicos pequeños prometieron dinero que no tenían. Por lo que ahora, los tipos gordos están tratando de golpear a los chicos pequeños con sus insignificantes brazos de chica.

Me volteo hacia los camioneros, los tipos gordos, e intento parecer amable.

—Bien, bueno, nada de esto tiene que ver con nosotros, y necesitamos volver a la autopista. Así que, chicos, me disculpo por mi amigo, quien claramente no sabe cuándo meterse en sus propios asuntos.

—Sí —le gruñe el camionero barbudo a Nueve.

—Solo sal de aquí, mocososo, y deja que nos encarguemos de estos maleantes.

Por primera vez veo realmente a los autoestopistas. Huelen como si hubieran estado en la autopista por un tiempo. No deben tener más de dieciocho, probablemente son más jóvenes. Mientras los camioneros se les acercan amenazadoramente, intercambian miradas con verdadero pánico en sus ojos. Lo siguiente que sé, Nueve se pone frente a los chicos pequeños y dice:

—No me importa quién le prometió qué a quién. Vuelven a tocar a estos chicos y romperé *todos* sus malditos brazos.

Me aprieto entre Nueve y los ahora verdaderamente molestos camioneros, manteniendo a raya a ambos lados. Bernie Kosar ladra amenazadoramente.

—Bien, bien, simplemente deténganse. —Me vuelvo a Nueve, deseando que me escuche—. No podemos hacer esto justo ahora. Tenemos que ir a un lugar *muy importante*. Ahora —le digo. Meto una mano dentro de mi bolsillo y me vuelvo hacia los camioneros—. Escuchen, ¿cuánto dinero les prometieron estos chicos?

—Cien dólares —dice el que está usando los aviadores.

—Bien —digo, sacando uno de los billetes de mi bolsillo. Los ojos del camionero se agrandan al ver un billete de tal valor e instantáneamente sé que las cosas se acaban de poner peor.

—¿Por qué darle *algo* a estos tipos, Johnny? —pregunta Nueve.

Siento la mano carnosa de un camionero sobre mi hombro. Lo aprieta mientras dice—: ¿Dije cien dólares? Quise decir mil. *Johnny*.

—¡Qué locura! —grita uno de los autoestopistas.

—¡Nunca dijimos que les daríamos dinero!

Me volteo de nuevo hacia los camioneros, moviendo el billete como si fuese una bandera.

—Cien dólares, chicos, tómenlo. Considérenlo una propina por un buen servicio, o un pago en lugar de una paliza, de verdad no me importa como lo llamen. ¡Solo tómenlo!

—Dije mil —dice el hombre a la izquierda, escupiendo de nuevo, esta vez directamente sobre mi zapato—. ¿Eres sordo?

Un gruñido bajo comienza en lo profundo de la garganta de Bernie Kosar.

Nueve se mueve hacia adelante, pero lo empujo hacia atrás y me volteo para verlo.

—¡No! ¡No vale la pena, amigo! —Pongo mi rostro a su altura. Tiene que entender que estoy hablando en serio, no lo dejaré hacer esto—. Por favor. Piensa en lo que querría que hicieras Sandor. Querría que te alejaras, necesitaría que te alejaras —susurro.

—¡No van a recibir una *mierda*! —grita Nueve sobre mi hombro hacia los camioneros.

Uso mi cuerpo para empujarlo hacia atrás, hacia el auto. Me volteo justo a tiempo para ver al camionero barbudo sacar un cuchillo de su bolsillo.

—Dame todo tu dinero. Ahora. —Los otros dos hombres se mueven para flanquearme.

—Escuchen —digo, bajando el tono de voz, tratando de obtener el control de la situación—. Tomarán los cien dólares y se alejarán. Si no lo hacen, ya no voy a retener a mi amigo. Créanme, no quieren que haga eso. No tienen idea de lo que puede hacer y no quieren saberlo.

No estoy completamente sorprendido cuando la respuesta viene en la forma de un puño. Viene por mi derecha y fácilmente lo esquivo. Agarro la muñeca del camionero, y lo arrojo al suelo. BK mira en su dirección, aún gruñendo, y el hombre se contrae.

—¡Mi turno! —exclama Nueve alegremente, apartándome de su camino.

El camionero barbudo balancea su cuchillo salvajemente hacia Nueve, quien se aparta ligeramente fuera de su alcance. En su próximo balanceo, Nueve se agacha bajo el cuchillo y engancha su brazo por debajo de la axila del hombre, derribándolo al

suelo. Patea el cuchillo fuera de la mano del camionero, y lo envía debajo de un camión.

—Amigo, deberías escuchar a mi listo compañero de allá. *De verdad, no* quieres meterte con nosotros.

—Muy bien, muy bien. Ya terminamos aquí —digo, poniendo mi mano en el hombro de Nueve—. Y ahora, *todos* vamos a caminar lejos de aquí. Vamos.

Oigo el gatillo de un arma hacer clic. Nos congelamos. El camionero con las gafas de aviador blande una Desert Eagle calibre 50 en nuestra dirección. No sé todo acerca de armas, pero sé que ésta da un gran golpe. Suena bastante serio cuando pregunta:

—¿Quién de ustedes quiere morir primero?

Por supuesto, Nueve da un paso adelante, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Yo.

Levanta el arma hacia la cara de Nueve y se ríe de lo que piensa es valentía.

—No me tientes, mocoso. Matarte será el punto culminante de mi día.

—Bueno, entonces, dispara. No hay razón por la que tengamos que posponer el punto culminante de tu día. No parece conseguir muchos de ellos —dice Nueve.

Suspiro, sabiendo que todo esto va a terminar mal. Y después, habrá atención que no necesitamos.

En este momento, las cosas se empiezan a mover realmente rápido. Primero, una repentina y muy ruidosa explosión de un camión cercano sobresalta al camionero pistolero, que dispara. Nueve detiene la bala con su mente, a solo centímetros de su nariz. Con una sonrisa y una inclinación de cabeza, voltea la bala a mitad de aire y la envía de nuevo en dirección del pistolero. Éste ve que la bala va en su dirección, se da la vuelta y corre tan rápido como sus piernas le permiten.

Me volteo para mirar a Nueve. Este tipo se está divirtiendo *demasiado*. Sé lo que va a hacer y sé que es una mala, mala idea.

—No. Nueve. No lo hagas —digo, sacudiendo la cabeza, sabiendo que de todas maneras lo va a hacer.

Nueve se ríe y finge inocencia.

—¿Hacer qué? ¿Esto?

Ambos nos volteamos para ver la bala que aún está flotando donde Nueve la detuvo cerca del camionero. Suelta una carcajada alegre y envía la bala veloz tras el camionero corriendo, justo en su trasero. Se cae, gritando fuertemente. Nueve se voltea hacia los otros camioneros, incluyendo el que BK ha decidido dejar en paz en el suelo.

Lucen a punto de orinarse en sus pantalones del miedo. Nueve les sonrío y sé que aún no ha terminado de meterse en sus cabezas. Les dice a los dos camioneros:

—¿Sabes qué? Creo que ustedes dos tienen que reponer lo que hizo su grosero amigo. Esto es lo que van a hacer: van a meter las manos en sus bolsillos, *muy lentamente*, y sacarán sus carteras. Luego, les van a dar cada dólar que posean a estos chicos agradables de aquí. Ya saben, por todo el problema —dice, haciendo una seña a los autoestopistas—. No creo que quieran oír lo que voy a hacer si no cooperan. Rápido. —Ambos camioneros asienten y meten las manos dentro de sus bolsillos.

Los autoestopistas se ven completamente aturdidos por todo lo que han visto.

—Eh, gracias, amigo —dice uno de ellos.

—No hay problema —contesta Nueve cuando entregan el dinero. Las manos de todos, menos las nuestras, están temblando visiblemente.

—Solo para que sepan, nunca les prometimos dinero a ese tipo. Estaban intentando robarnos nuestro dinero. Estamos en bancarrota —dice el otro.

—Creo en ustedes y, ya no están en bancarrota —comenta Nueve, sonriendo—. Solo digamos que sé cómo es, huir por carretera. Puede ser difícil para un chico descubrir una manera de conseguir algo de dinero. —Se vuelve hacia mí para que lo confirme. Les sonrío a los chicos pero miro otra vez a Nueve para dejar en claro que estoy más molesto de lo que he estado antes. Se encoje de hombros—. ¡Espero que el próximo aventón que tomen vaya mejor! —Se voltea y empieza a caminar, y BK y yo lo seguimos.

Llegamos al coche, entramos, y arrancamos en silencio. Después de un minuto o dos, Nueve extiende una mano y enciende la radio. Tamborilea los dedos sobre el volante al ritmo de la canción.

—¿Qué *diablos* estabas haciendo allá atrás? —grito, golpeándole el hombro—. ¡Y tampoco me vengas con esa mierda de los pobres chicos pequeños y el camionero muy, muy malo! ¡Solo te estabas entreteniendo y presumiendo! ¿Y sabes qué? Nos estás poniendo a *ambos* en peligro, por no mencionar alejándonos del lugar al que necesitamos ir. ¡Vamos, Nueve! ¡Cálmate!

Nueve está agarrando el volante con tanta fuerza que sus nudillos están blancos y puedo ver que su mandíbula está cerrada tan firme que sus músculos se están moviendo nerviosamente.

—No estaba presumiendo y no me estaba entreteniendo. —Espero que continúe, que explique, pero es claro que no va a decir algo más. ¿Por qué está *él* molesto?

—¿Qué, te estabas presentando resistencia por dos humanos a los que estaban molestando? ¿Incluso después de que dijiste que los humanos no valen el tiempo ni la energía? —Se estremece cuando le arrojo esas palabras.

—No me gustan los matones. Nadie tiene el derecho de tomar o de herir, solo porque pueden. No les iba a dejar hacer eso y me aseguré muy bien de que no lo vuelvan a hacer. —Su voz es monótona. Me ve, a la expresión sorprendida de mi rostro, y vuelve a mirar el camino—. No sé por qué te ves tan sobresaltado. Soy una persona humanitaria, amigo.

Sacudo la cabeza. Cada vez que creo haber entendido a Nueve, hace algo para voltear las cosas y termina agradándome incluso más. Me encojo de hombros, recuesto la cabeza, y la volteo para mirar el paisaje mientras pasa rápidamente por la ventana.

Tamborileo con la música en el brazo de mi asiento.

—No lo sabía, eso es todo —digo.

Se relaja en su asiento y sonrío de una manera satisfecha más propia del Nueve al que estoy acostumbrado.

—Sí, bueno, ahora lo sabes, amigo. Ahora lo sabes.



CAPÍTULO VEINTISÉIS

Traducido por Valen JV

Mi cabeza está sobre el regazo de Sarah Hart, la verdadera Sarah Hart, y ella me acaricia el cabello con los dedos. Me quedo mirando el techo fijamente. Extiendo una mano y toco mi cuello. El corte que lo rodea es profundo. Quiero sentarme, pero mis costillas y rodillas heridas no me lo permiten.

Estoy humillada por la facilidad con la que fui superada por Setrákus Ra. Lo débil que fui ante su tremenda fuerza. He matado a muchos soldados mogadorianos. Les he cortado la cabeza mientras los atacaba con armas que controlaba con mi mente. Desde que recibí mis legados, siempre he estado lista para luchar, sin miedo, sin importar a qué o a quién me enfrentara. Hasta ahora. Setrákus Ra me sacudió de mi colgante como si fuera un monigote. Estaba indefensa contra él. Incluso hizo desaparecer mis legados. Tuve la oportunidad de matar a Setrákus Ra, de salvar a Lorien y terminar con la guerra, y fui aplastada como un molesto mosquito.

—¿Seis? ¿Puedes decirme si John sigue vivo? —pregunta Sarah cautelosamente—. Sé que te sientes adolorida, pero, ¿puedes decirme eso?

—Sí. Aún está vivo —susurro. Puedo sentir su suspiro de alivio contra mí.

Después de una pausa, pregunta—: ¿Estás bien?

—No estoy segura —contesto. Muevo la cabeza para poder ver los ojos cansados de Sarah. Intento sonreír. Estoy exhausta. Mis párpados ya están revoloteando cuando abro mi boca para hablar—. Él era tú, me engañó haciéndome creer que eras tú, el monstruo.

Sarah acepta esto sin ningún signo de confusión. Sacude la cabeza y aparta la mirada.

—Lo sé. Me lo mostró, hace unos días vino a mi celda. Pensé que estaba ahí para llevarme de nuevo a la habitación donde... —Deja de hablar un minuto, luego se aclara la garganta y se endereza—. Esa habitación con muchas máquinas y luces estroboscópicas. Me siento demente ahí adentro y todo duele. Es difícil de explicar. Pero no vino para llevarme a ningún lado, solo se quedó ahí de pie, sin decir nada. Luego empezó a sacudirse, como si estuviera teniendo un ataque. Comenzó a encogerse, y, ¡bam! Era como mirar un espejo. Cuando finalmente habló, no era su voz. Era la mía. Intenté golpearlo y arrancarle los ojos, pero me dio un puñetazo tan fuerte que... Bueno, la primera vez que me puse de pie fue al atraparte cuando te lanzaron aquí.

—Me siento halagada. —Intento reír, pero la risa se me queda atrapada en la garganta—. No, en serio, gracias.

—Bueno, de nada. —Me está sonriendo, y pienso que debió haber estado aterrorizada. Yo estaba más asustada de lo que jamás había estado justo ahora, y nací y me crié para hacer esto. Esta es mi vida. No es la de Sarah, ni de cerca.

—No entiendo algo. ¿Cómo sabía tanto de ti? ¿Cómo pudo engañarme durante tanto tiempo?

—Ellos lo saben todo, Seis —dice, su voz muy seria.

Lentamente empiezo a rodar fuera de su regazo, a levantarme del suelo. Intento ignorar a mis costillas rogándome que me quede abajo.

—¿A qué te refieres con todo? ¿Acerca de quién? ¿Y qué sabes *tú*, sobre todo esto? Sarah aparta la mirada.

—Lo poco que sabía, se los dije todo —dice después de un minuto—. No pude evitarlo. Me seguían llevando a esa habitación, me sujetaban con una correa, y me inyectaban drogas. Me hacían las mismas preguntas, una y otra vez; después de un tiempo mi boca se movía incluso cuando le decía que se detuviera. Simplemente no podía dejar de hablar. —Sarah se lleva las manos a la cara y solloza—. Les dije todo, repetí conversaciones enteras palabra tras palabra.

Me siento contra la pared y dejo que el dolor se extienda por mi cuerpo.

—Si John ve a Setrákus Ra y cree que eres tú, no sé qué sucederá.

De repente, Sarah suena frenética.

—¡Tenemos que salir de aquí! ¡Tenemos que detenerlo! ¿Hay alguna manera de advertir a John?

—No sé si estoy lista para salir de aquí.

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunta, aturdida.

Me tambaleo hasta ponerme en pie, agarrando mis costillas.

—Ahora que he conocido a Setrákus Ra, quiero otra oportunidad para vencerlo. Me dejó vivir, y ahora, voy a matarlo. —Esto habría sonado más letal si no estuviera balanceándome ligeramente, pero lo digo en serio desde lo más profundo de mi ser.

Sarah se pone de pie, y puedo verla bien por primera vez. Su rostro está cubierto de tierra y moretones, su cabello rubio cae lacio sobre sus hombros, pero aún se ve hermosa. La parte inferior de su suéter rojo está roto y no lleva zapatos. Ella misma se está balanceando un poco. Me mira, incrédula.

—Mírate, Seis. Estás herida. *Realmente* herida. ¿Estás consciente de lo que dices? Sería una locura que lucharas contra él sola. John vendrá; solo espéralo, por favor. Vendrá, y nos salvará, a nosotras y a Sam. Estoy segura de que lo hará.

—¿Sam está aquí? ¿Estás segura? ¿Lo has visto?

Sarah aprieta su mandíbula.

—Una vez lo arrojaron aquí conmigo. Estaba inconsciente, cortado y golpeado. Como yo. —Se le acaba la energía y su voz cae—, pero sé que ya no puedo creer todo lo que escucho o veo.

Imaginarme a un Sam ensangrentado en esta celda hace que mi estómago se apriete de la ira. ¿Qué pasó en esa cueva mogadoriana? Golpeo la pared de cemento con mi puño, y me sorprende al ver que se desconcha. Mi fuerza está regresando. No hay dolor. Mis legados están volviendo. Miro directamente a los ojos de Sarah.

—Sarah, ¿entregaste a John esa noche en el patio de recreo? Tienes que decírmelo.

Sin dudar, responde.

—Claro que no. Lo amo. Sí, estaba confundida acerca de, bueno, acerca de todo y era mucha información que asimilar, pero nunca traicionaría a ninguno de ustedes, y menos a John.

Veo sus ojos llenos de lágrimas, y sé que está diciendo la verdad.

—¿Incluso si es un alienígena, aun así lo amas? ¿No te importa?

Sarah sonríe.

—No puedo explicarlo. No puedo explicar cómo siento el amor, cómo me llena desde adentro y me hace seguir adelante, pero sé que es fuerte y hermoso y sé que es lo que siento por John. Lo amo, y siempre lo voy a amar. —Simplemente decir las palabras en voz alta la endereza; luce más fuerte y determinada.

Su convicción me conmueve. Pienso en lo que sucedió entre John y yo, el beso y todo. No amo a John como Sarah. Claramente cree que John es el único para ella, en todo el universo.

—He estado teniendo recuerdos, tú sabes, de nuestro viaje a la Tierra. Él y yo siempre estábamos peleando —digo en voz baja.

—¿En serio? —pregunta, hambrienta por cualquier cosa que pueda decirle.

—Bueno, no peleas reales, nada más que yo golpeándolo por ahí y tomando sus juguetes.

Reímos y ella toma mi mano. Siento que esté aquí por nosotros; no voy a decepcionarla. Tiene tanta fe en lo que hacemos, quiénes somos, puedo verlo en su rostro.

—Te voy a sacar de aquí, ¿está bien? Te voy a llevar con John —digo.

—Eso espero —dice suavemente.



—Y encontraremos a Sam y también lo sacaremos; luego nos reuniremos con Siete, Ocho y Diez, encontraremos a Cinco, y descifraremos todo como un equipo. —Su mano en la mía me da más fuerza, más certeza que nunca.

—Espera. ¿Número Diez? Creí que solo eran nueve.

—Hay muchas cosas que no sabes, cosas que hemos descubierto recientemente —digo, tocando el corte alrededor de mi cuello. Aún me duele, pero se siente como si ya estuviera empezando a sanarse. Me pregunto vagamente si estoy obteniendo un nuevo legado.

Sarah me abraza, pero nuestro momento es breve. La puerta se abre de repente, y una docena de soldados mogadorianos entran marchando en la habitación, con cañones apuntando a mi pecho.

—Vuélvete invisible —susurra Sarah en voz baja—. Vete.

Examino mis costillas y muevo mi cuello. Me siento mejor que hace cinco minutos. Tiene que ser suficiente.

—No. Me harté de huir.

La mujer pelirroja que vi en el jardín entra cojeando a la celda. Veo su brazo en el cabestrillo y los vendajes sobre su mejilla, y no puedo evitar desear haber sido la que le hizo eso. Cualquiera persona que se una a los mogadorianos y torture niños en un bunker secreto, merece todo lo que le pasó, y más. ¿Sabe quiénes son los mogadorianos en realidad? ¿Lo que intentan hacer? La mujer frunce sus pálidos labios y me ve fijamente.

—Entonces, ¿eres tú la que va a luchar contra Setrákus Ra?

Doy un paso adelante.

—Sí. ¿Quién eres tú?

—¿Quién soy? —pregunta, sorprendida de que me haya atrevido a preguntar tal cosa. Supongo que no está acostumbrada a que la gente cuestione su derecho de estar en un lugar, que le pidan que explique quién es.

—Sí, *tú*, imbécil. —¿Me confundió con alguien que respeta su *posición*?—. Te hice una pregunta. ¿Quién eres y por qué diablos trabajarías con *ellos*? ¿Sabes lo que van a hacer los mogadorianos? ¿Cuál es su plan? Destruirán a la Tierra, pero solo después de obtener lo que quieren. ¡Y tú no solo los estás ayudando, sino que también estás poniendo la alfombra de bienvenida! ¿Te dijeron por qué están aquí? ¿Siquiera preguntaste? —Estoy furiosa y desesperada; esta mujer tiene que escucharme. Necesita entender lo que está en juego aquí.

Su rostro permanece inalterable.



—Sé todo lo que tengo que saber. Están *aquí* porque te están buscando a ti y a tus amigos. A cambio de nuestro trabajo, nos van a ayudar en asuntos vitales para nuestra seguridad. Y te contaré un pequeño secreto: estoy ansiosa por encontrar a Número Cuatro de nuevo, y su raro amigo alienígena. Soy la primera que les disparará, y lo tomaré, con placer.

Sarah y yo intercambiamos miradas. ¿Amigo alienígena? ¿De quién está hablando? ¿John ha conocido a otro garde?

—¿Con qué cosas te ayudarán los mogadorianos? —pregunto.

—Bueno, para empezar —dice, haciendo una seña hacia el cañón de los mogadorianos— nos dan estos. Miles y miles de armas alienígenas con capacidades imposibles de crear aquí en la Tierra, a las que ninguno de nuestros enemigos tiene acceso. Con su tecnología, el Pentágono estará a años luz por delante de cualquier otro ejército en la Tierra. Seremos invencibles. —Estoy asqueada y me aseguro de mostrarlo—. Setrákus Ra nos ha estado proveyendo iridio, un químico que es increíblemente raro en la Tierra, y hemos hecho grandes avances científicos con él que le harán billones de dólares a este país. Además, el gobierno de los Estados Unidos está muy interesado en encontrar otros planetas en el que se pueda desarrollar la vida, y los mogadorianos ya han compartido información acerca de eso. —Cuando deja de hablar, se balancea, y se cruza de brazos desafiante.

—¿Te dijeron lo que hacen cuando *ellos* encuentran otros planetas con vida? Te diré lo que hacen. Los destruyen —grito en su rostro—. Esta vez, elegiste el lado equivocado. Mis amigos y yo estamos intentando detenerlos.

—Suficiente. Tu presencia es solicitada por Setrákus Ra. Por aquí. Ahora. —La mujer se mueve a un lado para dejarme pasar.

Sé que podría derribar a esta mujer y a todos estos soldados, pero eso solo atrasaría llegar a lo que de verdad quiero: derrotar a Setrákus Ra.

—Por muy tentador que sea matarlos en este momento, creo que te dejaré para Número Cuatro y su raro amigo alienígena —me burlo—. Si Ra quiere hacer esto ahora, vamos. —La empujo a un lado y salgo de la celda.

—¡Seis! —grita Sarah detrás de mí—. ¡Por favor, ten cuidado!

Camino por el pasillo con mi enemigo flanqueándome. Caminamos por vestíbulos, a través de bastantes puertas, y después de varios minutos, estoy de pie dentro de una habitación enorme. Es lo suficientemente grande para que quepa un ejército de tanques. También es lo suficientemente grande para una pelea épica.

La puerta se cierra y oigo que le pasan el seguro. Ahora está tan oscuro que apenas puedo ver a más de medio metro por delante de mí, mucho menos el otro extremo de

la habitación. Camino hacia lo que creo es el centro de la sala, poniendo a prueba mi telequinesis mientras voy levitando sobre el suelo. El dolor que sentía más temprano ha desaparecido. Cuando creo que estoy en el medio de la habitación, cierro los ojos y me volteo, sintiendo el aire con mi mente. Siento que hay aproximadamente dos docenas de seres entrando silenciosamente al lugar. Estoy decepcionada. Quería que esto fuera uno contra uno.

Cuando abro los ojos, casi se han acostumbrado a la oscuridad. Desearía tener el legado de Marina y ser capaz de ver en la oscuridad, pero puedo distinguir lo suficiente por ahora. Hay soldados mogadorianos alineados contra la pared posterior. Están usando andrajosos mantos y botas negras, y llevan una espada amarradas alrededor el cuerpo. Son más grandes que la mayoría de los mogadorianos con los que he luchado antes, pero sé que puedo matarlos con la misma facilidad. Una puerta se abre detrás de mí, y entra otra docena de soldados.

—¡Oye! ¿Qué es esto? ¡Setrákus Ra! —grito al techo, dando la vuelta para asegurarme de que todos los mogadorianos puedan verme y sepan que no tienen a cualquier humana cobarde aquí—. ¡Creí que querías luchar conmigo! —Una sección de la pared explota en el fondo de la habitación, y el líder mogadoriano aparece. Los tres colgantes lorienses se balancean en su grotesco cuello. Planeo recuperarlos todos.

Setrákus Ra abre los brazos y grita—: ¡Primero tienes que ganarte ese derecho!

Supongo que esta es la orden para atacar, porque de repente, los soldados dejan salir un grito de batalla, y se lanzan en mi dirección. Comienzo a mi derecha y empiezo a matarlos, uno a uno.



CAPÍTULO VEINTISIETE

Traducido por K_ri^^

Viento, arena caliente, calor sofocante y un terrible dolor de cabeza, me dan la bienvenida en nuestro siguiente destino. Trato de protegerme los ojos del sol cegador mientras yazco de espalda, recuperándome. Bienvenida a Nuevo México.

—Oh, sí —gime Ocho, pero parece satisfecho—. Lo logramos.

Sonríó pero no me muevo y le doy tiempo a mi dolor de cabeza para que disminuya antes de intentar moverme.

—¿Eli? —la llamo.

—Aquí estoy, Marina —me responde—. ¡Mira donde estamos! ¡Nuevo México!

—Por fin. ¿Podrías tratar de comunicarte con Seis de nuevo?

—Ya lo hice. No hubo suerte.

Me pongo de pie lentamente. Ocho tiene las manos y rodillas hundidas en la arena de la parte baja de la duna, respirando agitadamente. La teletransportación parece haberle afectado más severamente de lo que lo hizo el último par de veces. Eli tiene la mano en la parte posterior de su cuello. Los dos cofres cayeron cerca. Giro 360 grados y todo lo que veo es arena en todas direcciones, arena y más arena. Y ocasionalmente un cactus.

—¿Por dónde deberíamos ir?

Eli y Ocho trepan por la duna y se ponen de pie junto a mí. Después de un minuto, Eli señala al norte y dice—: ¡Mira! Seis dijo algo acerca de morir en un desierto con montañas.

Bizqueando, puedo ver hacia dónde está apuntando. Los contornos borrosos de las montañas se ondulan por la niebla de la tarde.

—Entonces, ahí es adonde vamos —dice Ocho—. Podremos cubrir la distancia con saltos cortos una vez que mi teletransportación vuelva. Por ahora, caminaremos.

Recogemos los cofres y nos dirigimos al norte.

—Eli —digo— tienes que seguir intentando contactar con Seis. Si no puedes contactarla, tal vez puedas intentarlo con Cuatro, o incluso probar con uno de los otros, Cinco o Nueve. —Perdimos mucho tiempo solo para llegar aquí; tal vez Eli pueda encontrar algo que nos ahorre un poco de tiempo.



Nueve examina el mapa en la pantalla que puso en medio del volante. Mira a su alrededor hacia el desierto infinito que nos rodea. El GPS del coche ha captado un túnel subterráneo cercano, ahora solo tenemos que encontrar la entrada. Al pulsar el triángulo verde en la tablet, noto que estamos a solo un kilómetro o dos de la nave.

Presiono el círculo azul y grito—: ¡Nueve! ¡Ya están aquí!

—¿Quién está aquí? —pregunta Nueve, buscando en el horizonte.

—Los otros tres puntos azules. ¡Están aquí en Nuevo México! —Nueve arranca la tablet de mis manos y deja escapar un grito fuerte.

—Santa mierda, hermano. Esto esta realmente a punto de suceder. —Me mira, sus ojos brillan.

—Creo que este es, el comienzo del fin. —He esperado mucho tiempo la oportunidad para finalmente hacer lo que tenemos que hacer, pero crece en mi el sentimiento de que esta va a ser la lucha de nuestras vidas.

—Justo aquí, *es* cuando nos ponemos a la altura de las circunstancias —dice Nueve—. Tendrás que pelear más fuerte de lo que lo has hecho, Cuatro. Tendrás que ser una bestia. ¿Y yo? Le arrancaré la cabeza a Setrákus Ra, la envolveré y la enviaré de vuelta a Mogadore con un gran moño rojo. Y después Lorien renacerá de sus cenizas. —Su voz tiembla de emoción, con toda la ira y lucha acumulada que ha estado cargando consigo mismo.

Bernie Kosar ladra desde el asiento de atrás y Nueve se voltea para mirarlo con una sonrisa.

—Tú también, BK. Tú, mi amigo, patearas varios traseros importantes.

Me imagino lo que sentiré al encontrarme con todos los miembros de la garde, algo que no he dejado de hacer por mucho tiempo. Miro por encima del horizonte. Mi mente está clara y abierta a todas las posibilidades. Se siente bien. Y es entonces cuando oigo el débil eco de la voz de una chica dentro de mi cabeza. Es suave y se escucha interrumpida, como una mala señal de radio al principio, pero se vuelve más clara.

¿Cuatro? ¿Número Cuatro? ¿Puedes oírme?

—Sí, ¡sí! ¡Puedo oírte! —le grito en voz alta, meciendo mi cabeza de atrás para adelante—. ¿Quién eres? ¿Dónde estás?

Nueve me mira, confundido.

—Eh, amigo. *Espero* que puedas oírme. Estoy aquí.

—No es a ti. Escuché a una chica. ¿La oíste? Una chica me estaba hablando.

¿Número Cuatro? Soy Número Diez. ¿Puedes oírme? Esto puede ser inútil, no sé si estoy hablando con alguien. Tal vez nunca podré resolver esto sin Crayton.

—Ahí está otra vez —le digo con entusiasmo. Nueve me mira como si hubiera perdido por completo la cabeza—. ¡Nueve! ¡Ella acaba de decir otra cosa! ¿La oyes? ¡Dijo que es la Número Diez! Creo que está en mi cabeza de alguna manera.

—¡Número Diez! ¡El bebé de la segunda nave! ¡Bueno, no te quedes ahí sentado mirándome! ¡Habla de nuevo con ella, idiota!

Es fácil para él decirlo. Ella no sabía si estaba funcionando, supongo que se trata de un nuevo legado en manifestación, ¡para los dos! Se necesita entrenamiento para saber cómo hacer que un legado funcione cuándo y cómo quieras que lo haga. Sé que no tenemos mucho tiempo como para perderlo averiguándolo. Tomo una respiración profunda y bloqueo el ruido en mi cabeza y a mí alrededor, y me concentro. Trato de recrear la sensación que tenía hace unos minutos justo antes de escuchar la voz. Me siento tranquilo, abierto, y de alguna manera. . . conectado.

Puedo oírte, trato de decir en mi cabeza. Nada. Espero un momento y vuelvo a intentarlo. ¿Número Diez?

¡Número Cuatro! ¿Puedes oírme?

—¡Ella me escuchó! —Me río en voz alta y miro a Nueve, victorioso.

—Dile que estamos a punto de viajar a la ciudad y salvar el día —dice Nueve—. Dile que pasaremos a recogerla en nuestro camino a Lorien, donde quiera que esté.

¿Dónde estás?, La oigo preguntar. Estoy con Siete y Ocho en el desierto de Nuevo México. Estamos tratando de encontrar y rescatar a Número Seis.

—¿Qué está diciendo? —grita Nueve. Sé que se está volviendo loco por no poder escuchar nuestra conversación, pero no puedo hablar con él ahora. Tengo que concentrarme en escuchar la voz de Diez, para responderle.

¿Qué quieres decir? ¿Dónde está Seis? Estamos en Nuevo México, también. Estoy con Nueve y estamos en el desierto en busca de una base subterránea.

Miro a las montañas.

—Tenemos que encontrar ese túnel, rápido —le digo a Nueve.

—¿Dijo dónde están?

—Acaba de decir que está aquí, en el desierto, con Siete y Ocho y que están tratando de rescatar a Seis. Ellos deben ser lo que hemos visto aparecer antes en el mapa. Sé que no debería preocuparme, si alguien puede cuidar de sí misma, es Seis; pero aun así... estoy preocupado.

—Ella tiene que estar dentro de Dulce. Vamos a buscarla. —Los dedos de Nueve vuelan sobre la pantalla. Los colores del mapa cambian y parece estar explorando el área, por último hace zoom sobre el tronco de un cactus que está aproximadamente a



cuatrocientos metros de distancia de donde nos encontramos. Debajo puedo ver la silueta de un túnel subterráneo.

—¡Já! Buen intento, furtivos cabrones del gobierno. ¡Dile a Número Diez que traiga su trasero para acá!

Diez, ¿puedes decirme dónde estás? Encontramos un túnel para entrar en la base donde creemos que tienen a Seis. Estamos en un coche marrón, avanzando por un camino lateral.

Después de una pausa, ella dice: *Podemos teletransportarnos. ¿Cómo te encontramos?*

—No saben cómo encontrarnos —le informo a Nueve.

—¿Tal vez podamos enviarles una señal? ¡Maldita sea! ¡Deberíamos haber traído ese lanzacohetes! —Golpea el volante con la palma de la mano y se queda mirando por la ventana, sacudiendo la cabeza.

—No necesitamos un lanzador de cohetes. —Me doy cuenta, y salgo del coche. Extiendo mis palmas hacia el cielo azul y enciendo mi lumen, balanceando los rayos de luz de un lado al otro.

Busca los rayos de luz en el cielo, le indico a Diez. No oigo nada por un minuto. Espero que no hayamos perdido nuestra conexión.

¡Los vemos!, dice Diez finalmente.

—Están en camino— grito hacia el coche, manteniendo mi lumen en el aire. Quiero darles tanto tiempo como sea posible para que vean exactamente dónde estamos—. Solo tenemos que ser pacientes.

—Lo intentaré —dice Nueve, estudiando la pantalla en el volante de nuevo, pero ya está empezando a temblar—. Hombre, ¡no puedo creer que los hayamos encontrado!

Finalmente apago mi lumen y subo de nuevo al coche. Casi no puedo creer que este momento haya llegado, que estemos a punto de cumplir el destino que los ancianos diseñaron para nosotros. Estamos a punto de reunirnos para derrotar a los mogadorianos y resucitar a Lorien de su hibernación.

De repente, oímos el inconfundible ruido de un helicóptero.

—Eh, ¿Johnny? —dice Nueve—. No hay manera de que estén llegando aquí en helicóptero, ¿verdad?

—Mierda —le digo. Bernie Kosar salta a mi regazo, y pone sus patas delanteras en la puerta para mirar por la ventana. Los tres vemos varios helicópteros surcando el cielo desde el horizonte brumoso. El grupo de helicópteros avanza y se detiene flotando directamente encima de nosotros. Uso mi mente concentrándome en el que está frente a nosotros, enviándolo de vuelta en espiral por dónde vino. Luego lo llevo hacia abajo, con tanta fuerza que no va a elevarse pronto.

—Deben ser los federales. Me están poniendo de los nervios, casi tanto como los mogadorianos. ¡Deben de haber estado buscándonos y vieron las luces! —grita Nueve.

La torreta de armas de fuego aparece en el toldo del coche. Nueve apunta, y entonces dispara tiros de advertencia a la derecha y luego a la izquierda de los helicópteros restantes. Tan pronto como deja de disparar bajan un poco más, flotando justo por encima de nosotros. Estoy a punto de deshacerme de otro con mi telequinesis cuando Nueve deja escapar un grito.

—Echa un vistazo al camino —dice. Miro a mi izquierda y veo una enorme nube de polvo que se levanta de una larga fila de vehículos negros. Bernie Kosar ladra y araña la puerta. La abro y se transforma en un enorme halcón y se eleva hacia el cielo. Corro por la cabina de nuestro coche y lo abro con un golpe de mi puño. Deshago uno de los paquetes y saco cuatro rifles automáticos, dejando caer dos junto a la puerta de Nueve. Los disparos ya están saliendo desde los lejanos vehículos, subo al toldo del coche y apunto mientras Nueve continúa disparando a los helicópteros que se acercan. Por el rabillo del ojo, veo a Bernie Kosar a lado de un helicóptero. Tiene a uno de los pilotos en sus garras. Los tira usando su poderoso pico para arrancar el cinturón de seguridad que lo sostiene al asiento. Cuando el piloto está libre, BK lo deja caer sobre la arena. Su helicóptero cae y estalla en llamas por el impacto. La caravana de coches negros se desvía rodeando los restos y yo mantengo presionado el gatillo de mis dos pistolas, logrado sacar las llantas delanteras de los dos primeros coches. Esto no detiene el convoy, pero al menos lo ralentiza.

Los helicópteros se dispersan en el cielo y vienen a nosotros desde diferentes ángulos. Los montículos de arena explotan a nuestro alrededor. Un helicóptero vuela directamente sobre mi cabeza, y ruedo fuera del camino de la línea de fuego.

Me esfuerzo por despejar mi mente. No es fácil, pero le estoy cogiendo el truco a lo que se necesita dentro de mi cabeza para comunicarme. Puedo tomar unas cuantas respiraciones profundas y calmar mi mente.

¿Número Diez? ¿Dónde están? Estamos bajo ataque.

Podemos escucharlo, dice. Ya vamos.

Sus pensamientos están en calma, con un dejo de preocupación. Se siente bien el solo escucharla, pero también saber que otras personas están en camino.

Me desplazo y veo dos helicópteros negros a la izquierda y yendo en dirección opuesta, disparando misil tras misil contra un nuevo objetivo. ¡Esos tienen que ser ellos! Solo puedo redirigir tres de los misiles, pero alguien más desvía el resto.

—¡Diez y los demás están cerca! —le grito a Nueve por la ventanilla del conductor.

Lo siguiente que sé es que la torreta delantera explota, enviando metal caliente sobre mi cabeza. Ruedo del toldo del coche justo antes de que sea dividido en dos por una nueva granizada de balas.

Nueve salta del coche y toma los dos rifles que puse en la arena junto a su puerta.

—Parece que tenemos una verdadera batalla en nuestras manos. He estado esperando esto *toda mi vida*.

El círculo de helicópteros regresa y la larga lejana y línea de vehículos forma un frente unido. Nueve levanta la mano y el camión negro sale de repente por los aires como un cohete hacia el espacio exterior. Nueve voltea la mano y el coche vuelve a caer. Podemos escuchar los gritos de los hombres desde donde estamos. El coche se detiene justo antes de tocar el suelo, y luego golpea con fuerza. Vemos salir a los hombres y con las piernas temblorosas buscan un sitio para correr. Al sonido del impacto, Bernie Kosar, aún en forma de halcón, cae en picada y aterriza detrás del coche atravesado en el camino, y se transforma en una bestia. Los vehículos de arrastre se desvían hacia el desierto para evitarlo, algunos giran rodeándolo completamente. Bernie Kosar ruge.

Nueve se agacha en el asiento trasero del coche y lanza nuestros cofres a la arena. Abre el suyo, y saca la cadena de piedras verdes y el tubo de plata, y mientras trota hacia atrás, hacia el caos, me grita—: Tú espera a los demás. ¡BK y yo volveremos!

—¡No te vayas a divertir demasiado! ¡Y asegúrate de no explotar la entrada de la base militar! —le respondo a gritos.

Un helicóptero se mueve a mi derecha, y justo cuando tiro de su nariz con mi mente, algo rasga mi pierna izquierda. Caigo de cabeza a la arena, cegado por el dolor. Se siente demasiado familiar y ruedo por el suelo gritando a todo pulmón. Sé lo que esto significa: una cicatriz se está quemando en mi pierna. Otro miembro de la garde ha muerto.

Todo se detiene. El pensamiento de que otro de nosotros haya muerto recorre mi cuerpo y siento un dolor tan profundo que me paraliza y siento como si me estuviera hundiendo en la arena. Hay un soldado menos para vengar Lorien, un soldado menos para luchar y salvar a la Tierra y a todos los seres vivos en ella. Dos misiles chocar contra nuestro coche, volándolo en pedazos.

Una lluvia de disparos cae sobre mí y justo a tiempo, mi brazalete se expande en un escudo. Tomo un poco de consuelo en el hecho de que mi herencia esté en sintonía con los peligros a los que me enfrento, aunque no sé por qué no me protegió de la primera embestida de los disparos. Las balas están golpeando estrecha y constantemente. Cuando por fin logro examinar la nueva cicatriz alrededor de mi tobillo, me sorprendo

al ver dos enormes heridas de bala en su lugar. No sé por que estoy tan feliz de estar herido y sangrando; estoy tan aliviado de que no haya sido otra cicatriz que ni siquiera me preocupa el que mis manos estén cubiertas de sangre. Al aplicar presión para detener el sangrado, el desierto está extrañamente en silencio. Mi brazalete se retrae.

Me las arreglo para voltearme y mirar hacia arriba. De pie sobre mí hay tres adolescentes. El chico es alto y moreno con el pelo negro rizado y las dos chicas tienen cofres lorienses. Inmediatamente, reconozco al chico de mis visiones. Él asiente con la cabeza y sonrío, diciendo—: Me alegra verte de nuevo, Número Cuatro. Soy Ocho.

Antes de que pueda responder, él desaparece.

Una de las chicas es pequeña con el pelo castaño y rasgos diminutos. No parece tener más de doce años, y sé que debe ser Número Diez, la garde de la segunda nave. Deja caer el cofre y se arrodilla a mi lado. La otra garde, una chica alta de cabello castaño hasta los hombros, pone su cofre en el suelo y, sin decir una palabra, se arrodilla a mi lado también y pone ambas manos sobre mis heridas. Un escalofrío se precipita sobre mí y mi cuerpo se convulsiona en el suelo del desierto. Justo cuando creo que estoy a punto de desmayarme por el dolor, éste desaparece. Miro mi tobillo y observo que mis heridas están completamente curadas. Es increíble. La chica se levanta, me ofrece su mano y me pone de pie.

—Es un tremendo legado ese que tienes ahí —me las arreglo para decir.

—John Smith. —Ella me mira y parece un poco deslumbrada—. Después de todo este tiempo, no puedo creer que estés aquí de pie frente a mí.

Estoy a punto de responder, pero por encima de su hombro veo que viene un misil aullando hacia nosotros. Tiro a las chicas al suelo, caigo encima de ellas y una duna detrás de nosotros entra en erupción como un volcán, enviando una gran nube de arena sobre nuestras cabezas. Cuando se disipa, Ocho vuelve a aparecer junto a nosotros.

—¿Todo bien aquí? ¿Todo el mundo esta listo para pelear? —pregunta.

—Sí, estamos bien —dice la chica más alta, señalando mi pierna. Diez había dicho que estaba con Siete y Ocho, por lo que ella debe Número Siete. Antes de que pueda presentarme correctamente, Ocho desaparece por segunda vez.

—Él puede teletransportarse —informa Número Diez, sonriendo ante mi expresión de asombro. Me cuesta creer que varios de nosotros estamos por fin juntos. Le sonrío.

A lo lejos, veo a Ocho de nuevo, luchando junto a Bernie Kosar y a Nueve. Causan estragos en cada vehículo que se aproxima, voltean y desactivan el pesado equipo militar como si fueran juguetes baratos de plástico. El tubo rojo de Nueve corta la parte inferior de un helicóptero que volaba bajo. Ocho se teletransporta al lado de un

Humvee⁹ negro y le da vuelta con las manos. Dos helicópteros se balancean bajo y chocan en una bola de fuego.

Un nuevo sentido de urgencia se apodera de mí y deseo ir por Seis tan rápido como pueda.

—Así que supongo que son Siete y Diez; ¿qué es lo que pueden hacer? —les digo mientras recupero mi rifle de la arena y pongo una pistola en la mano de cada una.

—Puedes llamarme Marina —dice la chica de pelo castaño—. Y puedo respirar bajo el agua, ver en la oscuridad y curar a los heridos. Y tengo telequinesis.

Llámame Eli, oigo la voz de Diez en mi cabeza. Aparte de mi telepatía, puedo cambiar las edades.

—Asombroso. Soy Cuatro, el demente de pelo largo negro es Nueve, y la bestia es mi chimæra, Bernie Kosar.

—¿Tienes una chimæras? —pregunta Eli.

—No sé lo que haría sin él —le digo. Lo que queda de la brigada finalmente se separa, y una docena de vehículos rebota fuera de la carretera y comienza una carrera hacia nosotros. Una pequeña nube de humo sale por la parte superior de uno de los vehículos, y se enciende el cohete que disparó. Solo lo detengo con mi mente, estrellándolo en una duna de arena. Las otras camionetas y SUV's siguen avanzando a exceso de velocidad.

Empiezo a recoger los pedazos del coche destruido de Nueve y comienzo a estrellarlos contra la brigada que se aproxima. Lanzo llantas, puertas, incluso un asiento destrozado hacia ellos. Marina hace lo mismo, y somos capaces de detener a tres o cuatro vehículos. Aun así, hay media docena o más con que lidiar.

De repente, Ocho, Nueve y BK aparecen frente a nosotros. Ocho suelta la mano de Nueve y extiende su mano para estrechar la mía.

—Número Cuatro.

—No tienes idea de lo felices somos de que estén aquí —le digo.

Nueve estrecha las manos de Diez y Siete, y dice—: Hola, chicas. Soy Número Nueve.

—Hola —dice Diez—. Puedes llamarme Eli.

—Soy Número Siete, pero puedes llamarme Marina —ofrece.

Me gustaría que hubiera tiempo para hablar con estas personas que he esperado tanto tiempo por conocer, escuchar sus historias, saber dónde se han estado

⁹ El Humvee o HMMWV (High Mobility Multipurpose Wheeled Vehicle) es un vehículo militar multipropósito que posee tracción en las cuatro ruedas. [N. de la T.]

escondiendo, conocer sus legados, y lo que hay en sus cofres, pero vienen más helicópteros en el camino.

—No podemos quedarnos aquí y defender este pedazo de desierto para siempre —les digo—. ¡Tenemos que ir por Seis!

—Saquemos a estos chicos malos —dice Nueve, señalando la nube que se aproxima—. Y entonces podremos encontrar a Seis y seguir adelante con ella.

Todos nos giramos para ver lo que se aproxima. Varios helicópteros nuevos salpican ahora el cielo. Miro a mi compañeros garde, y cada uno parece estar listo para pelear. Nunca hemos estado tantos juntos, nunca antes lo creí posible. Después de todo esto, nunca nos separaremos de nuevo.

—Solo siguen llegando —digo—. Deberíamos ir por Seis.

—De acuerdo, Johnny. El túnel está por ahí —informa Nueve, señalando detrás de nosotros—. Me quedo en la retaguardia para hacer frente a cualquier cosa que necesite tratarse. Ya sabes, apretar uno cuantos cuellos, sacudir un poco las cosas.

Los que tenemos cofres los cogemos. Tomo la delantera, en la dirección que Nueve señaló. Busco trampas y las muevo hacia el cactus de la entrada. Siete y Ocho me pisan los talones, y Diez esta cerca tras ellos. Hay un flujo constante de disparos de armas tras nosotros, mientras Nueve hace lo suyo. Suena como si estuviera teniendo una fiesta, mientras aúlla y grita. Solo él lo consideraría divertido.

Tomamos ritmo y no dejamos de correr hasta llegar al cactus. Nueve lanza disparo tras disparo alegremente, mientras que Ocho y yo tratamos de hacer frente a la planta espinosa, que es lo único que se interpone entre nosotros y el lugar donde retienen a Seis. El mapa mostraba que el túnel está justo donde se encuentra el cactus.

Finalmente, nos las arreglamos para hacerlo estallar en pedazos usando nuestra telequinesis. Bajo él hay una puerta gruesa de color marrón con un mango de metal en el centro. Mientras estoy allí, mirando a la entrada del túnel, con un garde a cada lado, recuerdo lo que Nueve dijo antes: "He estado esperando esto toda mi vida." Hemos estado esperando por esto, esperando por el momento de encontrarnos, para que los nueve nos alzáramos y defendiéramos el legado de Lorien en contra de los mogadorianos. Al final resultó que no pudimos ser los nueve, pero sé que los seis que quedamos, así como la Número Diez, haremos lo que sea para sobrevivir a lo que esté por venir.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Traducido por K_ri^^

Un enorme mog arremete contra mí, con una reluciente espada. Me agacho esquivando la hoja y lo golpeo en la garganta con el puño. Deja caer su arma, jadeando en busca de aire. Tan pronto como el metal toca el suelo, tomo el arma y lo decapito. Una nube de ceniza me engulle junto a otros tres atacantes. La ceniza me oculta. Me agacho, cortando a la altura de las rodillas las piernas de los mogs tan pronto se van acercando. Cuando me levanto, otro enorme mog trata de atraparme por detrás. Con un salto me pongo tras él, atravesándolo con mi espada tan pronto toco el piso. Doy un paso a través de la nube de cenizas solo para encontrarme rodeada de una docena más. No veo a Setrákus Ra.

Me vuelvo invisible. Después de atravesar otra ronda de mogs, busco de nuevo a Setrákus Ra. Lo veo en el otro extremo de la habitación y no lo dudo. Corro hacia él. Más mogs aparecen, pierdo la cuenta de tantos que son. Los dejo a todos en un montón de polvo. Cuando estoy aproximadamente a nueve metros de Setrákus Ra, él levanta el puño y lo apunta hacia mí, es casi como si pudiera verme. Unas descargas azules de electricidad salen de su mano y crujen a través del techo de la habitación y siento como me vuelvo visible. Una vez más, me ha quitado mis legados. Sabía que esto podía pasar, pero siento una punzada de pérdida de todos modos. Aun así, estoy lista para lo que tenga para mí.

Los soldados mogs vienen por mí de todos lados, pero yo sigo avanzando hacia Setrákus Ra. Cuando un mog obstaculiza mi avance parándose frente a mí, estrello mi espada en su cuello. Otro me agarra por detrás y le corto el brazo. Otro viene gritando hacia mí y hundo mi espada en su ombligo. En este punto, estoy tan concentrada en rebanar el cuello de Setrákus Ra, que apenas noto cuando mato a los mogs.

Lo siguiente que sé, es que está justo a mi lado y me agarra del cuello. Me levanta con una mano hasta que mis pies quedan colgando y una vez más, nuestros rostros están a solo unos centímetros de distancia.

—Luchas bien, pequeña. —Me respira en la cara. Me estremezco por el hedor.

—Devuélveme mis legados y verás lo bien que lo hago. —Mi voz suena estrangulada.

—Si fueras tan fuerte como crees que eres, no hubiera sido capaz de acercarme tanto, en primer lugar.

200

—¡No me vengas con eso, cobarde! Si estás tan seguro de que puedes ganarme, ¿por qué no lo haces? Muéstrame lo grande y fuerte que eres. ¡Devuélveme mis legados y pelea como un hombre! —grito.

Su voz resuena cuando grita—: ¡Tú usarás tus poderes, y yo usaré los míos!

Me lanza de nuevo al centro de la habitación, pero apenas noto el dolor del impacto cuando caigo al suelo. Mi espada tañe y resbala por el suelo lejos de mí. Un soldado me lanza su espada girando a gran velocidad. Mi primera reacción es tratar de detenerlo con la mente, pero mis legados aún no han vuelto. Sin embargo, mis reflejos y mi resistencia aún están conmigo, al igual que toda mi fuerza. Voy a matar Setrákus Ra, con o sin mis poderes. Extiendo los brazos y las palmas de las manos a la hoja que se aproxima, atrapándola a centímetros de mi barbilla. Un segundo después, me doblo por la cintura y, mientras caigo sobre mi espalda, giro la espada entre mis manos y la hundo en el mog que me ataca. Estoy cubierta por un montón de cenizas antes de caer al suelo. Llegan más mogs. Estoy destruyéndolos con sus propias armas y la justicia en eso es increíble. Me siento más fuerte con cada mog que reduzco a la nada y también estoy más enfadada. Si tengo que pasar a través de cada mog en la Tierra para llegar a Setrákus Ra, lo voy a hacer.

Setrákus Ra está de pie, observando el espectáculo. Ruge tan fuerte que puedo sentir las vibraciones en mi pecho. Mis años de entrenamientos me encausaron para llegar a este momento. Solamente me sentiría más fuerte si el resto de los garde estuvieran aquí, tendríamos que luchar juntos contra él. Me sacudo el pensamiento. Voy a hacerlo por todos nosotros.

Después de despachar al último soldado, Setrákus Ra se mueve hacia el centro de la habitación. Se estira para tocar su espalda y saca un enorme látigo de dos puntas que se estrella contra el suelo. Se ilumina con llamas naranjadas.

Ni siquiera me inmuto. No hay nada que pueda hacer para asustarme o detenerme ahora. Corro hacia delante, gritando—: ¡Por Lorien!

Tira un latigazo por encima de mi cabeza, enviando un espeso manto de llamas sobre mí. Me tiro al piso y ruedo en dirección a sus pies. Mientras esquivo la bota que intenta pisarme, observo varias cicatrices alrededor de sus tobillos. Las reconozco, pero no tengo tiempo para pensar si hay una conexión entre sus cicatrices y las mías.

Mi espada se desliza por su pantorrilla justo por encima de la cicatriz más grande en su pierna izquierda y luego me pongo de pie. La marca que le hice inmediatamente se endurece y se desvanece formando otra cicatriz. Es absolutamente inmune a la herida, ni siquiera cojea al dar un paso.

Chasquea el látigo hacia mí otra vez y trato de cortar una de sus dos colas, pero cuando las llamas tocan mi espada, la hoja se funde. Le lanzo los restos de la espada. Levanta la mano y detiene el arma en el aire. Gira y extiende sus dedos produciendo destellos, la hoja fundida regresa a la empuñadura y es una espada reluciente otra vez. Él sonrío y la deja caer al suelo.

Me arrastro por la espada, pero cuando llego a tocarla, el látigo se encaja en la parte superior de mi mano derecha. Me escoce y abre la piel y, en vez de sangre, una sustancia espesa y negra aparece en la herida. Lo veo y sé que debería sentir un dolor increíble, pero estoy entumecida. Me tambaleo hacia adelante y finalmente me apodero de la espada. Arma en mano, me giro de nuevo para enfrentar al líder mog, pero en este momento algo está terriblemente mal con mi mano. No se mueve.

Setrákus Ra agita su látigo nuevamente, salto fuera de su camino, me pasa de largo dejando un rastro de llamas a su paso. Cuando levanta el brazo para tirar el látigo por encima de su hombro otra vez, veo una oportunidad y la tomo. Sosteniendo la espada en mi mano izquierda, me precipito hacia él y la sumerjo profundamente en su caja torácica. Tiro hacia abajo, desgarrando su piel cerosa hasta que la espada sobresale de la parte inferior de su torso. Caigo de espaldas, mirándolo a los ojos y esperando desesperadamente haberle asestado el golpe final, dando por terminada la guerra.

No hubo suerte. Aunque Setrákus Ra por primera vez hace muecas, en lugar de convertirse en un montón de cenizas, tan solo se agacha y saca la espada de su cuerpo. Examina la hoja, admirando su espesa sangre negra goteando de ella; luego pone la hoja en su boca y la muerde, rompiéndola por la mitad, y la deja caer al suelo. Es como si estuviera jugando conmigo. ¿Qué está pasando? Me pongo de pie, calculando rápidamente cuál debería ser mi próximo paso. Paso uno: evitar a Setrákus Ra el tiempo suficiente para averiguarlo. Más que nunca, deseo que los garde estuvieran conmigo.

¿Eli? ¿Puedes oírme?

Nada.

Sigo alejándome de Setrákus Ra, tratando de poner más distancia entre nosotros para darme una oportunidad de contratacar; ahí es cuando me doy cuenta de que mi mano derecha comienza a hormiguear. Miro hacia abajo y veo que la piel alrededor de la herida que produjo el látigo se ha vuelto negra. A medida que observo, la decoloración se extiende a los nudillos y uñas, y en cuestión de segundos, mi mano derecha está negra hasta la muñeca. La sensación de hormigueo desaparece. Mi mano se siente increíblemente pesada, como si fuera de plomo.

Miro a Setrákus Ra. La cicatriz púrpura de su cuello comienza a palpar con una luz brillante.

—¿Estás lista para morir? —me pregunta.

¿Eli? Si vas a venir, ahora es el momento. De hecho, es ahora o nunca.

Deseo tanto oír su voz en mi cabeza diciéndome que ella y los otros están justo fuera de la puerta. Deberíamos estar juntos, luchando contra Setrákus Ra con nuestros legados, los regalos que los ancianos nos otorgaron, hasta que no quede nada de él, sino una inútil e impotente pila de cenizas, como en las que se han convertido todos los demás mogs. En cambio, estoy aquí sola, con mi mano herida e inútil, jugando al gato y al ratón con Setrákus Ra; y él está aquí de pie, frente a mí, con un látigo de fuego en la mano, después de haber vuelto inútilmente mis legados, jugando conmigo. *¿Qué está pasando?*

Doy una mirada en torno al desierto, y luego tomo la perilla de la puerta marrón y le doy un giro. Después de toda una rotación, decido acelerar las cosas y simplemente sacarla de sus goznes. Una escalera de acero se adentra en un agujero negro.

—Puedo ver en la oscuridad —se ofrece Marina—. Yo iré primero.

Me hago a un lado para dejarla pasar.

Marina desciende por la escalera en la oscuridad y desaparece de la vista. Ocho lanza su cofre hacia abajo después de ella.

—Son como seis metros hasta abajo. Parece que hay un largo túnel —sugiere Marina—. Todo está despejado por ahora. No veo a nadie.

Nueve mira a Eli y dice—: Las damas primero. —Ella empieza a bajar la escalera, y cuando desaparece, Nueve sonrío y me dice—: Bueno, eso está bien, pero me refería a ti, Cuatro.

Niego con la cabeza hacia él, que no es nada sino consistente. Hace un gesto para que sea el siguiente.

—Sabes que te quiero, hermano. Entra ahí.

Usando telequinesis, dejo que Bernie Kosar baje primero, de nuevo en su forma de Beagle, luego sostengo mi cofre debajo del brazo y torpemente bajo usando solo la otra mano. Está húmedo y frío al interior del túnel. Delante de mí, puedo oír a Eli y a Marina caminar y a las garras de BK chasqueando sobre el cemento. Enciendo el lumen en mi mano libre y recorro el túnel de concreto durante unos segundos, consiguiendo orientarme.

Uso mi lumen para iluminar la distancia entre nuestra ubicación y una brusca curva muy por delante, y luego lo apago.

—Marina, puedes ver hacia donde vamos, ¿no?

Ocho y Nueve se han puesto tras nosotros. Ella asiente con la cabeza y todos empezamos a seguirla por el pasillo oscuro. No hemos llegado muy lejos cuando estoy a punto de chocar contra Eli, quien se detiene en seco.

—¡Oh, no! Finalmente conecté con Seis. ¡Nos necesita! ¡Dice que es ahora o nunca!

—¡Vamos a acelerar el paso, chicos! —grita Nueve desde atrás.

Corremos tan rápido como nos es posible a través de la oscuridad. Enciendo mi lumen cada pocos segundos para evitar que nos atropellemos a cada paso. Damos un giro bruscamente y agito mis manos otra vez para iluminar el túnel y revelar lo que viene. Los próximos noventa metros son cuesta abajo, mi lumen ilumina una puerta de concreto en el otro extremo. Bajo mi cofre y lo deslizo hasta hacerlo chocar contra la puerta. Continuamos corriendo, enciendo mis manos para darnos a todos una mejor vista.

Nueve abre rápidamente su cofre y saca la esfera amarilla cubierta de pequeñas protuberancias. Como un mago, la sostiene entre sus dedos y luego la azota contra la puerta. Rebota a solo unos centímetros del metal antes de expandirse y volverse negra. Unos clavos largos y afilados estallan fuera de ella y la puerta se hincha y estalla hacia el interior. Los clavos se contraen inmediatamente hasta que es solo una esfera amarilla de nuevo, descansando inocentemente en el suelo. Nueve se inclina, la toma, y la arroja de nuevo a su cofre, que se cierra con un fuerte chasquido.

—Tenía la esperanza de que eso pasara —dice Nueve con admiración. Si yo fuera él, habría aprovechado las maravillas de mi cofre para ver a través de la primera puerta, y así saber a donde estábamos a punto de llegar, pero este no es el momento de criticar las decisiones de nadie.

Todos atravesamos la puerta. Tan pronto entramos, las luces de los sensores de movimiento se encienden encima de nosotros, unas luces rojas destellan y las sirenas resuenan, atacando nuestros sentidos. Al final de un pasillo corto, llegamos a otra gran puerta de concreto. Ésta aumenta a medida que nos acercamos a ella, revelando docenas de enormes soldados mogadorianos con cañones y espadas listas para usarse.

—¿Mogs? ¿Qué están haciendo aquí? —pregunta Ocho con incredulidad.

—Sí. Malas noticias, el gobierno y la mogadorianos se han unido —le informo.

—Presas fáciles —comenta Ocho. Nueve me da codazos y hace un gesto exagerado de aprobación hacia nuestro garde recién descubierto.

Siento una oleada de adrenalina que bombea a través de mi cuerpo y que solo he sentido en mis visiones. De repente, sé qué hacer. Miro a los otros.

—¡Síganme! —les grito, ellos asienten. Dejo caer mi cofre, enciendo mi lumen en ambas palmas, y me apresuro hacia el frente. Lo último que veo por el rabillo del ojo es a Eli recogiendo mi cofre.

Al igual que en mi visión, dirijo el lumen hasta mis pies mientras corro y me prendo fuego. Las llamas suben por mis piernas y envuelven mi cuerpo para cuando llego al primer soldado. Cuando salto, soy una bola de fuego que lo quema, atravesándolo. Se convierte en cenizas y sigo corriendo.

Mientras paso, los mogs giran en 180 grados para dispararme, pero mis llamas me ofrecen la protección perfecta. Bajo la cabeza y corro con los brazos extendidos, manteniendo a cualquier soldado lejos de mí camino. Marina, Ocho, y Eli les pisan los talones a los soldados, y los derriban desde atrás mientras corro hacia delante. Nueve corre por el techo y lucha contra los mogs desde arriba. Lanzo bolas de fuego a los más cercanos y en cuestión de segundos, todos se están incendiando, dejando una espesa nube de cenizas y humo. Detengo mi carrera cuando veo caer al último. Cuando lleguemos al fondo de la sala, lanzo una gran bola de fuego a la puerta, que estalla en pedazos. Me tomo un segundo para admirar lo bien que funcionó, BK incluso cosechó su parte de mogs, aunque este no es claramente el momento ni el lugar para la autocomplacencia. Quizás Nueve me ha contagiado. Todos nos damos la vuelta para ver lo que se aproxima.

Setrákus Ra me ha hecho algo. No puedo moverme en absoluto, estoy extrañamente paralizada. Al principio, me pregunto si se trata del agotamiento por la batalla o si es por la extraña herida en mi mano, o por ambas, entonces me doy cuenta de que hay algo seriamente mal, algo me impide moverme libremente. Obligo a mi barbilla a levantarse para poder mirar cómo se aproxima Setrákus Ra. Sostiene un bastón de oro con un ojo negro en el mango. Lo empuña lejos de él y el ojo se abre, parpadea, gira a la izquierda y luego a la derecha antes de encontrarme; entonces, se cierra lentamente y vuelve a abrirse instantáneamente emitiendo una luz roja deslumbrante y cegadora. A medida que el haz se arrastra sobre mi cuerpo indefenso, me deja una sensación extraña, como un zumbido en mi piel. Realmente tengo que moverme, tengo que alejarme de esta luz espeluznante, lejos de lo que me está haciendo, pero estoy paralizada. Mi mano pesa una tonelada. Soy vulnerable y necesito tomar el control, de la situación, de mí misma. Pero no puedo.

La luz del ojo es ahora morada y pasa por encima de mi cara. Lamo mis labios y saben como algo quemado. Setrákus Ra se mueve hacia mí ya que está a unos metros de distancia. Cierro los ojos y aprieto la mandíbula, pensando en John y Katarina, en Sam, Marina y en Eli. Veo a Ocho a Henri y a Crayton, incluso a Bernie Kosar. No voy a darle a Setrákus Ra el honor, el placer de mirarlo mientras me mata. Algo caliente y suave toca mi frente, algo como una ráfaga de aire. Me preparo para lo que está por suceder; preparándome para la agonía que sé que traerá. Cuando no ocurre nada, abro los ojos para ver a Setrákus Ra allí de pie. Bueno, no exactamente. Hay haces de luz roja y púrpura brillando de la cabeza de su bastón y arrastrándose de arriba a abajo por su enorme cuerpo.

Setrákus Ra comienza a temblar y una luz blanca sale de sus hombros y brazos. Cae de rodillas, convulsionándose, su enorme cabeza se sacude de arriba a abajo. Luego, su piel opaca y cerosa se pega al músculo y al hueso. Cuando la piel se reduce y se ajusta sobre su cuerpo, tiene un tono nuevo, como de oliva. Pelo largo y rubio brota de su cuero cabelludo hasta que su cabeza se llena. Cuando me mira, estoy más desesperada que nunca por atacar, pero todavía no puedo moverme. Él es yo: con los ojos grises y los pómulos altos y el pelo teñido de rubio.

—Para que pueda ser tú, debes seguir con vida —dice con mi voz—, pero solo por ahora. —Levanta una mano al aire y, como si hubiera un imán en el techo y otro en mi ahora mano negra, salgo disparada del piso, impacto contra el techo y cuelgo de él, a quince metros del suelo. Siento un doloroso zumbido en mi cerebro. Intento contactar nuevamente con Eli en mi cabeza, pero ni siquiera puedo oír mis pensamientos.

Cuando toco con mi mano libre la que está pegada al techo, también se vuelve negra. La pesada rigidez que se apodera de mi mano se está extendiendo. Lo único que puedo mover en este momento son mis ojos. Todo mi cuerpo ahora es negro. Una roca negra.



CAPÍTULO VEINTINUEVE

Traducido por Clys

Una vez más, tomo el liderazgo. Marina me sigue y un gruñón Bernie Kosar corre a su lado.

Eli todavía tiene mi cofre, y Ocho y Nueve nos siguen muy de cerca. Mi fuego me ha hecho invencible, y mis llamas instantáneamente consumen a cada soldado mogadoriano que viene a la carga alrededor de las esquinas o por la puerta. El fuego no solo se ha apoderado de mi cuerpo, sino de mi mente. Nunca me he sentido tan confiado, tan decidido, tan dispuesto a derrotar a nuestros enemigos antes.

—¡Ella todavía no me ha respondido! —grita Eli mientras entramos a otro pasillo lleno de sirenas y luces intermitentes—. No sé si puede oír algo de lo que digo.

—Bueno, todavía no está muerta, porque no tenemos ninguna cicatriz nueva —dice Nueve, mostrando su pierna como si nada para que la admiremos.

Mi fuego se está volviendo cada vez más alto y más ancho y lame las paredes y el techo del pasillo mientras voy pasando. Es difícil describir mi energía, cómo soy apenas capaz de contenerla, como si fuera a explotar con ella. Estoy listo para pelear con Setrákus Ra y sé que los demás piensan lo mismo. Nueve y Ocho son como bolas de demolición balanceándose por el pasillo, golpeando soldados hacia el olvido, saltando de un mog a otro, y Marina está luchando valientemente, utilizando todos los medios disponibles para lanzar soldados al aire. Eli, con menos poderes revelados, nos mira con un poco de envidia a medida que aplastamos a los soldados. Me gustaría tener el tiempo para detenerme y decirle lo vital que es, lo importante que es su capacidad de comunicarse telepáticamente para todos nosotros al mantenernos juntos. Cómo, siendo ella la loriense más joven, representa nuestra larga vida y el poder de nuestra garde. Estamos listos para retomar Lorien y eso solo es posible a causa de todo lo que aportamos a la lucha, cada uno de nosotros. El pasillo toma caminos separados y tenemos que decidir rápidamente qué camino tomar. Separarnos nunca más será una opción.

—Muy bien, Chico Fuego, ¿por dónde? —pregunta Nueve.

Marina da un paso al frente y dice—: Por aquí. —Su capacidad de ver en la oscuridad es mejor que la visión limitada que ofrece mi lumen, así que apago mi fuego y todos la siguen a la izquierda.

Marina ni siquiera duda en la entrada de una habitación larga y ancha llena de altas columnas marrones; tampoco el resto de nosotros. Tenemos nuestras armas listas

cuando escuchamos por primera vez el ruido de la gente marchando en el otro extremo de la habitación. Le doy un golpecito a Marina en el brazo.

—Oye, ¿puedes ver quién es?

—Sí. Supongo que son soldados del gobierno. Definitivamente no son mogs. Hay un montón de ellos. No sé, veinte, ¿treinta? No puede haber más que eso. —Se vuelve y se dirige hacia ellos, todos hacemos lo mismo. Podemos dejarlos de lado fácilmente, torciendo sus armas con nuestra telequinesis. Pasamos volando a través de la gran sala, pasando otra puerta del pasillo y giramos a la izquierda, donde se encuentra una docena de soldados del gobierno vestidos de negro, protegiendo una puerta de metal pesado. Tan pronto como nos ven, se ponen en formación para bloquear totalmente el paso y empiezan a disparar. Como si estuviera prestablecido, Marina y Ocho levantan la mano, deteniendo las balas al ser disparadas, a centímetros de sus cañones. Inmediatamente, Nueve se une a la acción y usa su mente para arrancar las armas fuera de las manos de los soldados y los levanta en el aire, dejándolos colgando del techo abovedado. Cada uno de nosotros toma un arma.

Nueve mete la punta de su tubo en el marco de la puerta que custodiaban y la rasga fuera de sus bisagras.

Detrás de la puerta hay otro pasillo, y está alineado con puertas a ambos lados. Nueve corre por delante hacia cada una de las puertas y presiona brevemente la oreja en cada una de ellas.

Reporta que solo hay una sala de control sin tripulación tras otra. Más abajo en el pasillo nos encontramos con lo que parecen ser celdas vacías. Me pregunto si estamos más cerca de encontrar a Seis. Ella podría estar detrás de cualquiera de estas puertas.

Veo un rastro de sangre frente a una de ellas. A tres metros de distancia, arranco la puerta de su marco. La celda es de un tono negro profundo. Antes de que tenga la oportunidad de usar mi lumen, Marina me empuja.

—¡Hay una persona aquí! —grita.

Oímos un lamento desde la esquina y hago parpadear mis luces en la oscuridad. Allí, asustada y sucia, está alguien que pensé que nunca volvería a ver. Sarah. Caigo de rodillas, con las luces brillando tenuemente. Abro la boca para hablar, pero sale solo un chillido. Intento otra vez—: Sarah. —No puedo creer que ella esté sentada delante de mí. No puedo creer que la encontráramos.

Después de una rápida mirada hacia mi, Sarah se abraza las rodillas contra el pecho y me mira asustada. Me teme. Deja caer la cabeza entre sus rodillas y solloza.

—Por favor, no me hagan esto, por favor no me engañen más. No así. No puedo soportarlo, no puedo soportarlo más. —Sacude su cabeza una y otra vez. No creo que

haya registrado aún que no estoy solo. Siento a todo el mundo de pie detrás de mí, envuelto en la oscuridad.

—Sarah —le susurro—. Soy yo, John. Estamos aquí para llevarte a casa.

Nueve retrocede, pero puedo oírle decir a alguien—: Así que esta es la famosa Sarah; la chica se ve bien, incluso sucia.

Sarah tira sus piernas contra su pecho aún con más fuerza y se asoma por encima de sus rodillas. Se ve tan vulnerable y asustada, solo quiero levantarla, pero me muevo lentamente, listo para cualquier cosa. Esto podría ser una trampa; no he venido hasta aquí solo para actuar sin pensar. Cuando toco su hombro, ella grita de pánico. Puedo sentir a todos detrás de mí respingar por el ruido repentino, el terror en la voz de ella.

Ella presiona su espalda contra la pared, su pelo queda pegado al tosco cemento. Entonces levanta la cara hacia el techo y grita—: ¡No me engañen más! Se los he dicho todo. ¡Por favor, ya no me engañen más!

Marina da un paso adelante por lo que está de pie junto a mí. Me agarra del brazo y me da una sacudida, luego me tira para ponerme de pie.

—John, no podemos quedarnos aquí, tenemos que empezar a movernos. ¡Tenemos que llevar a Sarah con nosotros!

Sarah finalmente mira más allá de mí y ve a los demás. La veo fijarse en Marina allí de pie, mirándola. Sus ojos se abren y me mira, luego mira a su alrededor a los otros que han dado un paso más cerca. Las lágrimas surcan la gruesa capa de suciedad en sus mejillas.

—¿Qué está pasando? ¿Estás realmente aquí? ¿Están todos realmente aquí?

Me arrodillo junto a ella otra vez.

—Soy yo. Somos nosotros. Te lo prometo. Mira, incluso Bernie Kosar quiere decir hola. —Él trota hacia ella y le lame la mano, meneando la cola.

Pongo mis manos sobre las de ella, y cuando veo los moretones encima y debajo de sus muñecas, mis ojos se llenan de lágrimas. Presiono sus dedos contra mis labios.

—Sarah, escúchame. Sé que te dejé una vez y te prometo que nunca lo volveré a hacer. ¿Me oyes? Nunca te dejaré. —Ella todavía me mira como si pudiera desaparecer o convertirme en un monstruo que escupe fuego.

Un millar de otras cosas que he estado pensando durante mucho tiempo se aceleran a través de mi mente y me cuesta decir más. Tengo un retroceso hacia nuestra última conversación en el patio de recreo, momentos antes de que la policía me llevara.

—Oye, Sarah. ¿Te acuerdas cuando te dije que pienso en ti todos los días? ¿Te acuerdas de eso? —Ella me mira y asiente—. Bueno, lo hacía y lo hago. Todos los días.

Ella se permite una sonrisa vacilante.

—Ahora, ¿ya crees que soy yo realmente? —Ella asiente de nuevo—. Sarah Hart, Te amo. Te amo solo a ti. ¿Me oyes?

Se ve tan aliviada, que me dan ganas de recogerla y decirle que se acabó y que voy a mantenerla a salvo. Siempre. Ella me besa, con sus manos a cada lado de mi cara.

—¡Cuatro, vamos! Tenemos que movernos —grita Ocho. Él y los otros se han trasladado a la puerta, mirando ansiosamente a ambas direcciones del pasillo.

Hay una explosión y Ocho pega una carrera para ver lo que es, seguido por Eli y Marina.

—¿Qué diablos está tomando tanto tiempo, hombre? —me grita Nueve, gesticulando locamente hacia la puerta—. ¡Levanta a la chica y vámonos! Sarah Hart, es terriblemente lindo conocerte, pero ¡realmente necesito que te muevas! ¡Ahora!

Nueve se apresura hacia nosotros y me ayuda a levantar a Sarah. Una vez que está en posición vertical, le da un abrazo rápido. Ella se ve sorprendida por la cálida bienvenida, y tengo que preguntarme sobre el guiño que me da sobre su cabeza.

—Sarah jodidamente Hart, ¿tienes una idea de lo mucho que este imbécil habla de ti?

Sonrío a Sarah y luego a Nueve.

—No —Sarah se ríe en voz baja, inclinándose hacia mí y enredando sus dedos con los míos.

—De acuerdo, de acuerdo. Vamos, ustedes dos —dice Nueve, dirigiéndose de regreso a la puerta.

Miro fijamente los ojos azules de Sarah.

—Antes de continuar, tengo que preguntarte algo y debes entender que tengo que hacerlo. No estás trabajando para ellos, ¿verdad? ¿El gobierno y los mogs?

Sarah sacude la cabeza.

—¿Por qué todo el mundo me pregunta eso? Nunca traicionaría a ninguno de ustedes.

—Espera. ¿Quién es todo el mundo? ¿Quién más te preguntó esto? —le pregunto.

—Seis —dice Sarah, mirándome sorprendida de que incluso tuviera que preguntar. Sus ojos azules se ensanchan—. ¿No la ha encontrado?

—¿Has visto Seis? —Marina habla, con emoción—. ¿Cuándo? ¿Dónde?

—Está luchando contra Setrákus Ra —contesta Sarah, empezando a entrar en pánico de nuevo—. Ellos se la llevaron hace un rato.

—¿Qué? ¡De ninguna manera! ¡Ésa es mi pelea! —grita Nueve.



—No te preocupes, hombre, si nos movemos rápido, tal vez puedas conseguir un pedazo de él —le digo. Entonces miro por el pasillo hasta encontrar a Ocho, Marina, y Eli corriendo hacia nosotros.

—Por este camino —grita Marina.

Agarro la mano de Sarah y tiro de ella detrás de mí.

Todos se apresuran por el pasillo donde encontramos a Bernie Kosar de pie delante de una puerta de metal del tamaño de una puerta de carga, ladrando sin control.

Esta vez, Nueve hace uso de su roca para mirar a través de la puerta. Al igual que antes, un cono de luz blanca aparece, entonces podemos ver directamente hacia un cuarto enorme.

—Parece que algo esta sucediendo allí. Veo movimiento en las sombras —dice Ocho—. Voy a teletransportarme y explorar un poco.

—Espera un segundo, Ocho. —Levanto la mano para detenerlo—. No explores solo. Deberíamos hacer esto todos nosotros.

Ocho me mira por un segundo, luego asiente.

—Tienes razón. Esto es por todos nosotros.

Cuando nos reunimos todos en la puerta, miro hacia la línea de rostros determinados. Incluso Sarah.

Ella ha ido de llorosa niña rescatada a guerrera en un santiamén. Bastante impresionante. Por supuesto, no tiene ni idea de lo que, nosotros estamos seguros, va a suceder. Es probable que esto vaya a ser una batalla épica, si no una simple batalla. Tengo una sensación en mi interior de que todo nos ha llevado hasta este momento. Esto podría ser por lo que hemos estado trabajando.

—Lo que sea que haya en el interior, lo que sea que suceda —digo, encendiendo la luz en mis manos—, vamos a matar a Setrákus Ra, como sea. —Lo digo para mí, no para ellos.

—Estamos todos en esto, amigo —contesta Nueve.

Sostengo una palma brillante sobre la puerta, y justo cuando estoy a punto de soplar hacia dentro, una mujer con el pelo rojo y un brazo en un cabestrillo viene cojeando a través de una puerta en el otro extremo de la sala. Ella y yo gritamos al mismo tiempo, luego se da la vuelta y sale disparada de vuelta por donde vino.

—¡Espere! ¡Agente Walker! —grito tras ella.

—¿Walker? ¿Me estás tomando el pelo? —pregunta Nueve, incrédulo—. ¿La chica soldado que trató de capturarnos? —Los otros solo nos miran, confundidos por un instante, antes de que Ocho hable.

—¡La cogeré por ti! —dice, y luego desaparece. Cuando se materializa un momento después, la tiene con los brazos torcidos detrás de la espalda. Lo primero que hago es arrancarle la insignia de oro en la parte delantera de la camisa.

Nueve arranca la insignia de mi mano y hace un gran espectáculo al examinarlo cuidadosamente.

—Bueno, bueno, bueno. ¿A quién tenemos aquí? ¿Agente especial Walker? —Nueve se ríe—. Señora, ¡se ve horrible! —Me entrega la insignia de nuevo, como si de repente tuviera piojos.

—¿Sabe lo patética que es? —le grito—. Hacer tratos con los mogs, hacer el trabajo sucio, ¿para qué? ¡Ellos van a destruirlos!

—Estoy haciendo mi trabajo —contesta ella con frialdad. Ocho la tiene en un rígido agarre—. Estamos haciendo lo que es mejor para este país. —Me mira desafiante, pero sé que vamos a dejar claro lo mucho que tiene que temernos muy pronto.

Sarah apunta hacia ella.

—Te he visto antes. John, ella estaba allí cuando se llevaron a Seis.

Nueve agarra a la agente Walker por las solapas de su camisa como si estuviéramos en una película de mafiosos. Ocho nunca afloja el agarre de sus brazos y Nueve pega su rostro al de ella.

—Quiero a ésta, *yo* quiero matarla.

Walker está luchando desesperadamente por alejarse de Nueve y liberarse de Ocho.

—¡Espera! ¡Sé dónde está su nave! —ruega la agente Walker—. Sé que la quieren y que nunca la encontrarán sin mí.

—¿Nuestra nave está aquí? —pregunta Marina, claramente incierta de si puede confiar en lo que dice la agente Walker.

La agente entrecierra los ojos.

—Se las mostrare si me dejan ir.

—¿Qué piensas tú, Cuatro? —pregunta Nueve.

—¿John? ¿Qué pasará cuando encuentres tu nave? —me pregunta Sara, agarrando mi brazo.

—¡No tenemos tiempo para esto! —exclama Marina—. Sé que Seis está dentro de esta habitación. ¡El hecho de que ésta mujer dirá lo que sea para evitar que entremos me da la razón! ¡Olvídense de ella! ¡A quién le importa dónde o por qué esta aquí nuestra nave hasta que tengamos a Seis!

—Puedo manejarla —dice Nueve.

Walker sale flotando en el aire y cuelga de un gancho por su cinturón en la instalación de luz por encima de nosotros, con la cara roja de furia.

Nueve nos mira, guiña un ojo y hace unos gestos con los dedos de una mano tras su espalda, volando la puerta.

—Marina tiene razón. Seis y Setrákus Ra vienen primero. ¿Seguimos? —Le sonrío a Sarah—. Eres bastante ruda por lo que he oído de Johnny aquí —dice, entregándole el cañón mogadoriano de Walker—. ¿Crees que puedes manejarla?

Sarah toma el cañón.

—Si ella se mueve de esa luz, voy a darle un cañonazo. Con mucho gusto.

Miro al resto de los garde.

—Es hora.

Corremos al interior. No tenemos que averiguar quién está haciendo qué, simplemente lo sabemos. Está tranquilo y oscuro y un olor horrible impregna el aire. Todo en lo que puedo pensar, es en la arena que seguía apareciendo en mis visiones. ¿Se trata de esto? Miro a mí alrededor, tratando de ver si puedo averiguarlo. El centro de la gran sala está poco iluminada. Nueve corre al círculo de luz y grita—: ¡Es hora de que vengas a jugar, Setrákus! ¡Tú, pedazo de mierda!

—¿Dónde está Seis? —pregunta Marina. Se une Nueve en el centro de la sala, junto con Ocho y rápidamente dejan caer sus cofres, empezando a mirar a su alrededor.

—¡Chicos! Hay algo en el techo —dice Eli, su voz resuena por la habitación. Levanto la vista para ver una pequeña formación de rocas que cuelgan del techo.

Enciendo mi lumen apunto el objeto, y lo baño con su resplandor; casi parece una estatua.

—Esto no está bien. No sé por qué, pero hay algo mal aquí —les digo en voz baja.

Mientras miramos las sombras en busca de cualquier señal de movimiento, Nueve usa su legado de anti-gravedad para correr hasta en el techo y ver la formación rocosa. Cuando se empieza a acercar oigo una voz conocida que grita—: ¡Detente!

Me giro enseguida para ver a Seis de pie sola en la puerta. Un bucle de cuerda gruesa cuelga de su cadera, y en su mano tiene una espada azul dentada. Se ve sana y a salvo. Ahora, *ésa* es la Seis que recuerdo, segura y fuerte. ¿Lo hizo? ¿Es posible que ya haya matado a Setrákus Ra?

—¡Seis! ¡Oh, Dios mío! ¡Eres tú! —grita Marina—. ¡Estás bien!

—Se acabó —dice Seis—. Setrákus Ra está muerto. Esa formación en el techo es veneno mogadoriano. Alejate de ahí.

El alivio en el aire es palpable. Ocho se teletransporta a lado de Seis y envuelve sus brazos alrededor de ella en un abrazo enorme.



Seis siempre fue la más fuerte de nosotros, incluso más fuerte que Nueve o yo. Acaba de salvar a Lorien, la Tierra y posiblemente al universo. Quiero a agarrarla, ponerla sobre mis hombros, y desfilar con ella de regreso a Lorien.

Comienzo a ir hacia ella también, pero Eli agarra mi muñeca y tira de mí hacia atrás. La oigo en mi mente. *John. Algo está mal.*

Los próximos pocos segundos suceden como a cámara lenta. Seis echa hacia atrás la espada azul dentada y la empuja hacia adelante. Horrorizado, veo que Ocho se pone rígido y entonces la punta de la espada sale del otro lado, entre sus hombros. Ocho cae hacia adelante, Seis saca su cuerpo de la espada y él cae al suelo, inmóvil.

—¡No! —grita Marina desde detrás de mí y se precipita hacia Ocho.

Estoy paralizado por la sorpresa, hasta que mi instinto de luchar se hace presente. Miro hacia abajo y una enorme bola de fuego se ha formado en la palma de mi mano derecha.

Cualquier clase de confusión que haya estado sintiendo se ha despejado y sé lo que tengo que hacer. Esta no puede ser Seis.

Y quien sea en realidad, tengo que matarla.

—Seis —digo, haciendo rodar la bola de fuego en las puntas de mis dedos—. ¿Qué han hecho contigo?

Ella se ríe y levanta la otra mano en un puño.

Un rayo azul se dispara de entre sus nudillos y se extiende a lo largo del techo de la habitación. Mi bola de fuego desaparece. ¿Qué está pasando?

—¡Cuatro! —Miro a Nueve cayendo en el aire por encima de mí. Su legado de anti-gravedad le ha fallado también. Me las arreglo para atrapar lo suficiente de él para evitar que golpee el suelo y lo ayudo a ponerse en pie.

Marina se encuentra protectoramente sobre Ocho, apuntando sus armas lista para disparar. Ocho todavía está en el suelo y no puedo decir lo mal herido que se encuentra; por lo menos sé que está vivo, ya que no tengo una nueva cicatriz. Marina suelta una ráfaga de balas, pero se detienen a centímetros de la cara de Seis y caen inútilmente al concreto. Trato de alumbrarme con mi lumen otra vez, pero no pasa nada.

Con la espada en alto, el cuerpo de Seis comienza a convulsionar y se difumina con un rápido destello de color blanco. Se hace más alta y su largo cabello rubio se reduce a un pequeño parche en la parte superior de un cráneo gigante. Su cara se alarga y se transforma, y de alguna manera, sé que está cambiando a Setrákus Ra incluso antes de que la cicatriz púrpura brillante aparezca en su cuello. Dos batallones de soldados mog emergen silenciosamente de las puertas a los lados de la sala y lo flanquean.

Sin decir una palabra, Nueve, Marina, Eli, y yo nos movemos más cerca el uno del otro, de pie junto a Ocho, para que quede claro que lo vamos a enfrentar juntos.

—Todos ustedes en un solo lugar, pero qué conveniente para mí. Espero que estén listos para morir —gruñe.

—Creo que estás algo equivocado —le respondo.

—Eso es lo que Número Seis pensaba, también, pero era ella la que estaba equivocada. Muy equivocada. —Sonríe, sus dientes repugnantes y manchados brillan a la luz tenue.

Nueve me mira y se frota las manos, todo expectación.

—Johnny, muchacho, ¿hemos discutido lo importante que es la higiene bucal para mí? —Mira a Setrákus Ra—. ¡Hombre, cepíllate los dientes antes de siquiera pensar en amenazarme! —Extiende su tubo rojo brillante, se vuelve hacia Setrákus Ra y va a la carga.

Afortunadamente, todavía tenemos el poder de nuestra herencia.



CAPÍTULO TREINTA

Traducido por Clys

Por el rabillo del ojo, veo a Nueve embistiendo hacia Setrákus Ra. Me vuelvo hacia Ocho, para ver si puedo curarlo. Mantengo las manos sobre la herida de su pecho, esperando a que mi legado empiece a funcionar de nuevo. Nada. Ruego que Ocho resista, que luche contra el dolor, pero sus ojos marrones ruedan hacia atrás, y su respiración se vuelve más y más superficial. Presa del pánico, me acuerdo del dibujo en la cueva loriense, aquél en el que Ocho muere por la espada Setrákus Ra. ¿La predicción se está haciendo realidad? Sigo presionando las manos por todo su pecho, desesperadamente.

—¡Marina! —grita John—. ¡Tenemos que sacarlos a ti y a Ocho de esta habitación, ahora! Tengo la sensación de que si podemos alejarnos de Setrákus Ra, nuestros legados empezarán a funcionar de nuevo. Si no me equivoco, todavía puedes salvar a Ocho.

—Ya casi se ha ido —me las arreglo para soltar—. Puede ser que sea demasiado tarde sin importar lo que hagamos. —No me atrevo a decirle sobre el dibujo en la cueva. Me pregunto si Ocho es capaz de pensar en algo de eso, de recordar el dibujo, de saber lo que podría significar este momento. Espero que no.

—Entonces deberíamos darnos prisa —contesta John, me da un cañón mog y levanta a Ocho—. Dispárale a cualquier cosa y a todo lo que no sea uno de nuestros amigos.

Tratamos de cubrir la docena de metros o más que hay hasta la puerta, lo más rápido que podamos, sin perder de vista a los demás que están encerrados en una batalla. Con cada mog que vuelvo cenizas en el camino, me siento más y más fuerte. Trato de no pensar en dónde puede estar Seis, la verdadera Seis, o lo que le ha pasado. *Sabía* que ésa no era ella. Me gustaría haber matado a esa *cosa*, incluso antes de que se revelara.

Exploro la habitación. Nueve está luchando con Setrákus Ra, lo veo tan claro como el agua, su tubo cocha contra la espada de Ra. Con lo fuerte que es Nueve, casi pareciera que Setrákus Ra está jugando con él, a la espera del momento oportuno para atacar y matarlo.

Cada onza de la confianza y la fuerza que sentí hace un momento me abandona. Simplemente hay demasiados de ellos y nosotros somos demasiado pocos, y estamos sin nuestros legados, lo que significa que solo somos unos niños. Unos *niños* luchando

contra un ejército organizado y extraterrestre. Odio tener que dejar a los demás, pero sé que John tiene razón. Sé que tengo que salir de aquí, si quiero a tener alguna esperanza de curar a Ocho. Y salvar a Ocho es la única opción.

Estamos casi en la puerta cuando dos docenas de mogs vienen hacia nosotros. Algunos de ellos tienen cañones, otros tienen espadas, y todos parecen terriblemente imparables. Trato de disparar, pero los cañonazos que envío en su camino ni siquiera hacen mella en la multitud que avanza.

Hay demasiados de ellos. John se las arregla para bajar a Ocho junto a la puerta, luego se une a mí, y va hacia ellos blandiendo su espada. Lucho junto a él. No voy a dejar a John, no importa lo malas que parezcan las probabilidades. Nos protegemos los unos a los otros y sacamos fuerzas de los demás cuando nos sentimos débiles, es por eso que hemos sobrevivido tanto tiempo, y por eso vamos a ganar. Somos más fuertes cuando nos unimos.

John cercena a los mogs, uno a la vez, metódica y rápidamente. Disparo constantemente mientras hago maniobras para bloquear la puerta y proteger a Ocho y me agacho fuera de la puerta para revisar su condición. Siento su pulso, que es débil, y me doy cuenta de que mi legado no ha regresado. Pongo mis manos sobre él y le susurro ferozmente.

—No puedes morir, Ocho. ¿Me oyes? Voy a curarte. Mi legado volverá y te sanaré.

Puedo ver que los mogs que nos habían estado atacando se han desaparecido, luego de ser destruidos, y el repentino silencio me asusta.

—Tenemos que darnos prisa. Vendrán más —dice John con urgencia.

Oímos un grito ensordecedor. A través de la puerta vemos a Bernie Kosar que se ha transformado en una bestia y está rodeado por mogs que intentan atacarlo, pero él salta dentro y fuera de su alcance. Los mogs no pueden alcanzarlo, pero él tampoco es capaz de hacerles mucho daño. Entramos a la habitación a tiempo de ver Setrákus sacar un látigo. Sus extremidades comienzan a flamear y golpea a Nueve en el brazo. La herida inmediatamente empieza a volverse negra. John se vuelve para decirme algo, cuando escucho un disparo. Antes de que pueda decir lo que sucedió, el cuerpo de John convulsiona y cae al suelo.

Estoy atrapada en el techo, sepultada bajo piedra negra. Observo mientras el resto de la garde lucha por sus vidas y ni siquiera puedo sentir mi propio cuerpo, no importa que sepan que estoy aquí.

Me siento impotente y me está matando.

He entrenado toda mi vida aprendiendo cómo *no* ser indefensa.

Setrákus Ra no es un gran luchador, solo nos está ganando porque fue capaz de dejarnos impotentes sin nuestros poderes. Quiero estar de pie allí, con su cabeza entre mis manos para que todos los mogs la vean, asegurarme de que fueran testigos de la destrucción de su líder, y luego los dejaría en la misma pila de cenizas.

¿Estoy viendo morir el sueño de Lorien? Pensábamos que éramos tan fuertes y tan inteligentes y estábamos tan preparados. Pensábamos que íbamos a terminar la guerra y volar de vuelta a casa, a Lorien. Fuimos tontos, tontos arrogantes. Sabíamos de Setrákus Ra, el gran y terrible líder mogadoriano, pero no sabíamos nada acerca de cómo luchaba, los poderes que traería a la batalla. En retrospectiva, parece obvio que iba a tener el poder de quitarnos los legados.

Me gustaría poder comunicarme con mis camaradas garde; me gustaría ser capaz de dirigirlos bien, desde este punto de vista.

Por un lado, puedo ver que si bien los mogs son estupendamente fuertes físicamente, aportan poco o nada en el camino de la técnica mental. Estos chicos son casi tan tontos como la roca en la que me he convertido. Revelan sus movimientos antes de actuar. Su plan de ataque es fácil de leer, ya que no tienen uno, pero cuando estás en lo más reñido, verlo es imposible.

Este es un juego de números y fuerza bruta, y ése es un enemigo que puede ser destruido si sabes con lo que te metes. Pero cuando estás en el medio de todo, es imposible de ver.

Me gustaría poder decirle a los garde que enfoquen toda su energía y fuerza en Setrákus Ra, de lo contrario, me temo que la batalla va a ser corta, y los mogs casi seguro ganarán.

Veo que reducen a Bernie Kosar. Se ha transformado en una bestia enorme, de la misma clase en la que convirtió allá en Paraíso. Su cuerpo es grueso y musculoso, con los dientes y las garras afiladas y dentadas, y le han brotado de la cabeza dos cuernos curvados. Veo que Setrákus Ra golpea a Nueve con su látigo y el brazo de Nueve se vuelve negro, por lo que solo puedo suponer que eso significa que va a estar en la misma posición que yo muy pronto.

Le disparan a John y cae retorciéndose de dolor. Marina recoge un cañón y comienza a dispararles a los mogs que avanzan.

Eli está saliendo a hurtadillas de la habitación. ¿Tiene un plan?

El rugido de dolor de BK me distrae de mirar a Eli. Veo que ha caído de rodillas. A pesar de que todavía está luchando, y todavía mata mogs, está sangrando

profusamente de sus heridas. Es agonizante ver cómo lo destruyen lentamente, tan dolorosamente.

Estoy sangrando, puedo sentir que mi sangre y fuerza me abandonan y no hay nada que pueda hacer al respecto.

Sigue llegando ola tras ola de mogs. No tengo ni idea de cuántos hemos matado hasta el momento, pero no parece hacer ninguna diferencia. Sin nuestros legados, es como tratar de detener un tsunami con una pila de queso suizo.

Marina está detrás de mí, disparándole a los mogs. Miro a Bernie Kosar y veo que lo sujetan con cuerdas alrededor de los cuernos y lo arrastran hasta la esquina.

—¡Cobarde, no eres nada más que un cobarde! ¡Tienes que paralizarnos solo para ganar! —Oigo que grita Nueve. Lo veo en el centro de la habitación, con uno de sus brazos negro; colgando pesado e inútil, mientras Setrákus levanta el látigo de nuevo y sonrío.

—Puedes llamarme como desees, pero eso no va a cambiar el hecho de que estás a punto de morir. —Azota el látigo y Nueve trata de bloquear las puntas flameantes con su tubo, pero con un solo brazo, es imposible. Una de las puntas golpea a Nueve en la mano, envía a volar el tubo, y la otra cola del látigo golpea a Nueve en la cara. Grita de dolor mientras su mano y su cara comienzan a ponerse negros.

Setrákus avanza hacia él. Tengo que hacer lo que pueda antes de estar totalmente inútil, o muerto, así que empiezo a disparar mi cañón hacia Setrákus Ra desde mi posición en el suelo. A lo sumo, soy una distracción, pero haré lo que pueda. Detiene cada uno de los proyectiles de fuego en el aire, y los arroja a un lado como si fueran nada.

Oigo una nueva fuente de fuego de cañón. Me dirijo hacia la puerta y veo a Sarah entrando en la habitación, disparando contra los mogs, con Eli detrás de ella.

Sarah.

No ha sido entrenada para esto. ¡No hay forma de que pueda sobrevivir a una batalla con los mogs y Setrákus Ra!

—¡Sarah! —grito—. ¡Tienes que salir de aquí! ¡Ésta no es tu lucha!

Sarah me ignora y se sigue adentrando más en la habitación. Nueve está tratando de alejarse de Setrákus Ra, pero sus brazos, los cuales ahora son completamente negros, lo enlentecen. Su rostro está volviéndose rápidamente tan negro como sus brazos. Setrákus golpea a Nueve nuevamente, y le da con las dos puntas del látigo en el centro del pecho.

Nueve aúlla y Setrákus grita—: ¡Había oído que podrías ser mi mayor reto, pero mira tú, no eres *nada*!

Mientras Setrákus Ra hace retroceder su látigo una vez más para darle el golpe fatal a Nueve, Eli corre por detrás de Sarah y le tira algo a Setrákus, algo que se ve como una mancha roja. Lo golpea en el brazo y mira hacia abajo, sorprendido, antes de dejar escapar un rugido ensordecedor.

Siento que algo cambia dentro de mí. Es inmediato y poderosamente enorme, como si alguien me hubiera conectado a una fuente de energía. Me concentro en mis manos e intento, una vez más, encender mi lumen. Para mi sorpresa, funciona.

Los legados han regresado.

Detrás de mí oigo gritar Marina y corre hasta Ocho, que sigue a las afueras de la puerta. La veo pasar las manos sobre su pecho, trabajando en sus heridas y me mira a través de la puerta.

—¿Qué acaba de pasar?

Niego con la cabeza.

—No tengo ni idea, pero ahora tendremos una pelea de verdad.

Con mis palmas brillantes, me dirijo hacia el centro de la habitación donde está Setrákus Ra arañando su brazo, tratando de sacarse el pequeño objeto rojo que Eli le tiró encima. Finalmente tiene éxito y se vuelve para golpear con el látigo a Eli y a Sarah, que sigue disparando el cañón. No salen del camino lo suficientemente rápido y el látigo hace contacto. Ambas caen.

Tan pronto como el dardo golpea a Setrákus, siento el cambio. Mis legados están de regreso. Mi fuerza está empezando a volver. Tengo la oportunidad de salir de aquí y ayudar a los demás.

Empiezo a luchar dentro de la carcasa negra y ya siento que puedo moverme un poco, pero no lo suficiente como para salir.

Mientras continúo luchando, miro debajo de mí. John está con Sarah y Eli, ambas han caído y John ha dejado un rastro de sangre a su estela, así como montones de ceniza. Marina ha corrido de vuelta hacia Ocho. Bernie Kosar todavía está en la esquina, pero ahora está destrozando a los mogs que lo estaban arrastrando hace un segundo. En el centro de la habitación, Nueve sigue enfrentándose con Setrákus Ra ya que ha sido capaz de liberar sus manos y su cara de la roca negra que se estaba apoderando de su cuerpo.

Ver aquello me da esperanzas de que yo también pueda salir de mi propia prisión de piedra, y continúo mi lucha hasta que siento que la carcasa comienza a ceder.

Saldré pronto. Estoy desesperada por liberarme. Lo único que quiero ahora es mostrarle a Setrákus Ra lo que se siente al tener una pelea de verdad en sus manos.

Justo cuando estaba perdiendo la esperanza de que alguna vez sería capaz de ayudar a Ocho, vuelve mi legado. Pongo mis manos sobre la herida en el centro de su pecho y siento que empieza a funcionar.

Con cada segundo que pasa, su corazón late más y más fuerte.

Nunca he sentido nada tan bueno en mi vida, el pam, pam, pam constante. Si no estuviera en medio de la lucha de nuestras vidas por nuestro futuro, creo que me pondría a llorar ahora mismo, pero me mantengo fuerte, y mantengo mis emociones bajo control.

Miro hacia abajo y veo que los ojos de Ocho aletean abiertos, y luego me mira.

—Necesitan saber... que Seis ha intentado... —empieza a decir.

Lo interrumpo.

—Ésa no era Seis. Era Setrákus Ra. No sé cómo, pero es así.

—¿Pero...? —La confusión en los ojos de Ocho me rompe el corazón.

—Ocho, no puedo explicarlo todo ahora. ¿Cómo te sientes? ¿Puedes levantarte? Tenemos que entrar ahí, unirnos a los demás y luchar. ¿Estás listo? Tengo que sanar a John y necesito que vayas e interfieras. ¿Entiendes?

Él asiente y empiezo a levantarme, pero solo hay una cosa que tengo que hacer antes de que sea demasiado tarde. Lo miro a los ojos, sus hermosos ojos marrones, tomo una respiración profunda, y lo beso. Él se ve sorprendido cuando yo retrocedo. Me encojo de hombros y le sonrío.

—Oye, no hay tiempo como el presente, ¿cierto? —Antes de que pueda decir o hacer cualquier cosa, me vuelvo para encontrar a John. Necesito curarlo, rápido. Recibió tres cañonazos por protegerme. Si no lo hago ahora, morirá.

Hay un rastro de sangre desde donde John se arrastró por el suelo, y Ocho y yo lo seguimos. Una densa nube de humo flota en el aire por todos los cañonazos.

Cuando llegamos a John, él está de rodillas, lanzando bolas de fuego con las manos a la enorme banda de mogs que están tratando de llegar a Eli y a Sarah. Mientras avanzamos hacia él, los mogs nos disparan a nosotros, pero ahora que soy capaz de usar mi telequinesis, puedo desviar sus tiros, y Ocho comienza a luchar también.

Corro al lado de John y comienzo a sanar sus heridas. Está respirando pesadamente y está muy pálido; ha perdido mucha sangre.

—¡John! ¡Tienes que parar por un momento para que te pueda sanar! —Tengo que gritar para hacerme oír por encima del caos y la conmoción. Agarro su barbilla y lo obligo a mirarme, pero él sacude la cabeza, e intenta liberarse de mis manos.

—Si paro, los mogs matarán a Sarah y a Eli.

—Si no te detienes, *tú* vas a morir. Ocho está sano ahora, él puede defendernos mientras trabajo en ti. ¡Por favor, John! Te necesitamos. —Siento que deja de pelear.

Miro más de cerca las heridas en sus piernas. Son similares.

Ambas piernas están sangrando constantemente por unos agujeros. Trabajo en la derecha primero, y de inmediato puede decir que el hueso del muslo de Cuatro también está roto. No puede evitar gritar mientras sus huesos se arreglan, pero el sonido lo absorbe todo lo demás que está pasando. Sus manos se mantienen en puños mientras yo continúo.

La otra pierna no está tan mal, por lo que soy capaz de sanarla más rápidamente.

John ya está respirando con más facilidad. Lo agarro del brazo y grito en su oído—: ¡Ya te ves mucho mejor!

Pongo mi mano en la herida de la parte superior su brazo y puedo sentir los músculos, bíceps y tríceps, que han sido destrozados. Va a tardar un minuto o dos para que puedan sanarse. Ocho todavía está disparándole al flujo constante de mogs, pero están llegando casi más rápido de lo que puede seguirles el ritmo.

Por fin, siento los músculos de John unirse y sanar. Él me mira y yo asiento. Se alza en pie y corre para ayudar a Ocho a proteger a Eli y a Sara, que todavía están en el piso.

Me siento fuerte. Bien. Sarah y Eli hicieron algo milagroso que nos devolvió nuestros legados, hicieron posible que podamos luchar, pero ahora las dos están heridas. Convertiré hasta el último de estos mogs en cenizas por herir a mis amigos.

Voy corriendo hacia ellos, lanzándoles bolas de fuego con las manos a los mogs. Sé que nunca debería sentirse bien matar a un ser vivo, pero en este momento, se siente *grandioso*. Ahora que estoy bien, Ocho está teletransportándose por todo el salón, aparece delante de los mogs y los corta en pedazos con una espada.

Nueve sigue luchando contra Setrákus Ra, pero los dos se están moviendo tan rápido que son solo un borrón. Tengo que entrar ahí y pelear, pero también necesito quedarme aquí y ayudar a Sarah y a Eli.

De repente, uno de los mogs que avanzaba hacia mí cambia súbitamente de dirección. Ya no está apuntando su cañón hacia mí, está apuntando directamente a Sarah y a Eli, que aún yacen inmóviles. Dispara y sus cuerpos empiezan a convulsionar, y yo empiezo a gritar.

Miro con horror cómo los órganos susceptibles de Eli y Sarah se ven afectados con el fuego del cañón de mogs. John las alcanza y me apresuro a su lado. Él está arrodillado a su lado, sosteniendo sus manos mientras sus cuerpos tiemblan. Llegamos demasiado tarde.

Después de todo esto, después de haber llegado tan lejos y por fin habernos reunido, parece que estamos a punto de perder a otro miembro de la garde. Y a Sarah. John acaba de encontrarse con ella, y la va a perder. Cierro los ojos, preparándome para que otra cicatriz me quemé la pierna, una cicatriz por Eli. Sé que ésta va a doler más.

Pero no pasa nada. ¿Eli tiene algo diferente? ¿Algo que cause que su muerte no produzca cicatriz? No puede ser. Abro los ojos y miro a John, que aún está inclinado sobre ellas, todavía apretando firmemente sus manos.

Miro más de cerca a las chicas y casi no puedo creer lo que estoy viendo. Sus heridas... los cañonazos en sus cuerpos y las quemaduras horribles en sus caras, se están sanando.

—¿Qué está pasando? ¿Cómo haces eso? —le pregunto a John, mirándolo con asombro.

—No tengo idea —contesta, sacudiendo la cabeza—. No sabía que podía hacer esto. Vi a Sarah en el suelo y supe que no iba a dejarla morir, o a Eli. No uno más de la garde. No voy a dejar que eso suceda, sobre todo ahora que estamos juntos. Tomé sus manos y pensé en lo mucho que quería que sus heridas sanaran, lo mucho que deseaba poder curarlas... y de repente, empezó a suceder.

—¡Tienes un otro legado! —chillo, apretando sus hombros.

—O simplemente lo deseaba tanto, que ocurrió un milagro. Sea lo que sea, las dos están curándose. —John suelta una carcajada llena de cansancio y alivio, luego mira hacia el centro de la sala, donde Nueve sigue luchando.

—Marina, éste no es el momento en el que derrotemos a Setrákus Ra. A pesar de que nuestros legados han regresado, no creo que podamos derrotarlo todavía, y no quiero correr el riesgo de perder a otro miembro de la garde. Tenemos que encontrar a Seis, luego tenemos que encontrar una manera salir de aquí, reagruparnos, y llegar a

un plan. Vamos a matarlo juntos o a morir juntos, pero lo haremos a *nuestra* manera, cuando *sepamos* que estamos listos para hacerlo.

Oímos un gemido, y miramos hacia abajo a Sarah y Eli. Sus ojos están abiertos y el color les está regresando a las mejillas. John se inclina y besa a Sarah.

La carcasa está rompiéndose finalmente.

Flexiono los brazos y pateo, entonces empiezo a caer cuando el último pedazo se derrumba, pero mi telequinesis para bajar al suelo.

Me quedo ahí por un segundo, tratando de recuperar el aliento. El humo es tan denso que me lloran los ojos. De repente, una gran explosión sacude la habitación. Una alarma se enciende, la luz roja parpadea, y una penetrante sirena ruidosa llena el aire. Puedo ver el lumen de John encendido y hago mi camino a través de la neblina hacia él. Eli, Marina y Sarah están de pie junto a él, y mientras me acerco, Ocho aparece junto a Marina. Bernie Kosar se ha convertido de nuevo en un Beagle y cojea hacia John.

Eli llora cuando me ve y echa los brazos a mí alrededor. Le devuelvo el abrazo y luego miro a John. El ver su cara otra vez es como un sueño hecho realidad. Me toca el brazo.

—¿Estás bien?

Asiento.

—¿Qué hay de ustedes? —le pregunto, y sé que sueno tan agotada y abatida como me siento.

—Todos estamos con vida hasta ahora pero... ¿dónde está Nueve? —responde, mirando a su alrededor mientras todos nos damos cuenta al mismo tiempo de que los sonidos de la batalla han desaparecido. Corremos hacia el centro de la habitación, hacia la zona donde había estado luchando Nueve contra Setrákus Ra, manteniéndolo a raya. Nueve está tumbado en el suelo, inmóvil y Setrákus Ra no se ve por ninguna parte.

Marina cae de rodillas junto a él y empieza a pasar frenéticamente las manos sobre su cuerpo, mientras que yo giro en círculos, tratando desesperadamente de ver a través de la bruma para asegurarme de que Setrákus Ra no se esconde, esperando para capturarnos y matarnos al darle la espalda. Aparte del sonido estridente de las alarmas, la habitación está inquietantemente tranquila y me doy cuenta de que no hay mogadorianos en ningún lugar.

—¡Está vivo! —grita Marina—. Solo está aturdido.

Nueve se sienta, sacudiendo la cabeza, adormecido.

—¿Qué pasó? —nos pregunta.

—Te iba a preguntar lo mismo —dice Ocho—. Hubo una explosión y todo el mundo ha desaparecido, excepto nosotros siete.

—No lo sé, no vi a dónde se fue. Un segundo estaba intentando resistir, luchar contra él, y lo siguiente que sé, es que estoy aquí sentado en el suelo.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Sarah.

—Tenemos que lograr salir de aquí —dice John—. Setrákus Ra podría reaparecer en cualquier momento, y esto podría ser una trampa. Aunque se trata de una base del gobierno, está claro que no es seguro.

—¿Alguien conoce alguna manera de salir de aquí? —pregunto. Todos se miran unos a otros con seriedad.

—Tenemos que volver por donde entramos —contesta Ocho—. Mi legado de teletransportación no funciona con tantos de nosotros.

—De acuerdo —dice John—. No sabemos lo que vamos a enfrentar en el camino, y tal vez tengamos que luchar mientras lo atravesamos, con más mogadorianos o soldados humanos, pero tenemos que permanecer juntos. Nunca nos separaremos otra vez.

Nueve da un paso más y se para junto a mí, entonces me mira de arriba abajo.

—No creo que alguien nos haya presentado apropiadamente. Es bueno conocerte oficialmente, dulzura. Soy Nueve —dice, guiñándome un ojo. Pongo los ojos en blanco y John suelta una risita.

Miro a mí alrededor por un segundo. Es un milagro que estemos todos juntos, todos con vida. Todo loriense con vida en la Tierra, excepto uno, está de pie a unos pocos metros el uno del otro.

Estamos vivos y estamos luchando y eso significa que todavía tenemos una oportunidad.

Y nos encontraremos con Setrákus de nuevo, pronto. La próxima vez, no va a ser nos va a escapar.

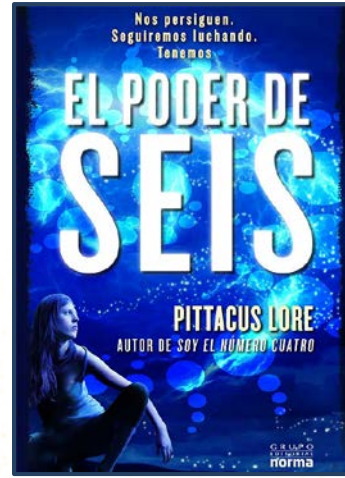


SOBRE EL AUTOR

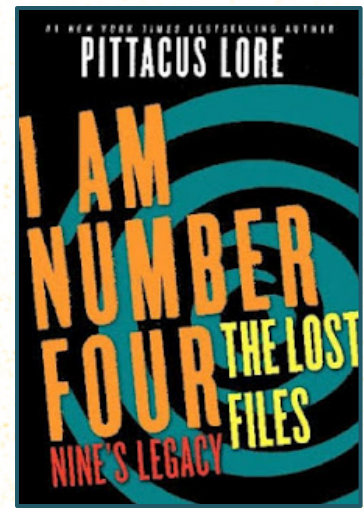
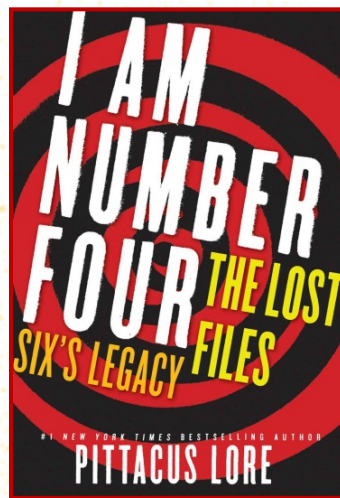
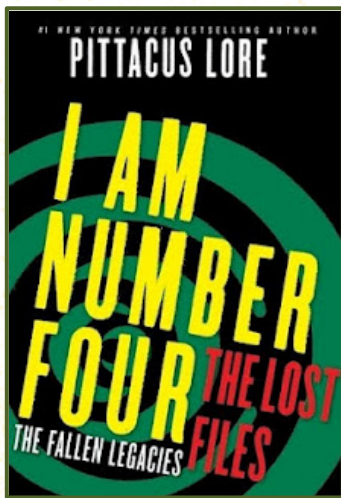
Pittacus Lore: es el más importante de los ancianos que alguna vez gobernaron el planeta Lorien. Ha estado en la Tierra durante los últimos doce años, preparándose para la guerra que decidirá el futuro de este planeta. Su paradero es un misterio.



TAMBIÉN DE PITTACUS LORE



227



THE RISE OF NINE



AGRADECIMIENTOS

© Traductora a cargo

- *Pamee*

© Traductores

- *Pamee*
- *Clyo*
- *Pamii1992*
- *Pau Belikov*
- *CairAndross*
- *Kikky**
- *Pabloaz*
- *Klevi*
- *Astromelias*
- *Pargulin*
- *Kyria*
- *Valen JV*
- *K_ri^^*

228

© Diseño y revisión general

- *Pamee*

